# HISTORIA DE UNA VENGANZA

INSPIRADA EN UN HECHO REAL

**JOSE CRUZ**

A la memoria de Francisca Silva Benavides

Chacales que el chacal rechazaría, piedras que el cardo seco mordería escupiendo, víboras que las víboras odiaran…

Pablo Neruda

# PRIMERA PARTE
# LIBERTAD

# 1

Aunque el sol atacaba sin piedad, la atmósfera todavía se sentía fría y helada, y los rayos solares aún no lograban calentar la tierra. Los árboles mecían levemente sus ramas más altas al vaivén de la brisa, mientras que los pájaros trinaban sus melodiosas melodías conforme se adentraba la mañana. Eran ya las once y, como de costumbre, Tom Cussack acababa de llegar y estacionaba su automóvil en el lugar determinado para ello, y donde se podía leer su nombre pintado en un poste para que nadie tuviera la ocurrencia de estacionar ahí. Se bajó después de asegurar el coche y, con paso tranquilo, se dirigió a la entrada de su oficina, la que compartía con sus otros amigos, todos ellos fieles y leales como él mismo.

Tom era un hombre alto y delgado, aunque no por ello tenía que envidiar los músculos de algún otro pequeño deportista que pasara por la calle. Junto a otros cinco hombres más y una mujer conformaban una especie de empresa o asociación dedicada a los trabajos más sucios y oscuros que se puedan imaginar. Chantaje, extorsión, espionaje. Si un importante político se sentía engañado por su mujer, contrataba los servicios de HBC, como se llamaba el grupo, éste espiaba los pasos de la mujer montando todo un dispositivo que corría por parte del cliente, sacaba fotos, y escribía un informe final con todo lo que hacía la adúltera mujer: reuniones sociales, la hora en que llamaba por teléfono, cuánto duraba dicha llamada, etc. Cuando conseguían datos necesarios para el cliente, HBC entregaba la información al hombre, éste cancelaba la segunda mitad del precio acordado con antelación y él vería qué hacía con sus cuernos y con la infiel esposa.

Adentro, también como de costumbre, ya estaban sus amigos, y solo faltaba Sandra Richardson, una bella pero inescrupulosa abogada que había sido eliminada del colegio de abogados por sus nada convencionales métodos de persuasión. Sin embargo, era brillante en lo que hacía, y si no contaba con un buen bufete – a decir verdad, no contaba ni siquiera con uno malo – era porque sus colegas hombres le habían tendido una emboscada de la que no pudo salir. Por eso, cuando se dio la posibilidad de trabajar para HBC, no la desaprovechó.

Tom entró y saludó a algunos que estaban en el pasillo de acceso, a los que conocía perfectamente, pues dentro de esta pequeña pero lucrativa organización existía un código de honor inquebrantable: morir antes de traicionar a un amigo. Y eso se cumplía a cada hora, todos los días del año.

Nadie ignoraba los peligros que acarreaba el trabajo diario. La policía andaría tras ellos si descubrieran una sola de sus misiones encubiertas, por eso el silencio y la *omertá* eran esenciales y vitales para el éxito o fracaso de un trabajo. Todos los miembros de HBC

estaban conscientes de la importancia que cada uno depositaba en el otro, desde los detalles más insignificantes e irrelevantes hasta los más atrevidos y peligrosos.

Al fondo del pasillo se levantaba la oficina, demasiado chica para cobijar a los siete integrantes de una vez, pero al menos confortable y con aire acondicionado óptimo. Desde su posición, Tom veía a Sammy Selppa luchar con el teclado del computador ingresando algunos datos a una planilla de cálculo, o revisando el estado de su cuenta corriente en Suiza. Porque a pesar de los constantes riesgos que cada uno corría diariamente, sumado a la estrecha vigilancia que podían tener por parte de la policía si uno solo de sus operativos fallaba, el dinero les llovía a raudales, y cada uno de ellos tenía cuentas corrientes en bancos Suizos o en las Islas Caimanes, y vivían de los intereses solamente, y de seguir así, sus hijos, nietos y bisnietos no tendrían que trabajar ni un solo minuto de sus vidas para ser millonarios.

Al doblar un recodo del pasillo, Tom vio al resto del grupo. Junto a Selppa estaban Chris Anderson, Jimmy "*Daddy*" Coultrand, Andrew Volko, un corpulento hombre de ascendencia rusa, y Neal "*King*" Ducho. No lograba entender cómo era posible que dentro de esas cuatro paredes pudieran caber, de un solo viaje, seis personas. Pero había muchas cosas que nunca entendería.

- Tom, que bueno que llegas. Hay una mujer que quiere hablar con nosotros.

- ¿Una mujer? ¿Qué quiere?

- No lo sé – contestó Ducho –. La hice esperar en la salita hasta que llegaras. Me imagino que querrá que averigüemos el paradero de su marido que no ha vuelto hace un mes.

- Estoy cansadísimo hoy día – se quejó Tom –, pero ya que vino la atenderemos, y solo si es interesante lo tomaremos. Dile que pase.

Mientras Ducho salía, los demás muchachos terminaron lo que estaban haciendo, cerraron sus *notebook* y esperaron que llegara su compañero con la susodicha mujer. En apariencia, ella era joven, de tez blanca y cabellos amarillos. De contextura mediana, tenía el rostro acongojado y el rojo de sus ojos denotaba que había estado llorando mucho recientemente. En cuanto la vio, Tom reconoció el rostro, aunque no recordaba de dónde. ¿Habrá salido alguna vez en la tele del brazo de algún ministro o algún senador? No lograba recordar.

Anderson le ofreció una silla y la mujer se sentó. Si bien era joven, parecía ser que en las últimas veinticuatro horas había envejecido todo lo que no se envejecía en un año, y Tom no dudaba que la mujer estaba sufriendo, aunque no podía imaginar cuánto.

- Lamentablemente esta sala no es muy agradable cuando habemos tantos – se disculpó Cussack –, pero mis compañeros tienen la mala costumbre de no empezar si uno de nosotros falta, aunque debo reconocer que, efectivamente, nos falta una amiga.

- No se preocupe – lo tranquilizó la mujer –. No tiene que darme explicaciones.

Esa voz. ¿Dónde la había escuchado antes? Era la vejez. La vejez que le estaba jugando una mala pasada a su memoria. Antes podía recordar cosas de hacía varios años, ahora tan solo podía memorizar episodios del día anterior.

- Usted dirá – empezó Volko con su acento cada vez más americanizado.

- Necesito ayuda. Estoy desesperada.

No se pudo aguantar y se echó a llorar. Era la primera vez que Tom Cussack veía llorar a una mujer de esa manera, y eso que había visto llorar a muchas. Pero las lágrimas de aquella mujer le salían desde el alma, eran lágrimas de verdadero dolor, de un pesar insostenible. Uno de los presentes le tendió un pañuelo y esperaron que ella pudiera continuar.

- Quizás me reconozcan – siguió ella como pudo, sosteniendo las lágrimas que amenazaban con salir de nuevo –. Mi nombre es Sarah Fletcher, y soy la madre de Stephanie Birlock.

Tom recordó de inmediato. Stephanie Birlock era un niña de cinco años que había sido violada y asesinada por un vecino, y luego había sido arrojada al mar, estando inconsciente. El caso había tenido una connotación pública impresionante, y toda la gente había salido a las calles el día de su formalización de cargos exigiendo la restitución de la pena de muerte.

- ¿Qué es lo que quiere, señora? – preguntó inquieto Cussack, sospechando para dónde iba la conversación.

- Quiero venganza. Sé que nada me devolverá a mi pequeña, pero si me vengo de ese maldito hijo de puta mi alma estará un poco más tranquila. Tendré fuerzas para seguir adelante.

- El asesino ya está preso – argumentó Coultrand –. Va a pagar su crimen.

- ¿Pagar? –. La mujer pareció reírse, pero en verdad estaba colérica –. Comerá gracias a nosotros, a nuestros impuestos, vivirá y respirará. Para mí, eso no es suficiente.

En esos momentos asomó su cabeza Sandra Richardson, y a un gesto de Tom, entró. Se sentó al lado de él y miró a la mujer. En menos de un minuto ya estaba enterada de los objetivos de la visita de Sarah.

- ¿Qué quiere en concreto?

- Matar al desgraciado.

Las palabras de la mujer resonaron como un estampido en la pequeña oficina. Cussack había escuchado cosas terribles, todos habían escuchado cosas terribles, pero ninguna tan dura y cruda como ésta. Para ellos, matar no era una cosa difícil, sino simplemente una cosa que no hacían.

- Entonces se equivocó de personas – intervino Richardson por primera vez desde que llegó –. Nosotros no somos asesinos. Contrate a sicarios.

- No tengo dinero suficiente para pagarle a uno. Ustedes también son padres seguramente, saben lo que es un dolor así.

- En primer lugar – aclaró Cussack –, desconocemos lo que es un dolor de esta índole, porque aunque tuviéramos hijos, no lo hemos perdido. Y segundo, ¿cómo pretende pagarnos?

- Les ofrezco mi casa, mi auto, el televisor…

- Quiero que sepa una cosa – habló Selppa –. Nuestras operaciones nos dejan mucho dinero, y nuestras cuentas corrientes tienen muchos ceros a la derecha. ¿Cree usted que a nosotros nos falta una casa, o un auto o…?

- Basta, Sammy – lo detuvo Cussack, y volviéndose a la mujer, añadió –. Señora, insisto en que usted se equivocó de hombres. Tal como dice mi compañera, no somos asesinos. Si alguna vez pretendemos ir a la cárcel, le aseguro que no será por asesinato. No matamos seres humanos.

- ¡Ese maldito no es un ser humano! – gritó ella, pero se detuvo al instante.

- Comprendemos su situación – dijo Anderson –, y créame que la entendemos. También estamos de acuerdo en que ese miserable no es un ser humano, es un animal. Pero aun así, no podemos hacerlo.

- Cada uno tiene sus propias motivaciones – dijo Cussack –, y usted más que nadie ahora debe saberlo. Pero lo que nos pide es algo que va contra nuestras propias reglas.

- Yo creía que las reglas estaban para romperlas – filosofó ella, de nuevo con lágrimas en los ojos –. Pensé que podían ayudarme.

- ¿Cómo contactó con nosotros? –preguntó sorpresivamente Tom, cambiando bruscamente de tema.

- Alguien me habló de ustedes. Desde que murió mi niñita no he descansado en pos de mi venganza. A veces pienso que si ese día no hubiese ido a trabajar, mi hija seguiría viva, si tan sólo la hubiese visto ese día. Mi vida ya no tiene sentido, y desde ese mismo instante he querido morirme, pero no lo haré hasta matar a ese infeliz. Me perdí en los suburbios y vagué entre la miseria y la pobreza buscando ayuda. Ahí alguien me dijo que ustedes eran los mejores. Creí que me ayudarían. En todo caso, con su ayuda o sin ella voy a matar a ese malnacido hijo de perra.

Tom Cussack sintió que Sarah no hablaba en vano, tampoco en son de reproche. Evidentemente ella estaba afectada por la muerte de su hija, algo que todo el país había repudiado. ¿Hace cuánto había sucedido eso? ¿Un mes atrás, dos? Tom entrecerró los ojos y pensó en silencio, mientras sus demás amigos cuchicheaban entre sí.

- Suponiendo que aceptamos – rompió el silencio, ante la mirada atónita de sus amigos –, tendrá usted que aceptar algunas condiciones.

- Las que sea – dijo ella.

- Primero – comenzó Cussack –, nunca hablará de HBC en ningún medio, a nadie, y si alguien le pregunta, usted lo negará. Segundo, será usted misma quien mate al hombre. El plan, la elaboración del mismo, el aparato táctico, la forma de llevarlo a cabo, el método del asesinato, la trama y toda la operación será llevada a cabo por nosotros, y usted no preguntará nada. ¿De acuerdo?

- Por supuesto – contestó sin vacilar Sarah.

- Hay una cosa más – prosiguió Tom –. Todo el tiempo que dure la planificación y la puesta en marcha usted no deberá tener contacto con nosotros, de ninguna manera, y cuando sólo falte el paso decisivo, nosotros nos comunicaremos con usted. ¿Está claro? – la mujer asintió con la cabeza –. Si incumple una sola de estas condiciones, detendremos la operación.

- Muchas gracias – dijo ella.

- No agradezca aún – le contestó Cussack –, aún no hemos decidido nada. Así como ellos – señaló a su grupo – no toman decisiones por sí solos, y tampoco empiezan una reunión si uno de nosotros no está presente, yo tampoco tomo resoluciones por mi cuenta. Llámeme mañana a esta misma hora a este número – le anotó una cifra de nueve dígitos – y le diré nuestra respuesta. Ahora váyase.

- ¿Y cuál será la forma de mi pago? No tengo dinero…

- Señora, ya veremos esos detalles. Como le dije, llámeme mañana y le daré toda la información. Ahora váyase.

Sin decir nada más, y sólo dando las gracias y despidiéndose de cada uno de los socios de HBC, Sarah Fletcher abandonó la estrecha oficina y salió a la calle, donde los rayos el sol impregnaron su rostro de una buena dosis de vitamina E.

Cuando la mujer hubo desaparecido de la vista de los miembros de HBC, Selppa, que hasta el momento era el más opuesto al supuesto trabajo que debía emprender la asociación, se levantó de su puesto y salió a cerrar las puertas de entrada de la oficina. Afuera, dio órdenes expresas a las secretarias para que no les pasaran ninguna llamada, a no ser que fuera muy importante, cosa que él no creía. Por otro lado, el hombre ordenó también que se dijera que HBC estaba en estos momentos en una reunión si alguien llamaba solicitando sus servicios, y que ellos mismos informarían cuando terminaran.

- Supongo que esas falsas esperanzas que le diste a esa mujer son sólo eso, falsas esperanzas – le dijo a Cussack en cuanto volvió a entrar.

El otro hombre no respondió, y se quedó mirando a todos sus amigos. Por un momento pensó que toda la resolución iba a ser más fácil, pero ahora se daba cuenta que sería en extremo difícil. Tenía dos sentimientos en su mente: el primero, el dolor irreparable de la pérdida de un hijo, sobre todo perderlo en la forma en que Sarah

Fletcher lo había perdido; y el segundo, la propia realidad del grupo HBC, donde cada uno de sus miembros debía velar por su vida. Cada uno de ellos tenía hijos que esperaban que su padre o madre volviera, y no cualquiera expondría su vida en un asesinato.

- Creo que lo más justo es llevar a cabo una votación para determinar la respuesta – sentenció Cussack –. No es justo jugar con el dolor de esa pobre mujer.

- El único que está jugando con su dolor eres tú – lo criticó Selppa – al dejar entrever que podríamos ayudarla. Tú sabes mejor que nadie que eso va contra nuestras reglas.

- No es tan así – dijo sosegadamente Cussack –. Piensa en todo lo que hemos hecho, en cuánto daño hemos causado.

- ¿El daño que hemos causado? – intervino “*Daddy*” Coultrand –. ¿A qué daño te refieres? Sólo hacemos nuestro trabajo. Yo tampoco pretendo ir a la cárcel por asesinato.

- Si alguna vez vamos a la cárcel, tengan por seguro que uno de los delitos que nos imputarán será el de asesinato.

- Estás loco – volvió a rugir Selppa –, no sabes lo que estás diciendo. ¿O es que acaso te enamoraste de ella?

- ¡No te permitiré que me hables así! – gritó Tom Cussack al tiempo que se levantaba violentamente de su mesa y encaraba a Selppa, el que ni siquiera había tenido tiempo de defenderse.

- Dejen de pelear entre ustedes – trató de tranquilizar la abogada Richardson –. Tom tiene razón, si alguna vez vamos a la cárcel nos acusarán de asesinato en segundo grado. La fiscalía o los jueces argumentarán que esas mujeres muertas por sus maridos engañados lo fueron gracias a nuestras acciones de espionaje o a la intervención de teléfonos. Y eso, en este país, se sanciona de igual manera que el autor material.

- Además – volvió a tranquilizarse Cussack –, tenemos dos cosas a nuestro favor. La primera, es que saldríamos rápidamente bajo fianza, y todos nosotros podemos pagar una fianza. Sé que no es la idea, pero lograríamos salir. Segundo, no creo que nadie se preocupe de la muerte de un asesino y un violador como ese animal. Y tercero, de matarlo, lo haría la mujer, no nosotros.

- Aun así – dijo Selppa, visiblemente más tranquilo –, no es algo que me agrade.

- Y a ninguno de nosotros – habló por primera vez el ruso-americano –. Pero es el trabajo que nos dedicamos a hacer.

- No pretenderás hacerte el héroe de los desposeídos – ironizó Coultrand.

- ¡Basta! - se enrabió de nuevo Cussack –. Estamos aquí para resolver un asunto, no para complicarlo aún más.

- Ya conoces mi postura – recalcó Selppa.

Cussack se quedó en silencio por algunos minutos, pensando cómo podía hacer entrar en razón a su colega. En realidad, más que hacerlo entrar en razón, lo que Tom

deseaba era pasarlo a su bando, convencerlo de que el fin de la operación era bueno, aunque hubiera de por medio un asesinato. Pero era el crimen de un desalmado, de un chacal, de un monstruo.

- Quiero que piensen en todas las veces que hemos emprendido alguna operación – habló Tom Cussack con voz grave y casi solemne –. Nosotros, directa o indirectamente, hemos sido los causantes de muertes y desengaños, hemos sido partícipes de suicidios y desmoronamientos de poderes que, hasta ese mismo instante, se veían inquebrantables. De una u otra manera, a lo largo de mucho tiempo sólo nos hemos dedicado a hacer daño, aunque mi buen amigo Jimmy no quiera verlo. ¿Recuerdan aquella vez que el senador Ashley nos solicitó ayuda para con su hijo? ¿No fue aquéllo macabro por parte de nosotros? Esta vez es algo parecido, la única diferencia que la víctima era una niña indefensa e inocente, algo que ninguno de nuestros anteriores clientes lo ha sido.

Tom esperaba que sus palabras surtieran el efecto deseado, y al parecer lo había conseguido, pues las caras de sus colegas decían que *algo* había remecido su interior. Sin embargo, lejos de ganar la guerra, la batalla recién estaba comenzando.

- Suponiendo que aceptásemos – preguntó Ducho –. ¿Cómo nos pagarían?

- No nos pagarían – respondió sin vacilación Cussack –. Lo haríamos gratis.

Un murmullo de voces se dejó sentir de inmediato, similar al que provocan los accionistas de una junta en una reunión de negocios cuando el presidente de la compañía da a conocer los estados financieros de la empresa. Tom miró a Sandra, pero ésta movió la cabeza en señal negativa.

- No dejas de sorprendernos, Tom – señaló Anderson con un tono de voz ingenuo, mirando directamente a su colega –. Trabajar gratis es algo raro.

- ¿Cuánto te serviría un poco más de dinero? Sammy ya lo dijo: nuestras cuentas corrientes ya tienen varios ceros a la derecha. Unos cuantos menos no las afectarán para nada.

- De todas formas – contraatacó Selppa –. Acá hay en juego algo más que el dinero. Aquí está en juego nuestra integridad.

- ¿De qué integridad me hablas? – levantó la voz Cussack –. A nosotros no nos sucederá nada.

- Lo único que hemos hecho en estos momentos ha sido discutir y pelear entre nosotros – intervino Sandra Richardson –, algo que hasta ahora nunca había ocurrido. Dejemos que Tom nos diga el plan que tiene en el caso de tomar la tarea. Después decidiremos.

A Tom Cussack siempre le había fascinado la facultad que tenía la abogada para resolver problemas que para él eran insolubles, y ésta no fue la excepción. Una vez más, Sandra Richardson se hizo cargo de la situación y tomó las riendas de la conversación.

Cedió la palabra a Cussack, el que después de agradecerle con la mirada, principió a hablar.

- Lo primero que debemos hacer es sacar en libertad al asesino. Para eso, debemos hacer un montón de cosas antes –. Y comenzó a contar el plan que había elaborado en el preciso instante en que Sarah Fletcher le contaba lo que deseaba de ellos. Habló cerca de casi una hora, sin que ni una sola vez fuera interrumpido. Sus amigos lo escucharon con suma atención, moviendo la cabeza de vez en cuando para apoyar o rechazar alguna idea. A pesar de todo, el plan que tenía Tom Cussack era bueno, tal vez muy bueno, y eso no podían dejar de admitirlo sus compañeros. Cuando por fin terminó, esperó las reacciones de sus socios.

- Me parece un buen plan – el primero en hablar fue Volko –. Si es que resulta, claro está. De todas maneras, yo secundo.

- Yo también – dijo Ducho.

Sandra también dijo que sí, al igual que Chris Anderson, Jimmy Coultrand y el propio Tom Cussack. Solo faltaba Sammy Selppa.

- Espero no arrepentirme más tarde – dijo éste –. Pero también te apoyo – y levantó el pulgar derecho en señal de aprobación.

Sin desearlo en absoluto, una sonrisa pintó los labios de Tom Cussack.

- Ya está todo arreglado – dijo Chris Anderson a Tom Cussack, el hombre que hacía las veces de organizador de HBC –. Acá tengo el *chip* que me pediste y el celular. Sólo falta que esa mujer llame.

- Lo hará, no lo dudes. Mientras tanto – contestó el otro –, reúne a los muchachos dentro de diez minutos. Empezaremos a trabajar ahora mismo.

A los diez minutos exactos todos estaban reunidos en la improvisada sala de reuniones que albergaba, de vez en cuando, a los representantes de HBC para resolver los pasos a seguir en tal o cual misión. Desde este preciso momento, HBC dejaba de existir, y cada uno de sus socios, si era capturado por la policía o por cualquier otra entidad, moriría sin delatar a sus compañeros. Era el código de honor.

- Primero que nada, agradezco a todos por darnos esta posibilidad. Ya sé que había mucho de ustedes que se oponían a una misión como ésta, pero, gracias a Dios, ha primado la sensatez y, si se quiere, los sentimientos.

- Creo que es mejor guardarse esas palabras para cuando terminemos – objetó el hombre de apoyo logístico, Coultrand –. Por ahora, aboquémonos a todo lo que viene.

- Estoy de acuerdo – sentenció Cussack –. Empecemos entonces. Primero, necesito alguien que investigue quién es el fiscal a cargo de la investigación, todo lo referente a él. Qué come, dónde vive, a qué hora saca a pasear al perro, cuál es su película favorita, etc.

Necesitamos toda la información que pueda servirnos. Un informe detallado de sus actividades, tanto dentro como fuera de su vida laboral.

- Yo me encargaré de eso – convino Selppa –. Déjame ir ahora mismo.

- Perfecto – y mirando al resto de sus compañeros, añadió –. También necesito información de los lugares o recintos que el Gobierno tiene destinado para la protección de testigos. Si logramos que el asesino salga en libertad, es obvio que los federales no lo llevarán hasta su casa. Los vecinos se encargarían de él. Lo llevarán a un lugar resguardado, lejos de todo el mundo.

- Creo que existen dos o tres sitios que el Estado tiene para la protección de testigos – dijo Anderson –. Ahora mismo iré a averiguar con algunos contactos que he hecho por ahí.

- Gracias, Chris – agradeció Cussack –. Necesito dos cosas más. La primera, conseguir armas, y no veo otra posibilidad que hacerlo en los bajos fondos.

- Eso va a ser un poco difícil – habló Volko –, pero no imposible. Esos mafiosos nos pedirán mucho dinero.

- No hay problemas con el dinero. Tú conoces de armas, Andrew. ¿Crees que podrás conseguirnos algunas?

- No pierdo nada con intentarlo. Lo haré.

- Muchas gracias – y luego miró a Sandra –. La última investigación creo que te corresponde a ti.

- ¿A mí?

- Necesito que estudies el informe policial del asesino, de John Backwood.

La mujer movió la cabeza en señal afirmativa, se despidió de sus pocos compañeros que quedaban, y salió. Adentro se quedaron Coultrand, Ducho y Cussack, los que llevarían el peso de la organización de toda la operación. El montaje de la misma tomaría a lo sumo un mes, pues debían crear una fachada de una empresa legal para no levantar sospechas de la policía o del FBI.

- Yo tengo algunos buenos amigos falsificadores – señaló *el Rey* Ducho –. Me deben algunos favores.

- Eso es perfecto. Trata de contactarlos y consigue documentos que acrediten que pertenecemos al Departamento de Limpieza de la Municipalidad. Crea identificaciones personales falsas, y si es posible con sus respectivos timbres.

- De acuerdo. Empezaré de inmediato.

- ¿Cuándo te llamará Sarah Fletcher?

- Mañana antes del medio día.

Al otro día, justo a la hora señalada, la madre de Stephanie Birlock llamaba al móvil desechable de Cussack, el que lo había desbloqueado el día anterior. Tom se encontraba sólo en su oficina, pues todo el resto de sus compañeros estaba en terreno, recopilando la información necesaria, y que conformaba la primera parte del plan de Cussack. La conversación con la mujer no había durado más de un minuto, tras la cual había lanzado el celular al fuego que ardía en un pequeño brasero que había encendido un momento atrás para calentar la sala. Afuera, el cielo estaba nublado, y había empezado a lloviznar.

Sarah Fletcher había llegado media hora después, vestida completamente de negro, y solo su pelo amarillo resaltaba toda su figura. Ella era una mujer joven, de veintitantos años, alta y decidida, buena moza. Sus ojos todavía tenían un tenue color rojo en las pupilas: todavía había estado llorando.

- Hemos decidido ayudarla y emprender esta tarea, señora Fletcher – dijo Cussack.

- Muchas gracias – dijo ella, conmovida –. No sabe cuánto se lo agradezco.

- Mejor no me lo agradezca hasta que terminemos lo que recién empezamos. Pero quisiera decirle algunas cosas, que usted deberá obedecer al pie de la letra. Si sabemos que usted ha faltado a cualquiera de nuestras exigencias, aunque sea insignificante, abortaremos la misión. ¿Me entiende?

- Si, señor.

- Bien. Desde ahora en adelante, toda la organización corre por cuenta de nosotros. No hay contratos ni plazos estipulados en ninguna parte. La misión puede durar un mes como un año, eso dependerá de nuestros contactos y de nuestras capacidades. Desde ahora en adelante, usted no intentará ponerse en contacto con nosotros, tampoco intentará averiguar cuáles han sido nuestros avances. ¿Está claro?

- Sí, señor.

- Muy bien – respondió Cussack –. Cuando la operación esté en su etapa final, nosotros la contactaremos a usted. ¿Qué emisora de radio escucha usted?

- Acostumbro oír Emisoras Locales.

- Muy bien. Entonces escuche constantemente ese dial y nosotros enviaremos un aviso de trabajo donde se necesitan cortadores de césped. Entonces usted se encontrará conmigo en una dirección que yo mismo le señalaré – Cussack hizo un gesto y continuó –. El resto será fácil. Usted matará al desgraciado.

- Muchas gracias, prometo que no le fallaré.

- Mejor así, recuerde que si descubrimos que ha incumplido nuestras órdenes, la misión se abortará.

- No se preocupe, no fallaré.

- Una cosa más. Desde este mismo instante, HBC no existe. ¿Está claro? – ella afirmó con la cabeza –.Y sobre el método de pago, no se aprobleme. El Estado pagará. Ahora váyase y espere el aviso de la radio.

Sin decir una sola palabra más, y tomando por experiencia la vez anterior, justamente veinticuatro horas antes, Sarah Fletcher salió del lugar y depositó todas sus esperanzas en aquellas siete personas que buscarían la forma de hacer que ella se vengara del malvado hijo de puta que le había arrebatado a su pequeña e inocente hija. Las mismas esperanzas que Dios le había quitado meses atrás.

Tom Cussack tuvo un sueño agitado, intranquilo. La llovizna de la mañana era ahora un aguacero insoportable que golpeteaba contra los techos de zinc, y el viento aullaba como lobos buscando su presa. Por los sueños de Cussack pasaban imágenes esporádicas de su juventud, de sus días con sus padres caminando por la playa, cuando el ocaso teñía de rojo carmesí hasta el más alejado rincón. ¿Qué eran cinco años? Nada.

Pero su subconsciente trabajaba incluso cuando él dormía. Su mente divagaba la posibilidad de encontrar sin protección al asesino de Stephanie y poder ajusticiarlo sin más, pero sabía que el sujeto estaría custodiado y separado del resto de la población penal.

Se despertó sudando, casi enloquecido. Miró el reloj que tenía sobre una mesita, al lado de su cama: casi las tres de la madrugada. La lluvia seguía cayendo hipnóticamente, con una melodía calmante y alucinatoria. ¿Acaso no era relajante dormir bajo el sonido de las gotas de agua cayendo sobre un tejado de zinc? En otras circunstancias a Tom le hubiese encantado colocarse a escuchar el sonido de la música de la lluvia, esa música que despertaba en los nostálgicos su sentido más desarrollado del amor, en los depresivos sus ganas de suicidarse, y en las madres el dolor de perder un hijo.

Se levantó y fue a la cocina por un vaso de agua. Hace mucho tiempo que dormía solo, sin más compañía en la cama. Recordó a su ex mujer, una morena muy bonita que lo había abandonado diciendo que él la había engañado con otra. Y probablemente era verdad, pero se había equivocado. Ahora no servían sus arrepentimientos, de nada servían sus oraciones a Dios, un Dios que nunca tenía tiempo de escucharlo a él, pero permitía que desgraciados como Backwood acabaran con la vida de una niña pura e inocente.

Volvió a su cuarto, encendió la lamparita de su velador, y se sentó sobre la cama. Estuvo así un buen rato, hasta que el frío comenzó a lacerarlo en su torso desnudo. Curiosamente, hasta ese momento no había sentido el frío, pero ahora lo notaba en todo su cuerpo. Se colocó la misma camisa que había utilizado esa mañana, o más bien la mañana anterior, y se colocó también los mismos pantalones. Trató de pensar con la cabeza despejada, y volvió a mirar el reloj: las tres y treinta.

Faltaban apenas tres horas para la hora habitual en que se levantaba, pero le parecían eternas. Si no empezaba a trabajar en algo, si no empezaba a ocuparse en algo, pensó que se volvería loco. ¿Pero qué podía hacer a tan tempranas horas de la mañana,

con una tempestad terrible, solo, y en medio de la nada? No tenía muchas posibilidades, excepto buscar una prostituta con quien pasar el resto de la noche, o más bien dicho, lo que le quedaba de horas de sueño.

Se desvistió, se metió bajo la ducha caliente y se dio un buen baño. Veinte minutos después, subió a su vehículo, encendió el motor y se dirigió al Sunset Boulevard, el barrio rojo de la ciudad, donde podías encontrar desde prostitutas mujeres hasta prostitutas no tan mujeres. Sólo deseaba que el resto de oscuridad no le deparara una desagradable sorpresa.

## 2

El amanecer no había cambiado el efecto climático, y aunque las precipitaciones eran de menor intensidad, la lluvia caía ininterrumpidamente sobre una tierra ya en exceso húmeda. Las calles parecían verdaderos ríos urbanos, donde los autos más que andaban, patinaban, y los peatones, ataviados con impermeables, abrigos y paraguas, salvaban lo mejor que podían las intransitables avenidas, las infranqueables calles inundadas que llegaba hasta las rodillas.

El hombre que caminaba con un abrigo de tweed y manos en los bolsillos parecía no importarle lo que ocurría a su alrededor. Con la cabeza gacha, los ojos avizores y los oídos alertas, el sujeto marchaba sin voltear la cabeza atrás, pero fijándose en las vidrieras de los escaparates de las tiendas para controlar de esa manera todo el tránsito de atrás. Aunque estaba lloviendo, los posibles espías siempre estaban al acecho, sobre todo en días como éstos, donde nadie esperaría que se dedicaran a trabajar.

El hombre siguió caminando como si nada sucediera, pero ahora era evidente que estaba preocupado. Torció por unas calles laterales tratando de perder al hombre que lo seguía, porque ya estaba seguro que lo estaban siguiendo. ¿Quién sería? ¿Alguna deuda pendiente con la mafia de la droga? Aunque muchas veces él y su gente habían servido a los señores de los grandes cárteles de la droga, tanto dentro como fuera del país, no recordaba que alguna vez hayan quedado con un trabajo a medias o con deudas de dinero. Además había una conjetura que echaba por tierra esta hipótesis: por lo general, él pasaba la mayor parte del tiempo oculto tras las sombras de sus hombres, y muy pocas veces salía a la luz pública, sólo en excepcionales ocasiones en que debía resolver él mismo asuntos pendientes.

Y justamente hoy era una de esas excepcionales ocasiones, y había elegido precisamente este día porque estaba lloviendo y nadie se fijaría en él. Vaya suerte había tenido, y mejor olfato aún. Por eso, vigilaba cada uno de los escaparates en busca de su cazador, pero aún no lograba ubicarlo, aunque *sabía* que lo seguían. Pero tal vez no era para matarlo, como siempre creía que lo harían, pues ya lo hubieran hecho, considerando lo desiertas que estaban las calles y avenidas por donde circulaba. ¿Quién podría ser?

De pronto vio una tienda abierta, que vendía ropa de hombre, y se metió en ella. Si alguien lo estaba siguiendo, el perseguidor tendría que hacer dos cosas: o entraba para buscarlo y no perderlo de vista, o disimulaba en el exterior como si estuviera leyendo un periódico o mirando la ropa. En cualquiera de los dos casos, el hombre del abrigo de tweed lo reconocería.

Pero nadie entró y nadie se paseó por afuera de la tienda, lo que dejó sorprendido al hombre. Con mucho cuidado siguió paseándose por entre los pasillos de la tienda,

incluso una muchacha que atendía se acercó para ofrecerle su ayuda, pero él la rechazó cortésmente. Después de unos cuantos minutos la única persona que pasó por el frente de la tienda fue una anciana de blancos cabellos que se acercó a un basurero y tiró un papel, el que arrugó antes de lanzar. Pero aquella mujer, obviamente, no podía ser el cazador, y por un momento el hombre del abrigo pensó que sus corazonadas e intuiciones le estaban empezando a fallar. No en vano pasaba el tiempo por uno, y no en vano el cuerpo, los sentidos y los reflejos se iban perdiendo.

El sujeto volvió a salir, miró en todas direcciones, ya sin disimular en absoluto, y después de comprobar que no había nadie en la calle, continuó su camino. La intensidad de la lluvia había vuelto a subir, y ahora los goterones se dejaban sentir con mayor furia. Avanzó varios metros dirección abajo, sin que nadie estuviera al alcance de su vista. Pero a pesar de que se encontraba viejo, o al menos más viejo de lo que a él le hubiera gustado, aún tenía una buena pizca de sus antiguos atributos, innatos en él.

Cuidadosamente se ocultó detrás de un vehículo estacionado a un costado de la calle, o más bien que estaba con desperfectos. El hombre comprobó que el auto estaba parado desde hacía rato, y la causa más probable era que le había entrado agua al distribuidor. El pobre dueño tendría que esperar hasta que parara de llover para poder pensar en arrancarlo. Sin querer, la fortuna empezaba a sonreírle.

Desde su ubicación alcanzaba a visualizar un radio bastante amplio, la tienda donde había entrado e incluso el basurero donde la anciana había botado el papel que había arrugado. Nadie se apareció por esos lugares, y ya se disponía a marcharse definitivamente pensando que efectivamente había perdido del todo sus reflejos, cuando vio aparecer a un hombre casi de su misma altura, aunque mucho más joven, por lo menos diez años menos. Al igual que él, el tipo iba sin paraguas y con un abrigo largo que le llegaba hasta los tobillos. A pesar que la lluvia había recobrado su intensidad, el hombre no parecía afligirse por el agua, ya que continuaba caminando como si lo hiciera bajo un sol espectacular.

De pronto, el hombre se detuvo frente a la tienda en la que antes había entrado él mismo y miró cuidadosamente. Era evidente que nadie había en el interior, al menos nadie que a ese sujeto le interesara. Cuando hubo comprobado todos sus puntos ciegos, aquel sujeto se aproximó al basurero y metió lo mano. A escasos metros de allí, el hombre del abrigo de tweed miraba con curiosidad el episodio, y no le cupo dudas que el sujeto y la anciana estaban coludidos. ¿Quién podía ser el sujeto, y que quería de él? Sin detenerse a averiguarlo, el hombre del impermeable sacó un teléfono móvil e hizo una llamada.

Un teléfono sonó lejos de allí, casi en la otra punta de la ciudad. El hombre que lo portaba estaba amparado en la oscuridad más absoluta, a pesar de ser recién las dos de la

tarde. Pero no hacía falta la noche para esconderse en la oscuridad, pensaba siempre Roger Murdock, un hombre peligroso, violento y prófugo de la justicia. Hacía un par de años se había fugado de la cárcel, después de haber sido acusado de secuestro y asesinato de un importante empresario nacional líder en la industria textil. Los motivos del crimen nunca habían quedado claros, pero lo cierto es que Murdock había escapado el día antes de ser trasladado a la cárcel de alta seguridad de la capital. No se descartaba la idea de un soplo al interior del penal, pues bien sabido y conocido era que el prófugo tenía mucho, mucho dinero. Y también muchos contactos.

La policía jamás había dado con la casa que escondía al líder, por más que acordonaron los bajos barrios de la ciudad, por más que solicitaron la ayuda de los federales y de la policía local. El bandido había desaparecido de la faz de la tierra, y nunca más se supo de él. Así lo deseaba Roger Murdock.

El sonido del teléfono, una melodía de un *rappero* conocido, lo sacó de su mutismo. Mientras miraba los muelles de Standford desde la ventana de su habitación, presionó el botón verde de su móvil y respondió la llamada. Sin siquiera ver la pantalla para saber quién llamaba, sabía quién era. Primero escuchó atentamente al otro sujeto que lo llamaba desde afuera, desde el *exterior.* ¿Por qué tenía que haber salido justo ahora? Movió la cabeza sin comprensión.

- Está bien – dijo Murdock –, enviaré a los chicos. Haz lo de siempre.

Dos sujetos aparecieron diez segundos después como si hubiesen sido llamados por telepatía, pero lo cierto era que Murdock los había llamado presionando un disimulado botón oculto debajo del apoyabrazos de su asiento. Se notaba que los sujetos estaban atentos y eran disciplinados, pues de inmediato se pusieron a las órdenes del sujeto que los había llamado. Mientras estaban frente a él, Murdock encendió un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

- *Hierro* dice que lo están siguiendo. No sabe quién o por qué, pero está seguro.

- ¿Hacemos lo mismo de siempre? – preguntó *El Manco* Mordell.

- Sí – contestó Murdock –, pero esta vez lo quiero vivo.

Los dos mafiosos salieron de la habitación del jefe y se dirigieron a la calle, no sin antes llevar cada uno de ellos un arma de fuego con el cargador completo. Aunque las instrucciones del líder fueron claras, nunca estaba de más llevar a una *amiguita* que pudiera sacarlo a uno de cualquier problema inesperado. A lo largo de sus delictuales vidas, los hombres habían aprendido algo muy importante, y que seguramente más de alguna vez a alguno de ellos les salvó la vida: en la confianza estaba el peligro. Y el cuarteto de mafiosos ya no se confiaba de nadie.

Entretanto, bajo la lluvia torrencial, Patrick "*Iron*" Chealle volvía sobre sus pasos y caminaba haciéndose el inocente, tratando de no hacerle creer al cazador que ahora él iba a ser el cazado. Empezó deteniéndose justo delante del vehículo con problemas, y luego,

sacando su teléfono móvil simulando hablar con alguien, comenzó a desandar todo el camino andado. Al frente, el hombre que lo estaba siguiendo se detuvo y en su rostro se dibujó una señal de extrañeza. ¿Lo habrían descubierto? Si era así, entonces estaba en verdadero peligro, pues sabía de sobras que el hombre al que estaba siguiendo era peligrosísimo. Pero él era inteligente, y jamás se dejaría atrapar.

La lluvia seguía arreciando con toda su fiereza, y cada vez quedaba menos gente en las calles. Los dueños de las tiendas aparecían de vez en cuando en la entrada de sus almacenes oteando las inmediaciones en busca de posibles clientes, pero las avenidas estaban desiertas. Era raro ver a un transeúnte caminando desprevenido por esos lugares, más aún cuando los programas del tiempo anunciaban lluvias durante todo el fin de semana.

Chealle siguió caminando descuidadamente, y de vez en cuando chequeaba los escaparates solo para enterarse que el cazador seguía tras sus pasos. Sabía que en muy poco tiempo el hombre estaría completamente acorralado, pero quería saber por qué lo estaba siguiendo. ¿Y si se había equivocado de hombre? Imposible.

Más atrás, el cazador no perdía de vista al otro sujeto, y cuando éste empezó a devolverse, una idea extraña cruzó su mente. ¿Acaso lo habían descubierto? Si era así, lo mejor era abortar su misión, dejarla para otro momento y simplemente dar media vuelta y marcharse. Pero hasta que no estuviera seguro, no lo iba a hacer.

El hombre se escondió y dejó que Chealle avanzara como si nada, vigilando todo desde las sombras. De repente vio que el hombre se detuvo, como pudo sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió. Al poco rato, un auto apareció por el lugar, y un hombre alto, fornido y musculoso se bajó de él. Conversó unos instantes con el sujeto que estaba mojado del todo, ambos hicieron gesticulaciones con las manos y los brazos, y juntos vieron marchar al vehículo. Los dos miraban en todas direcciones, pero no pudieron ver al hombre oculto.

- ¿Estás seguro? – oyó el perseguidor que el recién llegado le preguntaba a su presa.

- Completamente – respondió el otro, y desde su escondite el tipo creyó notar un acento europeo en el facineroso –. Lo comprobé varias veces.

- ¿Y dónde diablos se metió ahora? – volvió a preguntar el tipo que recién había llegado –. No pudo haber desaparecido así como así.

En ese momento se escuchó el motor de otro automóvil, pero lejos de allí. El cazador escuchó claramente que el vehículo detenía su andar, se abría una puerta y luego volvía a cerrarse. Alguien se bajaba, sin duda más amigos del hombre que estaba espiando. Entonces lo habían descubierto, y ahora solo dependía de él salir con vida de ésta.

El nuevo recién llegado, un hombre ancho de espaldas y nariz de boxeador que respondía al nombre de Jonas Bible, se acercó serenamente a los otros dos sujetos, y sin decir una sola palabra sacó su arma y la preparó para disparar. El hombre del escondite no podía verlo desde su posición, y ni siquiera sabía a ciencia cierta si había llegado al encuentro de los otros dos. En su mente se encendió la luz roja de la alarma, una señal parpadeante que decía PELIGRO. Si bien era cierto que el hombre estaba entrenado a conciencia, bajo el mando de uno de los más temidos generales rusos de los últimos cincuenta años, en las heladas latitudes de Siberia, el hombre no pensaba en morir todavía, menos aún cuando tenía por delante toda una misión.

Andrew Volko pensó en su tierra natal. Al norte se elevaba una gran catedral ortodoxa donde los fieles iban a lanzar sus oraciones, donde los pecadores trataban de redimirse de sus malas acciones, donde los infieles trataban de encontrar el perdón que le devolviera a sus esposas y donde los mentirosos esperaban que una verdad los hiciera libres. Al sur, justo pasado el hermoso río bautizado simplemente como El Afluente, hermosos y verdes jardines coloreaban de verde un paisaje en otros tiempos estériles y carentes de vida. Por las mañanas, cuando los primeros rayos del sol comenzaban a salir por el este, los gallos empezaban a cantar, las vacas a mugir y los caballos a relinchar. Todo el olor a campo, toda esa cosa silvestre que en la ciudad no se aspiraba le traía nostálgicos recuerdos de su infancia, una infancia que, si bien fue dura, fue también feliz.

El hombre de origen ruso pensó en lo extraña que era la mente humana, que recurría a estos fragmentos de recuerdo justo en los momentos más difíciles de uno, justo cuando se está a punto de morir o cuando se está a un paso de perder todo lo que se tenía. Era en estos momentos, oculto tras unos contenedores de basura municipales, espiando a un tipo de armas tomar, que además contaba con dos compinches de su misma calaña, cuando deseaba estar con su gente, pastando con las vacas, viendo el Afluente llevarse el lodo que las lluvias dejaban todo el invierno.

Dejó de pensar en esas superficialidades por el momento y se concentró en los tres tipos que tenía delante. Conocía más o menos la ubicación de dos de ellos, pero ignoraba por completo la posición del último. No sabía nada de él, la estatura, el peso aproximado, nada. Y lo que más le extrañaba de todo, era que estuvieran hablando ahí, bajo la lluvia. Eso solo significaba una cosa: lo habían descubierto.

Tratando en lo posible de no hacer ruido, Andrew Volko se movió del lugar donde estaba oculto, y se metió dentro de uno de los basureros gigantescos que las municipalidades colocaban para la basura de la ciudad. Se dejó caer sobre una inmundicia tal que estuvo a punto de vomitar; sin embargo, la gran cantidad de basura silenció el sonido de su caída.

Desde su nueva ubicación, Volko levantó un poco la tapa del receptáculo para visualizar a sus enemigos, pero se llevó una sorpresa mayúscula al no ver a nadie al frente.

¿Qué había sucedido? Desechó la idea de que lo habían descubierto, pues si así hubiera ocurrido ya estarían sobre él.

Iba a tratar de pensar en otra posibilidad cuando sintió que su escondite era fuertemente golpeado con algún objeto contundente, tal vez una barra de acero sólido, quizás una jauría de salvajes. Mientras era asaltado de esta manera, el ruso creyó escuchar el ruido de un motor, y de inmediato se la vino a la cabeza el vehículo que habíase detenido hace algunos momentos, y del cual había descendido el tercer hombre. Lo estaban empujando con un auto, había sido descubierto inapelablemente.

La única idea que se cruzó por la mente fue tratar de escapar. ¿Pero cómo? Sintió en esos momentos cómo el receptáculo de la basura se ladeaba sobre un lado, quedando la puerta, o más bien la tapa, justo frente a él. Sin pensarlo dos veces, el hombre dio una patada y la abrió, y echó a correr desesperadamente. Claro que tenía pocas opciones de sobrevivir, pues sus atacantes echaron a correr tras él en su vehículo, por lo que muy pronto lo alcanzarían. De todas formas, Volko echó a correr lo más de prisa que pudo y, a pesar de lo delicada de su situación, tenía una esperanza.

- ¡Que no se escape el bastardo! – oyó que decía uno de los atacantes –. ¡Acelera, Jonas!

Y obedeciendo la orden del otro, Jonas Bible aceleró violentamente, tratando de dar alcance al fugitivo rápidamente.

Volko se metió por pasajes por los que el carro no cabía, y eso le hizo pensar que, después de todo, tendría aún la esperanza de salir con vida. Lamentaba, no obstante, no haber cumplido con la misión que él mismo se había comprometido a realizar, pero si salía con vida, lo volvería a intentar.

Por un momento la persecución se detuvo, y parece que la lluvia había decidido no ser testigo de su muerte, pues también había cesado. Sólo un viento huracanado se dejaba sentir de vez en cuando, y las ráfagas agitaban los letreros propagandísticos de las grandes tiendas, letreros luminosos que ahora oscilaban peligrosamente al vaivén del viento. Andrew Volko se detuvo en su carrera, respirando agitadamente al recuperar sus fuerzas. No recordaba una sola vez en que se viera metido en estos problemas, y esperaba que, si se le daba la oportunidad, no volviera a sentirse así. No creía en Dios, solo creía en sus destrezas y habilidades, y ahora apelaría una vez más a ellas.

- No pudo haberse esfumado así como así – escuchó la voz de Chealle –. Estaba justo delante de nosotros.

- El jefe lo quiere vivo – recordó *El Manco* Mordell –. Tal vez quiera matarlo él mismo.

- Por supuesto – replicó Bible –. El gran Roger Murdock.

En su lugar de escondite, Volko escuchó el nombre con un movimiento de la cabeza. Había escuchado el nombre algunas otras veces, pero no sabía con certeza si

realmente ese hombre existía. Se decía que Roger Murdock, alias *Cerebro*, era uno de los criminales más buscados por la policía, un hombre con una riqueza que él mismo desconocía, con contactos en todo el mundo del hampa, que estarían dispuestos ha hacer cualquier cosa que él les pidiera con tal de ganar su gracia. Nunca se había dejado ver, pero sus seguidores, sus hombres de confianza y sus socios de los bajos mundos dejaban bien en claro que Murdock tenía ojos y oídos en todas partes.

También se oía decir que *Cerebro* eran un tipo despiadado con sus enemigos, implacable con sus adversarios y sanguinario del todo. No perdonaba la traición, los errores o la falta de compromiso, por lo que todos los que trabajaban a su lado sabían a qué atenerse sin hacían tal o cual cosa.

Roger Murdock era un dios.

Pero también era la persona que Volko andaba buscando, y la única manera de encontrarlo era haciendo caer en la trampa a uno de sus socios, los que de vez en cuando se dejaban ver para resolver negocios sucios con aquellas personas que, por un motivo u otro, requerían de sus servicios.

- Vamos, sal de tu escondite, maldita rata – le gritó uno de los maleantes a viva voz. En las calles ya no quedaba un alma, incluso algunos dueños de almacenes y de pequeños negocios habían decidido cerrar sus tiendas por la falta de clientes. Volko puso su sentido de la audición al máximo.

- Prometemos interceder ante el jefe para que te de una muerte rápida y no sufras demasiado – le gritó otro, haciendo sonar el cargador de su arma.

Pero el ruso-americano no pronunció una sola palaba, pues sabía que si hablaba era hombre muerto antes de llegar incluso a Murdock. Sus próximos movimientos tenían que ser cuidadosos y muy meticulosos, a menos que quisiera ser carne para los cerdos.

Se arrimó lo más que pudo a la pared que tenía detrás, que correspondía a una casa modesta, y se acercó a la puerta. Sin querer, aferró el pomo y lo tomó con fuerza, y para su sorpresa éste giró, abriendo la puerta. Entró sin hacer ruido, tanto por si lo escuchaban desde el interior como si se enteraban sus perseguidores.

El interior de la habitación era modesta y sencilla, y sobre una mesa destartalada reposaba un cuadro con la foto de una mujer anciana en traje, seguramente la dueña de la casa. Volko no oía ninguna voz al interior, y rompiendo la inercia de quedarse quieto, se aventuró a entrar más, buscando una salida que lo alejara de los sicarios.

Llegó así hasta una pieza al final de la casa, con una ventana que daba a la calle, pero era una ventana que no se podía abrir, porque solo constaba con el marco. De todas formas escapar por ahí sería complicado, pues a la salida de la ventana – en el caso que alguien quisiera bajar por ahí – no había ni siquiera la cañería que sirve para evacuar el agua de las lluvias. Por lo tanto, había que saltar casi dos metros y medio en caída libre y

aterrizar en el suelo de golpe. Pero esa tendría que ser la única vía de escape de Andrew Volko si pensaba ocupar esa casita para huir de la muerte.

La casa no tenía más habitaciones, por lo que dedujo que la dueña de casa vivía sola, sin más familia. ¿Pero dónde se encontraba la mujer? De seguro había salido a comprar y había dejado mal cerrada la puerta. Cuando llegara, con suerte, encontraría todo tal y como ella lo había dejado, sin tener que lamentar ningún robo.

Ya Volko estaba evaluando otra vía de escape cuando escuchó la voz de los hombres que deseaban llevarlo con el *Cerebro* Murdock. No podían saber que estaba escondido dentro de la casa, pero así como él había entrado de casualidad, la suerte también podía estar de parte de ellos y llevarlos hasta él. Por eso, no había mucho más que pensar. Se iba a arriesgar, y que la suerte lo acompañara.

Agarró un florero que había en una cómoda y lo arrojó con todas sus fuerzas contra la ventana, cuyos vidrios saltaron en todas direcciones. Afuera, los matones de Murdock irrumpieron como una tromba en la casa, sospechando que el hombre se escapaba por ahí. Cuando llegaron al último cuarto, vieron como Volko se levantaba del suelo a duras penas y echaba a correr con todas las fuerzas que sus piernas eran capaz de reunir.

- Ese hijo de puta está loco – dijo con rabia Chealle, mirando al mismo tiempo por la ventana, hacia abajo –. Demos la vuelta de inmediato, de lo contrario escapará.

Los tres hampones salieron de la casa y se dirigieron al coche que los conducía, dieron la vuelta a la casa, ubicándose justo debajo de la ventana que el ruso había roto para escapar. Desde el lugar inspeccionaron los alrededores y se percataron de un charco de sangre cerca de donde había caído el fugitivo. Así que estaba herido, así no podría llegar muy lejos.

- Rodeemos todo el sector. Mientras tanto llamaré al jefe.

Anduvieron dando vueltas casi una hora sin hallar huellas de Volko. Parecía como si el maldito hubiese desaparecido, como si se hubiese esfumado como por arte de magia. ¿Cómo podía ser, si estaba herido? Tal vez el corte no era de importancia, tal vez una herida en un brazo o en una mano, nada de lo que el hombre tuviera que preocuparse seriamente.

- ¿Qué dijo el jefe?

- No me respondió nada – contestó uno de los matones –. Sólo me escuchó, y cuando terminé de hablar, cortó.

- Eso significa sólo una cosa, tú ya sabes.

El otro sujeto no respondió, pues sabía perfectamente qué significaba. Roger Murdock iba a salir de su escondite y él mismo iba a ir de caza. Muy pocas veces salía de su agujero, pero las veces que lo hacía el mundo se ponía a temblar, y era mejor no cruzarse en su camino. Era claro que no iba a venir como él quisiera, en un automóvil a

todo lujo, una limusina, porque tenía que cubrir su identidad, pero de todas maneras vendría con su personal de seguridad, armado hasta los dientes y destellando odio por los ojos. Ahora la cosa iba a ponerse interesante.

Roger Murdock se preparó como en los buenos tiempos. Cuando recibió la segunda llamada ese día, se levantó de su asiento, que a veces parecía haberse fundido y convertido en uno solo con el hombre, lanzó la colilla de su cigarro lejos, por la ventana abierta que daba a los muelles, y llamó al personal de seguridad. Sin decir una sola palabra, se dejó conducir por su personal altamente adiestrado, cinco gorilas del tamaño de un ropero tres cuerpos, las cabezas rapadas al cero, las automáticas entre sus brazos. Tres adelante y dos atrás, todo el grupo se dirigió a los estacionamientos del lugar, un amplio espacio cubierto a la luz pública, resguardado de miradas curiosas y preguntas dañinas. Murdock fue conducido sin más ceremonias a su coche, se sentó detrás, solo, mientras que sus guardaespaldas se sentaron adelante. No hacía falta que se sentaran con él para resguardarlo desde la zona posterior, pues el vehículo poseía una cámara ubicada en el exterior del coche, orientada hacia atrás, por medio de la cual se podía ver lo que se acercaba: un monitor en la cabina entregaba toda la información.

El hombre iba en silencio, mirando siempre hacia delante, aunque lo único que veía era la separación negra que existía entre los hombres de la parte delantera y él. No le gustaba salir a encontrar a fugitivos que eran capaces de burlar a sus hombres, supuestamente entrenados para encontrar una aguja en un pajar. No le gustaba tener que salir de improviso por culpa de la ineficacia de sus hombres, pero si querías hacer algo bien, tenías que hacerlo tú mismo.

Sabía donde se encontraban sus hombres, sus matones, y llegó al lugar al cabo de cuarenta y cinco minutos. Sus guardaespaldas vieron desde la cabina a uno de los hampones de Murdock, a Chealle, y pronto vieron al resto. Rápidamente los tres subieron al carro, dejando el que andaban ellos ahí tirado, todo destrozado por el choque contra los basureros municipales, y emprendieron la búsqueda del sujeto. En corto tiempo pusieron al corriente a su jefe, el que en ningún momento interrumpió. Sólo preguntó cuando ellos hubieron terminado.

- ¿Cómo se les escapó?

- El desgraciado tuvo suerte… – principió a explicar Bible.

- ¿Suerte, dices? ¿Crees que es suerte que un hombre solo se les escape a tres expertos en sus propias narices? Eso no se llama suerte.

- El tipo era fuerte – trató de disculparse Chealle.

- Y muy inteligente, o ustedes demasiado estúpidos. ¿Alcanzaron a verlo?

- El tipo tenía rasgos extranjeros – respondió *Iron* Chealle, el que más había visto al perseguidor –. Apostaría que ruso.

- ¿Ruso? – preguntó extrañado Murdock –. No tengo en mis listas a los inmigrantes rusos, o al menos de las naciones que pertenecían al bloque soviético. ¿Estás seguro?

- Completamente – aseguró Chealle –. Lo miré muy bien cuando entré en la tienda para resguardarme.

- Lo que debemos pensar – analizaba *Cerebro* mientras el coche daba vueltas cada vez más amplias, abarcando un radio más extenso – es por qué ese hombre te estaba siguiendo. No es coincidencia que te estuviera acechando. Debemos encontrarlo, y si anda herido como dicen, no será difícil dar con su paradero. ¡A toda velocidad, George! – le gritó al chofer a través de la separación de ambientes.

El coche aumentó su velocidad notoriamente, y poco a poco la lluvia comenzó a caer nuevamente. No se veía a nadie por las calles, y para una mejor localización, el vehículo se metió por calles anegadas e intransitables, pensando que el hombre pudo haberse escondido en esos lugares para esquivar los ojos de los matones. De repente, en un muro de una casa se vio una mancha de sangre fresca, y una sensación extraña se aposentó en los corazones – si es que tenían corazones – de los fugitivos de la justicia. Y un poco más allá, tirado sobre la calle mojada estaba un hombre, tumbado de boca abajo, con una mancha roja cerca de su costado izquierdo.

- ¡Es él! – se oyó decir a uno de los hombres –. El muy hijo de perra.

Cuando despertó, Volko se sentía mal, cansado, deteriorado. La oscuridad del lugar donde se encontraba lo incomodaba, lo ponía nervioso. No sentía a nadie a su alrededor, y cuando trató de moverse se percató de que sus manos y pies estaban atados. Estaba sentado en una silla, frente a una ventana abierta que daba a unos muelles, pero Volko no podía reconocer el lugar, quizás nunca lo había visto.

Abrió un poco más los ojos, pero comprobó que no podía enfocar bien los objetos, sin duda porque le habían dado una paliza. Trató de recordar los episodios pasados, e instintivamente se miró el lado. Aunque ya no sangraba, todavía tenía la herida, pero cubierta por una venda blanca y limpia. Entonces, quienes quieran que lo hayan atrapado, lo habían curado, por lo que era teóricamente imposible que le hayan dado una paliza. ¿Quiénes era aquellos tipos, que primero trataban de asesinarlo, y luego le curaban la herida?

Se balanceó en la silla tratando de zafarse, pero no lo consiguió. No sabía si lo estaban espiando o no, pero no tenía otra opción. Después de diez minutos de moverse como poseso, se rindió. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero calculó que por lo menos serían dos horas.

- Es inútil soltarse, señor Volko – dijo la voz de un hombre, que le llegó a los oídos del ruso como llega un sonido de ultratumba –. Y si lo lograra, mis hombres lo matarían al primer segundo.

- ¿Quién es usted? – preguntó a la oscuridad Volko, tratando de darle a su voz un tono tranquilo y calmado, justo lo contrario de cómo se sentía.

- Mi nombre no importa – respondió el hombre –. Lo importante aquí son sus respuestas.

- No sé de qué me habla.

- Yo creo que sí –. Murdock encendió un cigarrillo y exhaló la primera bocanada de humo, la que lanzó a través de la ventana a la que se había acercado. Desde allí, los muelles Standford mostraban un panorama acogedor, con trabajos de estiba y desestiba que por lo general duraban toda la noche –. La noche es el mejor momento del día para contemplar las cosas que no vemos durante la luz. Desde este lugar he podido aprender cómo los marineros descargan las cajas de los buques. A veces incluso se acerca algún pequeño petrolero para desembarcar a su tripulación, la que corre a buscar prostitutas por un precio risible.

- No sé de qué está hablando – repuso Volko, aunque sabía perfectamente a qué se refería su interlocutor –. Usted está equivocado.

- ¿Equivocado? ¿Cree que si estuviera equivocado conocería su nombre? ¿Sabe una cosa? – se sentó en una silla que sacó de la mismísima oscuridad. La puso delante de él, aunque Volko no pudo verle la cara –. Se parece un poco a mis hombres cuando me dijeron que había sido suerte el que usted se escapara. ¿Cree que fue suerte?

- Sus hombres son unos estúpidos – declaró Volko, sin medir las consecuencias de sus palabras.

- Eso mismo creo yo. No es posible que dejen escapar a un sólo hombre, ¿no cree?

Volko no contestó, y de nuevo empezó a remecer la silla para ver si podía soltarse. Frente a él, Murdock rió estrepitosamente.

- Ya le dije que es imposible escapar, y si lo hiciera, mis hombres lo matarían en menos de lo que tarda en cerrar y abrir sus ojos. Yo mismo podría matarlo ahora mismo.

- Entonces mis amigos darían a conocer su nombre – el ruso se atrevió a lanzar un farol.

- No me haga reír, señor Volko. Antes que usted supiera mi nombre, Hitler volvería a nacer.

- Como usted diga, señor Murdock.

Ahora fue el hampón el que se quedó callado. ¿Cómo podía saber aquel sujeto su nombre? Aunque tratara de negarlo, de decir que Volko estaba equivocado, eso resultaría inútil. Aquel hijo de puta conocía su nombre, y eso era peligroso.

- ¿Cómo sabe mi nombre? – quiso saber el jefe.

- Eso no tiene importancia – contestó Volko, dándose cuenta de que empezaba a controlar la situación aunque se encontrara atado de pies y manos –. Lo único que quiero es llegar a un acuerdo con usted.

- ¿Un acuerdo? – se extrañó Murdock –. No creo que desee hacer un acuerdo conmigo. Ni siquiera me conoce.

- Se equivoca usted – contraatacó el americano de origen ruso –. Lo conozco muy bien, aunque nuestros caminos no hayan podido juntarse antes.

- Insisto – dijo otra vez el jefe de los mafiosos – en que usted podrá conocer mi nombre, pero no pasa de eso. En cambio yo sé muy bien de usted: un americano de origen ruso, madre americana pero padre ucraniano. El por qué llegó su madre a conocer a un ruso, lo ignoro, y a decir verdad no me importa. Tampoco sé en qué trabaja, pero no es algo que me interese. También sé dónde vive.

- Lamento decepcionarlo – dijo calmadamente el hombre atado –, pero si eso es todo lo que usted sabe de mí, entonces le llevo la delantera. Sé que usted se llama Roger Murdock, alias el C*erebro*, un fugitivo de la justicia. Sé también que maneja toda la mafia del sector norte de esta ciudad, domina los puertos Standford – que no me extrañaría fueran éstos que se ven desde su ventana –, trafica droga y armas. Como puede ver – Volko sonrió  aunque no sabía si el otro podía verlo –, sé mucho más de usted que usted de mí.

Murdock quedó en silencio, pensando a mil por hora. ¿Cómo podía un hombre como ese saber tanto de él? ¿Acaso, por primera vez, su seguridad había sido vulnerada? Se recordó preguntarle a su servicio de seguridad sobre ese aspecto, pero mientras tanto contempló al hombre que tenía al frente. Por su parte,  Volko por más que trataba de verle la cara a Murdock no lo conseguía, y deseaba llegar a tener una intimidad con ese hombre para lograr convencerlo de sus propósitos. No sabía cuánto tiempo tenía ni si sus palabras habían surtido el efecto que deseaba, pero a juzgar por el silencio de Murdock, al parecer había logrado crear un pequeño abismo en la coraza casi infranqueable del sujeto invisible que tenía al frente.

- ¿Qué quiere de mí?

- Primero que me suelte, y luego conversar. Le aseguro que tengo un trato que no podrá desaprovechar.

- Si es dinero de lo que está hablando, le advierto que no trabajo por menos de un millón de los grandes.

- Entonces creo que nos vamos a entender perfectamente.

Veinte minutos más tarde, Andrew Volko estaba suelto, pero afuera de la habitación donde se encontraba con Murdock los guardaespaldas de éste estaban

preparados para disparar ante cualquier eventualidad. El mismo *Cerebro* ocultaba bajo sus ropas un arma que lo sacaría de cualquier apuro, pero mientras, prefería mantenerse oculto en las sombras. Esta situación al ruso ya estaba colmándole la paciencia.

- Necesito algunas armas. No muchas, menos de diez.

- ¿Armas? Ha llegado al lugar indicado, pero no es tan fácil. ¿Cómo sé que usted es quién dice ser?

- Yo no he dicho ser nadie – corroboró Volko –, es usted quien lo ha dejado en claro.

- Está bien – acotó Murdock –, dejemos eso para más adelante. Lo importante ahora es entrar en confianza y ultimar los detalles de la entrega. ¿Se puede saber para qué necesita las armas?

- ¿Para qué usa usted las armas, señor Murdock? Yo las quiero para matar a una persona.

Conforme pasaban los minutos, a Roger Murdock le iba gustando aquel hombre. No había conocido en todo el tiempo que llevaba escondido a un hombre que no le temiera, que se presentara tan desprendido y altanero, sin miedo a enfrentarse a él. Por un momento pensó en que Andrew Volko podía ser más poderoso de lo que aparentaba, y eso lo incitaba a tener más cuidado, a estar más atento. Un aliado de esa magnitud sería beneficioso, pero un enemigo de esas características…eso sería desastroso.

- Usted comprenderá que no tengo armas acá mismo, no es como contar con lápices o cuadernos en una librería. Tendrá que esperar algunos días.

- ¿Cuántos días? – preguntó Volko –. No cuento con demasiado tiempo.

- ¿A quién representa, señor Volko? Aunque todo esto sea ilegal, como usted sabrá, mantengo un registro, por si alguna vez alguno de mis socios me traiciona. No sé si me entiende.

- Por supuesto –. Andrew Volko iba a sacar una documentación falsa, pero en ese instante se recordó que Murdock sabía su verdadero nombre. ¿Qué iba a hacer? Pensó con rapidez –. Lamentablemente no traigo identificación conmigo, usted comprenderá que corro un riesgo en la calle. Pero se las traeré el día que me tenga las armas. Y el dinero, por supuesto.

- Entonces hablemos de negocios – sentenció *Cerebro* –. Sepa usted que deberá darme la mitad ahora mismo, y la otra parte el día de la entrega.

- ¿Y eso cuánto es?

- Setecientos mil.

- No tengo esa cantidad ahora. Le puedo dar quinientos, y tres veces esa cantidad al momento de la entrega.

- Dos millones por un par de armas – rió Murdock a sus anchas –. Realmente está muy desesperado. ¿Qué armas necesita?

Volko conocía más o menos de armas, lo había aprendido haciendo el servicio militar cerca de Lubianka. Aunque sus conocimientos no estaban al alcance de los conocimientos que debería tener Murdock, recurrió a sus recuerdos del pasado. La Glock, arma utilizada por algunos funcionarios policiales y del FBI, se caracteriza por su recámara bloqueada, retroceso corto, un cargador de mayor capacidad estándar (17 cartuchos) y una velocidad de fuego alta. Utiliza un cañón modificado del sistema de seguro Peter/Browning. A diferencia de otras pistolas, el G17 y los demás modelos GLOCK han sido producidos con el mecanismo Safe Action System (*Acción Segura*), que es un mecanismo de disparo de semidoble acción (el golpeador queda montado a medias) con un *golpeador* en vez del *percutor* y la *aguja percutora*. Su estructura está rellena de polímero y plástico sofisticado. Tampoco tiene seguros manuales, sino seguros automáticos integrados que la hacen segura de portar; sin embargo a cambio de la comodidad que es no tener que quitar el seguro antes de disparar, el gatillo de la *GLOCK* requiere una gran presión de unos 2.5 kilos, lo cual es una presión muy grande comparada con otras armas. Era un arma sofisticada y de fácil uso, calibre 9mm Parabellum (9x19), una longitud de cañón de 114 mm. y una capacidad de cargador estándar de 17+1 cartuchos, aunque existían cargadores de 10+1 a 33+1.

Las Beretta eran un poco más caras, pero las dimensiones variaban de acuerdo a los requerimientos del demandante. Su peso fluctuaba entre los 900 y 970 gramos, y el cañón entre 109 y 125 milímetros, con un total máximo de 217 mm. Usaba una munición similar a la Glock, calibre 9mm Parabellum, con un cargador de hasta 20 balas. Su recarga era accionada por retroceso.

Existía también la llamada Taurus y la Mágnum, versiones similares a las anteriores, aunque un poco más pesadas. Aunque Volko conocía de vista aquellas armas, no estaba al tanto de sus características funcionales, pero no tenía por qué dárselo a entender a su anfitrión. Se mantuvo en silencio un momento, como si estuviera pensando, pero en el fondo esperaba que el otro sujeto hablara primero. Lo que si sabía era que las peores eran las Smith & Wesson, con apenas seis tiros.

- Me imagino que como buen traficante, tendrá armas de todo tipo.

- Por supuesto – contestó orgullosamente Murdock –. La persona que desea matar, ¿la enfrentará de lejos o de cerca?

- De cerca – respondió el ruso.

- Entonces puede llevar las clásicas Glock, armas que usa el FBI y algunos agentes de la policía. Si es descubierto, todavía podrá hacerse pasar por algún agente. Tengo un amigo falsificador excelente.

- Tomaré su palabra como más experta que la mía. Entonces tenemos un trato. Y con respecto a su amigo falsificador – prosiguió Volko –, lo pensaré y le comunico. ¿Cómo puedo tener contacto con usted?

- Yo le llamaré cuando todo esté listo. Deme su número –. Andrew Volko le dio el número de uno de los chips telefónicos que tenía HBC y que tendría que insertar a algún móvil que después terminaría en las llamas de algún brasero –. Mientras tanto, mientras envío las solicitudes a mis contactos de los bajos fondos, hablemos de dinero.

Conversaron casi una hora y media más, acordando el modo de la entrega de las armas y del dinero. Murdock dijo que precisamente en tres noches más le iba a llegar un “cargamento” a los muelles de más abajo, con gente de su confianza, con personal elegido por él mismo. Volko no le creía, el ruso pensaba que las armas ya las tenía en su poder, pero tendría que esperar la llamada del hampón.

- Antes de irme, quisiera tener la certeza que no me fallará – dijo Volko –. Medio millón no es una suma despreciable. Además, quisiera que me asegurara mi integridad física.

- No se preocupe – lo tranquilizó Murdock –. Si no cumpliera mi palabra, no tendría la reputación y la fama que ostento. Le doy mi palabra en ambas cosas. Lamentablemente para usted, estos tratos solo se pueden arreglar de palabra. Las leyes atentan contra nosotros.

Andrew Volko movió la cabeza en señal afirmativa, sonrió, tendió la mano al otro hombre y salió de la habitación, con un parche ensangrentado en el costado izquierdo, como Jesús.

- Y lamento la herida por culpa de mis muchachos – dijo Roger el *Cerebro* Murdock a Volko al salir.

Sin mirar atrás, el ruso pudo vislumbrar la cara de los guardaespaldas, que se habían quedado con las ganas de usar sus amenazadoras armas.

## 3

Mientras Andrew Volko abandonaba dignamente la habitación de Roger Murdock, uno de los mafiosos más buscados por la policía, y uno de los más poderosos del mundo del hampa, Sandra Richardson, una mujer estupenda, de notable figura, pronunciadas curvas y una inteligencia innata, caminaba por una de las céntricas avenidas de la ciudad, en dirección al edificio Project Building Associating, donde a las dos en punto tenía cita con el abogado, y colega suyo por ende, Mark Stonenberg, que hasta dos días después de la detención de Backwood las oficiaba de abogado defensor. Pero el hombre, argumentando causas éticas, había renunciado a defender al asesino, pasando el caso a Joan Schmitt, defensor público.

Sandra desconocía las verdaderas motivaciones que había tenido Stonenberg para abandonar el caso del taxista, aparte de saber que era un caso perdido. En su fuero interno, y aunque no había querido comentárselo a Tom, sacar en libertad a ese animal iba a ser imposible, no solo por el hecho de la ética moral, sino porque todas las cartas jugaban en contra del sujeto, que, para rematarla, estaba confeso.

Claro que esa versión podía ser cambiada. Sandra Richardson podía argumentar que el hombre fue presionado para culparse cuando se vio rodeado por la policía, incluso que fue amenazado si no decía que él era el culpable. Eso no era lo difícil, no, lo difícil era encontrar las pruebas o las evidencias que demostraran que el hombre fue presionado o amenazado. Iba a ser un caso muy difícil.

En cuanto divisó la fachada del edificio, que a la sazón era un importante bufete, Sandra se acercó al mesón de atención, donde una bonita secretaria le preguntó qué deseaba. La abogada la miró y, sin poder explicar el cómo y el por qué, sintió una oleada de envidia, o celos, al ver a la mujer tan guapa, tan bonita. ¿Acaso no era ella tanto o más linda? Movió la cabeza y se sacó ese pensamiento de su mente.

- Gracias. Tengo una cita con el abogado Mark Stonenberg para las dos.

- ¿Una cita? – preguntó la muchacha, un poco más joven que Sandra, con un tono de voz que a Sandra le pareció de duda –. Déjeme ver – y acto seguido revisó una lista del computador, seguramente una planilla de base de datos o algo similar –. Muy bien – dijo al cabo –, el señor Stonenberg la está esperando. Oficina A-815, octavo piso, señorita.

- Abogada – la corrigió ella, dándole a entender que no era cualquier chica.

Sandra se acercó al ascensor y pulsó el botón de llamada. Una vez adentro, presionó el botón con el número ocho. En los espejos de las paredes del elevador, Sandra aprovechó de mirarse y arreglarse el pelo, el que amenazaba con soltarse de los moños y trabas en las que estaba cazado. Mientras subía, la mujer pensaba en la forma de conseguir que el asesino saliera en libertad. Una vez que lograra eso, más de la mitad de

su labor estaría hecha, y solo quedaría la parte más fácil por hacer. Ahora, si tenía suerte con el hombre que dentro de unos minutos se entrevistaría, tendría más información vital de Backwood.

Cuando estaba en la universidad, Sandra se había hecho amiga (en realidad contaba con muchas amigas, pero de ésta en especial) de una mujer más o menos de su misma edad y belleza, pero completamente opuesta. Mientras Sandra se preocupaba de que sus pechos lucieran redondos y bellos, Rebecca se preocupaba de estudiar los tediosos y aburridos largos libros de psicología, que después aprobaba fácilmente. Mientras Sandra Richardson se preocupaba de anotar en su lista negra a un tipo más que caía en sus redes sexuales, Rebecca Parson gastaba su tiempo en bibliotecas y libros gigantescos de Freud y otros muchos psicólogos mundialmente reconocidos.

Sin embargo, Sandra Richardson había aprobado todas y cada una de sus asignaturas con excelente nota, a pesar de que, al parecer, no tomaba muchos sus libros y apuntes. Durante su vida laboral, Sandra había pertenecido a una importante empresa del rubro pesquero, pero fue descubierta por su superior inmediato, en este caso el jefe de la firma, cuando tenía "relaciones íntimas" con su esposa. Hasta ese momento, Sandra tenía claro que era adicta a los hombres, pero desde hacía unos cuantos meses sentía un extraño acercamiento a las mujeres, y no precisamente de amistad.

Nadie dudó en tratarla de lesbiana, de homosexual, y fue el mismísimo presidente de la empresa el que se encargó de desprestigiarla ante la opinión pública. Desde ese entonces Sandra se vio envuelta en una sociedad que ella desconocía, una sociedad homofóbica, racista, que a ella no le gustaba. Ahora todo se le tornaba cuesta arriba, todo iba a ser más duro.

Rebecca Parson siempre le comentaba sus logros, y un día, sin querer, hablaron de la homosexualidad femenina. Por aquel entonces, Sandra ya se había acostado con dos tipos, uno de su propia carrera y otro de arquitectura, por lo que no escuchó mucho las palabras de su amiga. Las que sí escuchó fueron las que Rebecca le dijo, en otra ocasión, sobre el comportamiento humano. ¿Sabía acaso Sandra lo que pensaba un asesino cuando estaba matando a su víctima? ¿O lo que pensaba cuando planeaba un ataque sexual o de cualquier otra índole?

Ahora, mientras subía hasta la octava planta, ambas conversaciones se le vinieron a la mente. ¿Cómo debía afrontar al hombre que vería pronto? ¿Mostrarle descaradamente las piernas, o hacerse la niñita inocente? Ya lo vería.

El ascensor se detuvo en el piso señalado, y Sandra salió y enfrentó el estrecho y helado pasillo que llevaba hasta la oficina A-815, estudio de Mark Stonenberg.

Al fondo de dicho pasillo estaba la oficina del abogado, y mientras la abogada avanzaba en esa dirección se preguntaba cuál era la manía de las personas de tener sus

oficinas en los últimos pisos, alejados de cualquier ruta de escape. No es que le importara subir, pero era una preferencia que cada día iba tomando nuevos adeptos.

Sandra golpeó débilmente la puerta y sintió una silla que se corría y unos pasos que se acercaban. Al abrirse la puerta, apareció ante ella un hombre de mediana estatura y que bordearía la cuarentena. Unos anteojos pequeños adornaran su tez redonda, aunque un tanto plana, y unos grandes ojos café daban el toque final.

- Señorita Richardson – saludó el hombre –, no esperaba que fuera tan…atractiva. Adelante, por favor.

- Muchas gracias, abogado Stonenberg – respondió ella, entrando a su oficina –. ¿Debo tomar eso como un cumplido?

- No, en absoluto – contestó el hombre –. Debe tomarlo como la más cierta de las realidades.

- Oh, muchas gracias otra vez – se sonrojó ella, y ni siquiera ella supo si fingía o era verdad –. Veo que es usted un verdadero galán.

- Caballero sería la palabra más apropiada – sentenció él –, aunque sospecho que no vino para escuchar mi repertorio de piropos.

- En realidad – dijo cortésmente Sandra Richardson – me trae un caso muy delicado. Pero de todas formas me encanta escuchar halagos, sobre todo si son gratis.

- Hoy por hoy, es lo único gratis que va quedando. Pero como vaya subiendo la inflación, hasta los cumplidos tendrán su pequeño costo.

La mujer volvió a asentir y esperó pacientemente que Stonenberg se decidiera a terminar con la rutina de flores y diera espacio para el asunto que verdaderamente atraía a la abogada. En todo caso, el hombre se mostraba muy servicial y educado, y en un momento dado llamó por la extensión a una asistente y le pidió dos tazas de café y unas cuantas roscas rellenas de manjar.

- Con una de azúcar, por favor – contestó ella cuándo él la interrogó al respecto.

Mientras la mujer preparaba el tentempié, ambos profesionales hablaron de cosas intrascendentes, como el proceso de adaptación de las diferentes clases sociales a los problemas económicos de la actualidad.

- La economía mundial se vio irremediablemente comprometida con los atentados del 11 de septiembre – decía él –. Después de eso, nadie quiso invertir. Las grandes empresas se vinieron abajo, y sólo las que tenían antecedentes previos de una buena administración lograron sobrevivir.

- Lo peor de todo – añadía Sandra, cruzando las piernas con toda la intención que Stonenberg se las mirara – es que este proceso ha sido demasiado lento. Todavía las empresas que resistieron no logran reponerse del todo –. La mujer había elegido un vestido muy ajustado al cuerpo, aunque formal, que dejaba ver desde la mitad del muslo hacia abajo.

En ese momento la asistente dio unos golpes en la puerta y entró, portando una bandeja metálica con dos tazas humeantes de café y otro plato con algunas roscas. Al verla, el abogado se levantó de un sólo golpe y la ayudó, mientras Sandra decidía si aquello era un show o algo que le salía innato. Ante la duda, abstente.

- Ahora que estamos solos, podemos hablar con mayor tranquilidad – repuso Stonenberg.

- Claro que sí – respondió ella, volviendo a cruzar las piernas, esta vez a la postura inicial –. Siento importunarlo, pero me encuentro acorralada, metida en medio de una guerra entre hombres muy poderosos, por así decirlo.

- Usted dirá para qué le soy bueno.

- Mi imagino que usted es muy bueno para muchas cosas – dijo coquetamente ella, y vio cómo el pobre sujeto se ponía más colorado que una jaiba –, pero por ahora me trae un asunto muy grave, y también muy delicado. John Backwood.

Mark Stonenberg se acomodó en su asiento mientras mordía un pedazo de su rosca. El hombre había tomado la defensa del sujeto, pero días después había renunciado a defenderlo por razones éticas. Su familia nunca le perdonaría que defendiera a un asesino de esa calaña, y muchas veces prevalecía la familia antes que el dinero.

- Ya no soy su abogado. Para saber los detalles debería hablar con Joan Schmitt. Personalmente conozco a Joan, es un tipo muy competente.

- Ya sabía que usted renunció a su defensa, y también sé que ahora tiene un defensor público. ¿Pero usted cree que un defensor de oficio podrá sacarlo de la cárcel, o al menos rebajarle la condena? Yo no.

- El caso Backwood es un caso perdido – profetizó Stonenberg –. Ni siquiera el mismísimo Dios, si bajara a la tierra, podría salvarlo.

- Pues yo tengo pruebas que afirman que ese hombre es inocente. Que fue torturado por la policía para inculparse.

Mark Stonenberg había sido el defensor de muchos criminales que habían cometido delitos atroces, asesinatos macabros y homicidios espantosos. Y jamás había escuchado a un abogado querellante, o defensor dependiendo del caso en que él, Stonenberg, se hallara, decir que su defendido era inocente. De haber estado comiendo en esos momentos de su donut, se hubiera atragantado.

- ¿Está usted segura de lo que me está diciendo? – preguntó incrédulo el hombre.

- Absolutamente – respondió Sandra –. Tan segura como que ahora estoy frente a usted, sentada comiendo roscas con café.

Stonenberg se quedó callado algunos segundos, tratando de digerir las nuevas que recibía. ¿La policía había torturado al desgraciado para culparse? Recordaba que Backwood siempre había dicho que él había matado a Stephanie Birlock, pero que nunca había abusado de ella. ¿Podría ser cierto lo que decía esa mujer? ¿Cómo a él, un excelente

abogado, con un récord envidiable de casos ganados, se le había podido pasar por alto un dato tan relevante?

- ¿Cómo consiguió esas pruebas, señorita Richardson?

- Cuando yo estudié derecho, o abogacía como lo llaman algunos – contestó Sandra –, lo hice principalmente porque quería defender a los inocentes y castigar a los culpables. Después me di cuenta que más que defender a los inocentes, lo que anhelaba era hacer justicia. Demostrarle a todo el mundo que no siempre el sujeto que está detrás de las rejas es necesariamente culpable. Y aprendía una cosa: proteger a los testigos. Lamento no poder darle la información que me pide, señor Stonenberg.

- Lo que sucede – dijo a modo de disculpa el abogado –, es que me sorprende que yo no haya encontrado esas pistas. Si lo que me dice es cierto, ese hombre debe salir en libertad.

- Eso es lo que estoy tratando de hacer – dijo con toda convicción la mujer –, y pensé que quizás usted pudiera ayudarme – cruzó las piernas otra vez. Al parecer, le estaba sacando provecho a sus atributos.

- No veo de qué manera – preguntó el hombre.

- Usted era su abogado – contestó ella buscando las palabras adecuadas. De su amplio vocabulario dependía la ayuda que le podía prestar este sujeto –, debe conocer algunos detalles del caso. No sé, alguna confesión, algo que diera a pensar que él podía ser inocente.

- No tengo nada de eso – respondió el abogado –, y no crea que se lo digo para quitarme un peso de encima. Al igual que usted, estudié esta profesión para ayudar a los inocentes. Por lo demás, Backwood ya tiene un abogado, y va a ser muy difícil que Joan lo abandone.

- Eso tendría que decidirlo el propio afectado. Cuando yo le diga que encontré las pruebas que lo pueden exculpar, no dudará en que yo sea su defensora. Tomaré su caso.

Si anteriormente Stonenberg se quedó de piedra, esta vez quedó mudo, completamente embobado. ¿Había escuchado bien, o aquella hermosa mujer que tenía al frente se había vuelto loca? Ganar un caso desde el principio era una cosa, pero ganar *este* caso, era otra muy diferente. Definitivamente, la mujer le estaba tomando el pelo.

- Y no pararé hasta sacarlo en libertad – finalizó ella.

- Le vuelvo a preguntar – dijo él –: ¿Está usted segura de lo que me está diciendo?

- Y yo le vuelvo a responder – contestó Sandra –: tan segura como que ahora estoy frente a usted en su oficina.

- Si es así – continuó Stonenberg – le deseo la mejor de las suertes. Y de verdad que la va a necesitar.

- Veo que sigue sin creerme. Le voy a mostrar una cosa – y añadió picaronamente – sólo porque me parece simpático y apuesto –. Sandra abrió su bolso y desde el fondo del

mismo extrajo una serie de documentos, escritos a máquina por ella misma, supuestamente confesiones de John Backwood antes de entregarse. En realidad, las páginas escritas correspondían a un cuento que había escrito la hija de una amiga de la infancia, que había cumplido quince años y tenía un gran talento como redactora. Lo más probable que fuera periodista –. Aquí tengo algunos documentos legales que me hacen sospechar de la inocencia del acusado, testigos que dicen que la pequeña Stephanie había desaparecido *antes* que el imputado apareciera en escena – Sandra no le dio tiempo a Stonenberg de leer nada, por lo que el "relato de testigos" nunca pudo ser confirmado por el hombre. Para dar más realismo a su farsa, las hojas estaban metidas en un sobre grande donde adelante se podía leer HAMILTON ASESORIA JURIDICA, tal vez el único dato cierto de toda su historia. Su antiguo bufete.

- No me lo puedo creer – repetía incesantemente el otro profesional –. Realmente usted me sorprende, señorita Richardson. Eso merece una gratificación de mi parte.

Mark Stonenberg le había dado una dirección.

Tener carro tenía su lado bueno y su lado malo: el bueno, la comodidad, la rapidez y la posibilidad de que la vida del conductor dependía solamente de él. Cuando se viajaba en un medio de locomoción del transporte estatal, los pasajeros colocaban sus vidas en las manos de un tercero, en este caso el conductor. Si el chofer había discutido con su mujer, si había pasado rabias porque su hija había quedado embarazada siendo adolescente y estando aún en la escuela, o si su hijo reprobaba un ramo en la universidad, lo más probable era que los pasajeros pagaran los platos rotos. No había como confiar en sus propias manos.

La otra cara de la moneda, lo malo de tener coche, radicaba en que no bastaba con tener dinero para mantenerlo, sino que había que *saber* mantenerlo, algo que Sandra Richardson no estaba muy acostumbrada a hacer. Por lo mismo, ahora conducía un auto más chico e incómodo que había arrendado por dos días en una automotora al oeste de la ciudad, previo pago de un dinero que a ella le pareció excesivo por aquella chatarra con ruedas. Al menos el traste se movía, algo era algo. Y tendría que esperar que su mecánico de confianza le dejara el Chrysler como nuevo.

El lugar donde iba tenía un estacionamiento amplio, con capacidad para trescientos vehículos. El pequeño Swift que conducía no tuvo problemas para meterse en una madriguera que encontró vacía, cerca de la entrada principal del lugar. Dentro del edificio, las personas caminaban de un lado a otro, llevando carpetas llenas de papeles, otras cargando pequeñas cajas de papel blanco para impresora, aquéllas recolectando informes empresariales.

Sandra, de estatura media, se sintió aún más pequeña en esa gigantesca construcción renacentista del siglo XV, pero sacó el valor que nunca le faltaba, y entró.

Desde afuera se imaginaba que el bullicio dentro de las paredes del edificio debía ser ensordecedor, pero al entrar comprendió que se había equivocado: no era ensordecedor, era infernal. Allí dentro todos estaban locos: un mesón largo y oblongo de atención de clientes atendido por tres chicas que definitivamente no daban abasto. En la pared opuesta a ellas, había un dispensador de números que hacía rato se habían agotado, lo que era responsable de las quejas y reclamos de la gente que entraba y veía en serio riesgo su atención.

Sandra entró y se acercó a un guardia de seguridad que vigilaba la puerta de salida, vestido de uniforme y con una pistola al cinto. Cruzó algunas palabras con él, y éste le dijo que esperara. Sacó una radio del otro costado de su cuerpo y se comunicó en clave con otra persona, que estaba sólo Dios sabía dónde. Segundos después, mediante el mismo canal, el guardia recibió la respuesta, se acercó a Sandra que, educadamente, se había alejado algunos pasos, y le indicó una puerta del fondo.

- Golpee con fuerza – le aconsejó –, mire que esta bullicio es infernal.

Y que se lo dijeran a ella. La abogada le agradeció la información y el consejo al hombre de la seguridad, y se apresuró en llegar al lugar indicado. Golpeó una puerta maciza de madera, donde se leía CRISTOPHER ALLENS – NOTARIO, y esperó. Al cabo de unos segundos, apareció en el umbral de la puerta un hombre de bigotes de casi sesenta años, la cabeza casi del todo calva, patas de gallo notorias en los ojos, y algún pequeño temblor en las manos. *Definitivamente*, pensó en silencio Sandra, *ni mis piernas ni mis tetas servirán en esta ocasión*. Sin embargo, sonrió al hombre, el que le franqueó el paso y le dejo pasar.

- Mark me ha llamado avisándome de su venida – dijo el notario con una voz clara y firme, que no representaba para nada los sesenta años que tenía –. Espero serle de ayuda.

- Ojalá que así sea – respondió amablemente Sandra –. El abogado Stonenberg es una excelente persona, y un mejor colega.

- Siempre he tenido buenos comentarios de Mark – dijo el hombre, sonriendo al recordarlo –. Lo conozco hace mucho tiempo, tantos años que ya no recuerdo cuántos son en realidad. Un buen chico, un buen padre. Me dijo que va a tomar el caso de John Backwood. ¿Es eso cierto?

- Si la suerte me acompaña, espero hacerlo. Estoy convencida que es inocente, y que la policía lo presionó para que se declarara culpable.

- Si, algo me comentó Mark. Usted dirá en qué puedo ayudarle.

- Mark…digo, el abogado Stonenberg me dijo que tal vez usted guardara algunos informes confidenciales que él tenía sobre el caso John Backwood. Secretos importantes, noticias del caso.

- Así es, en efecto – contestó el anciano –. Mark hizo una declaración jurada al momento de renunciar a la defensa del detenido, argumentando que había recibido amenazas por parte de la familia de la niña, amenazas de muerte si seguía con la defensa del asesino.

- ¿Amenazas de muerte? – preguntó la mujer de verdad intrigada –. ¿Fueron comprobadas?

- No conozco los detalles precisos – confesó el notario –, pero de cualquier forma eso asustó mucho a Mark – Sandra notó la familiaridad con la que Allens trataba al abogado –. Tiene una esposa a la que ama y un hijo que alimentar y ver crecer. Decidió que lo mejor era abandonar el caso, renunciar, total él creía que de todas maneras iba a perderlo. Decía que defender a alguien así sería sólo gastar tiempo.

- El señor Stonenberg me dijo que quizá usted pudiera mostrarme todas esas noticias y recortes que él mismo había hecho del caso. Para mí – dijo ella – serían de gran utilidad.

- Por supuesto – se comprometió el hombre –. Lo único que siento es que mi secretaria está un poco enferma y me ha mandado una licencia médico. Me temo que tendrá que valerse por sí misma en los archivos generales.

- Eso no es ningún problema para mí – contestó la mujer, sin poder creer en su buena suerte –. Si usted me da la ubicación de las carpetas del caso…

Sandra Richardson se perdió por un pasillo angosto y frío que conducía al sótano del edificio. A medida que se adentraba en las entrañas de la tierra, la claustrofobia se iba apoderando de ella. Hasta ese momento Sandra ignoraba que padecía ciertos problemas con el encierro, pero recién ahora se estaba enterando. A lo mejor no era miedo al encierro, pero era algo natural asustarse cuando uno se metía bajo tierra.

Al final del pasillo aparecía una puerta, la que pudo abrir gracias a una llave que el anciano notario le había entregado minutos atrás. En ese instante recordó que el hombre le había dicho que había un interruptor al lado izquierdo del marco de la puerta; metió la mano, lo encontró y lo presionó. De inmediato se hizo la luz.

El lugar era una bodega espaciosa, con estanterías por todos lados, cada una de ellas con una ubicación alfanumérica. Era una biblioteca grande, aunque descuidada. A simple vista se notaba que desde hacía mucho tiempo nadie bajaba al subterráneo del edificio, pues las telas de araña colgaban desde todos los ángulos del techo, y en más de una ocasión Sandra vio a sus moradoras.

Sin querer pasar un solo segundo más de lo necesario allí abajo, la abogada buscó la ubicación de la carpeta que le dio Allens, y después de unos minutos la encontró en las estanterías cerca de la pared final de aquel extraño calabozo. El polvo que se levantó cuando movió los documentos la hizo toser y estornudar por lo menos tres veces, hasta que por fin encontró lo que buscaba. AMF 1254-8. Una carpeta de color verde oscuro, de plástico, en cuyo interior se ocultaba por lo menos un centímetro de grosor de papeles, tanto escritos a mano como recortes de páginas web. Sandra no tenía autorización para sacar los papeles, sólo podía leerlos y verlos, pero ella *necesitaba* llevárselos. Arriba sentía pasos todo el tiempo, y mientras se encomendaba a los santos que conocía, abrió su bolso, sacó las falsas declaraciones de vecinos de Backwood y las puso en la carpeta verde, reemplazándolos por los originales. Cuando se dieran cuenta del engaño, ella estaría muy lejos de ahí.

La visita a las catacumbas no duró más de media hora, y cuando emergió a la superficie, el hombre seguía en su oficina. Firmando algunos documentos de importancia para él. Cuando vio a la mujer, se detuvo.

- Ojalá le hayan sido de utilidad los documentos, señorita Richardson – le dijo al verla.

- Por supuesto que sí – contestó ella –, no se imagina cuánto.

- Me alegro mucho – dijo él, sin sospechar nada en absoluto –. Si puedo servirle en alguna otra cosa, no dude en llamarme – y le entregó una tarjeta con su nombre y su número de teléfono.

- Gracias – respondió cortésmente ella –. Ah, una última cosa – preguntó ella, como si recién se acordara –. ¿Por dónde salgo para llegar a Road Mountain?

Sandra abandonó el edificio y se dirigió en dirección contraria, hasta perderse totalmente de vista. Un buen truco, en caso de que la descubrieran, era preguntar cómo llegar a tal o cual dirección, y marcharse en sentido contrario. Así, cuando interrogaran al notario, si es que alguna vez lo hacían, la policía iría tras la pista equivocada. Por primera vez agradeció no estar conduciendo su propio coche.

Algunos kilómetros más allá llegó hasta la automotora donde había arrendado el auto, con un nombre falso, lo devolvió, ante la mirada penetrante del dependiente, y se devolvió a su casa en autobús. A las ocho de la noche, frente a una melodía de Mozart de fondo, Sandra leía los informes que robó de la notaría Allens. Desechó los que se repetían o los que carecían de importancia y sólo se quedó con aquéllos que podían serle de utilidad.

*AMENAZAN DE MUERTE A ABOGADO DE JOHN BACKWOOD*

*Mark Stonenberg, abogado del asesino confeso del homicidio de Stephanie Birlock, dijo ayer a este medio que había recibido amenazas telefónicas de muerte de desconocidos que le habrían exigido la renuncia a la defensa del inculpado por el feroz y brutal asesinato de la pequeña Stephie, ocurrido hace algunos días en Oregon, donde el inculpado habría lanzado al mar a la pequeña, inconsciente, en el sector de Yellow Beach.*

*Según fuentes oficiales, el defensor estaría evaluando la situación, puesto que es padre de un hijo y se dice que su esposa estaría encinta otra vez. El profesional ha declinado entregar más antecedentes sobre su decisión, la que de ser efectiva, se llevaría a cabo en algunas horas más. Cualquier información se entregará a la prensa por medio de él mismo.*

*MENTALISTA DE ARLINGTON DA PISTAS SOBRE EL PARADERO DE LA MENOR*

*Betty Logan, más conocida como la mentalista de Arlington, quien registra numerosos aciertos en casos de personas desaparecidas, entregó datos claves respecto a la situación que se vive en torno a la menor de 5 años, Stephanie Birlock, de quien se perdió todo rastro a partir del sábado en la tarde en Oregon.*

*Familiares de la menor lograron contactarse con la mentalista, quien, en forma inmediata, dio algunas pautas que para ellos fueron muy certeras.*

*Incluso, coinciden que los puntos considerados por la policía para tratar de ubicar a la menor. Aunque todos los pronósticos son poco alentadores, existe la convicción de mirar la situación con esperanza.*

*INCERTIDUMBRE*

*Ayer, a 48 horas de la desaparición de Stephanie, desde la casa de su abuela materna, ubicada en la población La Laguna, al norte de la ciudad, el ambiente familiar y entre los vecinos era de angustia y de incertidumbre.*

*A la intensa labor de rastreo para ubicar a la menor y que realizan todas las policías, más Bomberos y a la que sumó la Armada, siguen siendo apoyadas por los familiares y amigos de los padres de la niña.*

*Por ejemplo en la tarde de ayer, un grupo de vecinos, a bordo de una camioneta, se embarcó hacia el sector de la laguna La Luz, hacia el sur.*

*O sea, los puntos de búsqueda se multiplicaron ante una serie de datos que indicarían la posible ubicación de la menor.*

*MENTALISTA*

*Una de las tías de la niña, quien sólo se identificó por las iniciales A.Z.N., indicó que ayer tomó contacto con la mentalista de Arlington, Betty Logan, quien le indicó que desde que supo se interesó y estuvo muy preocupada del caso de Stephanie. Pero, a la vez, entregó datos y antecedentes que, hasta ahora, parecen ser muy certeros y que han sido de gran apoyo para rastrear a la menor.*

*MUY CERCANA*

*Según lo señalado por la tía de Stephanie, dijo que la mentalista le indicó que "desde un comienzo sintió que la niña estuvo muy cerca de la casa".*

*Lo último hizo reafirmar la hipótesis inicial de los familiares y vecinos, respecto a que una persona del sector estaría involucrada en la desaparición de la menor.*

*Luego, Betty Logan, les habría indicado que rastrearan en un lugar cercano. "Nos dijo que buscáramos en un basural de una quebrada cercana".*

*TRASLADO*

*Pero, luego que se supo de la aparición de las prendas de vestir que llevaba la niña al momento de su desaparición, en el parque Green Trees, en Cabo Verde, la mentalista de Arlington, fue aún más específica.*

*"Ahí nos señaló que debíamos buscar en el sector de los acantilados, en Cabo Verde", justo donde en la mañana (de ayer) se concentraron los operativos de búsqueda, a los cuales se integraron funcionarios de la Policía federal, Bomberos y de la Armada, además de vecinos y amigos de la familia de Stephanie.*

*La familia de la pequeña clama justicia y exige la pena de muerte del asesino, medida que, como todos sabemos, fue revocada hace algunos años por el Congreso.*

*OTROS DATOS*

*Pero, en su angustia y desesperación, los familiares también se contactaron con otras personas que también dijeron tener poderes mentales, quienes también aportaron con algunas pistas relacionadas con la presunta ubicación de la menor.*

*ENCUENTRAN CADAVER DE STEPHIE*

*OREGON.- Personal de la Armada de los Estados Unidos recuperó hace pocos minutos el cuerpo de Stephanie Birlock Fletcher, la menor de cinco años que fue lanzada al mar por John Backwood (37), quien se encuentra detenido desde ayer tras haber confesado el secuestro de la niña.*

*Backwood está siendo trasladado a esta hora desde la cárcel al Cuartel de Investigaciones para ser interrogado por el fiscal del caso Tom Shell.*

*El sujeto, que se desempeña como taxista, admitió anoche haber secuestrado y arrojado al mar a la menor que estaba siendo intensamente buscada desde la tarde del sábado, luego de que desapareciera cuando estaba jugando en el antejardín del block de departamentos de la calle Comodoro Poniente 824, en La Laguna, residencia de su abuela, donde estaba de visita desde el viernes último.*

*Backwood despertó desde un comienzo las sospechas de la familia de la menor, porque en la noche del sábado fue visto saliendo de su casa con un bolso negro que no trajo de vuelta. Ayer se presentó voluntariamente ante el FBI, a un costado del edificio Edgar J. Hoover, junto a su abogado, para admitir su autoría.*

*Si bien no reconoció haber asesinado a la niña – aseguró que ésta falleció por una caída dentro de su casa, colindante con el departamento de Marla Andress, abuela de la víctima, confesó que, asustado, lanzó su cuerpo al mar en el sector de Yellow Beach.*

*Según el fiscal Shell, el imputado entregó una versión bastante parcial de los hechos: "A juicio de los antecedentes que hemos logrado reunir, él rehúye una serie de delitos que nosotros estamos investigando".*

*En su opinión, está claro el delito de sustracción de menor – sancionado hasta con presidio perpétuo – y el de homicidio, "sin perjuicio de otras figuras que estamos indagando, que dicen relación con delitos de carácter sexual".*

*HISTORIAL DE DROGAS Y ROBOS*

*John Backwood (37), confeso de haber secuestrado y arrojado al mar a Stephanie Birlock, tiene antecedentes por robos con intimidación, según informó la fiscalía.*

*Vecinos del sujeto aseguraron que el taxista consumía drogas. Una joven de 16 años precisó que a veces Backwood perdía el control. "Cuando se drogaba, cambiaba. A mí una vez me dijo que quería tener sexo conmigo y me ofreció dinero", relató B.M., quien explicó que ese día (hace menos de un mes) ella huyó del lugar.*

*John Backwood vivía hace casi un año con una joven llamada Jessie, que según sus cercanos desconocía el crimen de Stephanie y apenas se enteró habría sido quien impulsó al hombre a confesar.*

*Anoche, vecinos del sector intentaron destrozar la casa del detenido, pero finalmente el intento fue disuadido por otros residentes del sector.*

*Según el fiscal del caso, Tom Shell, el imputado entregó una versión bastante parcial de los hechos: "A juicio de los antecedentes que hemos logrado reunir, él rehúye una serie de delitos que nosotros estamos investigando".*

*En su opinión, está claro el delito de sustracción de menor -sancionado hasta con presidio perpetuo- y el de homicidio, "sin perjuicio de otras figuras que estamos indagando, que dicen relación con delitos de carácter sexual".*

*Stephanie Birlock desapareció mientras jugaba en el antejardín del block de departamentos de la calle Comodoro Poniente 824, en La Laguna, residencia de su abuela, donde estaba de visita desde el viernes último.*

*Según los antecedentes reunidos, el homicidio se habría cometido cerca de las 17 horas del sábado y el cuerpo habría sido arrojado al mar entre las 18 y las 19:30.*

*Backwood será formalizado pasado mañana jueves.*

*Anoche, tras su confesión, fue trasladado hasta el sector de Royal Jewel, en Yellow Beach, donde señaló el lugar exacto desde el cual lanzó el cuerpo de la menor al mar. La búsqueda se reanudará a primera hora de hoy.*

*En la población donde ocurrieron los hechos los vecinos no dan crédito a lo sucedido. Anoche se reunieron en torno a una velatón.*

*Tras enterarse de la confesión del taxista, la abuela recordó entre llantos la última vez que la vio en el antejardín: "miré cómo jugaba y en cinco minutos desapareció". Sarah Fletcher, madre de Stephanie, no se despega de una de las muñecas favoritas de su hija y pide que se hagan todos los esfuerzos para hallarla.*

*DEFENSOR PEDIRA TRALADO DEL ASESINO DE “STEPHIE” A LA CAPITAL*

*El abogado Joan Schmitt, defensor penal público de John Backwood, el taxista que violó, golpeó y lanzó viva al mar a la pequeña Stephanie Birlock Fletcher, de sólo 5 años, pedirá hoy el traslado de su representado a la Cárcel de Alta Seguridad de Washington, debido a las amenazas que ha recibido en el Complejo Penitenciario de Oregon.*

*El profesional visitó ayer por primera vez a Backwood en la celda que éste ocupa en el módulo 107 del penal. A la salida dijo que el imputado "está arrepentido" y que aseguró que "los hechos me superaron". "Lo vi bien, pero los actos que cometió no son propios de una persona normal, por lo cual pediré que se le someta a peritajes psiquiátricos y psicológicos", señaló Schmitt, quien enfatizó que Backwood "está consciente de lo que hizo, pero no sabe por qué lo hizo".*

*Añadió que aun cuando está bien custodiado, "tiene temor, porque en la misma prisión habría familiares de la víctima, por lo que pediré su traslado".*

*El penalista dijo que recibió copia de la carpeta de investigación y que estudiará qué otras diligencias va a solicitar.*

*BAJO FUERTE RESGUARDO POLICIAL FORMALIZAN A HOMICIDA DE PEQUEÑA STEPHANIE*

*Unos cien manifestantes han llegado a las afueras de las dependencias del FBI de Oregon con carteles donde exigen la pena de muerte para John Backwood.*

*OREGON.- Un importante contingente policial resguarda las dependencias del edificio Edgar J. Hoover de Oregon, donde a las 11.00 horas se iniciará la formalización de John Backwood, el único imputado por la muerte de Stephanie Birlock, de 5 años, quien fue violada y luego lanzada al mar en el sector de Yellow Beach.*

*Los federales también enrejaron el exterior del recinto, ubicado en Patience Street, a pocas cuadras del edificio del Bureau, y sólo está permitiendo el ingreso a la audiencia de formalización a los familiares de la víctima y a la prensa.*

*En tanto, en el exterior del lugar se encuentran apostadas cerca de cien personas, quienes portan carteles donde exigen la pena de muerte para el victimario, quien confesó haber arrojado a la menor a las aguas.*

*Según indicó la Fiscalía, Backwood será formalizado por los delitos de sustracción de menores, violación y homicidio, arriesgando una pena de presidio perpetuo calificado, es decir 40 años de prisión efectiva, sin beneficios carcelarios.*

*FBI INDAGA DATOS DE OTROS POSIBLES ABUSOS POR PARTE DE ACUSADO DE MATAR A NIÑA*

*El jefe de la Brigada de Homicidios de esa ciudad, comisario Alexander Iceblue, comentó a este medio de difusión pública que han aparecido nuevos antecedentes tras la detención de John Backwood*

*OREGON.- Los efectivos de la Brigada de Homicidios de Oregon se encuentran investigando nuevos antecedentes respecto de posibles abusos en contra de otras menores, que habrían sido realizados por John Backwood (37), acusado de secuestrar, violar, asesinar y arrojar al mar a la pequeña Stephanie Birlock Fletcher, de 5 años, en esa ciudad.*

*La información fue entregada por el jefe de dicha brigada, comisario Alexander Iceblue, quien dijo que si bien aún no se registran denuncias, "sí estamos trabajando antecedentes que han aparecido, de que éste hombre tiene inclinaciones de acercarse a las niñas estudiantes y menores".*

*Iceblue agregó que dichos antecedentes aparecieron después de que fuera detenido en la tarde del lunes, tras acudir al tribunal de garantía de la ciudad donde entregó una versión de lo ocurrido, sin justificar el hecho.*

*El jefe de la investigación descartó que el imputado padeciera de alguna enfermedad mental, señalando que "no se ha detectado enfermedad siquiátrica alguna, no tiene antecedentes de ellos y en las entrevistas tampoco presenta rasgos de una enfermedad mental, aunque eso tienen que evaluarlo los expertos".*

*"Con nosotros siempre reaccionó en forma negativa a la investigación, no aportó antecedentes y siempre desconociendo los hechos. Los tergiversa", planteó el jefe policial, que agregó que pese a ello, y a "raíz del análisis del sitio del suceso llegamos a la certeza de que el hecho había ocurrido en su domicilio".*

*Respecto de las coartadas que siempre dio Backwood, Iceblue dijo que "lo descubrimos en todas sus mentiras. Él se fue percatando de que la policía tenía un cúmulo de antecedentes en su contra hasta que ya no dio más y finalmente se fue al tribunal a declarar. Siempre estuvo al alcance de la policía, porque personal especializado lo siguió, luego de que quedó en libertad en primera instancia. Hicimos que se percatara de ello para que no fuera a huir de la ciudad".*

*John Backwood fue formalizado por los delitos de sustracción de menores, violación y homicidio, en contra de la menor. En las afueras del tribunal unas 100 personas se manifestaron contra el crimen.*

Sandra Richardson se quedó hasta media noche leyendo y releyendo los informes. Comprendió que sacar a John Backwood de la cárcel iba a ser muy, muy difícil.

# 4

A Chris Anderson le gustaba más su nombre de antaño: Guy. Desde niño, y amparado en el cariño de sus padres, ese nombre le parecía incluso divino, como si el mismísimo Jesucristo hubiera ordenado a sus padres que se lo colocaran. En la escuela, de la que había salido con calificaciones regulares ya habían empezado a llamarlo Chris, y desde entonces todos lo conocían por ese nombre. Siempre había sido un chico llevado a sus ideas, terco con sus decisiones, pero capaz de aceptar que se había equivocado. Ahora que caminaba bajo la leve llovizna, sabía que Tom Cussack tenía razón. ¿De qué servía tener todo el dinero del mundo si no eras capaz de comprar una familia? ¿De qué te servía conducir el auto más caro del país, último modelo, si siempre ibas solo, sin compañía? Era el momento de presentarse a Jesucristo como el hombre que era, de pagarle la iluminación que le había dado a su madre al nombrarle Guy. Y no era que creyera en Dios.

Anderson bajó hasta una caleta de pescadores, ubicada más allá de los límites de la ciudad. El olor a pescado era pestilente, mezclado con el olor salobre del mar era irrespirable, pero haciendo un esfuerzo se aproximó al lugar, hasta casi unos doscientos metros de los botes pesqueros. Unos cuantos trabajadores se movían por el lugar, con gorros de lanas y chaquetas para combatir el frío. A lo lejos, el mar se agitaba con violencia, las olas parecían querer escapar de la superficie y arremeter contra las rocas de la playa.

Poco a poco iban llegando más pescadores, todos con guantes que después se sacaban para meter las manos a las frías aguas. El hombre que Chris Anderson buscaba estaba a unos cuantos metros de él, concentrado en la dura tarea de desenredar de las redes toda aquella basura que habitaba el fondo del mar.

La primera recogida de pescados, que empezaba a las cuatro de la mañana, había sido buena, aunque no excelente. La corriente del niño atraía demasiados tiburones, los que devoraban el pescado y ponían en riesgo la vida de los hombres arriba de los botes. Su amigo era un buzo experto, pero la mayoría de las veces permanecía sobre el bote, precisamente por la presencia de los hambrientos escualos, los que no perdonaban ni siquiera el tubo de oxígeno.

Cuando Myers divisó a Anderson, dejó lo que estaba haciendo y se acercó a él. Después de un abrazo y un fuerte apretón de manos, ambos se separaron del grupo y fueron a la caseta de embarque, una especie de oficina de dimensiones reducidas donde la compañía tenía sus dependencias. Allí, se realizaban los chequeos diarios de los procesos de pesca, la distribución del dinero recaudado por la venta y demás aspectos administrativos. Todo como pensaba Anderson.

- Amigo mío, tanto tiempo sin verte – lo saludó con una sonrisa Myers –. Hasta había pensado que ya habías pasado a mejor vida.

- Tú sabes que hierba mala nunca muere – contestó exultante Chris, mirando a la distancia al embravecido mar –. Considerando todo, tú deberías haber muerto.

- Estoy acostumbrado a esto – dijo el otro –. Levantarme a las tres de la mañana, meterme al agua congelada rodeada de tiburones…Tú ya me conoces – concluyó.

- Claro que te conozco – confirmó el hombre de HBC –. Sé que eres el mejor.

- No es para tanto – trató de quitarle importancia Myers –. Aquí el trabajo es duro y sacrificado, tiene sus tristezas y pocas alegrías. Pero me gusta.

Chris Anderson volvió a mirar la línea del horizonte, ubicada a miles de millas marinas de ahí, donde se podía apreciar un barco que navegaba por tranquilas aguas. Anderson no podía si quiera sospechar que se trataba de un barco cargado de armas directo para un poderoso mafioso que debía entregar siete a un desesperado hombre que había aceptado pagar hasta dos millones. Las tranquilas aguas le recordaron los paisajes monótonos y sosegados de su casa, allá en Maine, cerca de un lago donde lo más violento que ocurría era una pelea de zorzales por un nido abandonado.

Por un momento se perdió en los recuerdos. Aunque ninguno quisiera reconocerlo, nadie de HBC al menos, todos tenían añoranzas de sus lugares de origen. Maine era un pueblo encantador, y el sector donde vivía Anderson, Green Paradise, era como el nombre, un paraíso. La casa de sus padres, hombres de esfuerzo, hombres que labraban la tierra cosechando lo que varios meses atrás habían sembrado, estaba cerca de un lago de azules aguas, donde todo era paz y tranquilidad, todo lo contrario a la ciudad.

Un grito sacó de la ensoñación a Anderson y lo hizo volver rudamente a la realidad. Una mujer gritaba a un hombre en las afueras de la improvisada oficina, y al parecer éste trataba de alejarse de ella. Myers le dijo a Chris que ese tipo de espectáculos no era nuevo, y que todos los días aparecían nuevas mujeres reclamando pensiones a nuevos hombres.

- Me imagino que no vendrás a verme para preguntarme como está la mar, ¿o me equivoco? – preguntó Myers a su amigo, el que todavía seguía con la mirada a la pareja de afuera.

- Claro, no te equivocas – confesó el operario de HBC –. El trabajo me quita todo el tiempo del que puedo disponer. Pero necesito ayuda, y sólo tú puedes ayudarme.

- Está bien – respondió el amigo –. Dime y veré si puedo ayudarte.

- ¿Recuerdas cuando fuiste testigo de aquel asesinato hace ocho años? Necesito saber de los lugares que dispone el Estado para el resguardo de testigos.

Chris Anderson se refería al asesinato de Anthony Pellek, un mafioso que, al parecer, había sido ajusticiado por sus propios hombres. Una noche de marzo de hace ochos años, en la bahía de Chesapeake, cerca de las once, un buque carguero atracó en

los muelles del puerto principal, con las luces apagadas y en el más absoluto silencio. Quince minutos después, una camioneta último modelo apareció rodeando el atracadero, con el motor funcionando suavemente. De inmediato, los estibadores del buque descargaron diez cajas no más grandes que las que se utilizan para el embalaje de plátanos, los hombres de la camioneta, a cambio, le entregaron tres, y se fueron. Mientras tanto, la tripulación del *Stars* borraba las letras del nombre y lo cambiaba por *Neptuno*, nombre que estaba registrado en los archivos de la policía marítima y en los registros de Lloyd's. El nuevo carguero transportaba frutas, en especial manzanas, desde Chile, en América del Sur, hasta Europa y Estados Unidos, y la bahía de Chesapeake era el punto de entrega de un gran porcentaje de las cajas americanas. Para dejar una completa constancia del negocio, antes de marchar, los hombres de la camioneta firmaron un recibo donde se dejaba constancia que habían recibido "trescientas catorce unidades de cajas embaladas provenientes de Valparaíso con destino a Estados Unidos de América, y cuyo encargado, Mathias Belmer, se hacía responsable por el método de descarga".

La policía nunca dudó de la transacción, es más, nunca se apersonaron para registrar la entrega. Lo que nadie sabía, al menos no lo sabían los hombres de la camioneta, era que todas las cajas que habían cargado eran iguales, excepto una, que precisamente había sido cargada por uno de los hombres del barco, los que ayudaron a desembarcar. Todas las cajas tenían una etiqueta a nombre de Pellek, el que en esos momentos, y a pesar de la elevada hora de la noche, celebraba una reunión con uno de sus socios, que le depararía muchos y muy buenos dividendos.

La transacción no duró más de una hora, y los hombres de la 4 X 4 emprendieron marcha de inmediato a la casa de su jefe, el que una vez terminada la reunión los llamó al móvil del líder de la banda. Cuando llegaron a la mansión del hombre, éste empezó a abrir las cajas, las que contenían fajos de billetes verdes que servirían sólo para incrementar su cuenta corriente en Suiza. Pero cuando abrió la caja que era diferente, todo quedó resumido a cenizas.

Al interior había una bomba, que explotó en cuanto vio la luz. Había destrozado la cabeza de Pellek, el que murió con el estupor pintado en la cara. Los dos hombres que lo acompañaban en ese momento alcanzaron a lanzarse hacia un costado, y uno resultó con la rótula astillada; el otro sufrió cortes en las manos y las piernas que casi logran que muera por desangramiento.

Estuvieron varios días en el hospital, bajo vigilancia policial, pues se les culpaba de haber asesinado a su jefe. Los hombres dieron los datos del *Stars*, su tripulación y contaron todo lo que había sucedido aquella noche en los muelles del principal puerto de la bahía. La policía recurrió a la base de datos que poseía, recurrió a los archivos de la aseguradora, pero el famoso *Stars* no aparecía, simplemente no existía. ¿Habían leído bien el nombre?

Las aduanas les mostraron fotos de los diversos cargueros que venían desde Sudamérica con abastecimiento a Norteamérica, y uno de ellos fue reconocido por los hombres, salvo que aquel titán de las aguas no se llamaba *Stars,* sino *Neptuno.* Las aduanas de los puertos de Nueva York y San Francisco habían revisado el barco de proa a popa, y efectivamente habían verificado su mercancía. En Chile habían cargado mil cuatrocientas diecisiete cajas de manzanas con destino a Estados Unidos (314), Singapur (458), Japón (477) y Filipinas (168). Nada de tráfico de drogas, ni de *crack* ni opio. Nada.

Los hombres fueron absueltos, pero de todas maneras testificaron contra el capitán del *Neptuno*, al que sin querer le encontraron algunas demandas en su contra. La policía tomó resguardos contra los testigos, pero uno de ellos murió tiempo después, misteriosamente de un ataque cardiaco, coincidentemente cuando el *Neptuno* atracaba en Estados Unidos otra vez, esta vez para llevar mercadería a América del Sur, precisamente a Colombia. Al otro testigo lo enviaron secretamente a un domicilio desconocido, alejado de todo el mundo, lejos del bullicio de la ciudad.

Ese hombre se llamaba Myers Armstrong.

- Claro que lo recuerdo – le respondió, mostrándole el antebrazo cortado, heridas que jamás cicatrizaron –. Ven a verme en la noche, a la hora de la salida. Mejor nos vemos en el Astorras, cerca de los jardines.

Chris Anderson vagó por las calles cercanas a la caleta, se metió en un restaurant de mala muerte y pidió una hamburguesa con papas fritas. Mientras esperaba que el garzón le llevara el pedido a la mesa que había elegido para sentarse, cerca de la ventana para ver el paisaje, vio a la mujer que estaba discutiendo anteriormente con el hombre fuera de la oficina de la compañía pesquera. Entró como una exhalación al lugar y cruzó la barra, lo que suponía que ella era la dueña del restaurant, o al menos que trabajaba allí.

El hombre de HBC esperó tranquilo a que el mozo le llevara la comida, y cuando por fin éste apareció, echó mostaza a las patatas y empezó a comer. La mujer, que finalmente era la administradora del recinto, salió y encendió un televisor, donde la cadena de noticias estaba dando un despacho en vivo. Las imágenes mostraban un incendio de una catedral al norte de Turín, en Italia, y en el interior de la nave principal un sacerdote – se podía apreciar que era sacerdote porque aún se le podía ver un crucifijo rodeando su cuello – colgaba del techo, muerto. El periodista parecía afectado, pero de todas maneras terminó el despacho, para luego irse a una tanda de avisos comerciales. A su izquierda, la mujer movía la cabeza, incrédula.

Luego de pagar la cuenta, Anderson caminó por las calles de la ciudad, esperando la hora de salida de Myers, el que debería estar trabajando duro para poder llevar el pan,

pues debía alimentar a una esposa y a un hijo de cinco años. Chris no le envidiaba su trabajo, aunque a veces pensara que podía correr menos riesgos en su vida.

Cuando Myers fue considerado testigo clave en la muerte de su jefe, de inmediato fue colocado en un lugar seguro que el gobierno tenía destinado para la protección de testigos. Había obtenido identidad falsa – aunque Chris siempre lo había llamado por su nombre verdadero cuando estaban solos, Myers –, documentos falsos, una tarjeta del seguro social falsificada, todo. Ahora, mientras viviera camuflado de la gente que podría tomar represalias contra él, el estado le pagaría sus deudas, le llevaría la comida, le tendría distracción, mujeres, bebida. Myers no podría trabajar, pues en cualquier momento podía ser encontrado por la mafia enemiga, y acabar con sus huesos en el fondo del mar.

Lo habían llevado a un lugar que él llegó a conocer muy bien, cerca de la playa, donde el aire salino lo hizo envejecer más rápido de lo que él quisiera, y donde sin duda había agarrado el gustillo de meterse en alta mar a las cinco de la mañana. En ese entonces no conocía a su mujer (aunque no estaban casados él la llamaba así), y las únicas distracciones que tenía era televisión por cable y, de vez en cuando, alguna prostituta que asomaba sus narices por aquellos lugares.

El entonces Patrick O'Hara, un empresario que pasaba sus vacaciones en ese lugar tranquilo del mundo, era reconocido como excelente, aunque nadie nunca llegara a comprobar si eso era verdad o no.

Mientras caminaba cerca del mar, Anderson pensaba en los posibles lugares que el gobierno disponía para la seguridad de testigos en asuntos criminales claves y peligrosos, pero no conocía ninguno.

Así pasó la mayor parte de la tarde, y cuando volvió a mirar su reloj, comprobó que ya era hora de ir al lugar indicado. El café Astorras era un lugar íntimo y de confianza, donde los meseros no iban a interrumpir conversaciones ni se colocaban a limpiar cerca para escuchar algo al pasar. En ese lugar la discreción era extrema, tanto o más palpable que las tazas de loza y los panecillos de miel que servían.

Anderson se sentó en un lugar alejado de la ventana, para evitar ser visto desde afuera, en espera de su amigo. Ya había sido mucha visita social por hoy, ya se había dejado ver lo suficiente como para ser reconocido por la mujer del restaurant, por lo que se midió y se ubicó al fondo del salón, cerca de una esquina de la pared. Armstrong llegó veinte minutos después, con ropa de vestir algo más formal que la que usaba en su trabajo, y sin olor a pescado, como Chris pensaba que olería. Se saludaron, y recién en ese momento pidieron servicio.

- ¿Cómo estuvo el trabajo hoy? – preguntó Chris a modo de saludo, esperando que todos se hubieran alejado para poder empezar a hablar de verdad. Aunque, como ya se había dicho, la discreción era excelente, nunca estaba de más cualquier seguridad

adicional, y Anderson no dudó en recurrir a ella y utilizarla. Además, usando una introducción como aquélla, el que escuchara pensaría que era primera vez en el día que se veían.

- Aceptable – fue la escueta respuesta del pescador, sabiendo que su amigo se estaba ciñendo a un protocolo. El mismo Myers conocía de estas cosas –. La cosecha estuvo buena, y ni siquiera los malditos tiburones pudieron con nosotros.

- Que buenas noticias – dijo el otro –, así no tendremos que estar comiendo carne clonada todo el tiempo.

- ¿Y quién no te dice que los pecados no lo son?

En ese momento llegó el mozo y sirvió dos platos de ensaladas surtidas con un trozo generoso de carne. ¿Clonada? A continuación, echó un líquido amarillo con abundante burbuja en dos vasos altos y transparentes, algo que Anderson desconocía pero que Armstrong había recomendado. Luego, el garzón colocó servilletas, servicio metálico, hizo una reverencia, dijo “buen apetito”, y se marchó.

Chris probó un sorbo del dorado líquido y saboreó su gusto. No estaba mal para ser algo desconocido, se recordó pedirle la receta al chef.

- ¿Qué mierda es ésto? – le preguntó a su amigo, después de dar un segundo sorbo.

- Una mezcla de huevos de pescado, tu carne clonada y esta ensalada – respondió Myers, y se largó a reír.

El amigo hizo eco de las risas y también lanzó una sonora carcajada, inundando el lugar con su estridente vozarrón. Afortunadamente, a esa hora el local aún no empezaba a llenarse, por lo que a Anderson poco le importó el exabrupto. En todo caso, aunque estuviera el salón repleto de gente, él se hubiera reído igual.

- ¿Para qué necesitas saber sobre los “salvaculos”? – preguntó Myers cambiando bruscamente de tema. “Salvaculos” era un aforismo para los lugares de protección de testigos.

- Tengo un trabajo que hacer. Necesito proteger a un asesino que pronto quedará libre –. Aunque cada uno de los miembros de HBC tenía órdenes expresas de no contar ni un solo detalle de las misiones que tenían por delante, Anderson podía confiar en Myers por una razón muy sencilla: él también había pertenecido al clan de los antisociales, había pertenecido a un brazo, aunque de dimensiones ostensiblemente más reducidas, de la mafia, y aunque no era de la siciliana, también conocía el significado del *omertá*. Durante varios años había sabido guardar silencio, asumiendo muchas veces delitos que no había cometido para apañar a sus compañeros, para salvar la vida de su jefe cuando éste caía en emboscadas por parte de sus enemigos. Aunque, claro, tampoco era para confiarle todo –. Un caso muy enredado, que espero que tenga buen término.

- Eso espero por tu bien – dijo amistosamente Armstrong, dando una mordida a su trozo de carne –. Pero primero debes saber que, antes de que el Estado asigne un lugar para los testigos, primero se asegura que los testigos estén bajo amenaza una vez que testifiquen.

- ¿Y eso cómo lo hacen?

- Tienen tres formas – contestó Myers, que sabía muy bien del asunto –. La primera, analizan el caso desde sus inicios, revisan las declaraciones del sujeto y determinan cuál fue su participación en el caso: si es un simple observante casual que pasaba por el lugar, o si es un amigo del culpable que estaba con él cuando ocurrieron los incidentes y quiere traicionarlo, acusándolo. La segunda forma es chequeando su entorno, dónde vive y si el lugar actual de residencia es accesible y conocido para quienes quieran tomar sus represalias.

- ¿Y cuál es la tercera? – quiso saber Anderson.

- La tercera – respondió presto Armstrong – ya casi ni se utiliza, y consiste en que una asistente social del Estado conversa con el testigo y determina qué grado de miedo tiene el sujeto. Si el tipo no le teme a nada, posiblemente no le asignen un lugar especial, pero por lo mismo ya no se utiliza. Sólo algunos estados, como Pensilvania o Florida, lo usan de vez en cuando, e incluso allí ya se está dejando de lado.

- ¿Y cuál de los tres métodos crees tú que utilizarían para un asesino confeso que saldrá en libertad? – interrogó Chris.

Myers Armstrong, de guardaespaldas de un mafioso a pescador, meditó su respuesta. Una cosa era que un testigo, *realmente testigo*, un inocente, necesitara protección policial permanente, o por lo menos hasta que sus enemigos fueran descubiertos, pero otra muy distinta era que un asesino, un *verdadero asesino*, primero saliera en libertad, y luego que se le diera protección.

- Primero habría que sacar en libertad a tu asesino – dijo el hombre de mar, evaluando aún la situación –. El Estado pediría la revisión del caso, no será llegar y cantar. Luego de revisar el caso, seguramente los abogados querellantes, los abogados de la víctima, apelarían al fallo. Ahí está el segundo punto.

- ¿Cuál segundo punto? – preguntó Anderson, mientras volvía a sorber el líquido que lo tenía intrigado.

- El que dice relación con las pruebas de ambos bandos. Seguramente, los querellantes tienen pruebas fehacientes que el asesino cometió el crimen, y por eso lo metieron en chirona. Habría que encontrar las pruebas que desmientas esa condición. Y tú me dices que está confeso.

- Así es – señaló Chris –, el desgraciado es culpable, eso todo el mundo lo sabe. Tú debes haber escuchado hablar de él. John Backwood.

- ¿Backwood? – preguntó asombrado Armstrong –. ¿El asesino de esa niñita…cómo se llamaba?

- Stephanie Birlock.

- Ajá. Stephanie Birlock. Lamento decepcionarte, *hermano*, pero esta vez creo que tu misión va a fracasar. Ni el presidente sería capaz de convencer a los jueces para que lo liberen.

- Tú no conoces los encantos de una amiga mía que es abogada. Acuérdate de lo que te digo. Ella lo sacará.

En ese mismo instante Chris Anderson pensó que las tres condiciones expuestas anteriormente por su pescador amigo nunca se llevarían a cabo, así como tampoco la demora por parte del Estado.

En ese momento entró una pareja al salón, pero se sentó más allá que los dos sujetos. De inmediato se acercó un garzón, colgó delicadamente el abrigo de pieles de la mujer y anotó el pedido. Tan rápido como había aparecido, se perdió.

- Aceptemos que lo logra. ¿Cuánto tiempo crees que tomará la resolución de cuidarlo en algún lugar especial? Bastante tiempo.

- Aun así – porfió Anderson –, debemos hacerlo. Es por un bien mayor.

- Mira – dijo su amigo –, no sé qué pretendes al liberarlo, pero eso no es asunto mío. Un día te dije que si podía ayudarte en algo, lo haría, y yo siempre cumplo mi palabra.

Hacía tres años atrás más o menos, el hijo de Myers, Louis, se había caído a un pozo séptico perforado en pleno campo. Nadie se había percatado del pequeño, hasta que su madre salió a la calle gritando su nombre. En aquel entonces su padre no estaba, había tenido que salir urgentemente a resolver un asunto pendiente, por lo que la mujer estaba sola. Cuando escuchó los gritos aterrados de su hijo, casi quince metros más abajo, en el hoyo, pareció que el mundo se le venía encima.

Para suerte, un hombre pasaba con un abrigo por la calle, cerca del campo de la mujer, y escuchó los gritos de auxilio de ella. Sin pensarlo dos veces, el hombre acudió al llamado, y vio a una mujer joven, de no más de treinta y tres años, llorando, suplicando a las fuerzas del cielo, fuerzas que nunca llegaron, que salvaran a su hijo. El desconocido llegó hasta la orilla misma del pozo, miró hacia abajo y divisó una carita de niño que lo miraba asustado. Le pidió a la mujer sogas y cuerdas, y ella corrió a buscarlas.

Ató uno de los extremos a un grueso tronco de árbol que, para su suerte, estaba plantado a pocos metros del precipicio; la otra punta la dejó caer hasta el fondo del agujero, por el que descendió. Una hora después, y al mismo tiempo que su padre llegaba desesperado del trabajo, el desconocido salió a la superficie con el niño en brazos.

Ese hombre se llamaba Chris Anderson.

- Sólo existen tres lugares donde podrían llevar a tu hombre: Órbita Celeste, Plataforma Aérea y Espacio Sideral.

- ¿De qué me hablas? – preguntó Anderson, como si su amigo le estuviera hablando en otro idioma.

- Sé que suena extraño – confesó Myers – pero deja que te explique, aunque debo anticiparte que sólo conozco los detalles de dos de esos lugares, pero del tercero podrá darte referencias un amigo mío, confiable. Órbita Celeste – empezó – es un lugar que no existe en ningún mapa, no existen referencias de él, y solo unos pocos saben su ubicación exacta, entre ellos el presidente. Está en los bosques de Iowa, donde abunda la crianza de cerdos. Las principales fuentes de renta de Iowa son la manufactura, la agricultura y el turismo. Es el mayor productor de soja y etanol de Estados Unidos, y posee el mayor rebaño porcino del país, como ya te había comentado.

“Órbita celeste colinda con los estados de Minnesota por el norte, con Nebraska por el oeste, con Dakota del Sur por el noroeste, con Misuri por el sur, con Wisconsin por el nordeste y con Illinois por el este. El río Misisipi constituye la frontera oriental del lugar y el río Misuri la oeste. Hay varios lagos naturales en el lugar, los más importantes son los lagos *Spirit*, *West Okoboji* y *East Okoboji*, en el noroeste de Órbita Celeste. Los lagos artificiales incluyen los lagos *Odessa*, *Saylorville*, *Red Rock*, *Coralville*, *MacBride* y *Rathbun*. La topografía del sitio está formada por llanuras con suaves ondulaciones, de difícil acceso a menos que se conozcan los lugares donde se puede pasar por tierra sin peligros, algo que solo conoce en departamento de protección de testigos. Colinas de loess se encuentran a lo largo de la frontera occidental del Órbita, algunas de las cuales tienen una profundidad de varios cientos de pies. En el nordeste, a lo largo del río Misisipí, está una sección de la *Driftless Zone*, que en Órbita Celeste consiste en bajas colinas rugosas cubiertas de un paisaje de coníferas, un paisaje no asociado por lo general con este lugar; incluso se dice que personeros del gobierno construyeron artificialmente este lugar para que, si por esos avatares de la vida, simples curiosos o deportistas practicantes del alpinismo daban con el lugar, no pudieran reconocerlo. El punto de menor elevación es *Keokuk* en el sudeste de del emplazamiento, con 146 m, y el punto más elevado, con 509 m de altitud, es *Hawkeye Point*, localizado al norte de la ciudad de Sibley, en el noroeste. La elevación media del lugar es de 335 m. Considerando el tamaño del estado (145.743 km$^2$), hay muy poca diferencia de elevación. Iowa tiene el promedio más alto de concentraciones de radón de la nación debido a la significativa glaciación que trituró las rocas graníticas del Escudo Canadiense y se depositó en los suelos, enriqueciendo las tierras de labranza de Iowa. A causa de la gran superficie del área de tierra rocosa, el radón se libera como gas en ebullición desde los suelos. Muchas ciudades del estado, como Iowa City, han aprobado exigencias de resistencia al radón para la construcción de todas las nuevas viviendas.

"El emplazamiento es, a grandes rasgos, una verdadera fortaleza. Está completamente alejado del centro de cualquier ciudad, en medio de las montañas, y aunque geográficamente pertenece al estado de Iowa, ellos se han desentendido del asunto a instancias del gobierno, principalmente del Bureau. La única forma de llegar hasta allí es a través de un guía, puesto que es muy fácil perderse por los caminos que se internan entre las montañas y las llanuras. Hay ocasiones en que puede verse a algunos alpinistas practicando deportes de escalamiento, por lo mismo el FBI ha dispuesto que todo el lugar sea mencionado como un lugar de recreación de deportes extremos, donde las personas que allí son protegidos pasan a ser especies de guardias. Ni uno solo de ellos puede salir de allí, por lo tanto la comida les es llevada una vez al mes por camionetas sin distintivos que las identifiquen, y con sólo la patente. Les dan identificaciones falsas mientras dure todo el proceso de detección de los enemigos que puedan infringirles algún tipo de daño.

"Órbita Celeste puede parecer un lugar paradisiaco si se visita como turista, pero es el verdadero infierno. La rutina es aburrida y monótona, pasas todo el tiempo dentro de la casa que te habilitaron, viendo la tele o leyendo el periódico de hace tres meses atrás. Dos veces al mes recibes la visita de tu familia, de tu mujer y de tus hijos, y por ningún motivo te dejan usar un teléfono. Estás todo el tiempo aislado, desconectado del mundo, sin saber lo que sucede a tu alrededor. Y todo ello por ayudar a los polis, ¿puedes creerlo? Sin embargo, es la única manera que tienes de sobrevivir en la jungla de la delincuencia. Nadie sabe el tiempo que pasarás encerrado, nadie sabe lo que ocurrirá el día de mañana, y aunque, en apariencia, tienes todas las comodidades del mundo – no te falta la comida ni el agua, no te preocupas por las deudas, ya que como no puedes trabajar el estado te las paga, hasta te llevan de vez en cuando alguna prostituta para que no notes la ausencia de sexo –, en realidad estar encerrado ahí es claustrofóbico.

Anderson digirió la información conforme Myers se la iba describiendo. Aunque desconocía los detalles de los sitios destinados para el efecto, sospechaba que serían de difícil acceso y que no figurarían en ningún lado, mapas o documentos oficiales. Se preguntó qué pensarían los deportistas cuando veían a un grupo de gente desde los altos picos de *Hawkeye Point* u otra montaña similar. Por su mente pasaron ideas fugaces de lo que se podrían imaginar esos alpinistas, pero no se atrevió a expresar con palabras sus ideas. De seguro que el FBI tenía todo pensado, aunque había escuchado con los federales también cometían errores garrafales, incluso más seguido de lo que pudiera pensarse.

Armstrong se detuvo a comer un poco y a beber el extraño y delicioso líquido dorado. Miró a su amigo y vio la cara que ponía conforme él le iba contando los detalles, a grandes rasgos, de Órbita Celeste. Ni siquiera él mismo sabía por qué los hombres del FBI llamaban así al sitio, pero eso poco y nada importaba. Lo importante era que el lugar existía extraoficialmente, y que ocupaba un lugar físico en el planeta.

- El segundo lugar al que podrían llevar a tu hombre – prosiguió Myers – es Espacio Sideral, nombre también elegido por los federales. Tomando en cuenta las condiciones de tu hombre, acusado y confeso de asesinato, es el lugar más probable, aunque con los polis nada es seguro. Se encuentra ubicado en el estado de Ohio, y debe ser el lugar más inhóspito que los federales pudieron encontrar para levantar una mini ciudad destinada al cuidado de testigos potenciales.

"El estado de Ohio se divide en cuatro grandes secciones, que son las *Llanuras de los Grandes Lagos,* las *Llanuras Till*, la *Meseta de los Apalaches* y la *Región de la Hierba Azul.* Las *Llanuras de los Grandes Lagos* se localizan a lo largo del litoral del estado con el Lago Erie, y cubren todo el norte de Ohio. Es una región relativamente estrecha, con cerca de 8 kilómetros de anchura en su extremo oriental, aumentando a más de 80 en el extremo occidental. Se caracteriza por su suelo poco accidentado, relativamente plano, y de bajas altitudes, las menores del estado, de 139 metros sobre el nivel del mar en su extremo nordeste. También se caracteriza por su suelo relativamente fértil. Una regla mnemotécnica usada habitualmente para recordar los nombres de los lagos es la palabra "HOMES", formada por las iniciales de Huron, Erie, Michigan, Ontario, y Superior, aunque esta regla no los enumera en ningún orden en particular.

"Un sexto lago, más pequeño, Lago St Clair, forma parte del sistema de los Grandes Lagos. Se encuentra entre el Lago Hurón y el Lago Erie, pero no es oficialmente uno de los Grande Lagos. El sistema incluye también el Río Santa María entre el Lago Superior y el Lago Huron, el Río Saint Clair entre el Lago Huron y el Lago St Clair, el Río Detroit entre el Lago St. Clair y el Lago Erie. Y el Río Niágara y las Cataratas del Niágara, entre el Lago Erie y el Lago Ontario. El Lago Huron suele dividirse en el Lago Huron y la Bahía de Georgian. Cuatro de estos lagos se asientan en la frontera entre EE.UU. y Canadá; el quinto, el Lago Michigan, está completamente adentro de los Estados Unidos. El Río San Lorenzo, que en muchas partes de su curso demarca la misma frontera internacional, es el principal afluente de estos lagos interconectados. Y fluye por Quebec y a través de Península de Gaspé hasta el Océano Atlántico del norte. Desperdigadas por los lagos hay 35.000 islas de los Grandes Lagos, incluyendo la Isla Manitoulin en el Lago Huron, la isla más grande adentro de una porción de agua interior (que alberga así mismo al lago más grande del mundo dentro de otro lago: el lago Manitou, con una superficie de 104 km²).El Canal de San Lorenzo y la Great Lakes Waterway (Ruta Fluvial de los Grandes Lagos) facilitaron el acceso de naves oceánicas en los Grandes Lagos. Un comercio limitado, sin embargo, para los barcos oceánicos de mayor calado que no pasan por las esclusas. Los lagos afectan al clima, en lo que se conoce como efecto lago. En invierno, la evaporación provocada por los vientos del oeste puede producir grandes nevadas. El ejemplo más destacado es la cantidad de nieve que cae en Buffalo, New York, resultante de la evaporación emitida por el Lago Erie. No es inusual que nieve en días de cielos claros a causa de este fenómeno.

Los lagos también moderan las temperaturas de las estaciones, absorbiendo el calor y enfriando el aire en verano, y desprendiendo suavemente ese calor en otoño. Esta temperatura atenuada crea regiones conocidas como “cinturones frutales”, donde se cultivan frutas tradicionalmente producidas más al sur. La costa este del Lago Michigan y la costa sur del Lago Erie alojan muchas bodegas. La Península de Niágara, entre el Erie y el Ontario, cuenta con excelentes vinos. También relacionado con el efecto lago es la aparición de niebla, sobre todo en el Lago Superior, debido a su clima marítimo. A pesar de su descomunal tamaño, gran parte de los Grandes Lagos se congelan en invierno. Esto detiene el flujo de barcos durante esta estación. Algunos rompehielos se usan en los lagos.

“Las *Llanuras Till* ocupan todo el oeste de Ohio. Las altitudes de estas llanuras aumentan gradualmente, a medida en que se viaja en dirección sur. Estas llanuras tienen pocos accidentes geográficos, y se caracterizan por sus montes bajos y anchos. El punto más alto del lugar, Campbell Hill (de 472 m de altitud) se localiza en el sur de esta región, en el extremo suroeste del Espacio Sideral. Se caracterizan por la presencia de grandes cantidades de sedimentos de origen glaciar, dejados por antiguos glaciares. También se caracterizan por su terreno relativamente plano y por su suelo muy fértil. Éste último se erosiona muy fácilmente, haciendo que los ríos presentes en la región excaven valles muy profundos.

“La *Meseta de los Apalaches* ocupa toda la región oriental de Ohio. Se caracteriza por su terreno rocoso y accidentado. Esta región alberga la mayor parte de los principales yacimientos minerales del estado, como carbón, gas natural y granito. Se trata de montañas antiguas formadas en el Paleozoico con relieves suavizados por la prolongada acción de los agentes exógenos. El sistema está dividido en una serie de cordilleras, en las que la media de altura de los picos es de unos 1.000 msnm. La cima más elevada es la montaña Mitchell, en Carolina del Norte, mide 2.040 msnm y es el punto más alto de los Estados Unidos al este del río Misisipi y de todo el este de Norteamérica. Son de origen Paleozoico, con una economía rica en carbón y hierro, que fomenta una importante industria siderúrgica y metalúrgica. El clima propicia un tipo de ecosistema de bosque templado, de tipo caducifolio, y su población se encuentra en la Llanura Atlántica, una de las llanuras más pobladas del mundo. Es muy probable que tu hombre vaya a parar ahí. Se divide en "Apalaches del Norte" y en "Apalaches del Sur" por las montañas Adirondack y el río Hudson. Los Apalaches del Norte tienen un clima húmedo, a diferencia del sus homónimas del Sur, que es templado húmedo. El tipo de erosión también es diferente; mientras en el norte es glaciaria, las del sur sufren un desgaste del viento y de las lluvias, debido a su condición climática. El norte tiene elevaciones inferiores a sus hermanas sureñas, un plegamiento Caledónico y un bosque boreal, mientras que al sur se puede ver uno varísico o hercínico. Tal vez la diferencia más notoria es que desde las Apalaches del Sur bajan numerosos ríos hacia el océano Atlántico, en forma torrentosa, aprovechados

para producir energía hidroeléctrica. Si me preguntas mi opinión personal, creo que tu hombre encajaría perfectamente aquí, pues el acceso es, como puedes imaginarte, mucho más difícil que al norte, por lo general sin ríos o accidentes geográficos importantes.

“Por último, la *Región Bluegrass, o hierba azul,* ocupa una estrecha región del centro-sur del estado. Esta región se caracteriza por su terreno poco accidentado, por sus pastos y por su suelo fértil. Es poco probable que lo vayan a llevar allí, donde podría ser fácilmente reconocido y encontrado. Quizás un dato que puede servirte, la población se caracteriza por ser, en su mayoría, menor de dieciocho años, por lo que están estudiando o en amoríos con chicos o chicas de su edad, lo que es perfecto para que el FBI no se preocupe por deportistas innatos, como en el caso de Órbita Celeste; las mujeres son más de la mitad de todo el territorio.

Cuando terminó de hablar, ambos habían terminado su plato y se concentraron en pagar la cuenta, que corrió por parte de Chris Anderson. Mientras el camarero se perdía al interior del recinto, Myers aprovechó de darle la dirección de un amigo suyo que podría darle datos de Plataforma Aérea. Este lugar estaba ubicado en la frontera con México, por lo que Armstrong consideraba poco probable que a Backwood lo trasladaran hasta allá. De todas maneras, Anderson no quería dejar cabos sueltos, y acudiría a su cita con Miguel Hernández, un *cuate* acostumbrado a tratar con espías americanos del bajo mundo. A él nada le llamaba la atención, y por unos cuantos dólares, era capaz de engañar al mismísimo demonio.

- Dile que vas de parte mía en cuanto lo veas – le aconsejó Myers cuando se despidieron, a la salida del café.

## 5

A Sammy Selppa le desagradaba en extremo caminar por callejones y calles sucias, pero entendía que, a veces, era necesario, sobre todo cuando no tenías que dejarte ver mucho. Y en su caso particular, Selppa estaba en esta denominación.

Muy pronto llegó a un edificio altísimo, donde se encontraba la oficina de *State News*, el periódico de más amplia circulación de la ciudad. Su director, un hombre rudo conocido como E*l Mago*, aunque en realidad de mágico no tenía nada, había sido acusado años atrás de espionaje industrial por el director de la competencia, Anthony Oliver. La acusación se había visto basada en un empleado de la limpieza, que había confesado trabajar para Víctor Asked, como se llamaba el director del *State News*, un apellido bastante acorde al tipo de trabajo que realizaba.

El empleado había contado a la policía que una noche Asked, conduciendo su notable convertible del año, lo había atropellado, aparentemente cuando conducía bajo los efectos del alcohol y algún tipo de sustancia psicotrópica. El conductor, que bajo ningún punto de vista quería verse involucrado en una situación con la policía, le había dado una elevada suma de dinero al hombre para que guardara silencio, añadiendo que "si alguna vez podía ayudarlo más, no dudara en acercarse a él". Y a continuación le había dado una tarjeta personal.

Después de un par de años, el hombre necesitaba de sus contactos, y fue gracias a él, a Asked, que el sujeto había entrado a trabajar al periódico de la competencia, claro que con "cierto agregado": debía contarle todos los movimientos de Oliver, los caza noticias en terreno, las primicias y las fuentes de los periodistas, todo. El hombre no dudó un sólo segundo en aceptar.

Pero ahora yacía preso, acusado de espionaje industrial, aun cuando su verdadero patrón, el director del periódico, jamás lo ayudó, y había salido libre de polvo y paja. No sólo había perdido su trabajo en *Morning News,* sino que también a su reducida familia, esposa e hija, que se habían largado en cuanto supieron que el hombre caía preso y ya nadie iba a llevar el sustento a casa.

Selppa entró al edificio, habló con un guardia, y después de unos cuantos minutos, fue reenviado a otra sala, donde un hombre de terno y corbata lo recibió. Habló cerca de una hora con él, y después de ese tiempo Selppa salió disimulando una sonrisa. Había logrado el primer paso de su misión.

Precisamente, el edificio que Sammy Selppa tenía que visitar era la cárcel donde estaba detenido el hombre. Ya llevaba tres años preso, privado de libertad, y aún le faltaban por cumplir quince, y desde aquel entonces sólo había recibido visitas dos veces: la primera, de su mujer e hija para decirle que se iban, y la segunda de su abogado, para

comunicarle la sentencia. De todo el penal, él era el único que jamás recibía visitas, por lo que era el blanco de las más despiadadas bromas de sus compañeros del penal. Con el paso del tiempo del reo se había acostumbrado, pero eso no significaba que no le doliera.

La prisión era un recinto construido en el siglo anterior originalmente como monasterio, pero después de la ascensión al cargo del nuevo presidente, se había reacomodado como cárcel, hacía ciento cincuenta años. Ostentaba el récord de ser una de las diez prisiones más antiguas del país, y en ese momento contaba con casi nueve mil internos, acusados de los delitos más diversos. Allí, estaban recluidos ladrones, asesinos, violadores y estafadores, entre otros. A un extremo alejado de la cárcel, se elevaba otro módulo, con los asesinos de mayor peligrosidad, aquellos a quienes hasta su madre echaría.

El caso del aseador espía fue un asunto muy conocido, ya que ponía en tela de juicio la seguridad de las grandes empresas al momento de contratar a su personal. En defensa, Oliver dijo que la empresa de aseo era externa, y que ellos eran los responsables verdaderos de sus empleados, por lo que también se fueron demandados; a su vez, la empresa de aseo demandó a su empleado por ocultar información a sus jefes y mentir cuando se le preguntó el verdadero objetivo de su postulación al cargo. Como si fuera tan fácil decir que iba de espía industrial.

Algunos pequeños e informales contactos por aquí, algunas pequeñas coimas y sobornos por allá, la gente adecuada y las personas precisas, y Selppa había conseguido el informe del hombre acusado de espionaje. Un hombre en apariencia tranquilo, que jamás se había visto involucrado en problemas policiales ni de ninguna otra índole. Al parecer, eso atropello fue su desgracia, el principio de su fin.

- ¿Le ayudo en algo, señor?

Selppa movió varias veces seguidas su cabeza, al verse de pronto frente a un guardia de seguridad con el uniforme del ejército. Sin darse cuenta, pensando en la forma de acercarse al sujeto, se había acercado lo suficiente como para que un educado guardia le ofreciera ayuda.

- Necesito ver a un amigo. Bobby Preston.

- Necesita llenar un formulario para poder entrar – le dijo el guardia, y acto seguido le indicó una ventanilla al fondo, donde seguramente le entregarían dicho formulario para que lo llenase.

Selppa llegó hasta allí y habló con otro sujeto, de cara plana y gestos duros, que sin siquiera saludarlo le tendió la hoja y un lápiz, tan acostumbrado estaba a su rutina diaria que ya sabía a qué iban todos. El hombre de HBC no tardó más de cinco minutos en contestar las preguntas que se le formulaban en el documento, y después de devolvérselo al hombre de la ventanilla, como por arte de magia aparecieron otros dos guardias que lo condujeron por un pasillo frío y estrecho, de paredes desnudas y de color gris.

- ¿Es usted familiar del Z-215? Hace muchos años que nadie viene a verlo.

- Este…sí – atinó a responder Selppa –. Lo he tenido un poco solo, pero eso cambiará desde ahora – prometió, aunque sabía que eso nunca ocurriría –. ¿De verdad que nadie ha venido a verlo?

- La pura verdad – contestó el fornido guardia, indicándole el lugar donde se encontraba Preston –. Es allí, patio 5, celda 14 – B. Puede ir con tranquilidad, nadie podrá acercársele.

Selppa caminó los escasos metros que lo separaban del espía y se paró frente a él, sin que éste reparara en su presencia. Fueron sus compañeros de patio los que se percataron de la presencia del desconocido, y de inmediato se pusieron a hablar en voz alta, dando a entender que, a pesar de los años, no había terminado la crueldad.

- Hey, oye Bobby, vienen a verte.

- Oye, desconocido – le gritaron a Selppa –, ¿seguro que buscas a este don nadie? Aquí nadie viene a verlo.

Selppa no le hizo caso, y al parecer el reo tampoco, porque ni siquiera se inmutó. Tampoco le creyó a nadie que alguien lo buscaba, porque desde aquella vez que le decían lo mismo sólo para hacerlo sentir mal. En vista de la situación, fue el recién llegado el que habló.

- ¿Eres Bobby Preston?

El preso se dio media vuelta y contempló al hombre que le hablaba con curiosidad. Como nunca lo habían venido a visitar, no sabía como comportarse. Aquel sujeto no parecía ni abogado ni policía, por lo que el prisionero dedujo que se había equivocado de hombre. Pero lo había llamado por su nombre, entonces no estaba equivocado…

- ¿Quién es usted? – quiso saber el hombre.

- Alguien que está dispuesto a ayudarlo – mintió Selppa, haciéndose pasar por un periodista que buscaba pruebas para incriminar al fiscal que había dictado la orden de aprehensión contra Preston. Obviamente, lo único que Selppa deseaba era conocer antecedentes de Shell, pero en ningún caso interceder por el espía. Eso, el hombre no tenía por qué saberlo –. Sé que usted es inocente en el caso de espionaje del que lo acusaron, y estoy dispuesto a ayudarlo.

- Como mentiroso, usted es perfecto – le respondió el detenido, demostrando que podía ser cualquier cosa, menos estúpido –. ¿No ha pensado trabajar en el Gobierno?

- Siento mucho que no me crea – respondió el falso periodista –, pero tal vez si me escuchara cambiaría de opinión. Soy un periodista, y quisiera ganarme un Pulitzer.

- Entonces no es su altruismo el que lo mueve – se burló el reo –, sino su ego.

- Cualquiera que sean los motivos – contraatacó Selppa – usted sale ganando.

- ¿Qué quiere?

- Algún tipo de información – Selppa pensó las palabras que iba a usar con mucha precisión. Sabía que un hombre encerrado en una celda tenía poco que perder y mucho que ganar, pero de todas maneras eran muy recelosos a la hora de soltar palabras. Aun así, Selppa se dijo que no se iría con las manos vacías.

- Sabemos que Tom Shell fue el hombre que lo condenó a prisión, y lo que deseamos – lo que desea mi medio – es averiguar si infringió alguna ley al condenarlo.

- Tom Shell es un hombre recto y firme en sus decisiones – explicó Preston con un gesto de dolor en su semblante –. Tuve la posibilidad de conocerlo cuando recién se estaba llevando a cabo la investigación, antes que yo fuera inculpado. Fue varias veces personalmente a ver a Oliver cuando mi jefe puso el aviso en la policía. Fuimos todos interrogados…pero el resto de la historia usted la conoce tan bien como yo.

- Necesito saber de la vida privada del fiscal – dijo Selppa –. Quizá encontremos algo que podemos usarlo en su contra.

- Pierde usted su tiempo – respondió el detenido, con un tono de voz que dejaba traslucir todos sus sentimientos –. No tiene esperanzas para mí.

Sammy Selppa sabía que debía lograr convencer a Preston de que hablara, pues de lo contrario estaría en un callejón sin salida. Por lo mismo, debería apelar a todo su sentido común y a todo su vocabulario para hacer que el hombre hablara, o que lo llevara por buen camino. Antes de ir a la cárcel, el hombre de HBC había averiguado datos sobre el hombre acusado de espía. Lejos de lo que pudiera pensarse, Robert Preston era un tipo culto e inteligente, que los avatares de la vida lo habían traído a desgracia. Poseía conocimientos de computación y algunos estudios menores, pero importantes, y tenía contactos en su antiguo trabajo, hombres de ciencia e inteligentes que sabían muchas cosas. Era ahí donde Selppa quería llegar.

- Déjeme intentarlo. Conozco el nombre de una abogada que lo sacaría de aquí – hizo castañear los dedos – en un santiamén.

- ¿Una abogada? No me haga reír.

- Se llama Sandra Richardson, y la pondré en contacto con usted si me da los datos que necesito para arruinar a ese desgraciado.

Preston lo miró con cara de duda, preguntándose si el otro sujeto le estaría mintiendo o no. ¿Qué más podía perder? Lo peor que le pudiera pasar era que el hombre no fuera periodista y que jamás llegara con la ayuda ofrecida. Pero no podía perder nada más.

- Está bien – contestó resignado Robert Preston –. Tome nota.

El lugar indicado por Preston era un barrio alejado de la ciudad, un barrio donde los hombres de tez negra dominaban completamente. Las paredes rellenas de *grafiti*

demostraban la cultura y el sentir de ese pequeño Harlem. Y a decir verdad, lo único que diferenciaba a ese barrio con Harlem era la ubicación geográfica.

Selppa llegó en su vehículo a las afueras del barrio y divisó la fachada de las casas, todas parecidas entre sí. Un poco más allá, en medio de la calle, un grupo de muchachos negros jugaba básquetbol anotando canastas en un aro deteriorado y oxidado. Cuando sintieron el ruido del motor del auto que se acercaba, lejos de despejar la calle, siguieron con su juego, sin importarles si el conductor podía pasar o no. Selppa comprendía que los jóvenes no se quitarían del medio, por lo que aceleró lentamente hasta acercarse a ellos. Cuando los tuvo lo suficientemente cerca, gritó:

- ¿Alguien de ustedes conoce a Gregory Stevens?

Uno de los chicos, que no superaría los diecisiete años, se aventuró un poco y se acercó al coche del blanco, un sedán en apariencia destartalado, pero con un motor casi nuevo. Dos o tres amigos más lo siguieron, y luego ya todo el grupo estaba frente al parabrisas de Selppa, el que trató de no demostrar miedo o pavor.

- ¿Buscas al *Matón*? – preguntó uno de ellos, y Selppa ni siquiera se atrevió a preguntar por qué lo llamaban así –. No eres uno de los nuestros, *carnal.*

Si Bobby Preston conocía a Stevens, lo más probable era que también conociera a los basquetbolistas, y aunque el hombre encerrado tras las rejas era blanco, no sería el primer caso de amigos blancos con *carnales* negros. Sin embargo, Selppa se hizo una pregunta a la que no lograba encontrarle respuesta: ¿Y si Preston le había tendido una trampa? Para asegurarse, Selppa digitó el número de Cussack pero no hizo contacto. En cambio, puso su dedo pulgar sobre el botón verde de llamado, y estuvo presto a utilizarlo si algo le sucedía. Esa era la señal para hacer saber al resto de la compañía que uno de sus miembros estaba en problemas.

- Vengo de parte de un amigo.

- ¿Un amigo? – preguntó el muchacho que lo había llamado *carnal* –. No te hagas, tú no tienes amigos como nosotros.

- ¿Conoces a Bobby Preston?

- ¿A Bobby? – preguntó uno de los muchachos, al tiempo que desde atrás otro joven había asomado su cabeza –. ¿Te refieres al Gran Bobby? ¡Claro que lo conocemos! Pero no creo que tú lo conozcas.

- ¿Entonces cómo iba a saber su nombre, o el de Gregory Stevens? Él me lo dio.

- ¿Qué es lo que quieres? – quiso saber el hombre que había aparecido recién en escena. A simple vista parecía más viejo que los demás, y por su mirada penetrante y severa lo mismo podía ser un felino. Una pantera, a juzgar por el color de su piel.

- Sacarlo en libertad – contestó Selppa, sabiendo que se estaba metiendo en terreno peligroso. Ahora sopesaba el hecho de haber dado el nombre verdadero de la abogada, aunque luego se dijo que sería imposible seguirle la pista a cualquiera de ellos –.

Fue él mismo quien me dio el nombre de Gregory Stevens. Dijo que quizá él podía ayudarme.

- Yo soy Gregory Stevens – dijo el sujeto, acercándose decididamente al vehículo que conducía el hombre blanco –, pero no veo en qué puedo ayudarte.

Selppa se lo quedó mirando unos segundos, sin desviar la vista un solo momento. Debía dar a entender que no tenía miedo, aunque en verdad lo tuviera, y debía presentarse ante ellos como el hombre fuerte que era. Mientras por su lado izquierdo un grupo de jóvenes se movía boteando la pelota sobre el asfalto, el hombre que se hacía pasar por periodista miraba decididamente al frente.

- Quiero ayudar a Bobby, como ya dije – señaló Selppa –, y tampoco entiendo por qué me mandó hacia acá. Pero él me dijo que Gregory Steven podría ayudarme.

- ¿*Él* le dijo?

- Vengo de visitarlo en la cárcel.

Stevens se acercó un poco más, rodeó el vehículo del hombre por el lado del acompañante y sin más, abrió la puerta y se subió, ante la mirada atenta y sorprendida del conductor, que no atinó a nada. Stevens se abrochó el cinturón de seguridad, echó el seguro de su puerta y miró hacia delante.

- Gire a la derecha en la siguiente bocacalle. Luego a la derecha una vez más – dijo simplemente –. Bloque de departamentos 4.

Los bloques a los que entraron conformaban una población casi marginal, ubicada en un sector peligroso y donde predominaba la ley del más fuerte. Allí, un blanco nunca era bien privado, y Sammy Selppa lo sabía, pero no le quedaba otro camino. Si todo salía como él esperaba que saliera, podría volver pronto a su medio; si no, acabaría con sus huesos en un cementerio que nadie conocía.

- No entiendo en qué puedo ayudarle – dijo Steven, bajando del auto e invitando al desconocido a su departamento. El lugar era sobrio y elegante, algo que Selppa no podía imaginar antes de entrar al sitio. Stevens era ordenado y limpio, vivía solo, y su única pasión eran, al parecer, los computadores.

- Bobby me dijo que usted tenía datos sobre Tom Shell, el fiscal que condenó a su amigo –. A continuación, le relató los escasos minutos transcurridos en la cárcel, su falsa profesión y algunas cosas más que acomodó a su historia; esta vez no dijo el nombre de Sandra.

- Nosotros trabajábamos en una importante empresa que ya quebró – explicó el negro –, mucho antes que Microsoft se diera a conocer tan ampliamente. Ahí desarrollamos todas nuestras habilidades, habilidades de *hackers*, claro que siempre para el buen uso. Jamás entramos en páginas del gobierno ni bloqueamos sitios, como los *crackers.* Lo nuestro era como un pasatiempo, algo legal

- ¿*Crackers?* – repitió extrañado Selppa –. Creo que me he perdido.

- Mucha gente confunde ambos términos que, aunque relacionados con el mundo de la informática, definen características diferentes – explicó Stevens –.Cuando hablamos de una persona que aprovecha sus grandes conocimientos informáticos para aprovecharse de los sistemas ajenos, adentrándose en ellos y obteniendo información, así como realizando daños, muchas veces le llamamos "*hacker*", cuando en realidad nos estamos refiriendo a un "*cracker*". Como decimos, un cracker es una persona con un nivel profesional en sistemas operativos, programación, redes de ordenadores, etc. pero que utiliza estos conocimientos para violar la seguridad de un sistema informático de manera ilegal. En cambio, un *hacker* también posee elevados conocimientos sobre el tema pero su trabajo es totalmente legal, por lo tanto, está desarrollado con el permiso del propietario del sistema.

- Ya veo – respondió el hombre de la HBC, aunque no logró entender palabra alguna –. ¿Y por qué fueron quebrados?

- Las grandes empresas se dedicaron a captar clientes de cualquier forma; ofertas, rebajas y *combos*, algo que nosotros no podíamos igualar. Ya sabrá cuáles fueron las consecuencias.

- Me imagino – contestó Selppa, pensando en la cantidad de gente que las grandes firmas, como Microsoft, habían seducido. Lo que no veía era qué relación podía existir entre aquéllo y lo que él esperaba del fiscal del caso Backwood.

- La verdad era muy frustrante, y así, de la noche a la mañana, el dueño de Optical Servicies decidió cerrar. Todos quedamos sin trabajo. Fue ahí donde nos conocimos con Bobby. Más tarde, él fue atropellado por ese magnate de los periódicos, pero usted ya conoce el resto de la historia.

- Lamento mucho las circunstancias posteriores al cierre de Optical – dijo Selppa –, pero no veo la relación que hay entre ese momento y el instante en que Bobby Preston cayó preso.

- Los días pasaron muy angustiosos para Bobby – prosiguió Stevens como si no hubiese escuchado las palabras del otro hombre –. Y me pidió un favor, un favor al que yo no pude negarme.

- ¿Un favor?

- Entrar en la página del gobierno y alterar algunos detalles del expediente del fiscal – respondió el basquetbolista –. *Hackear* al hombre, o mejor dicho, *crackearlo*.

Selppa se sintió perdido, aunque no tanto. Comprendió que las palabras del hombre se referían a que habían interferido la página de Tom Shell y habían modificado algunos datos. ¿Pero por qué aun así había condenado al supuesto espía industrial? La respuesta se la dio el hombre del Harlem negro como si le hubiera leído el pensamiento.

- Shell se dio cuenta que sus datos habían sido alterados, y eliminó su página. En un tiempo récord, seguramente ayudado por sus cercanos y su familia, diseñó una segunda

página con sus datos verdaderos, fieles, en los que se dice que él es un tipo correcto y formal. Algo *de verdad* cierto.

- ¿Y no pudieron interferir esta nueva página? – preguntó entusiasmado Selppa.

- No hubo caso – contestó defraudado Stevens –. Estamos casi seguros que se hizo asesorar por excelentes informáticos, que implementaros poderosos cortafuegos y antivirus que descubrían cualquier intento de intrusión. Su nueva vida *on line* se transformó en una verdadera fortaleza.

Selppa digirió con calma los antecedentes entregados por el hombre. *Existía* una historia truncada del famoso e incorruptible fiscal Tom Shell, pero también existía la verdadera historia, la que *jamás* debía volver a salir a la luz pública. Si los planes de Tom Cussack eran correctos y no fallaban, había que conseguir la historia ficticia del sujeto, del abogado, la misma historia que Stevens y Preston habían inventado para desacreditar al poderoso titán. Eso, porque el hombre *ya sabía* que existía una historia de él de ese tipo, e inventar otra podría ser contraproducente. Además, si utilizaban la misma que antes, la atención tal vez recaería sobre Stevens y el preso, no sobre HBC. Un buen plan.

- ¿Podré obtener esa historia? – preguntó Selppa, siempre siguiendo el plan de ser un periodista –. Es ideal para destrozar la carrera de ese fiscal.

- ¿Usted de verdad cree que es algo fácil? Shell ya conoce de la existencia de esa adulteración, no caerá en el juego.

- *Él* la conoce, pero no la opinión pública – corrigió Selppa –. Aquí, lo único importante es lo que expresa la opinión pública, lo que dicen de las personas que ostentan el poder, de los alcaldes, de los políticos, del mismísimo presidente. ¿Usted cree que Shell no tratará de eliminar otra vez esa falsa biografía? Eso jugará en su contra. Al hacerlo, la ciudadanía confirmará que Shell no es tan recto como en realidad lo es, y que también tiene tejado de vidrio.

Ahora el que se quedó meditando las razones del otro fue Stevens. Reconocía que la lógica del periodista era correcta, lo que más le interesaba a una personalidad pública era limpiar su imagen cuando estaba manchada o mantenerla sin mácula cuando era recta y precisa. En el caso de Shell, el hombre tendría que hacer una de dos cosas: o limpiar la imagen "manchada" de su vida, o mantenerse imperturbable ante esta nueva vida, algo que seguramente no se atrevería a hacer debido a la mala publicidad que haría entre sus pares y ante todo el país. Porque los hombres como Tom Shell vendían una publicidad muy costosa, que se iría a pique en un dos por tres si una sola mancha aparecía en su hoja de vida. Selppa creía que por ahí había que entrar, y aunque no podía saberlo, Stevens estaba empezando a creer en este falso periodista. Bobby Preston era un amigo que, aunque blanco, merecía toda su gratitud.

- Está bien – dijo al fin –. Tendrá la historia que inventamos sobre ese hijo de puta. Sólo tendrá que esperarme cinco minutos.

Tardó más de cinco minutos en regresar, y cuando lo hizo, lo único que Gregory Stevens traía en las manos era un CD en una bolsita. Encendió su computador y esperó que cargara el sistema operativo. Dos minutos más tarde, la pantalla mostró un cardumen de peces escapando de un enorme tiburón que quería devorarlos de una sola mordida. Acto seguido, el *cracker* ingresó la contraseña que la máquina le pedía e introdujo el disco en la unidad D. Esperó que el disco se leyera, y cuando hubo terminado de cargarse, en la pantalla apareció el ícono de un programa de escritura, luego el nombre del archivo; FALSO.DOC. El experto posicionó la flecha del *mouse* sobre el ícono e hizo doble *click*. El archivo abrió casi de inmediato.

- Ahí está – dijo el hombre cuando el artículo apareció por completo en la pantalla del monitor –. Todo suyo.

- ¿Existirá alguna manera de copiar el archivo…?

- Ya lo he hecho – respondió Stevens –. Puede llevárselo y hacer con él lo que estime necesario para tratar de salvar a Bobby – se detuvo un momento, como pensando algo. Luego continuó –. También hay otro archivo, que se llama REAL. Es la verdadera vida de Tom Shell.

- Gracias – respondió Selppa, agradeciendo, además, con gestos el hecho –. No le aseguro que mañana mismo comience el caso de Robert Preston, pero le prometo hacerlo en cuanto recabe las pruebas definitivas para culpar a Shell de lo que sea.

Cuando Sammy Selppa llegó a su casa esa misma noche, cerca de las doce, encendió su computador y cargó el CD ROOM que le había entregado el amigo del supuesto espía industrial. Las letras eran lo suficientemente grandes como para no confundirse en lo que leía, y verificó que, efectivamente, existían dos archivos. Primero comenzó leyendo el oficial, la verdadera historia de la vida del fiscal, un hombre recto y derecho, incluso justo, capaz de administrar justicia en el debido límite. Selppa leyó con avidez.

"Tom Shell, un hombre preocupado por su trabajo y dedicado a él. Su carrera había sido meteórica. A los veinticuatro años se había graduado de abogado en la principal universidad del país, obteniendo notas sobresalientes. Tempranamente había ingresado a un importante bufete de abogados, donde pronto se ganó enemigos que le envidiaban. Su padre, un poderoso político, senador y luego presidente del Senado, tenía mucha influencia en las altas esferas, y gracias a esos contactos su hijo llegó a ser el abogado exclusivo de una importante empresa financiera. Gracias a su horario flexible, Shell prosiguió sus estudios, y a los treinta y dos años logró ingresar a la Corte Suprema, donde trabaja actualmente.

"Un año antes había conocido a Kelly Reagan, de quien se decía era familiar directa del ex presidente Ronald Reagan, y se había enamorado profundamente de ella. Cuando cumplió la edad de Cristo se casó con ella, una mujer adicta a la buena vida, acostumbrada de los lujos, la comodidad y los eventos sociales, a los cuales habían asistido en demasía, y se decía que habían sido, incluso, anfitriones de la Princesa y el Príncipe de Asturias cuando éstos habían decidido pasar sus vacaciones en América.

"De todos los casos que Tom Shell había seguido, jamás había perdido uno, ni cuando trabajaba en el bufete Smith & Wesson (de quienes había pruebas claras que eran una filial autorizada de la poderosa y mundialmente conocida marca de pistolas y armas de fuego), ni cuando ayudaba en los líos legales a la financiera. Ahora, ostentando el cargo máximo dentro de la Corte, Tom Shell gozaba de una reputación única y envidiable, solvente, sólida e infranqueable, y administraba la justicia de manera perfecta, casi profética. Su familia, compuesta de Kelly Reagan, los pequeños Mathias y Andrew, y la pequeña Keyla, la niña de sus ojos, tenía mucha suerte. El padre era un buen padre, el marido era un excelente marido, pero por sobre todo, era un buen amigo.

Eso era lo más importante de la verdadera vida de Tom Shell. Quizá era el único ser humano tan perfecto sobre la faz de la tierra. Selppa se preguntó si de verdad sería así, pero pensaba que sí, pues de lo contrario no hubiesen inventado una falsa vida. ¿O no?

## 6

Un hermoso y soleado día amaneció sobre los cielos de la ciudad. El tráfico, como siempre, era endemoniado, con los autos haciendo sonar sus cláxones enloquecidos, tratando de avanzar en un mar de ruedas que no andaban un par de metros antes de detenerse otra vez.

Eran las ocho de la mañana, pero las puertas de HBC se habían abierto a las siete y media, para cerrarse de nuevo, sin volverse a abrir. A esa hora de la mañana, cuando el sol todavía era incapaz de calentar la tierra y de derretir la escarcha caída durante las pasadas horas, todos los miembros de la empresa habían hecho su ingreso a las dependencias de la misma, portando con ellos las carpetas de las investigaciones llevadas a cabo los días anteriores. Solo Cussack, Coultrand y Ducho no habían investigado nada, pero lejos de pensar que sus trabajos iban a ser más relajados, éstos recién empezarían.

La siguiente etapa era analizar cada uno de los detalles de los datos proporcionados por las fuentes, verificar que realmente fuera cierto lo que habían dicho, confirmar si existían las locaciones entregadas por ellos, etc. Eso no debería llevar más de unos cuantos días, trabajando a *full*, y luego, en base a estas ratificaciones, preparar el plan final, o como Jimmy "*Daddy*" Coultrand diría, el asalto final.

Según el plan del jefe, el proceso constaría de tres partes. La primera, la confirmación de todos los antecedentes recabados hasta ese momento; la segunda, el análisis de las mejores opciones a desarrollar para logran el objetivo, y finalmente, el objetivo. Tom Cussack estaba esperanzado en llevar a cabo la misión lo más de prisa posible, salir luego de todo el asunto, y volver a casa. Por su mente habían pasado muchas ideas, pero la que más le daba vueltas era una muy drástica, algo que pronto se lo comunicaría a sus socios, puesto que ya lo había decidido.

Por el momento, todos estaban sentados frente a una mesa redonda, más bien ovalada, con tazas de café o té humeantes y algunos restos de panecillos al lado. Sandra, la única mujer del grupo, se había sentado lo más cerca posible de Cussack, y vestía abrigada de pies a cabeza. Todos estaban en silencio, pero muy pronto Tom rompió el autismo.

- Espero que las noticias que traen sean buenas – dijo con voz estentórea.

Todos se miraron, y aunque nadie sabía cómo le había ido al otro, por los gestos y muecas de la cara se enteraron que no tan bien como el optimista Tom Cussack esperaba.

- Sacar al hijo de puta de la cárcel será complicadísimo – empezó Richardson, abriendo su carpeta de color lila y leyendo algunas notas que ella misma había tomado –. Está confeso, y todas las pruebas apuntan a él. Es más, ni siquiera *apuntan* a él, *indican* a él.

- O sea – dijo Cussack –, es culpable cien por ciento. Ninguna posibilidad de que fuera inocente.

- Ninguna – confirmó Sandra –, si incluso una médium leyó las cartas o algo así y lo encontró culpable.

- ¿Una médium? – preguntó asombrado Cussack –. No te estarás refiriendo a…

- Precisamente a ella – contestó la abogada –. Betty Logan, la mentalista de Arlington.

- Menuda sorpresa – respondió Cussack, mientras todos le miraban.

- Además, Backwood tiene acusaciones de otras sospechas de violación, antecedentes de drogas y un sinfín de cosas más. Acá tienes los informes – y le tendió la carpeta, que Cussack miró detenidamente.

Guardó unos minutos de silencio, pensando en algo, pero no emitió palabra alguna. Mientras revisaba los informes que le había entregado la mujer, una idea más se le cruzó por la mente. Miró hacia su izquierda, a Ducho.

- Ni lo pienses – rezongó éste cuando entendió la mirada de su jefe –. No pienses que iré a Arlington ni por un segundo.

- Sabes que debemos terminar esta misión – dijo Cussack con cara de súplica –. Piensa que si logramos decirle a esa mujer que declare que se equivocó en sus primeras declaraciones, tendremos, al menos, una prueba a favor de ese animal. Dile que nadie nunca lo sabrá. Ofrécele una cantidad de dinero que no pueda despreciar.

- Yo no creo que sirva de mucho – intervino Selppa –. El FBI rechazará esas pruebas.

- ¿Por qué tendría que rechazarlas si las consideró para buscar la ropa de la chica en el lugar donde Logan señaló? No creo que se atrevan a desmerecerla.

- Tú conoces a la justicia de este país – terció Anderson –. Adecúan las pruebas a su favor.

- Aun así – insistió Cussack –. Quizá logremos algo.

La discusión se extendió un poco más, y mientras el hombre leía cada uno de los informes que sus amigos le iban entregando, se fue haciendo más o menos una idea general del escenario. Las armas llegarían pronto, eso era exclusividad de Andrew Volko, que todavía ostentaba un parche sobre su herida. Cerca de las cinco de la tarde, después de un almuerzo en el mismo lugar, la cesión se dio por terminada. Empezaba la segunda parte de la misión: confirmar los datos entregados por los socios de HBC, trabajo que llevarían a cabo el mismo Cussack, Ducho – cuando terminara las averiguaciones con la médium – y Coultrand, los que de inmediato se pusieron manos a la obra. Entretanto, el ruso tendría que visitar otra vez a la mafia de los bajos fondos para la recepción del armamento, Selppa tendría que viajar a la frontera mexicana para hablar del tercer lugar

donde llevaban a los testigos, y Sandra Richardson…bueno, Sandra tenía un trabajo imposible.

Cada uno tenía nuevas labores.

El Rey Ducho tomó un vuelo esa misma tarde con destino a Arlington, una ciudad pequeña comparada con otras de igual importancia, pero acogedora y amena. El condado de Arlington es un condado urbano situado en la Mancomunidad de Virginia, separado de Washington D. C. por el río Potomac. Originalmente, parte del Distrito de Columbia, el terreno ahora ocupado por el condado, fue devuelto a Virginia el 9 de julio de 1846 a través de una ley del Congreso que tomó efecto en 1847. Estrictamente hablando, no es adecuado referirse a la ciudad de Arlington. Todas las ciudades dentro del estado son independientes de los condados, aunque éstas podrían ser incorporadas a los condados. Sin embargo, Arlington no se ha incorporado porque las leyes de Virginia previenen de la creación de una nueva municipalidad dentro de un condado que tenga una población superior a los 1.000 habitantes por milla cuadrada.

Quizá lo más atractivo de la ciudad, mirado desde un punto de vista político, era su cementerio. El cementerio nacional de Arlington es un cementerio militar estadounidense establecido durante la Guerra Civil Americana en los terrenos del General Confederado Robert E. Lee en frente de Washington, D.C., al norte del Pentágono. Con cerca de 300,000 enterrados, el cementerio nacional de Arlington es el segundo cementerio más grande de los Estados Unidos. Veteranos de todas las guerras norteamericanas están enterrados en el cementerio, desde la Guerra Civil Americana hasta las de Afganistán y la invasión de Iraq de 2003. Los muertos anteriores a la Guerra Civil fueron re enterrados después de 1900. La tumba a los desconocidos, también conocida como la Tumba al Soldado Desconocido, se erige en lo alto de una colina con vistas a Washington, DC. Kennedy está enterrado en el cementerio de Arlington con su mujer Jacqueline Kennedy Onassis y algunos de sus hijos. Su tumba está adornada con la "Llama Eterna". Su hermano el Senador Robert F. Kennedy también está en una tumba próxima. Otro presidente de los Estados Unidos, William Howard Taft, que fue a su vez Jefe de justicia es junto a Kennedy, el único presidente enterrado en Arlington. Otros lugares a visitar cercanos al cementerio son el "Memorial a Iwo Jima" y el Carillón holandés.

Neal Ducho descendió del avión en el aeropuerto internacional Ronald Reagan y de inmediato una turba de taxistas se le acercó ofreciendo sus servicios. A decir verdad, el hombre había estado sólo dos veces anteriores en ese condado, hacía unos diez años, y aunque algunos lugares no habían cambiado, la mayoría presentaba notorias modificaciones en su estructura, incluso en el sentido de las calles. A pesar de que el aire se mostraba completamente transparente, y el cielo azulísimo, el viento era fuerte y

helado, por lo que muy pocas personas paseaban por los parques o por las calles de la ciudad.

Neal se hizo la idea que tendría que pasar la noche en un hotel, y luego de verificar los cupos disponibles en cada uno de ellos, se decidió por el *Royal Stars*, un hermoso edificio de siete pisos, con más de ciento cincuenta habitaciones, las cuales, casi en su mayoría, daban al Potomac. Ducho se metió en su cuarto, pidió una comida rica en calorías y carbohidratos, y un *notebook* con conexión a Internet. El pedido le legó cinco minutos después, traído a su habitación por un botones elegantemente vestido, con corbata y traje. Los hoteles de esta parte del país no tenían en nada que envidiarle a las grandes cadenas de la capital, pensó el huésped.

Mientras comía, esperó que el aparato cargara el sistema operativo y se conectó. La Red le mostró más de un millón de entradas al escribir en el buscador las palabras "médium de Arlington" o "vidente de Arlington". Se sintió deprimido, así que cambió las palabras de búsqueda, y esta vez colocó "Betty Logan". Aunque también le aparecieron cientos de entradas, una de ellas le llamó la atención. Pinchó el vínculo y ante sus ojos se desplegó la noticia entera.

*La conocida mentalista de Arlington Betty Logan, recientemente saltada otra vez a la fama en el caso de la pequeña Stephanie Birlock al revelar impactantes antecedentes sobre el paradero de la menor, hechos que confirmó el FBI, sufrió un ataque desconocido que terminó con su casa consumida por el fuego, en un incendio que se originó cerca de las tres de la madrugada. Según los primeros informes de Bomberos, la causa inicial del fuego fue el volcamiento de una vela que la mujer mantenía encendida en el velador de su dormitorio, que es el lugar donde empezó el siniestro. Sin embargo, las investigaciones siguen en pie, aunque la policía ha decidido cerrar el caso dentro de una semana si no se encuentran más pistas que hagan pensar lo contrario. Declaraciones de la mujer señalan que fue víctima de una venganza por informar del paradero de la pequeña asesinada por John Backwood, pues nada le hace pensar lo contrario…*

La fecha de publicación era de hace dos días, por lo que Ducho supuso que aún quedarían vestigios del incendio de la casa. No creía que se tratara del volcamiento de la vela, porque si fuera así, ¿por qué ella había sobrevivido, si había ocurrido a las tres de la madrugada, mientras ella dormía? Aunque no conocía en detalle la vida de la mentalista, no dudaba de que se trataba de una especie de venganza por revelar los detalles del paradero de la niña muerta. Más abajo, en el mismo artículo, aparecía la dirección de la mujer, en el vecindario de Crystal City, a pocos kilómetros del cementerio nacional, y señalaba que, por ahora, la vidente estaba viviendo con vecinos del sector.

A primera hora de mañana Ducho abordaría un bus que lo llevara a Crystal City, un vecindario ubicado al sudeste de Arlington. Crystal City está centrada a lo largo de una extensión de la Carretera Jefferson Davis, justo al sur del Pentágono, y dentro de la distancia media al aeropuerto Ronald Reagan. Caracterizado como uno de muchos "pueblos urbanos" por el Condado Arlington, la Crystal City está casi exclusivamente poblada por edificios de apartamentos altos, oficinas corporativas, hoteles, y numerosas tiendas y restaurantes. Hay también una red extensa de zonas de tiendas subterráneas y pasillos que se unen bajo la ciudad. Posee líneas de ferrocarriles directas a Washington, las Líneas Azules y las Amarillas, e incluso un expreso.

Al hombre le costaba entender que una persona de las características de Betty Logan, que se decía mentalista, pudiera vivir en un lugar donde la empresa privada poseía el control de la mayoría de las operaciones, donde se veía más hoteles que casas, más turismo que vida familiar.

Pero el siniestro que quemó la casa de la vidente le trajo, de una u otra manera, una esperanza a Ducho. Debido a la desgracia, la mujer necesitaría dinero, una casa nueva, algo que él podría solucionar…Pero después pensó en otra cosa, algo que sin duda levantaría las sospechas sobre él. Sería muy extraño que un hombre, al que ella no conocía, llegara de repente, de la noche a la mañana, salido de la nada, a pedirle que escribiera un informe donde ella asumiera que se había equivocado con respecto al asesino, y que justo días antes su casa fuera incendiada. Sería el sospechoso número uno…pero habría que correr el riesgo. Pensando en esto, se durmió una hora después.

Al otro día, a las ocho en punto, Neal Ducho salió disparado para Crystal City, pagó la noche de hotel y le dijo al recepcionista que le guardara la misma pieza para la noche, y que le llamaría por si no la iba a usar. A las seis, se había despertado y se había duchado, y mientras esperaba el desayuno, vio por Internet la ubicación del barrio, cómo llegar y cómo ubicarse por las laberínticas calles del vecindario. Cada día que pasaba admiraba más el genial invento de la conexión a través de todo el mundo, gracias a La Red. Lo que no cuadraba en su cabeza era que fueran los suizos del CERN los que inventaran Internet, y no ellos, los americanos. Lo que sí habían inventados los estadounidenses era la extensión *www,* que lograba que la comunicación de Intranet fuera mundial. Los físicos del *Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire*, habían creado la forma de comunicarse entre departamentos sin tener que utilizar el teléfono, pero su invento se había limitado sólo a eso, una red interna de ordenadores. Los *gringos* la habían mundializado.

Cerca de las nueve y media Neal “*King*” Ducho bajó del bus y pisó suelo de Crystal City. El vecindario era tal como se lo había imaginado, con lujosos hoteles en todo su perímetro, donde los turistas y los visitantes podían regodearse con una vista al océano desde los pisos más elevados. Ahora que se encontraba en el lugar, pensaba en lo inútil

que era guardar la habitación del *Royal* cuando aquí había hoteles inmensamente superiores. En todo caso, no pensaba quedarse mucho tiempo.

Lo primero que hizo fue buscar la dirección de la casa de la mentalista, Graveyard Road. Según un mapa que había comprado al llegar al lugar, el camino se encontraba a las afueras de la ciudad, cerca de unas montañas que no tenían nombre. Un lugar paradisiaco, incluso afrodisiaco para alguna joven pareja de enamorados. A medida que se internaba en el lugar, caminando tranquilamente por las limpias calles de la ciudad, comprendió que necesitaría un vehículo para llegar. En cuanto encontró una compraventa de autos usados, se acercó, regateó el precio por el arrendamiento de uno de ellos, y partió. Nunca utilizaba su automóvil personal para este tipo de operaciones, pues siempre estaba consciente de que podía ser descubierto gracias a la matrícula de su coche. Hombre prevenido vale por dos.

- ¿Sabe usted donde queda Graveyard Road? – le dijo al hombre que atendía la compraventa.

- Allí – respondió aquél, indicando un lugar perdido al fondo del escenario, donde unas montañas nevadas ofrecían un espectáculo que, en otras circunstancias, Ducho se hubiera detenido a contemplar.

El hombre emprendió la marcha, luego de llenar el depósito de combustible, y esperó encontrar el lugar sin mayores inconvenientes, algo que resultaría evidente al encontrar cenizas de madera quemada desperdigadas por el suelo.

El paisaje cambió bruscamente, y a los hoteles, residenciales y centros comerciales sucedió un paisaje agreste, con campos de cultivo inmensos, donde las casas eran hermosas, con rebaños de vacas y ovejas que abarcaban casi todo el lugar. El asfaltado y serpenteante camino se internaba en las montañas, y de vez en cuando Ducho tenía que detenerse por casi diez minutos para dejar pasar a un rebaño completo de cabras que atravesaban el camino en busca de vegetación más fresca.

Cuando llegó por fin a su destino, el valle se abría a la civilización. La modernidad había llegado hasta el último extremo de la ciudad, y el villorrio mostraba los esfuerzos de los habitantes por mostrar el entusiasmo y el orgullo que sentían por vivir en esa zona. Neal Ducho estacionó su vehículo rentado en un estacionamiento de un centro comercial pequeño y pisó, por primera vez en su vida, suelo de ese sector.

Aspiró una bocanada de aire y se llenó los pulmones lentamente, saboreando, si cabía, el fresco aire expedido por los árboles frondosos que crecían por doquier, en todo el perímetro y dentro del área de Crystal City.

Encontrar la calle Graveyard Road no le tomó más de media hora, y la casa quemada, la otra mitad. Desde lejos, El Rey Ducho observó las ruinas de una casa que, al parecer, en tiempos mejores había sido hermosa y acomodada, algo que el hombre no

podía comprender, pues en ningún artículo aparecían referencias al trabajo real de la mentalista.

Hizo el recorrido a pie, y cuando estuvo frente al lugar del siniestro, se quedó mirando la cinta amarilla que decía PROHIBIDO EL PASO – FBI, que impedía entrar. Haciendo caso omiso, el hombre se agachó y pasó por debajo, sólo para comprobar que el lugar había resultado inhabitable. Lamentó el hecho, no únicamente porque no podría descubrir nada, sino porque dejaba a una mujer sin casa.

Se internó un poco más, atento a cualquier ruido proveniente del exterior, preocupado de esconderse si a los agentes del FBI se les ocurría aparecer por ahí de improviso. Pisó una pared y el sonido resonó como un estampido. El corazón se le sobresaltó, pero no ocurrió nada que él reconociera, al menos.

La estructura de la casa había resistido, a pesar de todo, y una escalera de metal conducía a un segundo piso, del cual sólo quedaban las paredes y una parte del techo. Sin saber muy bien qué esperar arriba, Ducho comenzó a subir, procurando no apoyarse en las calcinadas paredes teñidas de negro, más que nada para no dejar impresas sus huellas por todos lados.

Cuando llegó arriba comprobó que los daños habían sido evidentemente menores, por lo que desechó la hipótesis que decía que el incendio se había originado en el dormitorio de la dueña da casa. ¿Qué se ocultaba detrás de este incendio? Aunque no poseía cualidades de investigador privado ni mucho menos, Ducho sabía que *algo* no encajaba, y pensó por un instante que familiares del detenido y principal responsable de la muerte de Stephanie Birlock había tomado venganza sobre la mujer. Pero si fuera así, ¿por qué no tomar represalias contra la familia de la víctima, que en todo momento exigieron la pena de muerte del desgraciado?

Iba a tratar de encontrar una explicación más o menos lógica a su pregunta cuando notó que a su frente estallaba una especie de bomba de artificio que disgregaba millones de pequeñas lucecitas blancas que brillaban como cuando uno miraba directamente al sol y después cerraba los ojos. Un segundo después – o al menos eso le pareció a él – una inmensa nube gris, que después mutó al negro, apareció ante sus ojos, cortando su visual por completo. En un momento creyó escuchar alguien a sus espaldas, pero casi de inmediato comprendió lo absurdo de su idea. Al principio, Ducho no entendió lo que estaba sucediendo, pero quince segundos después reconoció el efecto que había producido la explosión y la repentina oscuridad. Quince segundos en que demoró en cerrar sus ojos y caer.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró tirado de espaldas y con dos inmensas piedras sobre sus piernas, de modo tal que le era imposible levantarse, ni siquiera sentarse. A su derecha vio el zapato de una mujer, pero no alcanzaba a verle más arriba. *Una agente del FBI*, pensó el hombre, y cerró los ojos cuando un rayo de sol le dio directo

en la cara. Giró la cabeza hacia el otro lado, tratando de buscar más oficiales, pero no vio a nadie. Lentamente, su cerebro iba procesando las ideas que se le agolpaban en su materia gris, y poco a poco fue comprendiendo que, tal vez, no se tratara de un agente federal. *¿Un ladrón, tal vez?*

Pero la mujer seguía parada ahí, plantada frente a él, sin moverse, observando, atenta a los movimientos del hombre, aunque éste estaba peor que encadenado. Sentía un dolor agudo en la espalda, pero sospechó que se lo había ocasionado la caída que tuvo cuando creyó ver lucecitas explosivas de una bomba inexistente. Fue comprendiendo lentamente lo que le sucedía, y se sintió como un idiota. Nada de bombas secretas, nada de neblinas de cambio de clima. Entendió que el dolor tampoco se lo había ocasionado la caída, sino que era producto de un golpe a quemarropa.

*El golpe que la mujer me dio para hacerme caer*, pensó con tristeza, mientras intentaba mirar quién era su atacante. Con muchas molestias, con la incomodidad de no poder moverse con absoluta libertad, Ducho logró girarse hacia el costado, y recién ahí pudo vislumbrar la silueta de la mujer.

No era una agente, en efecto, tampoco un ladrón. No se trataba de un mago o un ángel vendido. Frente a él, parada con una mano en jarra y en la otra sosteniendo un bate de béisbol, se hallaba una mujer que Ducho reconoció inmediatamente, pues la había visto en fotografías la noche anterior: Betty Logan.

El trabajo de Jimmy “*Daddy*” Coultrand consistía en preparar todos los movimientos venideros de tal manera que quedaran entrelazados como una trenza irrompible. Su trabajo era un poco más “limpio”, si cabía el adjetivo, comparado con el de sus compañeros, pero de todas maneras era arduo y duro.

En esos momentos, Coultrand se encontraba en una sala de control de una importante tienda comercial, cuyo dueño, un antiguo amigo suyo de la época de su infancia, le estaba presentando a su jefe de seguridad, un hombre completamente calvo y de casi dos metros de estatura, de mirada seria y gestos indescifrables. Su aspecto asimilaba al de un gran oso pardo parado en dos patas, asustando a su presa, que intimidaba con su sola presencia.

El hombre estaba parado en medio de ambos, y sobresalía por lo menos veinte centímetros por sobre los demás, pero al parecer esa singularidad no le afectaba en absoluto. Sus conocimientos sobre instalaciones de cámaras de seguridad era lo que necesitaba Coultrand, y para eso estaba allí.

Después que el dueño de la tienda le explicara lo que necesitaba de él, los dejó solos. El jefe de seguridad lo invitó a sentarse, y antes de comenzar a explicar propiamente el funcionamiento de las cámaras, hizo una pequeña reseña. Anteriormente

relator de cursos de seguridad, Mike Miller se vanagloriaba de haber obtenido las calificaciones más altas de todos los participantes en un concurso para postulación a relator, y desde ese entonces jamás se le había olvidado detalle alguno. Ahora, después de cinco años de haber dejado esa faceta de su vida para dedicarse por completo a la jefatura de guardia, estaba dispuesto a empezar su relatoría.

- El Circuito cerrado de televisión o su acrónimo CCTV, es una tecnología de vídeo vigilancia visual diseñada para supervisar una diversidad de ambientes y actividades. Se le denomina circuito cerrado ya que, al contrario de lo que pasa con la difusión, todos sus componentes están enlazados. Además, a diferencia de la televisión convencional, este es un sistema pensado para un número limitado de espectadores.

El guardia hizo una pausa para comprobar si Coultrand le estaba prestando atención, y al ver que el hombre estaba atento a sus explicaciones, prosiguió con su relato. Mostró las distintas imágenes registradas en ese mismo momento por las cámaras de seguridad esparcidas por cada rincón de la tienda. En una de ellas se veía a un matrimonio de la mano contemplando un traje carísimo.

- El circuito puede estar compuesto, simplemente, por una o más cámaras de vigilancia conectadas a uno o más monitores o televisores, que reproducen las imágenes capturadas por las cámaras. Aunque, para mejorar el sistema, se suelen conectar directamente o enlazar por red otros componentes como vídeos u ordenadores. Se encuentran fijas en un lugar determinado. En un sistema moderno las cámaras que se utilizan pueden estar controladas remotamente desde una sala de control, donde se puede configurar su panorámica, enfoque, inclinación y zoom.

*Daddy* Coultrand tomaba nota mental de todas las indicaciones que Miller le entregaba, y las almacenaba en el disco duro de su cerebro, desde donde no podrían escapársele. De vez en cuando preguntaba algo, a lo que el guardia de seguridad estaba dispuesto a responder y aclarar de inmediato. De esta manera, todo quedaba más claro para el inexperto Coultrand.

- Estos sistemas incluyen visión nocturna, operaciones asistidas por ordenador y detección de movimiento – prosiguió Miller –, que facilita al sistema ponerse en estado de alerta cuando algo se mueve delante de las cámaras. La claridad de las imágenes puede ser excelente, se puede transformar de niveles oscuros a claros... Todas estas cualidades hacen que el uso del CCTV haya crecido extraordinariamente en estos últimos años.

- Entonces – le interrumpió Coultrand –, las cámaras de circuito cerrado son similares a las convencionales.

- Casi – contestó el experto –. En las CCTV, el circuito estará compuesto aparte de las cámaras y monitores, de un dispositivo de almacenamiento de video (DVR Digital Video Recorder, NVR Network Video Recorder) dependiendo la estructura del circuito ya sea analógico o basado en redes IP, aunque se pueden realizar combinaciones dependiendo

las necesidades del sitio. También pueden haber cámaras llamadas Domo o Motorizadas, debido a la forma de domo invertido que presentan y que pueden ser remotamente movibles, éste movimiento se puede hacer vía hardware mediante un teclado y joystick o vía software mediante una aplicación específica de video vigilancia instalada en ordenador. Constan también en un sistema CCTV de video vigilancia dispositivos como: lámparas infrarrojas, sensores crepusculares, posicionadores, teleobjetivos, análisis de vídeo y video inteligente, etc.

Una hora exacta más tarde la reunión terminó, y Jimmy Coultrand sabía todo lo que tenía que saber sobre instalación de cámaras de circuito cerrado. Un minuto después entró el dueño de la tienda, cruzaron un par de palabras más y los tres, incluido el jefe de seguridad, se dirigieron destino a un afamado restaurant de comida china, donde degustaron las exquisiteces de esa cocina. Coultrand guardó toda la información en su cerebro y se preocupó de comer.

Tom Cussack estaba en su casa revisando la información que Sammy Selppa le había entregado sobre la falsa vida de Tom Shell. Aunque era totalmente ficticia – pues ya había leído más de tres veces la verdadera, y comprobado cada uno de los detalles –, era totalmente factible. Un hombre derecho y fiel a su mujer que, cierto día en que estaba todavía abriéndose camino, trabajando en terreno acompañado de una hermosa asistente social (nombre desconocido o no revelado), había trabado una *hermosa* amistad con ella, hasta tal punto de llevársela a la cama. Cussack comprobó con sorpresa que, en efecto, el hombre había trabajado en la calle con una asistente social, pero que la segunda parte de la historia era la inventada. ¿De dónde había sacado la información el informante de Selppa? No era que eso importara realmente, pero Cussack estaba intrigado, aunque sabía que su amigo nunca revelaría su fuente, como era estricta ley entre ellos. Los contactos de uno no eran del otro.

Cussack se apartó de la pantalla del computador y marcó desde su móvil el teléfono de la abogada. Varios kilómetros más al sur, en su habitación, Sandra Richardson abrió la tapa de su celular y respondió la llamada. Cinco minutos más tarde tomaba su vehículo y partía en dirección a la casa de su amigo, llegando ahí cuarenta y tres minutos más tarde.

- Siempre tan puntual – le dijo cuando la saludó, con un beso en la mejilla.

- Imposible negarse a tus peticiones – sonrió ella, entrando a la casa. Vestía un traje que la hacía verse esbelta y bella, más de lo que era en realidad.

- Gracias por venir – dijo el hombre –. Seguramente estarías ocupada – lo dijo sabiendo que era justamente lo contrario.

- No te preocupes. Mi perrito podrá dormir solo esta noche. En cambio tú – miró en torno suyo – no puedes romper tus malos hábitos.

Cussack no respondió, y sin decir nada más tomó la carpeta que esa misma mañana le había entregado la mujer y se puso a releerla. Mientras lo hacía, le indicó a Sandra que leyera la información sobre el fiscal a cargo del caso, Tom Shell. En silencio, ambos demoraron más de media hora en leer.

- Un tipo como no hay otro igual – exclamó Sandra, al referirse al artículo original sobre la vida del hombre –. No veo cómo chantajearlo con su historia falsa. Nadie lo creerá.

- Sabes mejor que nadie que una mujer puede seducir a cualquier hombre – le corrigió Tom –, sobre todo una mujer como tú.

- ¿Es un piropo? – preguntó coquetamente ella, colocándose un mechón rebelde detrás de la oreja.

Cussack rió y sirvió la comida, que preparó él mismo en el lapso en que su amiga abogada llegaba. Un trozo de carne con ensaladas, un buen vino chileno y de postre, helado.

- Nunca sospeché que pudieras cocinar tan bien – se asombró ella, probando un trocito de carne que metió completo en su boca –. Llegarás a ser un excelente dueño de casa.

- Dios me libre.

La noche transcurrió sin mayores novedades, y durante la comida el hombre le explicó a la mujer el único plan que se le ocurría para chantajear al fiscal. Sandra escuchaba atentamente, y si la idea de su amigo le incomodaba o no, se lo guardó para sí misma. Lo único que sabía era que debería extremar sus recursos si ni a él ni a ella se le ocurría algo mejor.

- Quizás te estoy pidiendo demasiado – se disculpó Cussack.

- No lo sé – pareció dudar ella, que se comió el último pedazo de carne que quedaba en su plato –. Sacar a ese asesino de la cárcel es imposible, y te confieso que me provoca una especie de inmoralidad sacarlo aunque sea con un propósito distinto al de dejarlo libre para siempre.

- Te entiendo perfectamente – respondió él –, pero no se me ocurre nada más para terminar nuestro trabajo. Si tan sólo…

- No te preocupes – lo tranquilizó ella –. Puede que sea un tanto…humillante, pero será efectivo. Eso te lo aseguro.

- Te quiero.

- Yo también te quiero mucho – contestó ella. Le dio un beso y abandonó la casa.

## 7

Andrew Volko había insertado el *chip* de HBC en su móvil, y estaba esperando la llamada del *Cerebro* Murdock. Mientras, había acudido a un amigo suyo y le había ordenado que le falsificara una documentación con su nombre verdadero, pero los demás antecedentes falsos. El falsificador había realizado un trabajo asombroso, excelente, y Volko no pudo sino sentirse satisfecho. Ahora, sólo le restaba esperar la llamada del contrabandista, si es que llamaba…

A las siete de la tarde sonó el teléfono móvil del ruso, y aunque en la pantalla del celular no aparecía el nombre, el hombre sabía de quién se trataba, pues a nadie más le había dado ese número.

La conversación fue breve, no más de un minuto, en el cual Murdock dio órdenes y Volko escuchaba solamente. Se deberían encontrar en un lugar alejado de la ciudad, un barrio peligroso y cuna de asesinos, traficantes y estafadores, justo a la media noche, en una dirección donde el alumbrado público era más que deficiente.

Al ruso, hombre acostumbrado a la rudeza, el peligro y las oscuras tramas, le parecía extraño que la cita se fuera a llevar a cabo en ese sitio, pero después, pensando con la mente de un hombre que constantemente debía rehuir a la policía, le parecía normal y hasta lógico.

Un barrio malo, de asaltantes, asesinos y demás traía la ventaja que, si por esos avatares de la vida una de las partes deseaba arrepentirse o tenderle una trampa a la otra, la policía no daría importancia a la muerte de un pandillero. Por otro lado, los mismos federales, así como la policía local, trataban de no entrar en lo posibles a esos sectores, pues ya muchas veces habían sido víctimas de asaltos y robos con violencia.

Sin más remedio, y debiendo aceptar las condiciones impuestas por Roger Murdock, Andrew Volko se alistó para salir.

El frío era espantoso. Volko, vestido con un abrigo largo, en cuyo bolsillo interior llevaba el resto del dinero para cumplir con el pago de las armas, que le había entregado Cussack cuando se reunieron en la sede de HBC esa misma mañana para rendir los informes recabados, caminaba con pasos largos, tratando en lo posible de hacer disminuir el frío y aumentar el calor. La neblina estaba baja, y con dificultad se podía ver más allá de algunos metros.

Volko prefirió caminar antes que acercarse en un auto y hacer el resto a pie. Mientras andaba, iba pensando en qué hacer si algo salía mal. Estaba la posibilidad de que el ruso-americano fuera traicionado, incluso asesinado, por lo que debía estar alerta al

cien por ciento. Aunque su fuero interno le decía que todo iba a salir bien, no por eso iba menos preocupado.

A la media hora divisó el barrio que Murdock le había nombrado por teléfono, un lugar casi aislado del resto de la población, donde las casas tenían protecciones en las ventanas, seguros en las puertas de calle y candados en las rejas. A la izquierda se levantaban bloques de edificios de cinco pisos, departamentos chicos y estrechos donde, como mucho, cabían cuatro personas. En frente, a la derecha, otros bloques terminaban la cuadra, mostrando rayados y *grafitis* en las paredes, en alusión a la pobreza, el descontrol del Gobierno, los abusos de los federales.

Andrew Volko no le prestó atención a estos anuncios y se concentró en chequear su frente y sus puntos ciegos. Delante de él, unos niños jugaban con una pelota rota y deteriorada, y a sus costados el silencio y la soledad eran amos y señores del lugar.

El hombre de origen ruso continuó su camino, y un poco más allá sintió pasos leves detrás de él, como si quien lo siguiera lo hiciera con mucha precaución. *No tanta si ya te descubrí*, pensó irónicamente el sujeto. Se detuvo, y acto seguido los pasos que lo seguían también lo hicieron. Volko no estaba para juegos, no esta vez, y se decidió a encarar a su espía, el que torpemente se había ocultado detrás de un edificio. Volko se acercó con prudencia, a sabiendas que su perseguidor no intentaría huir, pues eso delataría su ubicación, supuestamente bien resguardada.

Pero cuando se acercaba escuchó claramente, sobre la nuca, el frió metal del acero. Sin darse la vuelta, supo de qué se trataba: el cañón de un arma le apuntaba directamente a la cabeza, justo en medio de la nuca. Volko se quedó paralizado, con un terror en sus ojos, esperando el momento final en que el hombre que sostenía el arma apretara el gatillo.

- Señor Volko – la voz de Murdock se dejó oír desde las oscuridades –. Por un momento creí que no vendría. Pero después sospeché que la urgencia de sus armas iba a ser más elevada que el miedo a internarse en estos barrios tan…poco decentes.

- Señor Murdock – gritó Volko a diestra y siniestra, girando la cabeza a derecha e izquierda tratando de localizar al mafioso –. Soy un hombre de palabra.

- Ya lo veo – ahora la voz había cambiado de lugar, lo que le indicaba a Volko que el hombre se estaba moviendo –. Me imagino que trae el resto del dinero.

- Por supuesto – contestó intrigado Volko –. Dentro de mi chaqueta.

- Muy bien, muy bien –. Murdock se calló unos momentos, como si estuviera pensando lo que iba a decir a continuación –. Le diré lo que vamos a hacer. ¿Ve usted delante suyo, aquél poste de la luz cerca de la esquina? –. Volko miró en la dirección indicada y observó el poste del tendido eléctrico. A sus pies, había un maletín perfectamente camuflado –. Aquel maletín contiene las armas que le dije. Deje el dinero donde está usted y acérquese a recoger lo suyo.

- ¿Cómo sabré que no es una trampa?

- Ah, señor Volko – dijo la voz, la que nuevamente se había cambiado de sitio –, si hubiese querido matarlo, lo hubiera hecho la vez anterior, y ahora usted no estaría aquí.

Volko comprendió que Murdock tenía razón, y con mucho cuidado metió una de sus manos debajo de su chaqueta y extrajo un sobre café muy abultado, cuyo contenido era evidente para los ojos avizores de los hombres ocultos en la oscuridad. El ruso se agachó y dejó el paquete a sus pies, luego con uno de ellos lo pateó y lo alejó de sí. Miró en todas direcciones, pero por más esfuerzos que hizo no consiguió distinguir ni uno solo de los rostros que sabía estaban vigilándolo, y se acercó despreocupadamente al maletín, ubicado algunos metros más allá. Cuando estuvo lo bastante cerca se agachó, abrió la maleta y comprobó su contenido.

- En el doble fondo del maletín encontrará los cargadores y las balas. Como podrá notar – Murdock apareció desde la oscuridad y se paró frente a su comprador –, también soy un hombre de palabra. Tendrá que comprender que debo tomar mis providencias. Si no lo hiciera, también estaría muerto la vez anterior.

Volko sonrió por dentro, pues le hacía bien saber que aquel hombre también le temía. Un segundo más tarde, desde la oscuridad aparecieron seis o siete individuos más, con armas automáticas, los que rodearon al ruso-americano. Murdock se agachó a recoger el sobre, lo abrió, y con los ojos abiertos y tan grandes como platos contó los billetes uno a uno, hasta llegar a la cifra acordada.

- Excelente, señor Volko. Ahora revise su mercancía.

Andrew levantó el maletín, lo abrió y contó diez armas, perfectamente limpias y envueltas en sus respectivos estuches. Revisó el doble fondo, y ahí encontró diez cargadores y casi veinte paquetes de balas, que contenían cien de ellas, un total de dos mil municiones para un trabajo que necesitaría, a lo sumo, dos. Todas eran Glock.

- Es un placer hacer negocios con usted, señor Murdock.

- Para mí – contestó el jefe de los mafiosos, al tiempo que hacía un gesto a sus hombres para que bajaran las armas y dejaran de apuntar a Volko – es muy importante que mis clientes se vayan satisfechos. Además, por la cifra que usted pagó…bueno, todo lo demás está de más. Ah, una última cosa – dijo luego, como si se acordara de repente –. No nos conocemos. Si usted es descubierto, tendrá que vérselas por sí solo.

- No se preocupe – lo tranquilizó Volko –. Jamás he tenido contacto con usted.

Un apretón de manos cerró el compromiso.

El viaje había sido lento, angustioso, sencillamente deplorable. Chris Anderson pisaba por primera vez la frontera con México, y ni siquiera tenía las señales físicas de Miguel Hernández. Si bien era cierto que su amigo Armstrong lo había llamado para que *él*

lo viese, Anderson esperaba que no lo tomaran por sorpresa, y que la conversación fuera rápida y productiva. Viendo el lugar, el entorno, las zonas colindantes al sitio donde se encontraba, Anderson también consideraba improbable que a Backwood lo condujesen hasta acá, teniendo en cuenta que cualquier inconveniente significaría el doble en la frontera mexicana.

El terminal de buses presentaba un aspecto deplorable, como de la Edad Media, con montones de basura en las esquinas que nadie se había preocupado de levantar. Los mendigos, hombres en su mayoría, revoloteaban como aves sin su nido, en busca de limosnas que la gente acostumbraba a darles para saciar principalmente su hambre. Un pequeño *mall* se alzaba justo en frente del derruido edificio, y las pocas personas del sector acudían hasta ese lugar para comprar lo necesario para el día o la semana.

A la distancia, Anderson vio que otro bus venía llegando, pero desde él sólo bajaron dos mujeres, una de ellas ya mayor que fácilmente bordeaba los sesenta años. De cabello blanco y arrugas en el rostro, la mujer caminaba apoyada en un bastón, cojeaba de la pierna izquierda y apenas se mantenía en pie. Anderson la vio y quiso ayudarla, pero se dijo que no podía pasar por alto al hombre que debería llegar en pocos minutos: se hizo el desentendido.

De repente, sintió un tirón en su manga, y al darse la vuelta vio a la anciana a su lado. Vio algo raro en su rostro, aunque no supo qué era. Ella le sonrió, y ahí se hizo más evidente que no se trataba de una mujer de esa edad. Parecía más joven, más vital, no tan achacosa como se veía a primera vista.

- No entiendo…

La mujer lo hizo callar, y sin decir una sola palabra hizo parar un taxi al que se subió, indicándole a Anderson que hiciera lo mismo. Sin comprender por qué obedecía a aquella anciana, Chris se subió y se sentó a su lado, en los asientos traseros, y no se dijeron una sola palabra. La mujer canceló el pasaje de los dos y le dio una dirección al conductor, garabateada en una hoja de papel, a la que el taxista se dirigió sin hacer una sola pregunta.

El lugar estaba a casi quince minutos del terminal de buses, en un lugar alejado de la ciudad, donde predominaba la vida silvestre, rodeada de árboles y animales caseros. Chris Anderson divisó montañas en la lejanía, cimas nevadas y vegetación verde frondosa.

Cuando descendieron del vehículo, una ráfaga de viento helado le azotó el rostro a la anciana, lo que hizo que el cabello se le moviera hacia atrás, y se le cayera al suelo. Afortunadamente para ella, nadie había cerca, por lo que nadie se percató del incidente, excepto Anderson, el que contempló cómo la anciana se transformaba en un hombre de unos cuarenta y cinco años, macizo y corpulento, pero que disimulaba perfectamente sus cualidades bajo el disfraz de inofensiva anciana. *Por eso no podía hablar*, pensó Anderson. *Nunca podría hacerlo.*

- No esperaba que me conociera de esta manera, señor Anderson – dijo el hombre, sin disimular su pesar por haber sido descubierto tan vilmente –. Pero debe comprender que debo tomar mis medidas de precaución.

Chris Anderson no dijo nada, y por toda contestación se le quedó mirando, como quien mira a un ser extraño llegado del espacio y no sabe qué hacer. No obstante, se sentía cautivado por dentro. Aquel hombre, un verdadero transformista, había logrado engañarlo como a un niño, y, aunque eso podía considerarse humillante, le parecía divertido. Anderson muy pocas veces mordía el anzuelo, pero esta vez fue total.

- Myers me habló de usted. Creo que son amigos de la infancia – hablo Hernández, mientras se sacaba el vestido, en la misma calle, y se colocaba unos pantalones que traía en un bolsito pequeño –. Me dijo que quería detalles de Plataforma Aérea.

- Así es – contestó Anderson –. En realidad, no entiendo el porqué de sus nombres, pero me interesa saber sobre sus características.

- Algo me comentó Myers sobre su caso – Miguel Hernández notó que el hombre de HBC entrecerraba los ojos con gesto de preocupación –. No se preocupe – una risita –, puede confiar en mí – hizo un momento de pausa y prosiguió –. Déjeme decirle, sin embargo, que este lugar no parece el más apropiado para que traigan a su hombre. Acompáñeme.

Ambos hombres caminaron casi media hora en completo silencio, atravesando maizales y huertos de trigo, plantaciones de tomates y papas. Solo de dejaba escuchar el pisar de las botas del hombre y los zapatos de Anderson, horadando la tierra cubierta de vegetación seca y podrida.

Al fondo se levantaba una casa gigante, bien dotada, lugar donde vivía Miguel Hernández junto a su familia numerosa, su mujer y sus cinco *chamacos*. Laura, la esposa, era una mujer empecinada y amante de la vida casera, que se preocupaba diariamente de la administración de las plantaciones, la cosecha y fumigación, mientras que sus hijos, tres hombres y dos mujeres, la acompañaban en la mañana a la montaña a traer pasto tierno para los animales.

Anderson miraba maravillado el entorno que lo rodeaba, preguntándose mil veces en qué momento de su vida había cambiado esta maravilla por el *stress* de la ciudad, los negocios al borde de la ley, estar tentando a la muerte a cada segundo. Movió la cabeza repetidas veces tratando de sacarse esos pensamientos de su mente.

Cuando entró en la casa del mexicano, la esposa de éste lo saludó como si fuesen amigos de toda la vida. Le ofreció un brebaje caliente que Anderson desconocía, pero que, aun en contra de su voluntad, lo encontró exquisito. *Como el líquido amarillo*, pensó.

- Esta es mi humilde casa – dijo Hernández, presentando a cada uno de los miembros de su familia. Anderson no supo si el hombre lo dijo con modestia o para

demostrar su fortuna –. Aquí paso los mejores momentos de mi vida, después de tener que escapar casi la mitad de ella.

- Debe haber sido una vida muy angustiosa – preguntó Anderson, mientras se llevaba a la boca un trozo de carne que Laura le había servido en un plato humeante –. Quiero decir, estar huyendo de quién sea siempre es una tarea agotadora.

- Yo diría que es casi similar a la suya, aunque usted no tenga que estar huyendo. Los federales son perros de caza, fuertes, que no se dan por vencidos a la primera. Buscan pruebas, las analizan, y de una colilla de cigarro de hace veinte años encuentran al asesino medio siglo después.

- Ya veo – dijo el HBC, comiendo otro bocado –. Afortunadamente, nunca hemos tenido problemas con el FBI, pero si algún día sucede, estaremos en serios problemas.

- Habrá que cubrirse las espaldas mutuamente – aconsejó Hernández – si queremos continuar respirando. Como puede ver, yo tengo una numerosa familia. Y muy hermosa.

- Sí, lo veo – respondió Chris Anderson –. Yo quisiera, alguna vez, tener una igual – y esto lo dijo con profunda emoción.

- Pero seguro que usted no hizo un largo camino para escuchar tonterías – cambió de tema el *cuate* –, Vayamos directo al grano –. Hernández hizo una pausa, se levantó de su asiento y fue a una esquina de la casa de donde sacó un libro y lo abrió por el medio. Al parecer, había marcado con antelación la hoja, pues no le llevó trabajo encontrarla. La foto mostraba un paisaje afrodisiaco, paradisiaco, idílico –. Plataforma Aérea limita con México solamente, una extraña disposición geográfica que la hace única, con 77 km. de largo. El paisaje se halla cubierto por una de las regiones naturales mejor conservadas del país, en medio de las montañas Regadas y con enormes fuentes naturales. El estado tiene asimismo cordilleras altas y nevadas, muchas cataratas y caídas de agua, lagos mansos y profundos y empinados cañones. Las corrientes fuertes del río Snake atraviesan al Hells Canyon, que es más profundo que el Gran Cañón del Colorado. Las cataratas de Shoshone caen desde una altura incluso superior a las del Niágara. El punto más elevado de Plataforma Aérea es Borah Peak, con 3798 m., en las montañas de Lost River, al norte de Mackay; y el más bajo tiene lugar en Lewiston, donde el río Clearwater desemboca en el Snake y continúa su curso hacia Washington.

“Plataforma Aérea posee un gran número de lagos, los más grandes localizados en el Panhandle. El mayor en superficie es el lago Pend Oreille, con unos 345 km², que además es el quinto más profundo de los Estados Unidos y recibe las aguas del río Clark Fork y del río Pack y es drenado por el homónimo río Pend Oreille. Otros lagos importantes en el estado son los lagos de Coeur d'Alene, Priest y el alto y bajo Payette. En Plataforma muchos de los ríos han sido represados, siendo los principales embalses el de

Dworshak —en el North Fork del río Clearwater—, American Falls, Brownlee y Palisades —en el río Snake— y Lucky Peak, Blackfoot, Island Park, Arrowrock y Anderson Ranch.

"Aproximadamente el 41% del territorio estatal se encuentra cubierto de bosques, muchos de los cuales se localizan en las Montañas Regadas, muy parecidas a las Rocosas, del Centro y Norte. Destacan las variedades de pino, abeto, pícea, cedro, hemlock y otras coníferas. El pino de Ponderosa, resistente a la sequía, crece en regiones que no sobrepasan de los 500 mm de precipitaciones al año, y el blanco representa al árbol del estado (crece en zonas húmedas). Otros ejemplares autóctonos son: el abeto de Douglas, el cedro rojo del oeste, y el abeto de tierra baja. El álamo temblón, generalmente del sur, es bastante común, al igual que el abedul de Panhandle. La mayor parte de la región meridional de Idaho es árida y posee pequeños arbustos y vegetación esteparia, si bien destacan algunos árboles de algodón en las orillas de algunos arroyos. La silvicultura es una práctica beneficiaria al gobierno federal, mientras que una pequeña porción de tierra se halla privatizada. Musgos, helechos, y hierbas silvestres (o yuyas) son típicos entre los confines. Algunas variedades de orquídea se encuentran en el interior de las zonas forestales, y otras flores como las violetas emergen en buen clima.

"Plataforma Aérea es el hábitat natural de muchos de los mamíferos más grandes del país, entre los que se encuentran el alce, el antílope, el wapití, el oso grisáceo y el lince, así como el ciervo mulo y el ciervo de cola blanca. En las Regadas se pueden ver ovejas y cabras de montaña. Existe además una cantidad de mamíferos de menor tamaño como el castor, el coyote, el zorro rojo, el puma, la rata almizclera, la comadreja, la nutria, el tejón, el conejo, la taltuza, el visón, el mapache, la marmota, la marta y la ardilla listada. Dentro de los reptiles destacan la lagartija y la serpiente, siendo la víbora de cascabel la que representa mayor peligro.

"El estado es además un sector de paso para cientos de aves que se dirigen hacia el sur en época otoñal. Patos reales, gansos canadienses y cisnes hacen su parada en Idaho, de la misma forma que lo hacen las gaviotas y las golondrinas cuando desvían su trayecto tierra adentro. Otros pájaros de mar incluyen a la garza, al Martín pescador, al pelícano blanco, a la fúlica, al cormorán de dos crestas, al sarapico, etc. Respecto a las aves locales, encontramos a algunos tipos de urogallo y codorniz, faisán de collar, perdiz, águila dorada y calva, halcón peregrino, lechuza, búho y otra amplia gama de especies (cuervo, petirrojo, etc.). El ave azul, que se encuentra bajo protección, es considerada oficial y representativa del lugar. Finalmente, entre los peces podemos encontrar salmones, truchas, lubinas, peces gatos, esturiones, etc.

"El clima es mayoritariamente árido en las regiones de llanura y en los valles, mientras que en las zonas montañosas predomina la humedad y se presta más a la presencia de ocasionales precipitaciones. Los inviernos son por lo general muy fríos y los veranos bastante cálidos. Las bajas temperaturas actúan frecuentemente en el este, con

promedios de de -2º a -10º C en enero. Sin embargo, las montañas protegen al estado de las fuertes olas de frío polar y actúan como reguladoras térmicas. En verano, el extremo más caluroso es el suroeste, mientras que el más fresco se presenta en las alturas. Las montañas son más propensas a recibir fuertes nevadas, y los llanos son asimismo los que experimentan sequías a falta de lluvias (entre 200 y 500 mm). Panhandle es la región más húmeda y en donde el pluviómetro llega a registrar hasta más de 1.000 mm. Por último, muchas de las tormentas tienen lugar durante el invierno y suelen manifestarse en forma de nieve, dejando a muchos sectores de Plataforma Aérea aislados por grandes periodos de tiempo.

- Como puede ver – concluía Hernández –, este no es un lugar apropiado para su asesino. El sector tiene muchos ríos que conducen al océano, y no sería la primera vez que alguien intentara escapar por esa vía. Creo que debería hacerle caso a Myers con respecto a Espacio Sideral. Es el “salvaculos” más apropiado para su hombre.

- Usted que conoce del tema – se atrevió a preguntar Anderson –, ¿cree que el hombre podrá salir en libertad?

- Eso va a depender de lo buena que sea su abogada con las palabras. O en la cama.

Neal “*King*” Ducho sentía un fuerte dolor de cabeza, el mundo le daba vueltas y la mujer parada ante él lo miraba expectante. Sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre un pilar derruido, el hombre trataba de alejar los mareos que amenazaban con tumbarlo de nuevo al piso. Al parecer, Betty Logan había retrocedido un poco y dejado el bate de béisbol a un lado, porque Ducho ya no lo veía. Pero estaba equivocado si creía que la mujer había bajado la guardia.

- ¡Tú fuiste el desgraciado que quemó mi casa! – gritó ella, fuera de sí –. ¡Maldito miserable!

- Se equivoca – respondió claramente el hombre, y él mismo se sorprendió de la nitidez de su voz –. No soy quien usted cree.

- ¿Cree que soy estúpida? Sé quien es usted.

- Está equivocada – contestó Ducho, y notó con suspicacia que el dolor de cabeza iba dimitiendo misteriosamente –. No quemé su casa, ni mucho menos. La andaba buscando a usted. Use sus visiones para comprobarlo.

El comentario causó rabia en la mujer, pero no dijo nada. En cambio, se quedó mirando al hombre al que había golpeado, y por primera vez pensó que tal vez se había equivocado, que quizás se había apresurado. ¿Pero entonces quién era ese tipo? ¿Cómo había dado con su casa y qué quería de ella? Fue él el que volvió a hablar.

- Necesitaba verla, y la única manera de encontrarla fue venir hasta aquí. Pensé que podía encontrar alguna pista para dar con su paradero. En Internet no aparece nada sobre su nuevo domicilio.

- ¿Quién es usted y qué quiere de mí?

- Me llamo Neal Ducho, y necesitaba hablar de usted sobre el caso John Backwood – la mujer dio un respingo y retrocedió unos cuantos pasos –. No se asuste, no soy un federal, sino todo lo contrario. Ni siquiera pertenezco a alguna rama de la milicia. Lo mío es otra cosa.

Y le contó a grandes rasgos lo que lo traía por ahí. Le explicó que conoció la noticia del incendio de su casa la noche anterior, y de cómo se asociaba a sus declaraciones sobre el paradero de la pequeña Stephie, donde fueron halladas sus ropas. La mentalista escuchaba con suma atención, sin perderse detalles, lo narrado por el hombre que tenía al frente, y mentalmente iba comprobando la versión. Ahora que lo miraba con más detenimiento, no pensaba que aquel Ducho fuera un hombre de ese tipo, de los que destruían o planeaban venganzas por sí solo, sin tomar las medidas de precaución necesarias. Definitivamente, se había equivocado.

- Yo no puedo hacer eso – dijo la mujer terminado el relato del *Rey* –. Aunque jamás he jurado ante ningún organismo legal, lo que me pide va contra mis principios.

- Le entiendo perfectamente – le aseguró Ducho, algo que, por lo demás, era cierto –. Pero entienda que es por un bien mayor. Ese maldito malnacido tiene que morir, así al menos lo quiere la madre de la pequeña.

- ¡Es que me están hablando de un asesinato! Por más que ese desgraciado merezca la muerte, yo no podría participar…

- ¿No podría? – repitió el hombre, recalcando la posibilidad de que Betty Logan pudiera dar su brazo a torcer –. O sea, existe la posibilidad de que lo piense. Usted jamás se vería involucrada. Sólo debe decir que sus declaraciones fueron erróneas.

- Pero el FBI encontró la ropa donde yo les indiqué. Sabrán que ahora me retracto. Pensarán que estoy siendo amenazada o algo peor, que soy una loca.

- La policía nunca se enterará. Lo que usted dirá sólo será para extorsionar al fiscal. La idea final es liberar al sádico para que Sara Fletcher lo mate. Nada más.

La mujer meditó un momento la cuestión. ¿Podía confiar en aquel desconocido? Algo en su interior le decía que si, que el hombre hablaba con la verdad. Estaba en sus manos hacer pagar al hombre que había matado y violado a una niña inocente. Creía en Dios y la Virgen, y si Ellos la habían colocado en el momento adecuado, en el lugar adecuado y frente a la persona correcta, entonces era Su voluntad. Condujo al hombre hasta su casa y se apresuró a redactar un informe.

## 8

Sandra Richardson había leído los informes sobre Tom Shell, el verdadero y el falso, y comprendió en ese mismo momento que su tarea era imposible. Una cosa era chantajear a un hombre que *verdaderamente* alguna vez había cometido adulterio, y que nadie metería las manos al fuego por él, pero otra muy distinta era tratar de desprestigiar a un hombre *verdaderamente* correcto. Entre ambos, existía un abismo insondable, gigantesco.

Pero Sandra era una mujer que no se daba por vencida. Desde los tiempos de estudiante, cuando la cantidad de varones en la universidad superaba con creces la cantidad de mujeres, Sandra había desarrollado un instinto que, en más de una ocasión, la había sacado de apuros o había logrado que no se metiera en problemas mayores. La abogada había ido caminando, a lo largo de su vida, un camino difícil con muchos recovecos y ramales, los que no siempre eligió con suerte, pero de los que pudo salir con ella.

Ahora, frente a ella se elevaba quizás el desafío más grande de toda su vida, el reto más importante de todos los que hasta ese momento había emprendido. Hasta aquel instante, la tarea más difícil que había afrontado había sido hace unos dos años, cuando un grupo de mafiosos había exigido el pago de un millón de dólares para rescatar a la hija de un importante empresario secuestrada una semana atrás. Ninguno de los antisociales conocía a la esposa del empresario, y Sandra se hizo pasar por ella. Los sujetos la tocaron, trataron de violarla y hasta intentaron secuestrarla a ella y cobrar otro millón más. Pero la mujer logró mantenerlos a raya, y cuando por fin la muchacha fue entregada, Sandra se dio a conocer y le había metido un tiro en la frente a uno de ellos, con una pistola que llevaba escondida en su entrepierna. Como los secuestradores estaban tan impresionados por las curvas de la mujer, no se inmutaron por revisar a conciencia: sólo querían tocar.

Ahora la situación era diferente del todo. Aquellos desgraciados *deseaban* tener algún tipo de sexo, Tom Shell no. El fiscal tenía cuarenta y siete años cumplidos, y su matrimonio era feliz como ninguno, o como pocos en el mejor de los casos. Pero Sandra sabía que todo ser humano, sobre todo hombre, tenía su punto débil, y un hombre jamás podía resistirse a los encantos de una mujer hermosa, como ella sabía que era.

Llevar a cabo su plan requería toda una verdadera obra de ingeniería. Primero, debía darse a conocer desinteresadamente, debía lograr tener que trabajar cerca del hombre, para que poco a poco éste fuera conociendo sus atributos, tanto laborales como físicos. Después, debería hacerse creer tanto por Shell como por Backwood, aunque el asesino no dudaría un solo segundo en ella: en su actual condición, el hombre tenía poco que perder y mucho que ganar.

Finalmente estaba la seducción. ¿Sería capaz de conquistarlo, tenerlo en su mano, irse a la cama con él? No recordaba cuándo fue la última vez que estuvo con un hombre en la cama. Entrecerró los ojos y trató de hacer memoria. Ah, claro, había sido Lionel Shadow, que finalmente resultó ser una verdadera sombra. Lo había conocido al poco tiempo de salir de la universidad y graduarse de abogada, en un club nocturno donde ella y sus amigas habían ido a celebrar su título. El sujeto trabajaba allí como administrador, hijo del dueño, y desde el primer momento se sintió atraído por aquella mujer de grandes y redondos pechos que lo miraba penetrantemente. Cruzaron solo unas pocas palabras, pero a la semana ya había salido a dar una vuelta cerca de la playa.

El sol estaba a punto de esconderse, y los rayos del sol teñían de un color carmesí el horizonte, cálido y frío a la vez. Sandra hablaba de sus logros en la universidad, de cuánto tiempo y sacrificio le había tomado el graduarse, y él le contaba de cómo su padre tuvo la brillante idea de colocar un club nocturno en un lugar donde todo el mundo se dejaba caer. Él, como hijo mayor, tenía la obligación moral de perdurar el negocio de su padre, un hombre de edad madura que pronto dejaría la administración para disfrutar los últimos años de su vida junto a su esposa, con las ganancias que treinta y cinco años de esfuerzo le habían deparado.

El mar se mostraba tranquilo, y ni una pizca de viento interrumpía el atardecer. Sandra y Lionel bajaron a la playa, y ella sintió cómo sus pies se hundían en la arena. Lanzó una carcajada de nerviosismo o de impaciencia, pero pronto se encontró sentada en la arena, con el agua llegando escasos cincuenta centímetros bajo ella. Delicadamente, Lionel se había acercado a ella y Sandra sentía la respiración del hombre en el cuello. Miles de imágenes se le cruzaron por su mente: besarlo, tocarlo, tenerlo. Pero tendría que esperar a que él llevara la iniciativa, no sería bien visto que ella empezara.

Y él se demoró exactos quince minutos en darle el primer beso. Sus labios eran suaves, extrañamente suaves, sus dientes notablemente blancos y su lengua asombrosamente tibia.

El impulso del beso la hizo llevar hacia atrás su cabeza y de repente, sin saber el momento exacto del hecho, sintió las grandes pero livianas manos del hombre posarse sobre sus pechos. Sintió como si una corriente eléctrica corriera por sus venas, como si millones y millones de electrones le dieran vida, sintió que no pertenecía a este mundo.

Se escuchó jadear. Cuando por fin pudo reaccionar, lo único que quería era que el hombre se la llevara lejos de allí, a un lugar donde hubiera una cama y algo de tomar. El lugar resultó ser *Sunset Motel,* un lugar alejado de la bulla, escondido entre los árboles, en medio de la nada…

Sandra movió la cabeza y se deshizo rápidamente de esos recuerdos. Una sombra, eso había resultado Shadow. Ahora, esas sombras se le volvían a aparecer con un

estampido aun mayor, más asfixiante, más intenso. Pero iría paso a paso: primero hablaría con el imputado, luego vería qué camino tomar con Shell.

La mañana en que la abogada salió desde su casa con destino a la cárcel donde estaba encerrado Backwood estaba nubosa y los cielos grises presagiaban aguas muy pronto. Montada en su vehículo, Sandra estacionó en las afueras del perímetro del recinto penal e hizo el resto del trayecto a pie, caminando desinteresadamente por los alrededores de los jardines marchitos que adornaban el lugar. A lo lejos alcanzaba a visualizar a los gendarmes y a los guardias que custodiaban el lugar, donde se movían de un lado a otro, fusil cruzado al pecho, atentos a sofocar cualquier rebelión.

El alcaide ya le había tomado los datos anteriormente, por lo que Sandra Richardson no tuvo inconvenientes para ingresar al recinto al que a muy poca gente le gustaba entrar, con una carpeta entre sus manos. Los hombres la miraron con mirada lasciva, aunque la fémina iba vestida con pantalones y un abrigo muy largo que le llegaba hasta las pantorrillas, sin dejar nada que mostrar. Avanzó, guiada por un gendarme, por un frío pasillo, con celdas a ambos lados, que le provocó escalofríos. *El corredor de la muerte*, pensó, pero no exteriorizó sus palabras. Al fondo, aislado del resto de la comunidad penal, se levantaba otra celda, un poco más pequeña, que daba a un patio solitario, sucio y mal oliente, donde habitaba una sola persona: John Backwood.

- Le advierto que ese hijo de puta es muy peligroso – le dijo el gendarme –, así que más le vale que no se acerque demasiado y tome sus precauciones, señorita.

- Le agradezco la advertencia – respondió amablemente Sandra –, pero hace muchos años aprendí a cuidarme sola.

El gendarme no supo si tomarse la contestación de la mujer con desafío o altanería o como natural, pero lo cierto es que esperó afuera, atento a lo que sucedería a metros escasos de él, en la celda del violador. Aunque Sandra deseaba entrar, el permiso le fue denegado totalmente, por lo que la mujer tendría que conformarse con hablar desde el patio.

Sandra avanzó silenciosamente, y desde unos pocos centímetros divisó al hombre, acurrucado sobre la colcha dura que el penal le daba para dormir, leyendo un pequeño librito azul de letra casi diminuta, con tapas duras y un título en otro idioma. Backwood no se había percatado de la presencia de ella, por lo que no volteó la cabeza.

- ¿John Backwood?

Al escuchar su nombre, el sujeto dio un pequeño saltito y dejó caer el libro al suelo, donde su titulo se leyó con claridad, a pesar de encontrarse en inglés: la Santa Biblia. Sandra recordó que todos los grandes asesinos y violadores, luego de perpetrar sus actos y una vez la policía había dado con ellos, se convertían milagrosamente a la fe cristiana, adoraban a Dios y esperaban Su perdón por un hecho imperdonable. A la profesional le dieron ganas de pegarle, pero controló sus impulsos y se quedó mirando al criminal.

Backwood presentaba un aspecto cansado y viejo, con una edad mucho mayor a los treinta y siete años que en realidad tenía. Sus ojos denotaban tristeza, incluso arrepentimiento, como si cuando cometió el horrendo crimen se hallara bajo el efecto de drogas o de alguna posesión diabólica. *¿Cuántos demonios existían según la biblia de La Vey? Astarot, diosa fenicia de la lascivia, equivalente a la babilónica Ishtar; Bast, diosa Egipcia del placer, representada por el Gato; Kali, diosa de la destrucción; Sekmet, diosa de la venganza, Hécate…*

Sandra dejó de recordar y esperó a que el hombre empezara a hablar. Pero el asesino estaba como hipnotizado, perplejo, y no era precisamente por la belleza que irradiaba la abogada. John Backwood no recibía visitas desde hacía tiempo, primero porque había quedado incomunicado, luego porque al parecer todos se habían olvidado de él. Por lo mismo, para el hombre era un sorpresa – y a juzgar por su rostro, una grata sorpresa – que alguien viniera a visitarlo, sobre todo una mujer.

Sandra notó dos cosas: la primera, que el asesino no demostraba ninguna gota de arrepentimiento, aunque su rostro reflejara todo lo contrario, y lo segundo era que John Backwood estaba acabado. No recordaba haber visto un rostro semejante en toda su vida, y de corazón esperó no verlo nunca más. Antes incluso de empezar, sabía que el hombre no opondría resistencia a que ella lo defendiera, ni siquiera preguntaría por qué se interesaba en un caso perdido como el suyo, sólo aceptaría.

El asesino se levantó de su lugar y entornó los ojos frente a su inesperada visita, que seguía inmóvil en el patio. Backwood avanzó los pasos suficientes hasta llegar al final de su celda, donde los barrotes oxidados le cortaban su libre avance. Apoyó sus manos a cada lado de su cabeza y dejó caer su frente contra los barrotes, demostrando total entrega, decaimiento físico y mental que no lograban sostenerlo en pie. Había bajado ostensiblemente de peso, se le veía demacrado, falta de color, incluso podría decirse que sus facultades mentales se veían entorpecidas por el encierro. *El reality de la muerte*, pensó irónicamente Sandra. *Y yo que voy a luchar por sacarlo en libertad.*

Por el rabillo del ojo la mujer vio que el gendarme que la había guiado a través del dédalo carcelario no la perdía de vista, y por primera vez agradeció en silencio su silente cuidado. A su frente, el hombre también la miraba, con esa mirada inquisidora que reflejaba ignorancia y duda. Sandra se sintió observada, pero estaba acostumbrada al escrutinio de la gente, a las críticas, a los prejuicios. No se inmutó.

- ¿John Backwood? – repitió.

El asesino hizo un gesto afirmativo con la cabeza, al tiempo que miraba más detenidamente a la mujer. Ella avanzó algunos pasos en dirección a la celda, sin temor a que el hombre le hiciera daño: no podía.

Sandra quedó a sólo unos pocos pasos del asesino, miró en todas direcciones detenidamente, chequeando sus puntos ciegos, y se aventuró. En su fuero interno se

sentía incómoda, aunque alguna vez haya visitado la cárcel, pero no lograba compenetrarse con la idea de sacar a un asesino en libertad.

- Sospecho que sus días encerrados deben ser lamentables.

El asesino no comprendió si la mujer trataba de intimidarlo o de compadecerlo, pero lo cierto es que le había atinado justo en el blanco. Sus largas jornadas tras las rejas se le hacían frustrantes, eternas, y anhelaba internamente salir a respirar el aire que flotaba en el espacio.

El sujeto había sido amenazado varias veces por la población penal, incluso estando apartado del resto de los reos, por lo que temía por su vida con motivos bastante justificados. Familiares de la pequeña Stephie, que también cumplían condena en aquel recinto penal por causas desconocidas por el asesino, habían jurado vengarse. Incluso, el antiguo abogado de Backwood había tratado de llevárselo a la capital, pero su requerimiento había sido rechazado por la Corte.

- Hace un lindo día aquí afuera – continuó Richardson –. ¿Acaso no le gustaría pasear de la mano conmigo?

- Me encantaría – respondió tímidamente el asesino.

- Veo que también habla – a Sandra la sola presencia de Backwood le daba asco, pero soportaba estoicamente las náuseas –. Quizá sea portadora de buenas noticias para usted.

- Las únicas buenas noticias para mí sería mi condena de muerte – exclamó Backwood, con los ojos fijos en los de la mujer –. Eso sería la salvación de mis culpas.

- ¿Su salvación? – exclamó encolerizada Sandra, pero de inmediato se calmó. No podía echar a perder un plan por dejarse llevar por sus sentimientos –. Yo le propongo una salida mucho mejor para usted.

- ¿Una salida mucho mejor? –. Parecía que John Backwood se había decidido a hablar, que la timidez inicial le había abandonado y que ahora sacaba fuerzas desde su interior para pronunciar las palabras –. Creo que no le entiendo.

- Ofrezco defenderlo ante una Corte y sacarlo en libertad.

Definitivamente, John Backwood pensó que no había entendido bien, o que sus oídos lo habían traicionado. ¿Aquella mujer estaba diciéndole que deseaba sacarlo en libertad? ¿A él, un homicida confeso? En silencio, barajó las alternativas: o bien lo estaban poniendo a prueba desde la fiscalía para ver cómo reaccionaba, o bien esta mujer estaba loca si pensaba que ganaría un caso como el suyo. Aunque internamente anhelaba que un abogado lo defendiera, aunque supiera que era un caso perdido, jamás había esperado que alguien lo hiciera desde aquel momento en que su abogado lo había abandonado, y sólo esperaba que se muriera luego o que alguien lo matara. Pero esto era demasiado.

- Me está tomando el pelo – dijo casi sin oír su propia voz el psicópata –. O la manda la fiscalía, el Estado o…

- A mí no me manda nadie – lo interrumpió Sandra, lanzándole la carpeta al interior de la celda, cayendo al suelo con un sonido sordo –. Ahí está mi hoja de vida, puede analizarla cuando desee, pero no creo que tenga muchas opciones. Lo peor que puede pasarle es que pierda el caso y usted se quede aquí mismo, donde está ahora.

- Es verdad que no tengo ninguna opción – confesó el asesino –, pero no por eso deja de extrañarme. Esto es de otro mundo.

- Tómese su tiempo – Sandra Richardson comenzó a alejarse. Le mostró con los ojos la hoja de vida falsa que se había inventado –. Ahí está mi número telefónico (un *chip* que no estaba instalado en ningún teléfono todavía, y que en caso de llamar, serviría sólo aquélla vez), haga que el gendarme me llame a las diez de esta noche por una respuesta. Lo estaré esperando – y sin decir una sola palabra más, y sin dejar tampoco que el hombre dijera algo, llamó al hombre que la había guiado hasta aquel lugar y le pidió que la acompañara hasta la salida.

Sandra, cuando abandonó ese lúgubre lugar y abordó nuevamente su automóvil, no sabía si aquel hombre iba a confiar en ella, aunque no tuviera alternativas. Un ser humano, cuando más desahuciado estaba, era cuando más desconfiado se ponía, contrario a lo que podría pensarse. Porque una cosa era estar hasta la muerte en prisión (que en el caso de Backwood bien podían ser cincuenta años más), pero otra muy diferente, aunque con el mismo fin, era que lo sacaran para matarlo afuera al segundo después.

Sandra había estudiado psicología en la universidad, como ramo de carrera de abogacía, y conocía perfectamente el pensamiento humano. Recordaba las innumerables noches perdidas estudiando a Freud, releyendo las teorías que el científico había postulado una y mil veces, hasta comprenderlas a cabalidad. Ahora, siendo abogada, debía aplicar lo aprendido esas memorables noches para determinar si Backwood aceptaría o no.

Lo primero que la mujer hizo cuando llegó a la oficina de HBC fue insertar el nuevo *chip* en un celular sin uso y esperar la llamada del asesino a las diez; luego de eso, desecharía el celular y lo tiraría al mar.

Su oficina estaba ordenada y vacía, como todo el lugar. Ninguno de sus compañeros se había aparecido por el lugar, lo cual significaba sólo una cosa: todos estaban ocupados resolviendo asuntos de la misión. Por un momento se sintió sola, pero se repuso de inmediato. El silencio que la envolvía era abismante, y el solo hecho de pensar en esa palabra, *abismante*, le produjo una sonrisa. *Abismo, algo que no tiene fondo. Qué contradicciones,* pensó Sandra.

Por un instante escuchó ruidos afuera, y al asomarse vio que Tom Cussack entraba acompañado de una mujer a la que jamás había visto. Vestía una faldita roja, medias hasta los muslos, un corpiño muy ajustado y una blusa de encaja con un generoso escote. La

mujer venía riendo y hablando por los cuatro costados, mientras que a Cussack se le veía un poco más cohibido, aunque en ningún momento retraído.

La acompañante lo cogió del brazo y le dio un fuerte y largo beso en la boca, al que el hombre respondió con la misma efusividad. Acto seguido, y sin mediar palabra alguna, Tom la tomó por la cintura y la subió hasta un escritorio, lanzando al suelo lápices, papeles y demás objetos que hasta ese momento se hallaban encima. Desde su escondite, Sandra, muda e inesperada testigo del inminente acto sexual entre su jefe y una prostituta, se quedó inmóvil y sin saber qué hacer, no queriendo mirar, pero temerosa de que si se devolvía al interior de su oficina pudiera ser sorprendida y mal interpretada por Tom. Contra su voluntad, se quedó allí, de voyerista.

Cerca del mediodía la función gratuita terminó, y la puta se fue con un buen fajo de billetes por practicar todo el tipo de sexo que conocía. Tom Cussack era una buena persona, pero quizás el único defecto que tenía era ese extraño gusto por las rameras, por las callejeras con las que tanto disfrutaba. ¿Y por qué no se la había llevado a su casa? Sandra se alejó del lugar y se dijo que no volvería a deshoras por aquel sitio.

La llamada a su número exclusivo la recibió a las diez de la noche en punto. La voz del otro lado de la línea pertenecía a una mujer joven, tal vez cerca de su misma edad. La muchacha le dijo que esperara en línea para una comunicación con el anexo el alcaide, el que tenía que entregarle una información urgente. Quince segundos después, era el mismísimo alcaide el que se dejaba escuchar.

- Señorita Richardson, el acusado John Backwood ha accedido a que sea usted quien lo defienda en la siguiente audiencia de formulación de cargos en su contra. No sé qué pruebas tiene usted, pero creo que perderá su tiempo y sus recursos.

- Espero que no sea así – respondió Sandra, con cierta impaciencia en su voz –. De lo contrario me quedaré en la calle, y no me gustaría que se dijera por ahí que mi primer caso lo perdiera.

- ¿Es éste su primer caso, señorita Richardson? – preguntó asombrado el alcaide –. Mayor razón para pensarlo dos veces antes de actuar.

- Créame que lo he pensado cada un minuto durante las últimas mil horas. Muchas gracias por llamarme. Se lo agradezco.

Después de cortar la llamada, Sandra sintió una extraña sensación en el pecho. Después de mucho tiempo, después de muchos años, volvía a tomar la defensa de un acusado, aunque no fuera la persona más oportuna para defender. Pero era un logro más en su vida, aunque muchos quisieran verla arruinada, destrozada y perdida. No les daría en el gusto, y aunque no deseaba en lo más mínimo que ese maldito hijo de puta saliera en libertad, lo defendería como si su vida dependiera de ello.

Al otro día, muy temprano, Sandra Richardson abordaba nuevamente su automóvil y se dirigía al salón oficial de la Corte, donde debía firmar los papeles y documentos que acreditaban ante el Estado que ella era la defensora oficial y particular de John Backwood ante los tribunales.

Sin saber cómo había sucedido, afuera del edificio que albergaba a la máxima autoridad legal había congregado un numeroso grupo de periodistas que trataron de sacarle información a la mujer cuando ésta llegó para firmar los antecedentes requeridos. Sandra los eludió magistralmente, pero maldijo por lo bajo. ¿Acaso el alcaide se había ido de lengua y había filtrado la información a los medios de prensa? ¿Habría sido el mismísimo John Backwood? Ahora no había tiempo para la especulación, y Sandra pensaba en cómo salir sin ser descubierta.

La operación dentro de los tribunales duró cerca de una hora, tras los cuales Sandra fue llevada ante el fiscal Tom Shell. En su fuero interno Sandra reconocía que no esperaba esta "pequeña ayudita del cielo". En cuanto lo vio supo que se trataba de un tipo correcto, fiel y apegado por completo a la justicia. También supo que Backwood no tendría ninguna posibilidad con él.

Tom Shell era un tipo de cuarenta y tres años, delgado, de rostro severo y mirada dura. Cuando sonreía, algo que cada vez hacía menos, ni una sola arruga surcaba su rostro, algo que sin duda lograba gracias a lociones o cremas provenientes desde Francia o Italia. Sus palabras eran órdenes, y no había uno solo de sus empleados que se atreviera a cuestionar una orden, ni siquiera otro con el mismo rango. En una palabra, Tom Shell era incorruptible.

- Señorita Richardson – empezó el fiscal con voz tranquila, pero segura –. Usted está dispuesta a defender al acusado John Backwood del delito de secuestro, violación y asesinato de la menor Stephanie Birlock Fletcher. ¿Estoy en lo correcto?

- Así es, señor fiscal – respondió con serenidad Sandra, sabiendo que el hombre se cuestionaba su decisión.

- Si me permite mi opinión personal – se aventuró el sujeto –, me parece extraño que se anime a defender un caso prácticamente perdido. Su defendido está confeso y reconocido por todos los familiares de la víctima.

- No ignoro que el caso es muy difícil, señor fiscal – reconoció Sandra, recurriendo a todo el vocabulario que sabía debía emplear en esos casos. Deseó haber venido con falda –, pero tal vez tenga algunas pruebas que el resto del mundo desconoce y que pueden testificar a favor de mi defendido.

Sandra se refería a las supuestas pruebas donde personal de la policía federal había amenazado a Backwood si no se culpaba de la muerte de la pequeña. Se recordó mentalmente que debía pedirle a Tom que le falsificara las pruebas donde el FBI recurría a apremios ilegítimos contra el sospechoso. Tom Shell la miró extrañado.

- ¿Qué pruebas tiene usted, señorita Richardson?

- Lamento decepcionarlo, señor Shell, pero usted comprenderá que eso es parte del secreto de mi sumario – una sonrisa –. Lamento no poder contestarle. Pero quizás el FBI no actuó de la mejor manera, o en los términos de la legalidad.

- No entiendo qué me está diciendo – confesó Tom Shell –, pero comprendo que es parte de sus investigaciones.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Sandra. Después de disculparse por la interrupción, algo a lo que Shell restó importancia, ella respondió la llamada, que resultó ser de su jefe. Tratando de contestar con palabras carentes de sentido para el fiscal, pero llenas de significado para Cussack, le pidió delante del fiscal que falsificara las pruebas que incriminaban al FBI.

- Mi amor, en este momento estoy resolviendo un asunto con un amoroso miembro de la fiscalía – esperó que las palabras surtieran el efecto deseado –. Necesito los dibujos de nuestra hija.

- Claro que te entiendo – dijo Cussack al otro lado de la línea –. Los dibujos de nuestra hija. Los tendrás en cuanto llegues. Te amo.

La comunicación se cortó, y de nuevo la abogada presentó sus disculpas al fiscal, apagó su móvil y se abocó al asunto que la tramitaba.

- No es mi intención intimidarla o asustarla – prosiguió Shell –, pero debo decirle, o advertirle, que su defendido está confeso y que la ley, mientras esté yo, es para cumplirse.

- Muchas gracias por su advertencia, señor fiscal – contestó en el mismo tono Richardson, mirando al hombre que tenía al frente –, pero hay veces en que hay otras formas de triunfar. No sólo existe la ley.

- Pero la ley está por sobre todos nosotros. Nadie está exento a la ley y la justicia.

- Por supuesto que no – contestó Sandra –, y no pretendo recurrir a ninguna cosa extraña. Sólo pretendo hacer mi trabajo.

- Muy bien – dijo Shell –. Y gracias por lo de amoroso.

Sandra Richardson notó una leve sonrisa en el rostro del fiscal. Algo que podía significar el principio de su fin.

Todos estaban reunidos en las oficinas de HBC. En esos precisos instantes era Tom Cussack quien estaba hablando, y lo hacía para poner al día a todos sus compañeros sobre los últimos detalles de la misión. En una carpeta que tenía a su lado, Cussack le mostró a Sandra todos los “dibujos de nuestra hija”, declaraciones inventadas sobre agentes federales ficticios, los que señalaban cómo sus superiores habían abusado de John Backwood para sacarle una confesión que a ellos les convenía. Sandra esperaba que

sirvieran. También tenía una cinta de *casete* con la voz de oficiales. Claro que iba a ser más difícil demostrar la validez de esta “prueba”.

- Necesitamos saber dónde vive Tom Shell – continuó Cussack –, cómo llegar hasta allí y todo lo que lo rodea. Además – miró a Jimmy Coultrand – necesito que vayas de compras. Tú ya sabes qué.

“*Daddy*” hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mientras que Sammy Selppa se ofreció, otra vez, para averiguar la dirección del fiscal, algo que, conociendo el sistema federal, no iba a ser tan fácil, aunque tampoco sería un misterio.

- Mientras – prosiguió Cussack –, tú, Sandra, harás lo necesario para intimar más con el fiscal. Tú tienes tus encantos.

- Te advierto que ese hombre es impenetrable – dijo la abogada –. Tan sólo con mirarlo me di cuenta que será una tarea casi imposible.

- Pero en el casi radica nuestro éxito – señaló Tom –. Es ese pequeño margen que nos dejará lo que debemos aprovechar. Por favor.

Sandra meneó la cabeza en señal afirmativa, dio un beso en la mejilla a Cussack y abandonó la oficina, dirigiéndose directamente a su casa para evaluar los pasos a seguir. ¿Cómo iba a conquistar a un témpano de hielo caminante? Sabía que debería apelar a toda su astucia y, como bien había dicho Tom Cussack, todos sus encantos.

Puso manos a la obra a la mañana siguiente. Muy temprano, cuando las manecillas del reloj aún no marcaban las siete de la mañana, Sandra Richardson se subió a su automóvil y condujo en dirección a los tribunales, con la única intención de toparse con el fiscal Shell. Aunque hacía un frío endemoniado, la mujer vestía una falda corta, que dejaba ver desde los muslos hacia abajo, y para arriba una blusa ajustada que contorneaba la redondez de sus pechos. Ahora iba a saber con absoluta certeza cómo proceder ante el hombre. Esperaba que, además, los zapatos de tacón la ayudaran.

El edificio, pese a lo temprano del día, estaba atestado de gente. Abogados que corrían de un lado a otro, familiares de detenidos que estaban siendo formalizados que esperaban con fe que el juez los absolviera, periodistas que esperaban una primicia que elevara el *rating* de sus canales y aplastaran a la competencia. Sandra se extrañó que ninguno de estos *paparazzi* se le acercara a preguntarle por qué había decidido defender a un asesino como Backwood, aunque supuso que muy pronto lo harían. Y gracias a esto se le ocurrió la excusa perfecta para ver a Tom Shell.

Se acercó al mostrador y habló con una amable señorita que estaba acostumbrada a responder con un “si”, “por supuesto” o “en estos momento se encuentra ocupado”. La última de las muletillas fue la que le dijo a Sandra, pero ésta insistió diciendo que se trataba de la abogada de John Backwood, y la mujer, de mala gana, levantó el anexo y se comunicó con una oficina al interior de los Tribunales, donde otra mujer respondió. Cinco minutos después, Sandra Richardson era conducida ente la presencia de Tom Shell.

- Señorita Richardson – la saludó el fiscal, tendiéndole la mano –. No esperaba verla tan luego por aquí. Tome asiento.

- Gracias por recibirme, fiscal Shell – respondió ella, cruzando por primera vez las piernas, algo que no pasó desapercibido para el sujeto –. Pero me he visto en la necesidad de verlo por un asunto muy delicado, al menos para mí.

- Usted dirá.

- Ayer los periodistas no pararon de golpear la puerta de mi casa para hacerme una entrevista. Yo por supuesto no accedí, pero temo que volverán a insistir – Sandra se detuvo y pensó las palabras a utilizar –. No quisiera ser una molestia, pero me gustaría…no sé…si existe la manera de…

- Sé a lo que se refiere – respondió Shell, sacándola del apuro –. Puedo hacer que la policía local se ocupe del asunto y mantenga a raya a la prensa. Si quiere, puedo dar la orden ahora mismo.

- Me haría usted un gran favor – Sandra sonrió, como sólo ella sabía hacerlo, y volvió a cruzar las piernas.

Tom Shell se levantó, dio las excusas a la mujer y se dio la vuelta para marcar un número. El pequeño momento en que el hombre le dio la espalda la abogada lo aprovechó para golpearse el taco de uno de sus zapatos con el otro pie, hasta romperlo, y así terminar su actuación del día. *Lo que una tiene que hacer por sus objetivos*, pensó Sandra.

El fiscal ladró algunas órdenes, pronunció algunos nombres, y después de cinco o seis minutos volvió la vista al frente, donde una guapa y provocativa mujer lo miraba con ojos bien abiertos.

- Le aseguro que ya no volverá a tener a esos tiburones de la prensa merodeando su casa – le dijo Shell cuando volvió a sentarse –. Dos agentes de la policía celarán su bienestar.

- Es usted muy amable – le respondió Sandra –, nada que ver todos los reportajes suyos que aparecen por ahí.

- ¿Ha leído mis entrevistas? – quiso saber el hombre, con una sonrisa dibujada en sus delgados labios.

- En realidad, no – contestó ella, no sabiendo cuál sería la respuesta más apropiada –. Solo me informé de usted cuando supe que era el fiscal a cargo del caso de mi defendido.

- ¿Y hablan muchas pestes de mí? – una nueva sonrisa.

- No muchas – y ambos rieron estruendosamente –. Bueno, no le quito más de su preciado tiempo. Debo irme para preparar la defensa de John Backwood. Tengo entendido que la audiencia será dentro de una semana, ¿no es cierto?

- Correcto – confirmó Shell mirando una agenda que tenía sobre su escritorio –. A las diez de la mañana.

- Entonces ésa será la próxima vez que nos veamos – dijo coquetamente la mujer, siempre sonriendo –. Hasta entonces.

Tom Shell se levantó, Sandra hizo lo mismo y avanzó con el pie del zapato bueno. El fiscal procedió a dar la vuelta a su escritorio, lo que la abogada aprovechó para avanzar con el zapato que había roto su taco.

El efecto fue inmediato. Sandra se vio acercarse al suelo rápidamente, en caída libre, y por un momento pensó si había sido buena idea quebrarse intencionadamente el tacón de su zapato. De pronto se vio sumergida en una vorágine, al igual que los paracaidistas se ven inmersos en un momento adrenalínico cuando se lanzan de un helicóptero en movimiento en medio de la selva amazónica.

Pero con la única diferencia que cuando Sandra llegó al suelo no sintió un golpe tan fuerte como el que esperaba. Sintió una punzada de dolor en un costado, una presión fuertísima en una de sus piernas, y algo duro bajo ella. El dolor del costado pudo deducirlo en ese mismo instante, pues la rotura del taco la hizo tumbarse de ese mismo lado, y fue el propio taco el que se incrustó con violencia en su cadera, provocándole un dolor muy agudo. *No hay peor astilla que la del mismo palo.*

La presión de la pierna y ese algo duro debajo de ella lo confirmó un poco después, cuando alcanzó a ver al fiscal Tom Shell a su lado, hincado prácticamente, sosteniéndole la cabeza en alto, evitando de esta manera que se la golpeara. A pesar de que la situación que ella misma se había planeado se le había ido un poco de las manos, vio que el hombre había colocado una de sus manos en la pierna de ella, siendo esa la presión que Sandra sentía en esa zona. Después de todo, de algo había servido el esfuerzo.

- ¡Qué vergüenza, mi Dios! – exclamó la mujer, realmente confundida –. Lamento tener que causarle tanto revuelo.

- No se preocupe, señorita Richardson – le tranquilizó Shell, también verdaderamente asustado con la caída –. A mi mujer siempre se le rompen los tacos. ¿Le ayudo a ponerse en pie?

Ella contestó con la mirada, y el magistrado se apresuró a sentarla en la misma silla en que antes había permanecido en esa posición. Sandra se sentía una tonta, pero una tonta con un poco de camino avanzado.

- Mandaré comprarle unos zapatos de inmediato – le dijo Shell –. ¿Cuál es su número?

- Oh…no se preocupe – se sonrojó ella –. Puedo volver a mi coche sin problemas.

- Tómelo como una hospitalidad de mi parte, pues el hecho ocurrió en mi oficina. No se preocupe. A todo esto, ¿cómo está esa cadera?

- Me duele – Sandra se tocó el lugar y notó una leve hinchazón. Sabía que después se le colocaría morado, y se recordó que debería comprar una crema desinflamatoria.

Casi una hora después Sandra tenía zapatos nuevos (unos que, muy a su pesar, le encantaron, lo que dejaba ver el buen gusto del hombre) y estaba dispuesta a irse. Se levantó, esta vez con mayor lentitud, y le tendió una vez más la mano a Shell, el que además le depositó un beso en el dorso, cual antiguo caballero. En su interior, Sandra volvió a sonrojarse.

- Le agradeceré me mantenga informado de su evolución – le pidió el fiscal –. Me apenaría saber que por mi culpa ha sufrido un accidente lamentable.

- No es su culpa – le dijo Sandra –, pero si desea que le mantenga informado, creo que lo más justo es que acepte una invitación a almorzar. Por las molestias, digo yo.

El hombre sonrió más abiertamente, y Sandra supo que había dado en el blanco.

Tom Shell vivía en un barrio llamado, muy adecuadamente, Villa de los Castaños, una zona residencial con un extenso repertorio de árboles gigantescos, jardines frondosos y de vivos colores. Todo el sector era una amplia extensión primaveral, donde los parques y las plazas de juegos eran una especie de religión, en cuyos lugares los niños pasaban momentos felices sin correr el riesgo de accidentarse o el riesgo de la delincuencia.

Villa de los Castaños quedaba al sur de la ciudad, donde la vegetación crecía en abundancia, gracias al río Heavensky, que bañaba sus lindes desde tiempo inmemorial. La casa de Tom Shell era una estructura sólida de un solo piso, grande, cómoda y confortable. En ella vivía junto a su mujer, Kelly, una hermosa mujer de la que estaba completamente enamorado. Su rutina era similar, como cabría suponer, y por lo general la esposa tampoco pasaba en casa.

Pero lo que más le interesaba a Tom Cussack era el entorno del lugar donde Shell vivía. El fiscal tenía emplazada su casa cerca de un valle, un lugar apartado del resto de sus vecinos más o menos un kilómetro, no mucha distancia si se quiere estar completamente solo, pero la suficiente para no escuchar ni los gritos ni las peleas ajenas. Grandes árboles delineaban el perímetro, y los cables del tendido eléctrico se camuflaban perfectamente entre las ramas de estos árboles, castaños por lo general, pues de ahí venía el nombre de todo el sector.

Si bien era cierto que Shell no tenía su dirección en el listín telefónico o en los documentos públicos accesibles a cualquier persona, tampoco ocultaba deliberadamente aquella información, y se remitía a responder sólo cuando era imprescindible hacerlo. Con todo, Tom Shell jamás había tenido algún inconveniente ni con personas a las que condenaba ni con sus familiares, por lo que no le importaba que se manejase

públicamente su dirección. Además, el lugar estratégico de su casa favorecía su privacidad.

- El lugar es bastante adecuado para nuestras pretensiones – le dijo Cussack a Sammy Selppa cuando terminó de leer el detallado informe –. Ahora todo depende de Sandra.

- Estaremos de brazos cruzados tal vez un tiempo considerable – dijo su amigo, dando una fumada a un cigarrillo que ya llevaba varios minutos encendidos –. ¿Qué haremos mientras tanto? Me aburre no hacer nada.

- Por el momento llamaré a algunos de mis amigos. Espero que estén disponibles.

*Por qué será que tengo la impresión que esto puede salirse de madre*, pensó Selppa, aunque no dijo nada en voz alta.

# SEGUNDA PARTE
# MUERTE

## 9

El A Team, como curiosamente se hacía llamar el grupo, contaba con varios miembros, entre los cuales se jactaban de ser conquistadores de mujeres, en especial casadas. A ninguno de ellos, sin embargo, se les había visto en compañía de una damisela, aunque los rumores, esos que siempre andaban de boca en boca, decían que los hombres eran unos mujeriegos empedernidos.

El nombre que habían escogido para llamar al grupo lo tomaron de la famosa y exitosa serie televisiva Los Magníficos, un grupo de hombres acusados de un delito que nunca cometieron, y que se dedicaban a ayudar a personas en problemas legales, con sus vecinos o de cualquier tipo. Su líder, John "Hannibal" Smith, utilizaba disfraces para aparecerse delante de las narices de la mismísima policía, la que los buscaba por aire, mar y tierra.

Este nuevo A Team era de similares características, aunque se diferenciaban en que éstos actuaban y trabajaban por dinero, en tanto que los de Hollywood lo hacían para demostrarle a todo el mundo su inocencia.

Lars Bishops había colgado el teléfono hacía cinco minutos, y ahora, mientras estaba solo en el amplio despacho de su oficina, meditaba las palabras que le había dicho el hombre del otro lado de la línea. El trabajo que habían solicitado del A Team no era nada del otro mundo, algo sencillo de llevar a cabo sin levantar ninguna sospecha. Instalar una serie de cámaras de televisión diminutas en lugares estratégicos en la casa de un importante personaje de la vida política, o pública, que se jactaba de ser un ser humano que rayaba lo perfecto.

Bishops había tomado de inmediato una calculadora (no era muy ágil con los números) y comenzó a sacar algunas cuentas. El hombre del otro lado de la línea le había dicho que ellos colocarían las cámaras, y que el trabajo de A Team consistiría en la instalación en la casa de la víctima y en confeccionar un programa que llevara los datos de la casa hasta un computador en la oficina de los interesados. No habría preguntas de por medio, y cada una de las empresas se limitaría a hacer el trabajo que le correspondía.

Jimmy Coultrand había vuelto a mediodía con una factura donde se apreciaba la compra de siete cámaras de televisión, con un costo total de mil quinientos dólares, a nombre de una empresa por supuesto inexistente. El pedido llegaría al otro día por valija a una dirección postal abierta esa misma mañana a nombre de George Smith, representante legal de la empresa ficticia inventada para tal efecto. El dependiente de la tienda ni siquiera se tomó la molestia en comprobar los datos entregados por el falso Smith, tanto era el poder del dinero en efectivo cancelado por adelantado, más una prima para asegurar el pedido completo a la hora acordada.

Así, A Team sólo tendría que llegar al lugar e instalar las cámaras, realizar el trabajo que ellos mejor que nadie sabían, cobrar sus importes e irse. Una tarea sencilla para una empresa *magnífica*.

La noche era cálida y grata, amena, y un restaurant era el lugar de encuentro de una bella mujer y un hombre casi único. Sandra Richardson iba vestida con un vestido celeste muy ajustado, que mostraba sus curvas bien formadas y sus piernas contorneadas. Los zapatos, por cierto, no eran los que le había comprado el fiscal el día anterior, pero hacían juego con el resto de su vestimenta. Estaba sensacional.

- Está usted resplandeciente – le dijo el fiscal en cuanto llegó Sandra al lugar –. Realmente fascinante.

- Muchas gracias – contestó ella, sonriendo coquetamente a Shell, el que le mantuvo la mirada –. Pero le confieso que, de no ser usted mi compañía, no me habría arreglado tanto.

- Usted no necesita arreglarse para verse hermosa – le respondió Tom Shell, levantándose de su lugar para separarle la silla de la mesa y esperar que se sentara. El sujeto vestía un traje oscuro que lo hacía verse un poco más viejo de lo que realmente era –. Como le dije, usted está resplandeciente…Y, para serle franco, y viendo que nuestros encuentros han sido tan rápidos, sugiero que dejemos de tratarnos de usted. Es tan formal…

- Como usted quiera…digo, como quieras, Tom. Me encantará ser tu amiga. Aunque reconozco que temo mucho a tu mujer.

- ¿A Kelly? Kelly es una mujer tranquila y quitada de bulla – Sandra sabía que eso era mentira. Los informes que había traído Selppa decían que Kelly Reagan era una mujer que le gustaba asistir a actos sociales, ser el centro de la atención y ser el blanco de las miradas tanto de hombres como mujeres –. Es una mujer hogareña y dedicada a su casa. Además – continuó Shell –, no hay nada malo en una amistad.

*Si es que no pasa a mayores*, pensó Sandra, pero no dijo nada en voz alta.

- De todas maneras no quiero que nuestra relación de amistad se preste para malos entendidos, para que la prensa diga que engañas a tu esposa o que yo busco el perdón fácil de mi defendido. Tú ya sabes cómo son esos perros de caza de la prensa.

- No te preocupes por ellos, ya te dije que determiné un grupo de policías locales que resguardarán tu seguridad – luego llegó un garzón y les tomó el pedido –. Ya verás que ni te acordarás de ellos.

Veinte minutos después volvió el camarero con el pedido listo. Dos platos humeantes ya descansaban sobre la mesa, y Sandra los miró con los ojos bien abiertos: tierna carne de pato en vinagre con un surtido de ensaladas muy atractiva. En su fuero

interno, la abogada no sospechaba que aquel hombre recio y duro tuviera gustos tan adecuados.

- El plato es excelente – dijo la mujer, realmente sorprendida –. Ni siquiera sospechaba que un hombre tan duro como tú tuviera unos gustos tan exquisitos.

- ¿Duro yo? – Shell puso cara de ofendido –. Se ve que no me conoces del todo. Lo que menos tengo es de duro.

Sandra sonrió coquetamente, mientras se llevaba a la boca un trozo de carne blanca. Saboreó con su paladar el exótico gusto, al tiempo que miraba a su acompañante con ojos penetrantes.

- Los informes que se manejan públicamente – acotó Richardson – dicen que eres el más temible de los jueces. Como los tiburones, temido y temible.

Ahora el que rió fue Tom Shell, y el sonido de su voz no le fue indiferente a Sandra, aunque por los motivos que todos sabían. Aunque el hombre tenía su atractivo – como Sandra sabía que tenían todos los hombros, solo había que mirarlos desde cierto punto de vista –, no era su tipo, por más que tratara de hacerse la idea de que algún día podía gustarle.

- Ojalá pudiera ser un tiburón y esconderme bajo los mares. De esa forma, no me vería envuelto en todo este embrollo, acusados, violencia, muerte. Pero este es mi negocio.

- ¿No te gusta lo que haces? – quiso saber la mujer.

- Claro que me gusta, no lo hubiera estudiado si no fuera así –. Tom Shell se detuvo un instante, como si estuviera recordando momentos pasados de su vida. Por un momento su semblante se puso lívido como el de un fantasma, pero recuperó rápidamente los colores –. A mí no me gusta la muerte, aunque muchas veces tuve que condenar a los asesinos a la pena capital. Por eso pedí el traslado a esta ciudad.

- ¿Cuándo trabajabas en el bufete Smith & Wesson?

- Veo que estás bien informada – sonrió Shell –. Pero no, me refiero a mucho antes.

Sandra no sabía que antes el fiscal hubiera trabajado en otra ciudad, aquella información no aparecía en los dichosos informes recabados por HBC. ¿El hombre estaba confiando en ella o le estaba tendiendo una trampa? No creía que se tratara de lo último, pues era imposible que Shell supiera los planes suyos. Por lo tanto, el sujeto estaba entrando en confianza, lo que era bueno.

- Apuesto a que no conocías esa información.

- Pues debo reconocer que no – confesó Sandra.

Entonces Tom Shell le contó la historia. Años atrás, el fiscal se desempeñaba en sus labores en Washington, donde existía la pena de muerte para delitos capitales grandes, violaciones, genocidios, parricidios, el mismo tipo de delito que había cometido John

Backwood con la pequeña Stephie. Shell era un hombre católico, aunque no en extremo, pero creía en Dios y en la vida después de la muerte. Por lo mismo, siempre quedaba con un cargo de conciencia después de ordenar la muerte para un acusado, aunque éste se la mereciera. Sabía que la única manera de borrar todos esos recuerdos que le oprimían era cambiar de ciudad, aunque ganara menos por ello. Y aquí estaba.

- Aunque parezca contradictorio, jamás he sido partícipe de la pena de muerte –concluyó Shell –. Creo en Dios y creo que Él es el único que puede acabar con nuestra existencia.

- Mejor dejemos de hablar de muerte y esas cosas – sentenció Sandra –. Brindemos por nuestro encuentro.

Chocaron las copas e hicieron un delicado brindis, luego del cual ambos comieron con avidez el pato al vinagre. La abogada miraba, de vez en cuando, lascivamente al hombre que tenía al frente, y poco a poco fue descubriendo que aquel tipo no era "tan correcto" como hacían ver los informes públicos que se manejaban sobre él. Sandra comprendía que, en realidad, era imposible encontrar al ser humano perfecto, ya fuera hombre o mujer, alguien que no tuviera tejado de vidrio o un secreto escondido bajo siete llaves.

El tiempo transcurrió sin que ninguno de los dos se diera real cuenta. Cuando Sandra consultó su reloj las manecillas marcaban las cinco de la tarde, y hacía rato que ella debería haber estado planeando la defensa de John Backwood, aunque estaba sospechando que nunca la llevaría a término si las cosas se daban como ella tenía planeado.

- Fue un placer comer contigo, Sandra – se despidió Tom Shell, besándole la mano –. Ojalá tengamos otra oportunidad de compartir un momento como éste.

*Ya lo creo que si*, pensó la mujer, y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

El A Team en pleno llegó al lugar de encuentro señalado de antemano por HBC. Lars Bishops y Tom Cussack se dieron la mano y cada uno de los miembros de *Los Magníficos* hizo lo propio. Por parte de HBC solo fueron Cussack, Coultrand y Sammy Selppa, los tres hombres que se encargarían de la vigilancia de la casa de Shell. Llegar hasta el lugar sería sencillo, las complicaciones aparecerían cuando el A Team quisiera entrar en la casa e instalar los aparatos de espionaje. Pero eso era ya problema de ellos.

Como las cámaras llegarían al otro día a una dirección postal, el grupo de empresarios, como acordaron denominarse de ahí en adelante para pasar desapercibidos ante oídos intrusos, decidió conversar sobre las propuestas en un lujoso pero discreto restaurant de la zona norte de la ciudad, que si bien era caro y agradable, era sencillo y lujoso. El *maître* presentó la carta, los hombres decidieron, y quince minutos más tarde ya

estaban degustando un plato exquisito de carnes, pastas y ensaladas. Todo acompañado de un exquisito vino chileno.

- No nos interesa saber para qué quiere espiar al señor Shell – dijo Bishops cuando los camareros y el personal del restaurant se encontraban alejados –. Lo que sí me importa saber es cuánto tiempo tendrá instaladas las cámaras en la casa. Me refiero a que si después tendremos que ir a desmontarlas.

- Habrá que desmontarlas – contestó Cussack –, aunque no sé cuánto tiempo permanecerán ahí. Eso dependerá de la rapidez de nuestra operación.

- Comprendo – dijo Bishops, y Cussack entendió que estaba hablando con un profesional –. Entonces hablemos de negocios, como buenos empresarios que somos.

El hombre bebió un poco de vino y engulló un bocado de carne y fideos. Después de algunas palabras de buena crianza, irrelevantes, se metieron de lleno en el asunto que los reunía. La amistad y el trabajo eran dos aspectos que había que saber separar perfectamente.

- La instalación de las cámaras y la confección del *software* que le lleve la información hasta donde usted desee no es algo que se haga en una hora o dos. La instalación propiamente tal sí, pero las configuraciones del programa, y todo lo que ello conlleva, tarda un poco más. Y déjeme decirle que somos profesionales, y de los buenos, y lo bueno se paga.

- Dígame cuál es su precio, señor Bishops.

El jefe de A Team sacó una hoja de papel de quién sabía dónde y con un lápiz anotó una cifra, la que luego tendió a Cussack, quien la observó junto a sus compañeros. Aunque la cifra era elevada, era levemente inferior a lo que el jefe de HBC pensaba, por lo que no opuso objeciones, ni él ni los suyos: más al contrario, hizo una contra oferta.

- Estoy dispuesto a ofrecerle el doble de lo que me pide si está dispuesto a desmontar todo el asunto cuando yo se lo ordene.

- Por supuesto – contestó Bishops, abriendo los ojos un poco más sólo al pensar en el doble de la cantidad solicitada –. A Team está a sus órdenes.

- Claro que habrá una pequeña cláusula – intervino Coultrand –, que obviamente quedará de palabra, entre caballeros que somos.

- ¿De qué se trata?

- Pagaremos la mitad de lo que usted pidió al momento de empezar la empresa – explicó "*Daddy*" –, y el resto cuando le llamemos para desmontar las piezas.

- Me parece un trato no muy justo – dijo Stefano, otro de los miembros de *Los Magníficos*, sin alzar la voz –. Ustedes comprenderán que recién nos estamos conociendo, y no podemos confiar de buenas a primeras en ustedes.

- Lo comprendemos perfectamente – repuso Cussack –, pero así como ustedes no pueden confiar en nosotros, nosotros tampoco en ustedes. Esto es un círculo vicioso que debemos romper de alguna manera. Le damos nuestra palabra.

- Hagamos una cosa bien hecha – habló otra vez Stefano, que era el que llevaba la voz cantante en cuanto al tema dinero –. Depositen todo el importe del dinero en una cuenta corriente que nosotros abriremos mañana a primera hora, con la condición de que para poder girar el dinero necesitamos la autorización escrita de usted. Mientras no la tengamos, no podremos girar. A su vez, usted no podrá sacar el dinero de la misma si no cuenta con la aprobación nuestra. En el peor de los casos, si uno de los dos grupos quisiera traicionar al otro, perdería irremediablemente el dinero.

La solución les pareció bastante salomónica a los hombres de HBC, por lo que acordaron de esa manera. Luego ultimaron los detalles de la negociación, más bien dicho, el trabajo.

- Ya que hemos llegado a un acuerdo que nos satisface a ambos – dijo Lars Bishops –, creo que sería conveniente idear el plan a seguir. ¿No les parece?

- Ustedes son los expertos – habló por primera vez Selppa.

- Muy bien – terció Bishops –. Uno de nuestros hombres irá hasta el lugar que ustedes determinen para instalar el programa que les llevará la información de las cámaras de seguridad, pero antes debemos saber qué tipo de cámaras son las que tienen, para llevar el programa adecuado.

Coultrand sacó un folleto de las cámaras que había comprado y se lo tendió a Bishops. Éste ni siquiera lo miró y se lo pasó, a su vez, a un tercer hombre, que hasta ese momento no había abierto la boca para otra cosa que no fuera comer. El sujeto, un hombrón alto y anchísimo de espaldas, con la cabeza calva y una barba muy pulcra, leyó con avidez, y no tardó más de tres minutos en devorar las especificaciones técnicas de los aparatos de televisión.

- Son cámaras de última generación – dijo al aire –. Afortunadamente, nosotros tenemos los *software* para este tipo de cámaras, aunque debo reconocer que, hasta el momento, nunca hemos trabajado con ellas, pero les aseguro – miró a los de HBC – que no habrá problemas.

- Eso es una muy buena noticia.

- El programa demorará cerca de una hora, o dos a lo sumo – siguió hablando el hombrón –. Nuestros técnicos tendrán que ir al lugar que ustedes nos señalen para configurar sus computadores, y así dejarlos listos para sus necesidades.

- ¿Y cuándo podrán hacer eso? – preguntó Cussack.

- Si ustedes quieren – intervino Bishops –, estaremos allí mañana en la mañana, a primera hora.

Cussack le anotó la dirección en un papel, Bishops la leyó y lo destruyó. Ahora, toda la base de datos de aquel hombre moraba en su cerebro, dentro de su materia gris, y esperaba ansioso el día de su nueva misión.

- Estaremos allí mañana a las ocho. ¿Le parece bien el horario?

- El horario es perfecto.

Dicho lo cual, cada grupo salió por su cuenta, en direcciones opuestas.

Una mañana gris y fría acompañó al grupo A Team hasta el lugar señalado por Tom Cussack en el papel que después Bishops destruyó. No se trataba, desde luego, de la sede de HBC, sino de una casona vieja y a mal traer, al menos en apariencia visual, ubicada en una punta de la ciudad. Desde hacía un par de años, la casona pertenecía a HBC, a nombre de una persona falsa, algo cada vez más común por este tiempo. La casa era utilizada como base central para operaciones de espionaje y de escucha, y desde aquel lugar se planeaban los informes que HBC daba a sus clientes para que éstos decidieran qué pasos seguir.

También, ése era el lugar preferido de Tom Cussack cuando se abandonaba a los impulsos nada ortodoxos que tenía por las callejeras, mujeres que se dejaban seducir fácilmente por el dinero y el sexo. Pero ahora, esta misma casona se utilizaría para algo verdaderamente importante. Para planear el crimen de un ser humano. A Tom Cussack se le erizaron los pelos de la nuca.

- Ya está todo listo – dijo Coultrand, mirando su reloj. Eran las siete y treinta.

- Esperemos.

A las ocho en punto se escucharon dos golpes en la puerta, señal que los hombres de A Team habían llegado. Primero entró Lars Bishops, vistiendo elegantemente, tendió la mano a los hombres que estaban adentro, y avanzó unos pasos. Tras él entraron dos sujetos más que Cussack no conocía, como tampoco Coultrand o Selppa, y saludaron cortésmente. Cussack los invitó a beber un trago, y cinco minutos más tarde ya estaban hablando de negocios otra vez. Quince más tarde "Daddy" Coultrand partía en busca de las cámaras de circuito cerrado.

- Lamento tener que hacerlos esperar – se disculpó Cussack –, pero mi compañero trató de acelerar la entrega de las cámaras, pero le fue imposible. Si desean, podemos transferir los fondos a la cuenta que usted quiere habilitar.

Bishops movió la cabeza afirmativamente, al tiempo que Selppa le indicaba uno de los cuatro computadores que había en la casona. Uno de los hombres que los de HBC no conocían se sentó frente al monitor y se conectó a Internet, a una página de un banco suizo en plena islas Caimanes. Con dedos ágiles y manos expertas, el sujeto, apodado dentro de A Team como *El Justiciero*, nombre que más acorde estaba, según pensamiento

de Tom Cussack, a una película de *gánsters,* escribió algunas contraseñas, y después de un par de minutos se abrió la página del Switzerland Bank, una respetable entidad bancaria con sede en Kingston. El hombre insertó algunas órdenes, y a continuación le solicitó a Cussack que introdujera una clave secreta, inventada por él, para la transacción. Sin esta clave, nadie podría girar el dinero sin la autorización del otro.

Casi cuarenta y cinco minutos más tarde volvió Jimmy Coultrand con una caja inmensa en sus manos. En el interior venían las cámaras adquiridas a nombre falso, y sin preámbulos se las entregó a Bishops y los suyos. *Los Magníficos* abrieron los ojos, entusiasmados.

- Debo reconocer que son cámaras modernísimas, que además cuentan con un sistema infrarrojo actualizado – dijo otro de los hombres, el técnico, al verlas –. Tienen una fidelidad altísima.

- Con estas imágenes, tendrán todo lo que quieren saber.

- La instalación nos llevará toda la mañana. Pues aunque parecen complicadas, la instalación es sencilla.

- Veamos el plan a seguir –. Lars Bishops tomó asiento cerca de sus compañeros y tomó una de las cámaras en la mano –. Como usted comprenderá, no será tan fácil llegar hasta aquel lugar, meterse dentro de la casa del fiscal como si nada, poner los aparatos y volver a salir.

- Por supuesto – reconoció Cussack –, y para ellos es que estamos trabajando. Pensamos crear una identidad falsa, con credenciales falsas para nosotros, pero reales para la vista de cualquier otra persona. Tenemos amigos falsificadores excelentes.

- No lo dudo – replicó Bishops –, pero no es lo único. Tal vez si supiéramos algo de la rutina de ese tal Tom Shell…

- Pasa todo el día en los tribunales – intervino Sammy Selppa –. Su mujer concurre a eventos sociales, entrevistas para revistas de moda, cosas por el estilo, banquetes de personajes importantes de la farándula, por lo que en casa solo queda la mujer del servicio, una anciana de casi sesenta años que, a mi modo de ver las cosas, no opondrá resistencia, ni hará preguntas.

- En ese caso – concluyó Bishops –, por ahora instalaremos el *software* que le permita traer la información desde ese lugar hasta acá. Usted tendrá que avisarme cuando tenga la documentación falsa al día.

- Mis amigos hablan de una semana. Afortunadamente, las empresas eléctricas no usan fotos de sus técnicos. Cortaremos la luz en todo el sector donde vive Shell. Luego de instalar las cámaras la restituiremos y diremos que el empalme de su vivienda produjo el cortocircuito. No fallará.

Lars Bishops rió de buena gana, y entre todos chocaron las copas de un nuevo brindis.

- No habrá ningún problema, amigo mío – dijo la voz ronca y baja de Samuel Adams –. Tendrás tus malditas credenciales como si fueran las mismísimas que entrega la empresa de electricidad.

- Pero no olvides de colocar un número verdadero de serie en cada credencial.

- No te preocupes, hombre. Tengo a mi cargo muchachos muy diestros con las maquinitas. Mejores que Bill Gates.

- Ya lo sé – confirmó Cussack –, y confío en ti.

- Llámame en una semana.

# 10

Aunque el fiscal Tom Shell no quisiera reconocerlo, no podía dejar de admitirlo: Sandra Richardson estaba espléndida. Con ese traje se veía maravillosa, como un ángel que había descendido del cielo a implantar la belleza. Y también había otra cosa que no podía dejar de reconocer: nunca antes le había sucedido algo así, que estando casado se fijara en otra mujer, aunque tenía bien puestos los pies sobre la tierra y jamás engañaría a Kelly.

El salón estaba completo, pero curiosamente ningún familiar de John Backwood estaba presente en la audiencia, y sólo Sandra era la persona más cercana a él. De reojo divisó a Tom Shell, y le sonrió; él le respondió el gesto.

De momento, la abogada no se preocupó más del hombre, y se abocó al problema de la defensa del criminal. Backwood lucía desganado y entregado a su suerte. El soplo de esperanza que significaba Sandra Richardson parecía no haberle devuelto el alma al cuerpo, tan abatido se encontraba que sabía que nada ni nadie lo sacaría de prisión.

- Todos de pie –. La voz del secretario se dejó oír en toda la estancia –. Con ustedes el juez Sam Moore.

Moore era un tipo de sesenta y tres años, de cabellos blancos y tez arrugada. Su semblante era pálido y sus ojos negros hacían que pareciera un esqueleto, o un fantasma. La presencia del hombre por sí sola generaba inquietud.

- Pueden sentarse – dijo Moore.

Los presentes tomaron asiento, y John Backwood miró por primera vez a toda la audiencia. Parecía como si todos los ojos estuvieran pendientes de él. De lo que hacía, de las reacciones que iba a tomar cuando dictaran la sentencia definitiva, y postrera. Abogados, familiares de Stephanie Birlock, y agentes del FBI y la policía local estaban pendientes del asesino, unos por si decidía escapar (algo muy difícil, pues el tipo estaba engrillado y esposado), y los otros para ajusticiarse por sus propias manos si la justicia de su país les fallaba.

- Se abre la sesión con la causa rol 25656, con fecha 14 de mayo, caso John Backwood contra el Estado, familia Birlock Fletcher.

A Sandra le extrañó que en una misma causa se presentaran dos juicios: uno en que el Estado se hacía partícipe y otro en que la familia se hiciera cargo. Pero la gravedad de los hechos hacía imprescindible el actuar de la justicia. Por lo mismo, Sandra sabía que era un caso del todo perdido.

- Que quede constancia que todo lo que se diga en esta sala es verdad y es resolución de los Tribunales de Justicia de los Estados Unidos de América. En Dios creemos.

Sandra recordó maquinalmente el billete del país, el dólar. *En Dios creemos*. ¿Podría confiar ahora ella en Él? Esperaba que si.

A continuación, uno de los actuarios del Consejo hizo un largo resumen de los delitos cometidos por Backwood, y por los que se le acusaba en este caso. Al fondo de la sala, la madre de Stephanie miró a la abogada defensora, a Sandra, y con un leve asentimiento de cabeza se dio por enterada de los pasos a seguir, aunque en realidad no estaba segura de nada. Ella misma le había señalado a sus parientes de lo que había hecho, por lo que ninguno de ellos tomaría represalias contra la profesional.

- En vista de los acontecimientos ocurridos en las fechas ya conocidas – leyó el secretario de una carpeta anchísima –, y en concordancia con las leyes de los Estados Unidos de América, el acusado, John Backwood, es encontrado culpable, y sentenciado a la condena que se dictamine en esta sesión.

Sandra escuchó con atención los cargos que se le imputaban a su defendido, todos ellos ciertos y reales. Secuestro, violación y asesinato eran los más importantes, pero había una serie más que eran consecuencia de los primeros, y que John Backwood ni siquiera se molestó en desmentir. Cada minuto que pasaba a Sandra se le complicaba más la defensa del asesino.

Miró su carpeta sobre la mesita que tenía delante. En ella había una serie de informes – todos falsos, por cierto – en los que se señalaba los abusos a los que había sido sometido el criminal para que confesara algo que no había hecho. Esperaba que sirviera.

- En consecuencia – seguía diciendo el secretario –, bajo los cargos descritos con antelación, y en concordancia con la confesión del acusado, se condena a John Backwood a la pena de cadena perpetua efectiva en la prisión del condado de Bronx, trasladado de este recinto penal, donde actualmente reside, a más tardar dentro de tres días corridos desde la resolución de esta sentencia…

- ¡Protesto!

La voz provenía de Sandra Richardson, pero ni siquiera ella supo de dónde había tenido la entereza para interrumpir al secretario cuando aún no acababa de pronunciar la sentencia. Pero sabía que si no lo hacía ahora, una vez terminado de hablar ya sería inútil. Era ahora o nunca.

- ¿Quién es usted? – preguntó esta vez el fiscal, con el rostro enrojecido por la ira. Obviamente tenía que ser su abogada, pues se sentaba al lado del acusado.

- Mi nombre es Sandra Richardson – la mujer se levantó y se acercó a uno de los guardias del lugar, que eran los encargados de acercar las pruebas y documentos al juez como parte de la defensa o de la parte querellante –, abogada de Estado, rol 369878-0, y John Backwood es mi defendido.

- Hasta el momento no es mucho lo que ha argumentado para defender a su cliente, señorita Richardson.

- Estaba esperando que usted acabase de leer los cargos que se le imputan, para luego intervenir.

- ¿Y qué es lo que tiene que decir? – preguntó Moore.

- Mi defendido es inocente de los cargos de violación y asesinato, secuestro e intento de estupro. Las acusaciones son infundadas.

- Todos los abogados defensores de asesinos dicen lo mismo – argumentó el secretario, restándole importancia a las palabras de Sandra.

- Tengo pruebas que demuestran lo que estoy diciendo, señor secretario – y lo fulminó con la mirada.

Hubo un momento de silencio expectante, que pareció una eternidad. Después de unos momentos, un murmullo se fue haciendo cada vez más audible, hasta que Sam Moore tuvo que intervenir, golpeando con el martillo sobre su escritorio para llamar al silencio.

- ¡Silencio! – gritó una sola vez, y todo el mundo le obedeció –. Señorita Richardson, ¿tiene usted las pruebas de las que habla? Le recuerdo que faltar a la verdad es un delito penado por la ley.

- Las pruebas las tengo acá mismo –. Sandra tomó con su derecha la carpeta, y contra su pesar se vio temblando, nerviosa. Mentalmente se ordenó tranquilizarse, y comprobó que los nervios iban pasando. La tormenta iba capeando.

Se acercó uno de los guardias hasta la mujer, al tiempo que John Backwood no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Pruebas de que él era inocente? ¡Pero si era culpable! Algo no le encajaba.

Sandra hizo caso omiso de la presencia del guardia, del gendarme y de cuanto uniformado más se le acercó solicitando las pruebas de las que hablaba, y se quedó mirando al juez, al secretario y al actuario, que a su vez la miraban con extrañeza.

- ¿Cuáles son las pruebas de las que dispone, señorita Richardson?

- Tengo informes claros que señalan que la policía y el FBI sometieron a apremios ilegítimos a mi defendido para que confesara el delito que no cometió.

Ahora, el murmullo se hizo del todo audible, y Tom Shell, sentado en primera fila casi al frente de la abogada, le lanzó una mirada furtiva, la que ella vio de reojo, pero no lo miró. A su lado, John Backwood no podía creer lo que estaba escuchando.

Los agentes del FBI que estaban presentes en la sala comenzaron a removerse inquietamente, como delatándose de algo que jamás habían cometido. La policía local, miembros que cada vez iban quedando más relegados ante los federales, trataron de levantar una protesta, pero fueron acallados rápidamente por el juez.

- Poseo el nombre de los agentes interrogadores que torturaron a mi defendido, nombres que por supuesto resguardaré hasta el momento oportuno. Por el momento, aquí tiene las pruebas que amparan lo que digo – y la mujer les entregó las hojas

contenidas en la carpeta al guardia más cercano. De reojo también, vio que los agentes del FBI y la policía local la miraban con una mezcla de respeto y odio.

- Se suspende la sesión hasta nuevo aviso – dijo el juez, que de repente se había quedado anonadado –. Se analizarán las pruebas obtenidas y se tomará una decisión en base a las mismas. Se levanta la sesión.

Sin mirar a nadie, Sandra Richardson se levantó y salió de la sala del tribunal.

Mientras Sandra lidiaba con pruebas inventadas para defender lo indefendible, Tom Cussack hablaba con su amigo falsificador Samuel Adams, el que poseía la documentación también falsa sobre los miembros de la compañía eléctrica. Los nombres de las personas eran reales, así como también el número de registro en la compañía. Lo único falso era la persona de carne y hueso que se presentaría en la casa de Shell para hacer los arreglos correspondientes.

- Parecen de verdad – dijo Cussack, al tener en sus manos las credenciales de la compañía eléctrica.

- *Son* de verdad – le respondió su amigo, que veía la cara de incredulidad de Cussack –. No debes preocuparte.

- Gracias – le contestó el otro, tendiéndole un cheque. A Adams no le gustaban los envíos electrónicos, algo que, pensó Cussack, algún día le iba a costar la vida –. Me salvas una vez más.

- Como siempre, amigo.

Tom Shell la estaba esperando a la salida de los tribunales, abriéndole paso entre la turba de periodistas que intentaban sonsacarle alguna información tanto a él como a Sandra Richardson. La prensa había llegado como tiburones oliendo sangre, y se habían dejado caer a la primera oportunidad. John Backwood había sido conducido a su celda sin que nadie le explicara lo que estaba sucediendo, y el juez, junto a su séquito, había desaparecido incluso antes.

Sin mediar palabras de por medio, Tom Shell condujo a la mujer hasta su vehículo, sin importarle lo que dijeran los escualos de la prensa. Arrancó velozmente y se perdió por calles laterales, alejándose rápidamente del centro de la ciudad. Sandra no supo nada, y cuando pudo reaccionar se encontró dentro de una cabaña en pleno bosque, donde Shell se escapaba cuando quería descansar y pensar con tranquilidad. Un temblor acudió a su cuerpo, y solo deseó que no fuera aquí donde ocurriera su encuentro sexual con el hombre, si es que alguna vez ocurría.

Shell encendió unas velas e invitó a la mujer a sentarse. La cabaña no tenía luz eléctrica.

- Lamento haberte sacado así, tan rápido – se disculpó él –, pero no encontré otro camino.

- Te lo agradezco con el alma – jadeó ella, respirando entrecortadamente –. No pensé que iba a ser tan difícil.

- Acusar al FBI siempre es complicado, además de peligroso.

- Tengo las pruebas – acotó ella.

- Pero no hablemos de eso ahora – propuso él, sacándose su paletó y colgándolo en el respaldo de una silla –. ¿Deseas beber algo?

- Pensé que no tenías corriente – dijo ella.

- No tengo, en efecto – confesó él –. El milagro lo hace una nevera –. Y diciendo esto, se acercó a un rincón de la casa y abrió una especie de caja mediana recubierta con material aislante que conservaba el frío. Una buena cerveza helada –. Es todo lo que me queda – se disculpó –. Tendré que revisar mis provisiones más seguido.

- ¿No vienes mucho por acá? – quiso saber ella.

- La verdad – contestó él –, es que hace mucho tiempo que no venía. La última vez fue en enero, cuando Kelly y yo cumplimos un año más de casados. Desde ahí, debido al trabajo más que nada, no he podido venir.

- ¿Has hecho el amor con tu mujer aquí?

La pregunta pilló por sorpresa a Tom Shell, el que miró a su invitada con cara casi de espanto. Por supuesto que había hecho el amor aquí con Kelly, pero no era algo que se tuviera que andar comentando de aquí para allá.

- Alguna que otra vez – respondió escuetamente, y Sandra dedujo que no quería hablar del tema.

Ambos tomaron su copa en silencio, y la mujer aprovechó para mirar su entorno. La cabaña, a pesar de no contar con servicio eléctrico, estaba bien aprovisionada. La nevera, a pesar de lo que había dicho el dueño de casa, estaba acondicionada perfectamente, las ventanas daban a un hermoso y frondoso bosque de abedules y pinos milenarios, donde los pájaros y las aves anidaban esperando los soles de la primavera y el verano para lanzar sus polluelos al vuelo. El entorno en sí era maravilloso, y de buena gana Sandra planearía ahí su actuación, pero era imposible. Pensó que ojalá nos se diera la situación aquí.

- De veras que tengo que darte las gracias – dijo ella después de un prolongado instante de mutismo –. Sin ti, no hubiera podido salir de ahí. Los periodistas son terribles.

- Y me lo vas a decir a mí – replicó él, obviamente mucho más acostumbrado a este tipo de “ataques”.

- Pero no quisiera molestarte más – adujo ella –, y además tengo que ir por mi coche. Será mejor que me vaya. ¿Cómo llego hasta la ciudad? Creo que me he perdido.

Después de unos minutos dedicados a los agradecimientos y a las buenas palabras de despedida, Sandra abordó nuevamente el vehículo del fiscal para que éste la llevara lo más cerca posible del centro de la ciudad para evitar ser vistos y así ser el blanco de la prensa. En todo momento Tom Shell se había portado muy servicial, hasta ameno, y en más de una ocasión había sonreído. Algo que era una muy buena señal para Sandra. *Quizá le esté rompiendo la coraza.*

Si la abogada estuviera segura que el caso Backwood lo iba a ganar, jamás hubiera accedido a conquistar a Shell, pero sabía que ni siquiera el mejor profesional del mundo podría sacar en libertad al asesino. Un asesino confeso, más aún sin objetar ninguno de los cargos que se le imputaban, era el equivalente a que la mismísima policía lo descubriera en el preciso momento en que cometía la fechoría, algo que jamás podría ser negado por el acusado.

Luego de media hora circulando por calles secundarias y no muy transitadas, Tom Shell dejó a la mujer lo más cerca que pudo de los Tribunales, que hacía rato había abandonado la prensa, al verse de repente burlados por el coche del fiscal. Ahora, los periódicos sensacionalistas y los no tanto iban a publicar en primera plana el escape de la abogada Richardson en el auto de Shell, un detalle que el hombre tendría que justificar ante su celosa mujer, celosa aunque él dijera lo contrario.

- Muchas gracias otra vez – dijo ella, y lo besó en la comisura de la boca. Sin mirarlo se bajó y echó a andar sin mirar atrás, sabiendo que Tom Shell estaría rojo como un tomate.

Y no estaba muy equivocada.

Mientras la mujer se perdía por las calles que conducían al lugar donde tenía aparcado su coche, Tom Shell se quedó donde estaba, estacionado amparado a la sombra de los árboles. Miraba marcharse a Sandra Richardson con una mirada casi lasciva, aunque el recuerdo de su amada esposa aparecía de inmediato en su mente. ¿Qué le estaba ocurriendo? Mientras seguía pensando en esa mujer que había aparecido de la nada, puso en marcha el motor de su carro y se dirigió a su casa. Ya pensaría en lo que decirle a la prensa y, sobre todo, a Kelly Reagan.

## 11

Mientras Sandra avanzaba a pasos agigantados en la seducción del fiscal, aunque ella aún no se diera cuenta, Andrew Volko enfrentaba un problema grande, aunque completamente salvable. Su misión, luego de haber concretado la compra de armas, era contactar, otra vez, con los bajos fondos, aunque esta vez no tan bajos, en busca de espías, o más bien dicho, en busca de personas capaces de intervenir teléfonos estatales, en este caso, el de la compañía eléctrica.

Mientras se perdía por callejuelas sucias y malolientes, un trabajo cada vez más rutinario, el ruso-americano se decía lo mal preparados que estaban en estos ámbitos. HBC no tenía técnicos computacionales, algo increíble considerando que la computación movía al mundo, más aun con los tiempos que corrían, y tampoco tenía técnicos electrónicos ni en electricidad. Quizás con el tiempo habría que reclutar a alguien de este tipo. O tal vez no.

Volko llegó a una intersección donde una corriente de aire hacía despeinar incluso al más prolijo y cuidadoso con su cabello. Al fondo de la calle, no muy larga, la oscuridad era ama y señora del lugar, pero en sus profundidades cientos de personas, gente del hampa local, se movía entre camellos, mulas y coyotes. Volko conocía muy bien el lugar, sabía por qué sitios pasar y cuáles evitar, pero incluso así avanzó con cuidado. A pesar de la oposición de sus compañeros, llevaba una de las armas adquiridas hacía poco, pero dijo que sólo la utilizaría en caso extremo; en todo caso, llevaba puesto el silenciador para no hacer ruido y despertar a toda la población.

A cada lado de la calle podía ver a jóvenes, y algunos no tan jóvenes, aspirando coca y una nueva droga creada por ellos mismos, y que llamaban *caiana.* Era una mezcla del polvo blanco con aspirina y *diazepam*, una bomba en términos médicos. Así se pasaban todo el día, aspirando y gritando a las chicas que pasaban por el lugar, que en todo caso no eran muchas.

Este lugar era frecuentado por hombres casi en su mayoría, aunque algunas veces, sobre todo en épocas de atracos de barcos provenientes de alta mar, las mujeres, trabajadoras del comercio sexual, abundaban en aquella parte del globo, ofreciendo sus servicios a quien quisiera comprárselos.

Andrew Volko se topó con algunas cuantas, pero las ignoró de plano, lo que indujo a pensar que el sujeto o era raro o andaba en busca de *caiana.* Lo cierto era que al ruso poco y nada le importaba lo que pensasen de él, y sólo estaba abocado a encontrar a las personas que andaba buscando.

La oscuridad, conforme se introducía en las laberínticas calles, se hacía cada vez más lúgubre, y las sombras desaparecían para confundirse con la negrura espesa y

avasalladora. Volko, no obstante, caminaba con paso seguro, abarcando todos sus lados, para no correr los riesgos que corrió innecesariamente cuando buscaba al *Cerebro* Murdock.

Por fin llegó al final de la calle, donde un par de *camellos* trataban de seducir a una prostituta, que se hacía de rogar sólo para elevar la tarifa ya de por sí bajísima. El euro-americano siguió caminando, pero luego se detuvo. Al doblar la esquina que formaba dicha calle, se topó con un muro de contención que antes no estaba, cortándole el paso de golpe. Empezaban los problemas.

Detrás suyo, los traficantes ya habían avanzado un poco en su tarea, y la mujer ya tenía entre sus manos un papelillo de droga cuando Volko los interrumpió, muy a su pesar. Los tres se levantaron de un golpe, más bien dicho se dieron la vuelta y se llevaron las manos a los bolsillos, donde afiladas dagas y cuchillos esperaban silente el momento de entrar en acción. El hombre de HBC fue mucho más rápido, y antes que los *camellos* pudieran reaccionar, Volko extrajo su pistola y los amenazó, aunque en realidad sólo deseaba atemorizarlos un poco para que accedieran a sus peticiones.

- Busco a Tim Barrigan – dijo con voz potente, aunque grave.

El narco permaneció muy atento, y cuando escuchó el nombre de Barrigan, abrió los ojos como alma que se lo lleva el demonio.

Dentro del mundo del hampa de aquel sector, Tim Barrigan, al igual que Murdock cerca de los muelles, era considerado una especie de deidad suprema, un Dios. Nada de lo que ocurría allí él lo desconocía, nada de las acciones llevadas a cabo por sus hombres ocurrían sin que él mismo diera la orden, nada ocurría por azar.

Por lo mismo, ya que poseía ojos y oídos en todas partes, era muy peligroso, y andaba siempre bien protegido por fieros guardaespaldas que daban su vida por él. Barrigan era muy generoso con su gente leal, pero inmisericorde, como El Padrino, con sus rivales.

- ¿Estás buscando a Tim Barrigan, el *Jefe*?

Volko asintió con la cabeza, y en ese mismo instante el *camello* debió pensar que ese tipo debía de estar loco. Primero, cómo pensar en reunirse con el Jefe sin cita previa, buscándolo como un cobarde, amparado en las sombras y sin ninguna protección aparente – excepto por aquella pistolita que parecería un juguete al lado de las verdaderas armas en poder de los guardaespaldas de Barrigan. Y segundo, porque, sin llegaba a dar con su paradero, los hombres de confianza del mafioso lo registrarían de pies a cabeza, y no hallaría lugar donde esconder su famosa pistola. Verdaderamente, estaba loco.

- Camina hasta el final de esta calle – le indicó el camino que venía después de la esquina. A pesar de ser buscado por la policía desde hacía mucho tiempo, el domicilio de Barrigan era conocido por todos en el sector, inclusive la policía conocía el sitio, pero por

razones que nadie podía explicarse aún, éstos no acudían. Las hipótesis que se barajaban era que el mafioso tenía comprada a una importante facción del cuerpo de policía, algo que Andrew Volko no dudaba, y que prácticamente les tenía asignado otro sueldo, todavía mejor, a los funcionarios –. Luego métete en el callejón más angosto que veas, y llega también hasta el final. Reconocerás la casa en seguida, pues está custodiada por tremendos perros en dos patas.

Volko agradeció y marchó en la dirección señalada, llegando al lugar diez minutos después. Mientras caminaba, pensaba en la forma de abordar a aquel sujeto. Habían pasado muchos años desde la última que se habían visto, y estaba casi seguro que Barrigan no lo reconocería. Ni siquiera estaba seguro si él reconocería al mafioso.

Recordó aquella vez mientras caminaba por el callejón angosto, oscuro y húmedo. Era una fría tarde de 1977, en pleno invierno, donde los copos de nieve caían con estrépito sobre la tierra. Las luces de la ciudad se veían lejanas, distantes, aunque en realidad no estaban a más de veinte kilómetros del lugar donde ellos se encontraban. Habían quedado sólo cuatro del grupo de infiltrados, tres hombres y una mujer, la que había muerto de hipotermia el día anterior, después de agonizar terriblemente en los brazos de Volko. El otro hombre, un sujeto proveniente del País Vasco, cerca de Navarra, también había muerto de congelación, pero su cuerpo, una noche oscura y fría, había sido devorado por los lobos sin que ellos se dieran cuenta. Ahora, el escuálido grupo se veía reducido a dos miembros: uno era un ucraniano proveniente de Lvov, que, en un viaje sin precedentes, había cruzado medio globo terráqueo para reposar en América. Se llamaba Andrew Volko.

El otro era un hombre macizo, de contextura gruesa, nariz chata y brazos poderosos. Una vez había dicho que a los trece años había ingresado a trabajar a un petrolero en plena alta mar, un ULCC, súper barcos que ya no se verían jamás, y que había aprendido todo lo que sabía sobre armas gracias a un capitán noruego que lo había apadrinado al morir sus padres en pleno vuelo a Polonia. Había nacido en Pilsen, al suroeste de Praga, en la actual República Checa, pero había emigrado a Estados Unidos en cuanto se quedó huérfano. Fue el mismo capitán del ULCC el que lo había acercado a la orilla del entonces destrozado muelle de Florido, que en ese entonces era inutilizado debido a los inmensos escollos que presentaba y a los infranqueables roqueríos que más de una víctima, con tripulación entera, cobraron.

En ese mismo muelle, pero en dirección contraria, otros dos hombres y una mujer subían, lo mejor que podían, los acantilados, y después de mucho esfuerzo para evitar la luz del amanecer, se encontraron arriba, exhaustos, muertos de hambre, mojados hasta los huesos. Nadie habló, nadie preguntó que hacía el otro ahí, sino que sólo se acomodaron lo mejor que pudieron, hicieron una fogata con restos de madera que

encontraron cerca del lugar, de seguro esqueletos de embarcaciones naufragadas, y durmieron abrazados, mientras el oscilante fuego trataba de secar las ropas empapadas.

Al otro día, cuando la luz del sol iluminaba todo el entorno, los cuatro náufragos se percataron que estaban solos, sin un alma que los ayudase a encontrar el norte, el camino que los llevara a la civilización. Comprendieron, entonces, que no hacía falta tanto esfuerzo de madrugada, porque a la hora que fuera nadie estaría allí para observarlos. La mujer, de nombre impronunciable provenía de Riga, ciudad capital de Letonia, país en ese entonces hermanado al bloque Soviético. Volko jamás habló con ella, jamás le preguntó que hacía allí, y cuando estaba dispuesto a sacarle información, una semana después, había muerto. Muy rápido la acompañó el otro hombre.

Pasaron tres semanas solos, a la deriva en tierra, y los dos hombres, que hasta ese momento habían tenido que cazar para poder comer, se hicieron amigos, o lo más amigos que permitían las circunstancias. Allí, el otro hombre, Robert d'Ortec, le confidenció que era un experto en electrónica, y que había desarrollado esta pasión cuando estuvo de novio con una chica que lo traicionó. Cierto día, contó, fue a dejar a su novia a su casa, donde vivía sola. Después de hacer el amor como locos – la palabra que había utilizado d'Ortec era animales –, el tomó su vehículo y se marchó, pero metros más allá había sufrido un desperfecto mecánico que lo dejó inmovilizado. Echando maldiciones a diestra y siniestra, se había bajado y se devolvió a pie a casa de su mujer, para buscar las herramientas que había olvidado allí hacía unas semanas, y que por flojera no había vuelto a cargar en su coche.

Pero en cuanto vio la casa de su amada, algo le pareció extraño. Si bien ella vivía sola, motivo por el cual siempre dejaba encendida la luz de la salita de estar para hacer creer que estaba con más gente, espantando de esta manera a posibles ladrones o asaltantes, el checo vio con claridad la sombra de un hombre que atravesaba precisamente la ventana que daba al camino por donde se había marchado, minutos antes, Robert d'Ortec. Pensando lo peor, el hombre se acercó sigilosamente, dispuesto a defender a su novia.

Ya sea por coincidencia o por descuido, la puerta de entrada estaba abierta, pues había quedado mal cerrada la última vez que alguien entró, o salió. El checo entró y siguió la sombra que avanzaba con confianza hacia el cuarto de la mujer, con algo en la mano. Un cuchillo de la cocina, pensó desesperado d'Ortec, pero un detalle lo hizo recapacitar en su tesis. El intruso había presionado en la pared el interruptor que apagaba la luz de la salita de estar. ¿Cómo podía saber que estaba ubicado allí? Un temblor recorrió su cuerpo.

Por un momento no supo qué pensar, y durante ese momento, que el hombre contaba no fueron más de ocho minutos, perdió de vista al inesperado visitante, y sólo salió del embobamiento cuando escuchó risas provenientes del cuarto de Keyla, su novia.

Se acercó lentamente, y cuando vio la escena que se desarrollaba ante sus ojos, palideció como un fantasma: allí, frente a él, su novia se revolcaba con el intruso, estaba haciendo el amor desenfrenadamente (como animales), se estaba entregando a él. ¿Cuántas veces se habían reído de él?

En esos instantes recordó que, en ocasiones anteriores, había descubierto algunas mentiras que ella le había echado, mentiras que, sin embargo, él había encontrado insignificantes, pero que ahora cobraban todo el valor que realmente tenían. Su mujer, la mujer que amaba, lo estaba traicionando en su propia casa, delante de él.

No le dijo nada, y su relación siguió como hasta ahora, pero empezó a maquinar su venganza. Desde niño, nadie que lo hubiera golpeado o insultado había resultado impune, y aunque amaba con todas sus fuerzas a esa mujer, la sed de venganza era más grande. El odio, decía, era el sentimiento más puro y noble que podía sentir el ser humano.

Cierto día, que se cortó la luz en todo el sector, y que estaba solo, instaló una cámara de televisión diminuta en el cuarto de ella, para grabar toda su infidelidad con aquel bastardo que también debería pagar. Al cuarto día su invento dio frutos. Había aprendido a instalar las cámaras, a interferir teléfonos y todo ese tipo de cosas a bordo del *Poseidón*, el notable petrolero que lo había acercado a las costas americanas. Jamás pensó que lo utilizaría alguna vez, pero en ese instante se dio cuenta que todo servía alguna vez en la vida.

Cuando encaró a su amada mujer, ésta no tuvo nada que decirle. Sólo vivió lo suficiente como para explicarle que no sabía lo que había hecho. Murió con la cabeza cercenada, desangrada sobre el piso de su cuarto. Veinticuatro horas más tarde, su amante le hacía compañía. Sin poder explicárselo el capitán de bomberos que llegó más tarde, un incendio había quemado toda la casa.

Ese hombre, el checo Robert d'Ortec, cuando por fin había salido del muelle de Florido, se había radicado en Estados Unidos como un hombre impoluto y respetuoso. Ahora se llamaba Tim Barrigan.

Volko llegó al lugar en cuestión, y todos esos recuerdos desaparecieron de su mente en un segundo.

La casa que tenía delante era una verdadera mansión, fuera de lugar en un sitio como aquél.

La zona residencial de Tim Barrigan mediría con facilidad dos mil quinientos metros cuadrados, todo cercado con una verja electrificada, que comenzaba un metro y medio más arriba del suelo. Por dentro, enormes perros *rotweiller* custodiaban el feudo como los Caballeros templarios el secreto del Grial, acompañados por guardias de seguridad armados, los que se movían por todo el perímetro. Ubicadas en lugares estratégicos, invisibles cámaras de seguridad grababan, día y noche, gracias a sistemas infrarrojos, todo

el panorama circundante, donde no pasaba desapercibido ni siquiera un ratón que se escabullera por algún matorral.

En esta verdadera fortificación, en este verdadero castillo medieval, vivía uno de los hombres más poderosos del hampa, uno de los mafiosos más buscados por la policía, pero que misteriosamente nunca habían podido atrapar pese a conocer su domicilio.

Andrew Volko se detuvo frente a la puerta, y de un lugar oculto, pero muy cercano a él, escuchó cuando un guardia de seguridad quitaba el seguro de su ametralladora y le apuntaba. Con lentitud, el ruso se dio la vuelta y encaró al hombre.

- Dile a tu amo que lo busco – dijo desafiante. En algún lugar había leído, o había escuchado, ya no recordaba bien, que, si un simple mortal quería demostrar su amistad con un mafioso, debía comportarse como un tal.

- ¿Quién eres? – quiso saber el hombre, que se había acercado un poco más y en ningún momento dejaba de apuntarlo con el frío cañón.

- Un amigo de hace muchos años – respondió escuetamente Volko.

- Es imposible ver al señor sin una cita previa. Prueba otro día. Además – prosiguió el armado – no me inspiras confianza, y eso es malo para ti.

- Yo que tú le haría caso – intervino otra voz, y al mirar hacia el lugar de donde provenía, los ojos de Volko se toparon con los de otro guardia, también armado –. Arnauld es un poco nervioso y le gusta apretar el gatillo más de la cuenta. ¿No es cierto, Arnauld?

Arnauld movió la cabeza afirmativamente, mostrando unos dientes chuecos y amarillentos. El otro, en tanto, se acercó tanto que parecía oler la arrogancia y la altanería de Volko.

- He venido de muy lejos a ver a Tim – dijo Volko, usando el nombre de pila del mafioso para demostrar que lo conocía –. Por favor, díganle que viene a verlo *Ukrajinský*.

Los hombres de seguridad se quedaron unos cuantos segundos en silencio, como midiendo las palabras del visitante. Después de ese cortísimo tiempo, un tiempo muy largo para los guardias, uno de ellos sacó una radio y habló en clave con otra persona, de seguro en el interior de la mansión o detrás de ella, pues Volko no pudo verla.

*Ukrajinský*, lejos de que pudiera pensarse como palabra rusa, era en verdad checa, y significaba ucraniano. Aquél era el apodo con que el viejo d'Ortec conocía a Volko, aunque para el ruso no era ningún apodo o insulto: era el reconocimiento a una nacionalidad que le pertenecía por derecho propio, a un país que se había independizado del yugo soviético.

Diez minutos después, tiempo que al recién llegado le pareció una eternidad, más aún con el frío calando hasta los huesos – ¿o era el nerviosismo? – Volko escuchó una serie de zumbidos, como cadenas arrastrándose sobre metal, con el chirrido característico que provocan dos metales rozándose. Vio, con absoluta claridad, cómo la puerta de acceso se iba descorriendo, franqueando la entrada. Acto seguido, cuatro potentes focos

se encendieron, iluminando completamente a Volko, el que quedó cegado por los potentes halógenos. Parecía como si estuviera en medio de un escenario y los focos lo iluminaran para que todos sus fans lo apreciaran en toda su grandeza. Los guardias aprovecharon el momento para cachearlo, y fue así como descubrieron la pistola que portaba.

En realidad, este proceso de las luces se hacía siempre que una persona ajena a la mansión ingresaba en el territorio de Barrigan, y los guardias lo revisaban en ese momento, pues la visita era incapaz de reaccionar, pues quedaba del todo ciego. Lo que Volko no sabía eran dos cosas: la primera, que todo el sendero que conducía a la entrada principal de la mansión estaba plagado de sensores ultra sensibles, capaces de activarse con la sola pisada de un pájaro que se posara sobre ellos para recoger una lombriz para la cena. Por lo mismo, los técnicos habían programado los aparatos con un dispositivo extra, un parámetro de calor, algo más apropiado para un ser humano. El calor corporal que desprendía un pájaro o un animal pequeño, como un conejo por ejemplo, siempre era inferior al que desprendía un niño de tres años, por lo que si el sensor se activaba se debía a la presencia humana…o un oso, como había sucedido en un par de ocasiones.

Lo otro que Andrew Volko ignoraba era que, a través de una mirilla telescópica que se ubicaba en la puerta de la mansión y que tenía un alcance de mil doscientos metros – la distancia que separaba la reja de la casa – Barrigan podía ver en su sala de control todo lo que ocurría fuera del perímetro de su vivienda, y así estar atento a la presencia de personas no deseadas, el FBI o algunos incorruptibles de la policía local.

Cuando Andrew Volko comenzó a avanzar, completamente desarmado y poco a poco recuperando el sentido de la visión, todos los sensores se dispararon dentro de la casa, pero solo la señal luminosa, pues la sonora había sido desactivada mientras era cacheado. Acompañado siempre por un guardia, llegó hasta el acceso principal, contra la creencia del guardia que pensaba que iba a ser conducido a la entrada lateral, pues las órdenes del *Jefe* era que nadie, jamás, entrara por el frente.

Cuando Volko entró lo dejaron solo, y a los pocos minutos un hombre grande, corpulento, de mirada severa y rostro seco apareció ante él. Cualquiera que no lo conociera diría que se trataba de un hombre dispuesto a trenzarse a golpes bajo cualquier circunstancia, pero no era así. Estaba dispuesto a hablar antes que a pelear, pero recurría a la pelea si no había más remedio. En cuanto vio al que recién había llegado se acercó a él y lo saludó de mano.

- Jamás creí volver a verte – le dijo cuando notó que Volko había salido del espasmo inicial –. Es extraño ver las vueltas de la vida.

- Más extraño es para mí – reconoció el hombre de HBC – ver que te has convertido en toda una celebridad. Aunque me imagino que debe ser difícil lidiar con la policía, el FBI, y quién sabe quiénes más.

- La verdad es que con el tiempo te acostumbras. ¿Una copa de whisky?

Antes que Andrew Volko pudiera responder, el hombre hizo castañear los dedos y de inmediato apareció una bella mujer, vestida casi provocativamente, que entró con una bandeja y dos vasos con hielos. Otra, que asomó un segundo después, llegó con una botella de exquisito whisky escocés, la que dejó sobre la mesa de centro. Después, ambas féminas desaparecieron.

- ¿Cómo te ha tratado la vida, mi amigo *Ukrajinský*? – preguntó el mafioso, cruzando una de sus piernas por sobre la rodilla de la otra.

- La verdad – contestó Volko – es que no me puedo quejar. Aunque podría irme mejor, tú ya sabes que mi vida es un desastre.

- ¿Y la mía no?

- Tú tienes el poder, el dinero, las mujeres…A mí, no me queda ni eso.

- Vamos, no reniegues de tu suerte – exclamó Barrigan –. Sabes muy bien que podrías haber muerto hace muchos años.

- *Podríamos* haber muerto – corrigió el ucraniano.

- Por eso no me lamento de mis penas. Pero me imagino – dijo luego, cambiando de tema – que no has venido para contarme tus desgracias ni a escuchar las mías. ¿Qué es lo que te trae a este tan peligroso barrio?

Si había alguna persona en la que Andrew Volko podía confiar, aparte de sus compañeros de HBC, era en Robert d'Ortec, ahora llamado Tim Barrigan. Con lujo de detalles, le contó de la operación que ya estaba en marcha, del plan de matar al violador de Stephanie Birlock, de la petición que había formulado la madre de la pequeña, de la idea de chantajear al fiscal si no accedía a liberar al reo, algo que no iba a suceder aunque se viniera el mundo encima.

Durante todo el tiempo, Tim Barrigan escuchó en silencio, sin interrumpirlo una sola vez, y de vez en cuando tomando un poco de su vaso. Cuando Volko terminó de contar su relato, el otro hombre estaba dispuesto a ayudarlo.

- Es un trabajo sencillo para mí y mis hombres – dijo al cabo Barrigan –, que no nos llevará más de un par de horas, medio día a lo sumo. Tú me dirás cuando empezamos…ah, y no te preocupes por el dinero. Cortesía de mi país.

Cinco horas antes de la llegada de Andrew Volko a la casa de su antiguo amigo, Sandra Richardson descansaba en su casa, sola, esperando el día de la siguiente audiencia, donde tendría que jugar todos sus ases. Aquélla sería la última oportunidad de sacar en libertad al asesino, sin tener que recurrir a sus encantos para conquistar a un hombre que, físicamente, le desagradaba. En la universidad jamás le habían enseñado a acostarse con hombres que no amaba para lograr sus propósitos, pero en la vida uno podía torcerse y

tomar el camino del Lado Oscuro. Una vez hecho, ya no había vuelta atrás, por más que desease, y había que arreglar la carga en el camino. Eso era lo que estaba haciendo ahora.

Puso la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, sacudiéndose así de todo el stress que había ido acumulando con el paso de los días. Cuando estaba a punto de dormirse, empezó a sonar su teléfono móvil. Maldijo por lo bajo, en silencio, pensando qué podía querer ahora Tom Cussack de ella.

Pero se llevó una sorpresa gigante cuando vio que el número que la llamaba provenía del celular de Tom Shell, y abriendo los ojos rápidamente contestó la llamada. La conversación no duró más de tres minutos, tras los cuales ella se dio una rápida ducha, abordó su automóvil, y salió.

Cuarenta y cuatro minutos más tarde llegó al lugar donde la esperaba el fiscal, un lujoso restaurante al sur de la ciudad, donde la reserva y la intimidad estaban aseguradas. El hombre ya había pedido por los dos, una atribución que Sandra no replicó, y al poco el mozo, un joven que no superaría los veintisiete años, llegó con una entrada de verduras y un exquisito salmón ahumado. Realmente delicioso.

- Dicen que los pescados del litoral chileno son los mejores – argumentó Sandra, que lucía un vestido celeste muy corto que le llegaba apenas a los muslos.

- Yo prefiero los vinos y las manzanas – replicó Shell, sin poder evitar mirar el escote de la abogada –. Luces preciosa.

- Tú siempre me ves preciosa – dijo coquetamente ella –, aunque en realidad no lo esté.

- No seas modesta – le instó él –, de veras que eres muy bella. No entiendo cómo no te has casado o sales con alguien.

- No tengo mucho tiempo para las cuestiones del corazón – mintió la profesional –. Por ahora ya sabes cuál es mi principal tarea. Respecto a lo de la mañana…lo siento mucho.

- No te disculpes – le dijo él, y por dentro Sandra sintió que poco a poco la balanza se iba cargando de su lado –. No sé qué me sucede contigo, pero cuando estoy a tu lado siento que el mundo me da vueltas, como si me mareara.

- ¿Te aburro?

- No – casi gritó él, pero recuperó la compostura de inmediato –. No quise decir eso, pero es que no logro encontrar las palabras adecuadas.

- ¿Y tu mujer?

- Kelly es otra cosa – confesó –. Ella es tierna y dedicada, pero a la vez sumisa y un poco triste. A veces pienso que no es feliz conmigo.

- No digas eso – le tranquilizó ella –. Cualquier mujer estará contenta contigo. Pareces un buen hombre.

- ¿Solo lo parezco?

- Bueno – pensó un momento la mujer –, si quieres que te responda con franqueza, tendré que averiguar un poco.

La velada continuó románticamente, con Sandra lanzando pequeñas indirectas que el hombre mordía torpemente, hasta enterarse que su esposa saldría de la ciudad mañana para asistir a un evento de recaudación para niños con cáncer, y estaría afuera una semana. Sandra no encontró otra mejor oportunidad de culminar sus preparativos.

Pero para eso tendría que darse prisa.

La misma noche en que Andrew Volko había solicitado la ayuda de Tim Barrigan para intervenir el teléfono de la compañía eléctrica, el mafioso se había puesto manos a la obra. Con la ayuda de algunos de sus hombres, uno de ellos experto en informática, había *hackeado* los sistemas de seguridad de la compañía, y ahora todos los datos de la empresa aparecían en la pantalla del ordenador de Barrigan.

- Puedo hacer que desde ahora jamás vuelvas a pagar un peso en luz.

Volko sonrió y esperó a que el experto terminara su trabajo. Con la delicadeza de un cirujano, el sujeto fue traspasando información de vital importancia para esa empresa y fue cambiando las coordenadas del sector donde vivía Shell, para que cuando llamaran de la casa en problemas no sonara el teléfono de la compañía eléctrica, sino que sonara el del despacho de Cussack. Así, quedaría registrada la llamada de ayuda proveniente del lugar, y una vez que se desinstalaran las cámaras de seguridad, Barrigan volvería a colocar los archivos de la empresa en orden, por lo que la llamada efectuada de la casa del fiscal quedaría registrada como *efectiva* en los cómputos de la eléctrica.

- Como puedes ver – dijo Barrigan –, hacemos los trabajos sin movernos de casa.

Volko se sorprendió, una vez más, de que HBC no contara con expertos en estas materias, pero no dijo nada. Lo que sí hizo fue mirar con los ojos muy abiertos.

El informático había insertado un programa que cortaría la luz en todo el sector donde vivía Tom Shell justo a las nueve de la mañana de mañana, por lo que Volko avisó a Cussack para que éste se coordinara con los hombres de A Team. El corte duraría solo una hora, tiempo en el cual los sistemas verdaderos de la compañía eléctrica estarían sin funcionamiento. Un tiempo más prolongado podría levantar sospechas en los técnicos eléctricos y mandar el plan al tacho de la basura. Por lo mismo, la idea era que a las nueve de la mañana los instaladores de cámaras de seguridad ya estuviesen en aquel lugar para aprovechar al máximo el tiempo.

Cuando el servicio se restituyera volverían a funcionar los sistemas de la compañía, que hasta ese momento pensarían que el problema se debería a una caída del sistema interconectado. De recibir ellos la información del apagón, de inmediato sabrían que había algo raro.

- No te preocupes y vuelve con los tuyos – le dijo Barrigan, devolviéndole al arma que le habían quitado a la entrada –. Fue un gusto volverte a ver.

A la mañana siguiente, a varios kilómetros de distancia del lugar que hacía de base central de HBC, una furgoneta blanca sin distintivos se estacionaba al bordillo de la acera, con sus luces intermitentes encendidas. En la parte trasera del vehículo, cuidadosamente embaladas en cajas protegidas de la vista de curiosos, unos aparatos negros y pequeños esperaban ser instalados en la casa del fiscal Tom Shell.

Poco a poco fueron llegando los miembros del A Team, *Los Magníficos*, y se fueron subiendo a la furgoneta, la que cinco minutos más tarde partió en dirección conocida por ellos. Adentro, además, los hombres encontraron, aparte de las cámaras, la ropa que tendrían que colocarse para aparentar ser técnicos de la empresa eléctrica y algunos contratos falsificados de la cuadra donde vivía Shell, firmados por el municipio local, todos confeccionados por el falsificador de las credenciales, amigo de Cussack.

Eran las ocho de la mañana.

A las nueve y cinco minutos Tom Cussack atendió la llamada de una mujer de edad madura que decía que sus artefactos de cocina habían dejado de funcionar de repente, y que si su vista no la engañaba – algo perfectamente factible a la edad de sesenta años – un montón de chispas azules habían caído de los cables de alta tensión. Haciéndose pasar por un dependiente de la compañía eléctrica, Cussack respondió que ya estaba enterado del asunto y que en pocos minutos una furgoneta de la empresa iba a arreglar el problema.

El engaño estaba hecho.

Los falsos eléctricos llegaron al lugar dos minutos después que la mujer colgara, y de inmediato se dirigieron a la casa afectada, mientras otro grupo sacaba las escalas telescópicas y un montón de rollos de alambre de cobre y cables, aparentando lo mejor posible sus actividades. La mujer recibió al que creía técnico y le explicó lo sucedido, mientras que más allá, casi un kilómetro, los vecinos salían de las casas para averiguar el fallo.

Aunque Tom Shell vivía en una zona residencial, los vecinos estaban distanciados cerca de un kilómetro, para preservar así su comodidad, su privacidad y sus placeres más extremos. Nadie nunca tenía problemas con nadie, y lo que A Team no sabía era que muy pocas veces ocurrían problemas de este tipo, por eso la extrañeza por parte de los vecinos.

Lo que el técnico de Tim Barrigan había hecho para cortar la luz era muy sencillo de explicar, aunque no tanto de llevarlo a cabo. Al introducirse clandestinamente en los archivos y sistemas de Electrical Empires, el *hacker* había modificado las líneas de flujo de

la corriente, es decir, había cambiado la forma de enviar la corriente a los diversos sectores que Electrical Empires alimentaba. Al sector de Villa de los Castaños le había proporcionado un arranque tres veces mayor de lo habitual, aunque con el doble hubiese bastado. La ventaja que tenía de triplicar la frecuencia era que, si el tiempo de inducción superaba una hora, automáticamente se produciría una detención del suministro, lo que provocaría un apagón en todas las zonas que alimentaba Electrical, no así si sólo se doblaba. Por eso, el máximo tiempo que podían demorarse los instaladores de las cámaras era de una hora, después de lo cual morirían electrocutados si tocaban los cables de alta tensión.

Uno de los vecinos de Tom Shell se acercó a la furgoneta, luego de recorrer el tramo que lo separaba de su casa, y quiso informarse sobre lo sucedido. Como cada uno de los profesionales de *Los Magníficos* cumplía su rol a cabalidad, lo derivaron hacia el jefe, Lars Bishops, el que las oficiaba de contratista. Cuando el vecino llegó al lugar, alcanzó a escuchar la explicación del técnico.

- Seguramente su patrón tiene muchos más artefactos eléctricos que sus vecinos, de ahí la explicación del cortocircuito.

- ¿Y usted dice que se trata de esa cosa grande de allá arriba? – preguntó la anciana ama de llaves, que no entendía una sola palabra.

- El empalme – señalizó Bishops, cuyo nombre ahora era Michael Thompson, efectivamente un técnico de la empresa –. Tendremos que repararlo para restituir el servicio eléctrico.

- ¿Cuánto tiempo les tomará? – intervino por primera vez el vecino avispado.

- Si el problema no es muy grave, menos de una hora, o ese tiempo como máximo. Esperemos que sea así – luego, dirigiéndose otra vez a la anciana –. ¿Puedo entrar para ver los artefactos de su patrón? Si tiene muchos, algo que ocasionaría un empalme defectuoso, sería conveniente realizar una sustitución del cableado, sin costo, por supuesto.

La mujer no sabía que responder, y buscó en los ojos del vecino la ayuda que éste no podía ofrecerle. Ante la insistencia del técnico al decirle que se evitaría un sinnúmero de problemas si cambiaban los cables, la mujer asintió, segura de que sus amos iban a aprobar su decisión. Lars llamó a uno de sus hombres, el que llegó con un rollo inmenso de cables rojos y negros, y entraron en la casa. Un segundo después entró otro de los falsos técnicos con la caja que guardaba las cámaras, todas menos una.

Afuera de la casa, uno de los de A Team apoyó la larga escala telescópica sobre la carcasa del poste donde estaba el transformador de corriente y trepó por ella. Con una caja de herramientas al lado, y en la cintura un arnés del que colgaba un pequeño pero potente taladro, el hombre subió sin inconvenientes hasta lo más alto, hasta quedar frente al transformador. Luego de dejar la caja sobre la superficie metálica del empalme,

sacó un destornillador y abrió la carcasa, pero sólo en su parte frontal, donde quedaron a la luz los infinitos ramales y terminales que hacían posible la llegada de la corriente eléctrica a todo el sector; abajo, Bishops obligaba a los vecinos, que sin darse cuenta en absoluto habían llegado al sector, a abandonar el lugar por su propia seguridad.

Fue el mismo falso contratista el que se preocupó de cerrar el lugar, colocando una cinta amarilla similar a la que colocaba el FBI en el perímetro de un crimen, sólo que ésta no decía nada que la identificara. Nadie quería que, por simple curiosidad, los vecinos se enteraran qué hacía una cámara de televisión en un lugar donde por ningún motivo debería ir.

Arriba, el hombre ya tenía desmontada la tapa frontal, y con eficiencia había añadido un cable a uno de los terminales, sin influir en el flujo hacia las demás casas. Acto seguido, conectó la cámara a los terminales de la misma, quedando en servicio casi de inmediato, pues sólo faltaba la configuración final para enviar la información al computador de Cussack en la casona.

Luego, el hombre utilizó el taladro para hacer una perforación en la tapa frontal, un pequeño orificio pero suficiente para el lente de la cámara, para que pudiera captar las imágenes y grabarlas en la memoria; finalmente, volvió a fijar la tapa con los pernos y la cámara quedó definitivamente oculta.

Mientras, dentro de la casa los otros técnicos habían disimulado perfectamente las demás cámaras, ubicadas en la cocina, en el dormitorio de Shell, en un pasillo que comunicaba a las habitaciones, en la entrada de la puerta y en la sala de estar. Por donde quiera que Shell circulase sería visto por Cussack a muchos kilómetros de distancia, y la autonomía de las cámaras era de siete horas, después de las cuales las imágenes se grababan automáticamente en el disco duro del computador, quedando la memoria de las CCTV vacía.

Había trascurrido casi cuarenta minutos desde el momento en que el ama de casa había llamado al servicio para la reparación del tendido eléctrico, y los técnicos estaban casi listos. Faltaba aún sincronizar las cámaras entre sí, algo que tenía que llevarse a cabo simultáneamente con el reloj del computador de Cussack. Bishops marcó su número y el hombre contestó al primer timbrazo. Hablando sin temor a ser descubiertos, la sincronización empezó dos minutos más tarde, calculando que los artefactos de espionaje tardarían cinco minutos en activarse. Aún quedaba un margen de diez minutos para que la luz volviera a llegar, tiempo suficiente para no levantar las sospechas de Electrical Empires.

Cuando por fin la sincronización terminó, la hora del computador de Tom Cussack y todas las cámaras no se diferenciaban ni siquiera en un segundo, y desde ese preciso momento las cámaras quedaron activadas, solo esperando el regreso de la corriente para

empezar a grabar. La tarea ya estaba hecha, y sólo había que esperar el momento en que los mismos falsos técnicos tuvieran que volver para desactivarlas.

Para ello, habría que inventar una nueva excusa.

## 12

El sol abrasaba extrañamente la mañana de aquel sábado como nunca antes, al menos no lo recordaba Tom Cussack. La noche había sido satisfactoria al cien por cien. Primero, la fase inicial del plan ya estaba finalizada, o a lo menos muy avanzada, y segundo, la mujer con la que había pasado la noche había resultado muy excitante.

No tenía ganas de levantarse aún, y al voltearse en la cama vio sobre el suelo, desparramada en perfecto desorden, sus ropas, calcetines y pantalones, calzoncillos y la camisa. A su lado, el aroma de la mujer que le había hecho el amor como una verdadera diosa.

A las doce en punto se levantó, estiró sus brazos a todo el ancho que pudo y se sirvió un vaso de jugo de naranja que permanecía en el refrigerador, helado. No tenía ganas de comer huevos, como en otras ocasiones, y sólo encendió el televisor para escuchar las noticias. Como siempre, los canales mostraban imágenes de muerte, violaciones, incendios, corrupción y espionaje.

Se sintió asqueado, y por un momento quiso desaparecer, y sólo el pensamiento de la empresa que estaba llevando a cabo lo hacía pensar con la cabeza. Odiaba a los asesinos de niños y de mujeres, pero sobre todo a los violadores, a aquellos que abusaban de su fuerza y sus bajos instintos para perpetrar los más crueles y despiadados ataques. Sentía que hacía un bien social al aceptar la petición de Sarah Fletcher.

El sonido de su teléfono lo hizo espabilarse. La llamada entrante era de Sandra, y respondió al quinto timbrazo, una música de un grupo llamado Guns N' Roses*, Sweet Child O' Mine.* Hablaron por un espacio de tiempo de cinco minutos, después de los cuales el hombre hizo una nueva llamada, esta vez a uno de sus compañeros; aquel respondió con pereza. Una hora más tarde estaban reunidos en un céntrico restaurante.

- Ya todos los datos están siendo enviados a la casona vieja – dijo Selppa –. Creo que sería conveniente que uno de nosotros se quedara por allá permanentemente.

- Tienes razón – contestó Cussack –. Alguien que mande la información constantemente hacia acá.

- Yo podría quedarme ahí – se ofreció el hombre –. Algo sé de computación.

- Perfecto – señaló el jefe de HBC –. Además, necesitamos estar al tanto de cada minuto. Sandra me dijo que esta noche intentará avanzar más allá con ese fiscal. Sólo depende de ella.

Cerca de las diez de la mañana la esposa de Tom Shell tomó un vuelo que la alejaría del lado de su marido siete días. En todo este tiempo, una semana, Sandra

Richardson tendría que trabajar al máximo, pues creía, y con justa razón, que no tendría otra ocasión como ésta para llevar a cabo su plan de conquistar a un témpano de hielo y a la lealtad personificada. El plan era el siguiente: Sandra llegaría hasta su casa, con el pretexto de que necesitaba saber la hora y el día de la nueva audiencia contra su defendido. Para dar credibilidad a su historia, esa misma mañana había roto su teléfono móvil, golpeándolo contra una piedra, y deliberadamente, algo que nunca había hecho hasta entonces, se había roto la mejilla para simular un ataque sexual. En ese forcejeo, su celular se le había caído y se había roto, por lo que no tenía modo de comunicarse con Shell. Más aún, iba a ir a la casa del bosque por si lo encontraba allí.

La mujer se preparó física y mentalmente para entregarse a un hombre que ni siquiera le gustaba, pero con quien se acostaría sólo para vengar la muerte de la pequeña Stephie. Se perfumó el cuerpo lo más que pudo, pero sin abusar del caro perfume francés que usaba, se colocó su mejor vestido – un vestido que le llegaba hasta los mulos y con un escote muy generoso – y unos zapatos de tacón, a los que, muy a su pesar, los manchó de barro y polvo, aunque esta vez sin quebrarle el taco. Así, se decidió a salir.

Sabía que las cámaras habían sido instaladas en puntos estratégicos, y había lugares de la casa en que, por las disposiciones de la construcción, quedaban fuera del foco del lente. Por lo mismo, la mujer tenía que circular frente a las cámaras, para que aquéllas registraran todos los movimientos de ella y él.

A las doce del día llegó a la casa del fiscal, luego de confirmar que en la casita del bosque no se encontraba. Eso, por si alguien la veía fuera testigo que *efectivamente* había ido a aquel lugar. Cuando Shell reconoció el auto de la abogada, abrió los ojos como platos, pero no le recriminó nada. Para dar énfasis a su comedia, la mujer se bajó magullada y con los cabellos desordenados, como si realmente hubiese sido víctima de una violación.

- ¡Por Dios, Sandra! ¿Qué te ha ocurrido?

La bella mujer no respondió de inmediato, sino que jadeó de cansancio, un cansancio inexistente. El fiscal, viendo que aquella mujer había sufrido un problema, sin siquiera pensarlo dos veces, y sabiendo que su vecino más próximo estaba a un kilómetro, la invitó a pasar, y Sandra tuvo el cuidado de detenerse frente al empalme, donde la cámara estaba filmando todos los movimientos de ambos. Sandra se apoyó en la mano de Shell, pero para la posteridad quedaría como si él la llevara tomada de la mano.

- Trataron de violarme – dijo ella sin más, y el magistrado se percató de inmediato, pues tenía los zapatos con barro y la mejilla derecha magulladla –. El desgraciado me abordó en mi coche y me amenazó con matarme si no lo llevaba para un lugar solitario que él conocía, lleno de barro y agua. ¡Fue espantoso!

- Tranquilízate por favor – la calmó él –. Ahora estás a salvo.

- Cuando intentaba abusar de mí, no sé cómo logré zafarme y arrancar en mi auto. Pero en el forcejeo rompí mi celular y no tenía cómo contactar contigo. Sólo espero que tu mujer no me odie por esto.

- No te preocupes – dijo él –, Kelly se marchó hace casi dos horas para la recaudación de fondos para los niños con cáncer. No pasará nada. Espérame, voy por algo.

El hombre desapareció entre su casa, y Sandra aprovechó el momento para localizar las diminutas e invisibles cámaras instaladas por *Los Magníficos*. Hasta el momento, su actuación estaba saliendo a la perfección, y esperaba que continuara así para el bien de todos, incluido el asesino. Por ahora, pensaba en la forma de intimar con el hombre.

Shell volvió a los pocos minutos con un vaso de limonada y unos pastelitos que a juicio de Sandra estaban excelentes. Comió con avidez – como lo haría una mujer que había sufrido una experiencia traumática – y se tomó la limonada de un sorbo, algo que llamó la atención del dueño de casa, aunque no le dijo nada. Pero al parecer Sandra lo notó, porque se disculpó: en realidad, todo era parte de su actuación.

- Perdóname, por favor – le suplicó –. Todo esto ha sido muy fuerte para mí.

- Lo sé – la consoló él, al tiempo que imperceptiblemente ella se le acercaba –. ¿Recuerdas sus rasgos? ¿Cómo era?

- La verdad es que no – pensó ella –. Tenía el rostro cubierto, y era muy violento. Lo bueno es que solo fue una pesadilla. Ya desperté.

- Relájate y si gustas llamó a mi médico personal para que te haga un chequeo…

- No hace falta – interrumpió ella, sabiendo que si llegaba algún especialista se descubriría su mentira –. Sólo falta que me relaje.

- Puedes quedarte aquí todo el tiempo que haga falta – ofreció el fiscal –. Al fin y al cabo, la próxima audiencia será el martes. Tienes bastantes días para tranquilizarte.

Eso era lo que necesitaba saber la mujer, el día de la audiencia. Ahora le quedaba la segunda parte, la más complicada: acostarse con aquel sujeto que, de verdad, le repugnaba.

- Seguramente te estoy causando molestias que no deberías pasar – dijo ella –. Además, te estoy colocando en aprietos.

- No es verdad – contestó él –. Mis vecinos están muy lejos. Y no me importa. Kelly confía en mí tanto como yo confío en ella.

A Sandra no le gustó el tono de seguridad que demostró en esas palabras, pero no hizo ningún comentario. Tal vez, pensaba ahora, su primera incursión en "terreno enemigo" iba a fracasar, pero por otro lado se decía que tenía que ser ahora o nunca, pues una oportunidad como ésta no volvería a tenerla. Pidió a quien quisiera escucharla allá arriba que se abriera la puertecita que estaba esperando.

- Estaba a punto de cenar – le dijo Shell de repente, y las palabras resonaron en sus oídos como si vinieran del más allá –. Podrías acompañarme, aunque debo reconocer que no soy muy buen cocinero.

- Eso tiene arreglo – sonrió ella –. Déjame que te ayude.

Y ambos, como si fueran marido y mujer, fueron hasta la cocina y fue Sandra la que preparó la comida. En el refrigerador del hombre no había mucho para elegir, a juicio de la abogada, así que hizo lo que más le gustaba: pastas. A Tom Shell no le desagradó la idea, porque colocó mucho entusiasmo en la ayuda. Una hora más tarde, ambos estaban sentados a la mesa.

- Cocinas maravillosamente – confesó él, sin saber que estaba siendo grabado minuciosamente. En la casona, Sammy Selppa no se perdía detalles –. De haberte conocido antes…

- ¿Qué? – quiso saber ella –. ¿Te habrías casado conmigo?

- Quien sabe – se sonrojó él, y Sandra aprovechó el momento para atacarlo aún más –. Al menos hubieras estado entre mis favoritas.

- ¿Entre tus favoritas? ¿Fueron muchas?

- No tantas – respondió Shell –. En realidad, Kelly siempre ocupó mi corazón.

- Hasta ahora – dijo ella, levantándose de su sitio y sentándose luego al lado de Shell. A pesar de que el hombre se sorprendió de la reacción de su invitada, no se movió.

- ¿Qué quieres decir con eso de hasta ahora? – exigió saber el hombre.

- Quiero decir – explicó ella – que hasta este momento no ha habido otra mujer que se enamore de ti. Si así fuera, las cosas serían distintas. Aunque, claro, tendría que conformarse con ser tu amante.

Tom Shell volvió a sonrojarse, y si alguien le hubiese preguntado el motivo, podría darlo, aunque no la explicación. Aquella mujer que tenía al frente le causaba algo raro, algo que no podía explicar y que no podía permitirse, pero había sólo una manera de eliminar esa sensación de sí, pero no quería recurrir a ella.

- ¿Qué harías si te dijera que me gustas mucho? – preguntó ella, y todavía se acercó un poco más.

- Diría que me estás tomando el pelo – contestó apurado Shell, que de pronto se vio envuelto en una nube de la que no podía salir.

- ¿Por qué? Podría estar hablando muy en serio – y recalcó el muy.

Tom Shell no supo que decir, e internamente se percató que estaba temblando. O esto era un sueño o una broma pesada, pero *algo*, definitivamente, esta sucediendo, algo que escapaba a su comprensión.

Pero Sandra lo sacó del problema, pues se levantó y se despidió de él, diciéndole que se había comportado de manera excelente, y que jamás olvidaría los favores que le había hecho.

Sin saber cómo, Tom Shell se escuchó diciendo que volviera a verlo mañana.

En la vieja casona utilizada como comando central de la operación, Sammy Selppa registraba todas las escenas filmadas en casa del fiscal, y las archivaba en una carpeta dentro del computador. Hasta el momento, ninguno de los actos sentenciaba al hombre de las leyes, pero no dudaba que Sandra encontraría la manera de acercarse e intimar con él. La mujer era muy bella y hermosa, y Selppa lamentaba su condición sexual. Era una pena tanto desperdicio, decía.

Estaba en toda la razón.

Al otro día, en la mañana, Sandra Richardson llegó a casa de Tom Shell, que la estaba esperando. La mujer vestía decididamente sensacional, y el jurista no pudo dejar de admirarla. Igual como el día anterior, Sandra se dejó conducir de la mano por el dueño de casa, delante de la cámara perfectamente disimulada en el empalme, que grababa hasta el último detalle. Este sería un día muy activo, se dijo Sandra, y se metió dentro de la casa.

La ama de casa, al igual que la jornada anterior, se encontraba con permiso, algo muy conveniente para las pretensiones de la mujer, aunque ella sospechaba que Tom Shell tenía algo que ver en el asunto. Porque aunque no quisiera reconocerlo, y aunque se hiciera el fuerte y no lo demostrara, el hombre se sentía evidentemente atraído por la abogada, la que sabía cómo hacerlo sonrojar o ponerlo nervioso.

Tom Shell tenía toda la mañana y parte de la tarde libre, y se suponía que tenía que revisar los antecedentes que había presentado Sandra con respecto a los apremios ilegítimos por parte del FBI. Encima de la mesa había una carpeta con muchos papeles donde aparecía varias veces el nombre de John Backwood, acusado de asesinato, secuestro y violación. También aparecían los informes donde agentes del FBI (sus verdaderos nombres) habían torturado al detenido.

Sandra los miró sin ocultar su interés y Shell la acompañó. Si se llegase a descubrir la verdad sobre dichos informes, todos falsos, la carrera de Sandra se acabaría, o mejor dicho, su vida se acabaría, pues su carrera había dejado de existir hacía mucho tiempo.

- De verdad no sé de donde sacaste todos estos informes, pero son terribles.

- Así trabaja el FBI en mi país – dijo la mujer, y delicadamente posó una de sus manos sobre una del fiscal –. A veces me da asco pertenecer a este país.

- Te prometo que esos agentes van a pagar con cárcel si de verdad cometieron esos atropellos.

- ¿Es que acaso no me crees? – dijo ella en tono de reproche, y apoyó su cabeza en los brazos del hombre, al igual como lo hace un gato con su amo.

-Claro que te creo – contestó él, y sin saber cómo sucedió, le dio un beso a la mujer en los labios. Ella se mantuvo firme, pero de inmediato él se alejó.

- No te pongas nervioso – lo calmó ella –. ¿Tú crees en Dios? – él respondió afirmativamente –. Es Él quien nos colocó en el camino.

- ¡Esto no puede suceder! – casi gritó él –. Soy un hombre casado.

- ¿Quieres que me vaya? – interrogó ella, aunque Sandra conocía perfectamente la respuesta.

El fiscal negó con la cabeza y se acercó a ella, tomándola por la cintura y besándola otra vez. Ella se dejó besar y sintió cómo unas poderosas manos le recorrían la espalda y los glúteos, pero sin sentir ninguna pizca de placer.

- Vayamos a tu habitación.

El hombre la condujo hasta su cuarto y le quitó la ropa. Sandra era muy hermosa, y sin poder contener la emoción que lo embargaba, se tendió junto a ella y comenzó a besarle los pechos, la cintura, el estómago, hasta bajar a los muslos. Sandra gemía de un placer tan falso como la declaración de Backwood, pero el hombre no podía saberlo.

Luego la penetró y una oleada de placer inundó al fiscal. Internamente, sentía que jamás había hecho el amor de esa manera, ni siquiera a su mujer, y deseó abrazar a la hembra que tenía debajo. Ella, para no traslucir sus pocos deseos, lo tocaba y gemía, y de vez en cuando dejaba que él le besara los pezones. Ella misma trataba de tocarse para poder excitarse, y deseó más que nunca en ese momento estar con una mujer.

Veinte minutos después el acto acabó, y Tom Shell sudaba a su lado, desprendiendo un olor que, a las narices de la bella mujer que tenía acostada a su lado, apestaba. Ella le dio la espalda y trató de no mirarlo, manteniéndose altiva y tranquila, deseando partir de una vez por todas. Lo único que la satisfacía era el hecho de que todo quedó grabado en las cintas, y no tendría que volver a acostarse con el sujeto. No sabía que el destino le deparaba una ingrata sorpresa.

- Te digo que no hay nada grabado – se quejó Selppa ante sus compañeros, dirigiéndose a su compañera –. Debe haber algún problema con las cámaras.

- ¡Entonces que esos imbéciles vayan y arreglen el desperfecto! – gritó histérica Sandra, ya fuera de sí.

- Calmémonos todos – terció Cussack, pero la mirada que le dio la mujer casi lo desintegró –. Entiendo tu situación, Sandra, pero te pido que lo hagas una vez más. Será la última.

- ¿La última? –. Ahora Sandra había llevado el enfrentamiento a Cussack, el que la miraba como si perteneciese a otro mundo –. ¿Crees que es muy bueno follar con ese cabrón? ¡Tú me conoces!

- Por favor – trató de tranquilizarla el hombre, pero le era imposible.

- Escúchame muy bien – le dijo la abogada, acercándose a él peligrosamente –, porque será la última vez que te lo diga. Voy a acostarme otra vez con ese hijo de puta – tomó aire, llenó sus pulmones, y prosiguió –, pero si algo sale mal esta vez, no habrá otra. ¿Me has entendido?

Tom Cussack afirmó con la cabeza y levantó las manos en señal de rendición. En su mente se preguntaba qué pudo haber ocurrido para que sucediera una cosa de ese calibre. Aunque no conocía con antelación al A Team, parecían personas profesionales en su trabajo, y eso quedaba de manifiesto al verificar que el ama de casa, la mujer del fiscal y el propio hombre aparecían en imágenes anteriores.

- ¡Ya sé lo que ocurrió! – gritó Sammy Selppa, como si hubiese descubierto una nueva propiedad del aloe vera –. La capacidad de la cámara llegó al máximo, por eso no pudo seguir grabando. Hay que limpiarla y empezar desde cero. No me llevará más de cinco…

- Maldito idiota – explotó otra vez la mujer, mirando endemoniadamente a su colega –. Si vuelves a fallar una vez más, tendrás que ser tú mismo el que se acueste con Shell. ¡Idiota! – le volvió a gritar, y salió dando un portazo.

Todos sabían que estaba hablando en serio.

Sandra Richardson salió a la calle y dio un largo respiro, aspiró aire puro y se dirigió a su casa dispuesta a descansar, pues al otro día tenía muchas cosas que hacer. Por lo mismo se dio una larguísima ducha, para sacudirse del sudor y la traspiración, se acostó sin comer y se quedó profundamente dormida.

El reloj la despertó a las siete con cinco minutos, se volvió a bañar y salió en su vehículo rumbo a la cárcel donde se encontraba John Backwood, otro ser humano que le desagradaba incluso más que Tom Shell. No estaba de buen humor, por lo que no aseguraba que tratase bien al asesino. Pero en el camino se dijo que debía cambiar su actitud, pues de lo contrario mandaría toda la operación al traste de la basura. Pero a ese imbécil de Selppa no lo perdonaría.

John Backwood se mostraba decaído y perezoso, como si dentro del recinto penal se viera sometido a mucha presión o a duros trabajos forzados, cuando en realidad pasaba todo el día echado sobre la cama de su celda. Sandra lo saludó parcamente y de inmediato le contó sus avances en el caso y le recalcó lo que tenía que decir cuando los abogados querellantes lo interrogaran delante del jurado. Le recordó que tenía que decir que el FBI

lo había torturado para sacarle una confesión falsa, y que durante su traslado lo habían golpeado y amenazado de muerte para que se culpara de un delito que no había cometido. Si el asesino hablaba ésto, eran grandes las posibilidades que tenía de salir en libertad, y no era la Biblia, que a cada rato leía, lo que lo iba a sacar de detrás de las rejas.

El hombre no tenía nada que perder, por lo que iba a hacer lo que le sugerían. Lo peor que podría pasarle era que descubrieran que estaba mintiendo, en cuyo caso lo condenarían a quince años de prisión. ¿Pero qué eran quince años para un hombre que está condenado a cadena perpetua? Era el paraíso.

La mujer se fue a la hora, y cuando miró su reloj éste marcaba las diez de la mañana. *Muy temprano para ir a follar con un hombre que no te gusta*, pensó, así que fue a una gelatería y compró uno de sus placeres más grandes: helado de vainilla y chocolate.

A las dos llegó a la casa del fiscal, y éste la esperaba con la emoción de un niño de quince años. La besó en la boca y le sirvió una copa de champaña, algo que a ella le vino muy bien. Refrescó su interior (el efecto del helado había terminado hace mucho rato) y se preparó psicológicamente para su nueva aventura sexual, que sería la última.

Esta vez no hubo preámbulos, y diez minutos más tarde estaban tendidos en la cama matrimonial de él, desnudos, tocándose y besándose.

- Eres exquisita – le dijo él.

- Como tu pene – respondió ella, y se llevó otra vez el miembro a la boca.

Cuando terminaron, ella se sentía sucia, una ramera de la calle, aunque sin dinero en los bolsillos. Después de ducharse en el magnífico baño que poseía el fiscal, fue al comedor y acompañó al sujeto que la había poseído, pues quería sacarle alguna información.

- Si quieres que te sea franco – le confidenció él –, no creo que el jurado acepte por válidas las acusaciones de Backwood contra agentes del FBI.

- ¿Por qué lo crees?

- Porque una vez Backwood ya mintió – se refería a la vez en que un vecino vio al asesino portando el bolso donde llevaba a la niña y había dicho que se trataban de sus herramientas –, ahora podría estar haciendo lo mismo. Además – continuó –, no le importará si es verdad o no. Dirán que un asesino así debe morir.

- ¿Y tú que crees? – quiso saber Sandra –. Me dijiste que mientras tú seas el fiscal habrá justicia. Después de todo, tú tendrás la última palabra.

- Me gustaría hacerte una pregunta – al ver que su amante asentía, prosiguió –. ¿Por qué decidiste defender a un tipo así?

- Creo en la justicia y en los poderes de mi país – contestó Sandra –. Quizás si es un asesino y debe pagar sus crímenes, pero no por eso debo permitir que el Buró o la policía se sobrepasen en sus atribuciones. Tú, mejor que nadie, sabes que en un crimen tan atroz como el de Stephanie Birlock no sólo cae el asesino, sino mucha gente más.

- Lo sé perfectamente – reconoció él –, y es eso lo que me intriga.

- Te extrañaba – mintió la abogada –, quería sentirte. Pero debo irme ahora, tengo que planear la libertad de mi defendido.

- Está bien – repuso Shell –. Te amo.

Ella sonrió, pero no fue capaz de pronunciar las mismas palabras.

## 13

El día martes la audiencia estaba repleta de gente, personal de la prensa, familiares de la pequeña Stephie, su madre incluida al fondo, mirando atentamente a Sandra, sin saber qué se traía entre manos, pero confiando en ella.

Al frente de la abogada, cargado hacia la izquierda, Tom Shell la miraba con gesto protector, y ella se permitió mirarlo y sonreírle, la última carta que estaba jugándose antes de mostrar las cintas que lo culpaban de infiel. Justo al frente de ella estaba el juez Sam Moore, que había entrado tres minutos atrás, con un rostro severo, demacrado y hasta cansado. Se podría decir que estuvo trabajando hasta altas horas de la madrugada leyendo y releyendo los datos aportados por la mujer.

- Se abre causa rol número 25656, con fecha 22 de mayo, caso John Backwood contra el Estado, familia Birlock Fletcher –. La voz del secretario resonó en una estancia silenciosa y pendiente de cada una de las palabras que dijera cualquier persona. La prensa estaba en su día –. Por causa suspendida el pasado lunes, 14 de mayo, se retoma requerimiento de familia Birlock Fletcher contra John Backwood, acusado del crimen de Stephanie Birlock, violación, secuestro y estupro.

A su lado, el criminal apoyó su cabeza entre las manos, como augurando su futuro. Sandra permanecía inmóvil, esperando el veredicto. De reojo vio que Shell firmaba unos papeles, y un presentimiento cruzó su cerebro. Sabía que no iba a funcionar, que había fracasado, aunque no todo estaba perdido. Esperó.

- Revisados los antecedentes entregados por la defensa – continuó el secretario – la jornada anterior, se llevó una investigación cabal de los hechos ocurridos, confirmados por los mismos participantes, y éstas son los resultados.

“Primero: que el día en cuestión en que ocurrieron los hechos que nos reúnen este día, los agentes Edgar Proud, Michael Daniels y Gregory Stand, los tres pertenecientes al FBI, y que fueron acusados por la defensa de John Backwood, se encontraban dentro del vehículo policial, y en ningún momento descendieron de éste, siendo el acusado detenido por la policía local, y sólo conducido por el FBI al lugar de reclusión momentánea, donde se le formularon los cargos y la audiencia de detención.

“Segundo: que al momento de ser capturado el acusado, éste no opuso resistencia y fue tranquilamente conducido al carro policial, donde los tres agentes del FBI mencionados con anterioridad procedieron a llevarlo a su lugar de destino, donde fue formalizado. En ningún momento tuvo que recurrirse a la fuerza o a otra circunstancia para detener al sospechoso, ya que éste fue por propia voluntad hacia el vehículo que lo esperaba.

“Tercero: que en todo el tiempo que duró el trayecto del acusado a las dependencias del FBI jamás fue cruzada una sola palabra con él, ni fueron requeridas respuestas que incriminaran al acusado, mucho menos fueron realizados apremios ilegítimos que pudieran hacer que el sospechoso se culpara intencionalmente. Todo lo contrario, durante el trayecto se trató que el sujeto fuera conducido según lo estipula la ley, y sólo resguardando la seguridad de los funcionarios de la policía y el propio FBI, con las medidas de seguridad que estipula la ley de los Estados Unidos de América.

“Cuarto: en vista de las pruebas presentadas, con folio 5687 – K, entregadas en este mismo momento al juez Sam Moore, aquí presente, y al fiscal Tom Shell, también aquí presente, este honorable jurado toma conocimiento para tomar su resolución en vistas del caso John Backwood, presente en esta sala, y pone en conocimiento de su abogada defensora, la señorita Sandra Richardson, aquí presente, para que se respete la decisión tomada, procedimiento realizado en base a la verdad y delante de Dios.

“Quinto: que, en caso de ser una respuesta condenatoria, el acusado queda retenido desde este mismo momento, para cumplir la pena que se le imponga, sin goce, hasta el último día de su condena, o hasta su muerte si es perpetua. De no ser así, el acusado podrá salir en libertad cuando la decisión de este honorable jurado lo determine, cumpliendo la condena efectiva en un reclusorio que determine el Estado.

“Sexto: que, en base a las pruebas, este mismo día, martes 22 de mayo, se cierra el juicio contra John Backwood, de donde resultará culpable o inocente, y cuyas copias del archivo ya están en poder del juez Sam Moore y del fiscal Tom Shell. Ahora es el jurado el que debe decidir el destino del acusado.

Sandra Richardson quiso protestar, pero se detuvo cuando empezaba a levantarse de su puesto. Aunque sabía que las pruebas que mostraba el secretario eran perfectamente objetables, puesto que eran averiguaciones internas carentes de validez ante cualquier abogado, permaneció en silencio, sabiendo que esta partida estaba perdida. Quedaba, pues, el último recurso, el chantaje.

- Por consiguiente – continuaba el secretario –, ahora será el jurado quien dictamine la culpabilidad o inocencia del acusado, con fecha 22 de mayo del presente año.

Un hombre de edad avanzada, casi sesenta años, o inclusive más, se levantó de su asiento del estrado y miró a todos los presentes. En sus manos firmes, algo inusual en una persona de su edad, sostenía una serie de hojas que empezó a leer con voz monocorde y carente de emoción, con voz aburrida y en un silencio sepulcral.

Su lectura duró diez minutos, tiempo que se detuvo para Backwood. El asesino estaba sentado, engrillado y esposado, al lado de su abogada, la que a su vez escuchaba cansada las palabras del presidente del jurado. Quince minutos después terminó de leer.

- En consecuencia – finalizaba –, encontramos al acusado, John Backwood, culpable de los delitos de secuestro, homicidio, violación y estupro de la menor Stephanie Birlock Fletcher con fecha…

Ahí, el mundo se le acabó al criminal, y también a su abogada. Backwood, que no obstante sabía, o al menos sospechaba, su sentencia, tenía ese rayo de esperanza que todos tienes cuando una ventana comienza a abrirse, pero los jueces y el tribunal se encargaron de cerrarla, y esta vez para siempre. Si bien era cierto que ya había sido acusado con anterioridad, ésta era la primera vez que lo acusaban formalmente, sin derecho a defenderse. Además, y por último, sabía que los cargos que le imputaban eran ciertos.

En cuanto a Sandra se refería, estaba tranquila, con la idea de un abogado que había perdido un caso, aunque con la salvedad que ella sabía desde el primer momento que perdería la defensa de Backwood. *A veces*, se dijo, *existían otras armas para ganar una defensa.*

- Conocida la resolución del honorable jurado – habló otra vez el secretario –, se dará conocimiento de la sentencia. Con ustedes, el juez Sam Moore.

Esta vez nadie se puso en pie y nadie esperó a que el hombre dijera que ya podían sentarse. Moore se colocó unos anteojos para leer y comenzó diciendo que, en vista de su condición de católico y creyente de Dios, debía acatar la resolución del jurado, y en consecuencia con eso, dictar una sentencia casi expiatoria, una especie de escarmiento para que cualquier otro asesino lo pensara antes de hacer algo tan inhumano como los hechos llevados a cabo por Backwood. A continuación, se leyó la sentencia.

- Por lo tanto, se condena a John Backwood a la pena de presidio perpetuo efectivo en la cárcel de máxima seguridad de Washington a contar de mañana, quedando hoy recluido en la actual prisión, desde la que será transferido a primeras horas de mañana. Queda acta en los archivos del Ministerio de Justicia, y firma ante mí el fiscal señor Tom Shell. En Dios creemos.

Los documentos cambiaron de mano, y ante la atenta mirada de Sandra, Shell firmó los papeles que sentenciaban a John Backwood a cadena perpetua, a permanecer en la cárcel hasta el día de su muerte, tal vez cincuenta años más.

Los flash de las cámaras de los reporteros iluminaron la sala mientras el sentenciado era conducido por agentes del FBI hacia la cárcel donde había permanecido hasta ese momento, y todo el cerco de seguridad lo rodeó, impidiendo de esta manera que los familiares de la menor trataran de golpearlo, pues peligrosamente se habían acercado y lo insultaron de pies a cabeza, incluso amenazándolo con matarlo antes de ser transferido. Backwood no escuchaba nada, y en uno de sus bolsillos llevaba un librito de tapas azules, con una marca separadora de hojas casi al medio: la Santa Biblia.

Sandra Richardson se quedó sola poco a poco, sentada en el mismo lugar donde había permanecido durante toda la audiencia, como esperando que alguien le diera una explicación Si antes no sentía absolutamente nada por el fiscal, ahora definitivamente le repugnaba, le daba asco. Ya no le importaba que el hombre supiera que jamás había sentido deseos por él, lo único que quería era que terminara luego esta pesadilla.

Mientras el asesino era sentenciado a cadena perpetua, *Los Magníficos* acudían, otra vez, al llamado de la mujer ama de casa de Shell, por un problema en el tendido eléctrico. Habían sido llamados por Cussack, informándole que había que retirar las cámaras porque ya habían logrado el propósito que se habían propuesto al iniciar el negocio. Los dineros fueron traspasados en su totalidad a la cuenta del A Team, y Bishops y Cussack cerraron el trato con un apretón de manos, concertando cualquier negocio futuro entre ellos como dos empresas leales y profesionales.

Aunque el A Team pensaba inventar una nueva excusa para ir a retirar las cámaras, finalmente se decidieron por el mismo motivo, considerando que Shell se hallaba ocupadísimo en la sentencia de un asesino y su mujer todavía disfrutaba de los banquetes y las fotos en el hogar de acogida de los niños con cáncer. La operación no tardó más de cuarenta y cinco minutos, y a la hora siguiente toda HBC analizaba las cintas.

En ella se apreciaba claramente la aventura amorosa de Sandra con el hombre casado, y Cussack se sintió un voyerista hasta tal punto que propuso parar las imágenes, editarlas y mandárselas al fiscal; Sammy Selppa no pensaba igual.

- Esa mujer es una diosa – expresó. Tom Cussack lo fulminó con la mirada.

Ahora, el plan que seguía era más complicado de llevar a cabo, aun cuando tenían todos los ases. Sandra tendría que conversar con Shell y pedirle, de buena manera, que dejara en libertad al asesino, que revocara su decisión y sacara de la cárcel al sujeto. Afuera de la casa del hombre estaría el resto de sus compañeros con las imágenes en un disco de DVD, junto a una carpeta llena de fotos tomadas de diversos ángulos donde mostraban la infidelidad del hombre perfecto. Ante tal evidencia no podría negar nada.

Sandra llegó cerca de las dos de la tarde, despeinada pero tranquila, con la cabeza en alto y con todas las cartas para ganar. Aunque no quisiera reconocerlo, sentía un dolor interno por haber perdido el caso, su *primer* caso oficial después de tantos años, aunque para su consuelo sabía que era un caso imposible. Sus compañeros la apoyaron en todo, y se sintió mejor, mucho mejor, sobre todo cuando le hicieron ver que su misión no era sacar en libertad a un asesino confeso, sino chantajear a un hombre del que todos hablaban de la mejor manera.

- Afortunadamente tenemos todos los ases bajo la manga – dijo Tom Cussack, después de revisar las cintas con las imágenes candentes de su amiga –. Ese fiscal no era tan fiel.

- Es un cerdo asqueroso – respondió Sandra, enfurecida –. No sé qué le pudo encontrar esa esposa suya, Kelly Reagan. Es un miserable.

- ¿No te habrás enamorado, verdad?

- ¿Qué estás diciendo? – gritó Sandra, acercándose peligrosamente a Ducho –. Nadie con sus dos dedos de frente podría enamorarse de un tipo como él.

La grabación de los CD quedó hecha de manera satisfactoria, y esperaban el momento de ser entregadas a su destinatario, el fiscal Tom Shell. El servicio de espionaje de HBC había localizado a la mujer del hombre, en plena conferencia del director del centro de sanación de niños con cáncer, por lo que se abría otro camino si fallaban los anteriores.

Restaba una cosa por hacer, y era establecer el camino a seguir si, aun cuando Shell viera las imágenes, se negara al chantaje, aunque nadie pensaba que eso iba a ocurrir; no obstante, trazaron un plan.

Si por cualquier razón el fiscal no accedía al chantaje, estaba su mujer. Cussack o alguno de HBC acudiría al lugar y citarían a Kelly Reagan en un lugar apartado, pero público, diciéndole que tenían noticias de su marido respecto al caso que estaba siguiendo. Cuando la mujer llegara a la cita – algo que nadie dudaba que hiciera, pues en un noventa por ciento de los casos la curiosidad era más poderosa que el miedo y la duda – le mostrarían las fotos, y para hacer creíble la historia, dirían que se trataba de la abogada del acusado. No habría fallos, aunque esperaban no llegar a tanto.

Por el momento, esperaron los acontecimientos.

Sandra esperó un día completo para viajar a Washington. El aire capitalino nunca le había sentado muy bien, prefería el clima fresco y húmedo del sur, cerca del campo, donde podía respirar el aire sin contaminación, nítido y claro. Pero las circunstancias la habían conducido, ahora, hasta la capital, alma de la burocracia y el consumismo, donde los centros comerciales habían germinado de la noche a la mañana, donde las constructoras se habían plantado y echado raíces para siempre.

Washington era una ciudad vertiginosa, llena de ruido y de gente acelerada, donde los comerciantes trataban de vender sus productos a quien se les cruzara por delante, al mejor postor prácticamente. Los extranjeros también habían progresado y aumentado rápidamente, ocupando vacantes de trabajo donde eran explotados y remunerados muy por debajo del valor que le pagarían a un norteamericano, justamente por ser ilegales. Allí abundaban los cubanos que escapaban del régimen castrista, venezolanos que se

hastiaban del doble estándar del presidente Chávez, algunos peruanos exiliados por la dictadura de Fujimori, y judíos que se quedaron para siempre tras salvarse milagrosamente del Holocausto nazi.

Sandra se escabulló por entre una hilera de taxis detenidos y cruzó raudamente la avenida, pisando los primeros peldaños que conducían a la cárcel de máxima seguridad de la ciudad. Consultó su reloj, y vio que recién daban las once de la mañana, por lo que dedujo que el vuelo había sido más bien corto, aunque durmió plácidamente reclinada en su asiento.

El alcaide la condujo por un pasillo caluroso y protegido por guardias armados a ambos lados, donde numerosas celdas, de un solo ocupante, aparecían a la vista, y sus ingratos huéspedes le gritaban obscenidades de grueso calibre, a lo que, sin embargo, la abogada hizo oídos sordos y continuó avanzando.

La nueva prisión de Backwood estaba alejada de las demás, aunque a su alrededor merodeaban más presos, acusados de diversos delitos. Un grupo de gendarmes tenía especial vigilancia del asesino de Stephanie Birlock, aunque éste no podía ni quería escapar. Desde un par de metros, Sandra lo miró con cara de frustración. Asqueada una vez más.

- Veo que no está mejor ni peor que antes – le dijo sin siquiera saludarlo –. A un asesino como usted le hubiese dado pena de muerte – dijo ella, sin importarle que el individuo se enterara de que nunca fue verdaderamente la intención de ella salvarlo. John Backwood la miró extrañado, sin comprender –. He venido desde muy lejos sólo para hablar con usted.

- Si viene para burlarse de mí – dijo él – o para decirme que nunca fue su intención ayudarme, pierde su tiempo. Puede largarse de aquí.

- Veo que su permanencia tras las rejas lo ha hecho sentirse más atrevido – ironizó ella, acercándose lo suficiente como para que él la oliera –. Le gustaría poder abusar de mí, ¿verdad? ¿Le gusto o le excito? ¿Tal vez las dos cosas? ¿Le gustaría follarme, maldito sea? – el criminal la miraba con cara de estupor –. Usted va a salir de aquí dentro de pocos días, y es preciso que haga lo que yo le diga. ¿Me ha entendido?

El detenido asintió con la cabeza, sin saber ya qué pensar. Primero llegaba la mujer, su abogada salida de la nada, y le decía que estaba contenta por verlo sin libertad, y luego le dice que va a salir pronto. ¿Qué podía pensar? O bien estaba loca, o le estaba gastando una broma: en cualquiera de los dos casos, él nuevamente no tenía nada que perder.

- Cuando salga, yo misma vendré a recibirlo, pero no podrá salir conmigo, pues tendrá que ir a un lugar que determine el gobierno para la protección de testigos. Tenga en cuenta – enfatizó Sandra – que, desde ese momento, usted tendrá enemigos afuera que querrán matarlo, los familiares de la niña que usted asesinó. ¿Me está escuchando? –

él dijo que si –. El mismo día en que el fiscal Tom Shell le de la libertad, dirá a la prensa que usted es inocente y que por fin el estado se dio cuenta de su error, pero que, no obstante, agradece la funcionalidad del país en cuanto a la justicia y agradece también al Ministerio de Justicia la pronta resolución del error que estaban cometiendo con usted. ¿Esta claro?

- Si – fue todo lo que dijo el violador.

- El programa de protección de testigos está pensado en proteger a aquellas personas que fueron víctimas de un delito o que presenciaron uno de ellos. Los casos más comunes son las de socios de narcotraficantes que delataron a su jefe o compradores que después se arrepintieron y decidieron testificar en contra del proveedor. Por consiguiente, y aunque usted no es testigo de nada, sino todo lo contrario, de todas maneras acogerán este mandato, pues es la única manera que usted pueda vivir relativamente tranquilo.

- ¿Qué gana usted con sacarme en libertad? – preguntó por primera vez el secuestrador.

- Lo que yo gane o deje de ganar no es de su incumbencia – lo hizo callar la mujer, mirándolo directamente a los ojos –. Si usted supiera lo asqueroso que me resulta pelear por usted, le prometo que se suicidaría. Escúcheme bien – reanudó sus órdenes –. En la conferencia de prensa que de seguro se hará (a Sandra se le había ocurrido recién esta posibilidad, lo que comunicaría a Cussack), usted deberá decir también que, en efecto, el FBI cometió apremios ilegítimos contra usted para que se culpara. ¿Me ha entendido?

- A la perfección – contestó.

- Muy bien – terminó ella –. Prepárese para muy luego. Ya no nos volveremos a ver, hasta ese día. Tenga todo preparado, y anímese, porque va a estar solo por un buen tiempo.

Después se fue, dejando con una pregunta en los labios al hombre. Sandra Richardson fue de inmediato al aeropuerto a tomar su vuelo de vuelta. Había sido el viaje más corto de toda su vida.

Cuando llegó a la sede principal de HBC, sus compañeros estaban todos reunidos allí, esperando su regreso, el que sucedió cerca de las tres. La vieja casona ya había sido desmantelada, y ningún vestigio quedó reflejado ni en el piso ni en las paredes. Fue como si jamás se hubiera utilizado.

- Necesitamos una conferencia de prensa para el día en que Backwood salga en libertad – señaló Sandra en cuanto llegó –. Ese desgraciado va a salir muy pronto.

- ¿Estás segura? – preguntó intrigado Tom Cussack, aunque sabía de la determinación de su compañera y amiga.

- Completamente – respondió la aludida –. Mañana iré a hablar con ese cerdo de Shell.

- Entonces te acompañaremos – dijo Cussack mirando al resto de socios –, pero debes pensar bien lo que le dirás. Un solo error puede llevar al traste toda la operación.

- Ustedes preocúpense de tener las imágenes y todo dispuesto para que ese infeliz se entere de que no estamos jugando. Sáquenle copias de respaldo.

- Todo hecho, *jefa* – contestó Selppa.

- Muy bien – sentenció la abogada –. Hasta mañana, y lo mejor es que lleguemos por separado.

Después desapareció de la vista, yéndose a su casa a descansar, a terminar de sacudirse de los últimos días, del ajetreo estresante al que se había visto metida de repente. Ahora, sola en su casa, esperaba, escuchando buena música, desentenderse un poco de toda esta vorágine y sentarse a meditar, a reposar, a analizar su vida.

Durante mucho tiempo Sandra había sido una persona que había vivido una especie de clandestinidad, una especie de secretismo autoimpuesto, en una sociedad machista y, más que eso, muy doctrinaria y anticuada. Antaño, era inconcebible ver a una mujer besando a otra, pero ahora era de lo más normal, pero la sociedad seguía amparándose en unos valores pasados de moda, anticuados, y la Iglesia, a la que con justa razón consideraba una mafia, argumentaba que eran seres tocados por el demonio, cerca de las llamas del Averno, sin saber que eran ellos mismos los que arderían ahí.

La mujer cerró los ojos y dejó su mente en blanco. Sentía un gran peso sobre sus hombros, como si una fuerza invisible y desconocida le hubiese dejado caer con toda la fiereza el mundo encima. Pensó en cosas insignificantes, irrelevantes, como por ejemplo cuando una persona levantaba el pulgar de su mano para expresar conformidad con algo, sin saber que era el antiguo símbolo fálico de la virilidad.

Pensó otra vez en su niñez, pero de inmediato los recuerdos se le borraron de la mente. A veces era mejor no recordar cuando te hacías daño, y era mejor cambiar el canal de búsqueda. A Sandra le ocurría con bastante frecuencia el hecho que quería recordar pero no podía, por eso, el mejor remedio era olvidar cuanto antes y concentrarse en nuevas tareas que le mantuvieran ocupada. Y Tom Shell era una de ellas.

Mentalmente se preparó para enfrentarlo. Todavía no definía si encararlo con violencia, sacándole en cara el hecho de que la había abandonado cuando más lo necesitaba, o abordarlo con pasividad, hasta encontrar el momento exacto de atacarlo.

Había dos posibilidades para la reacción del tipo: la primera, que se negara por completo al chantaje, pero sólo hasta el momento en que viera las cintas grabadas y supiera que ella no estaba bromeando; y la segunda, que para evitar un escándalo que no sólo terminaría con su matrimonio, sino también con su carrera, aceptara el chantaje y nadie supiera nada. Más tarde, podría decir que había analizado más en profundidad las

pruebas recabadas por la defensa del inculpado y no había encontrado razones de peso para retenerlo en prisión.

Se durmió casi plácidamente, esperando que el nuevo día le trajera portentosos dividendos.

El despertador la hizo bajarse de la cama a las siete en punto, y bostezando se dirigió a la ducha, donde tomó un baño de agua fría. A las siete y veinticinco la llamó Cussack para confirmar el procedimiento, y a las siete treinta y cinco el resto del grupo. A las ocho preparó sus cosas, abordó el vehículo suyo y se dirigió a la casa de Shell, con el que no se había comunicado por teléfono, pues intencionadamente lo había dejado apagado; sus compañeros de HBC la llamaron a otra línea.

Llegó al lugar antes que sus compañeros, los que se aparecieron por ahí quince minutos más tarde. Durante todo el tiempo, Sandra los esperó pacientemente sin bajarse del auto, encendiendo la calefacción para atenuar el frío hiriente y denso. Cuando vio que sus compañeros se bajaban de la camioneta negra, con uniformes de paisano y sin demostrar nada de lo que realmente eran, ella hizo lo propio, y con una cartera del mismo color de la camioneta, avanzó hasta la puerta del fiscal, y llamó.

Al parecer el hombre la estaba esperando, porque abrió de inmediato, y se acercó a saludarla, pero ella desvió la cara. Shell sabía que iba a encontrar resistencia en la mujer, y sólo esperaba que sus palabras ayudaran a convencerla de que era lo que tenía que hacer. Había que saber diferenciar el amor de los negocios, algo que su mujer le había enseñado durante todos estos años de matrimonio, y ahora aplicaría el mismo teorema para hacer entrar en razón a su amante.

- Mi amor – le dijo en cuanto ella entró –, sé que debes estar irritada, pero quiero decirte que no había otra salida.

Ella lo miró sin decirle nada, y a duras penas logró retener el impulso de golpearlo. Se tranquilizó, tomó aire y habló con el mismo timbre de voz que lo hacía siempre.

- Por un momento pensé que podía ganar – confesó Sandra –, pero fracasé. Supongo que el caso era difícil.

- Más que difícil – la consoló él, tratando de besarla, pero ella de nuevo lo esquivó –. Era imposible.

- Quisiera hacer el amor contigo – pidió ella, desabotonándose la blusa.

Shell no perdió tiempo y se sacó la camisa, mostrando su producido torso desnudo. Aunque a Sandra no le gustara, debía reconocer que el abogado tenía un cuerpo musculoso y atractivo, aunque ella lo despreciara. El hombre continuó con sus pantalones.

Ella se subió sobre él y sintió como el sujeto la penetraba. Una ola de placer visitó al fiscal, unas extrañas sensaciones de excitación recorrieron su cuerpo, exactamente todo lo contrario a lo que sentía ella. Cuando estaba a punto de terminar, ella se bajó y le dijo estas palabras:

- Tengo una pequeña sorpresa para ti.

Abrió su cartera y extrajo los CD donde estaban almacenadas las imágenes con sus aventuras amorosas. Ella no le dio ninguna pista, mas al contrario, le inventó un motivo.

- Todavía creo que puedo sacar a John Backwood de la cárcel. Mira esos discos – le señaló lo que le había entregado –. Ahí hay más pistas sobre su inocencia.

- ¿Quieres que lo vea ahora? – preguntó intrigado Tom Shell.

Ella asintió con la cabeza y esperó que su amante, desnudo, encendiera el equipo de reproducción de DVD que tenía bajo el televisor, en el velador de su habitación. Las imágenes empezaron a rodar casi de inmediato, y en esos momentos el fiscal sólo podía ver el título con el que Sammy Selppa había querido darle un poco más de emoción a todo el asunto: se leía LIBERTAD DE JOHN BACKWOOD. Un segundo después Shell veía las primeras escenas de sexo con su amante. Todo funcionaba a la perfección.

- ¿Qué mierda significa esto?

Lo que ocurrió a continuación sucedió muy deprisa. Sandra Richardson se hizo a un lado lo más rápido que pudo y se cubrió su cuerpo con una sábana. Shell continuaba anonadado, confundido ante las imágenes que lo mostraban follando con una mujer que no era su esposa, cuando sintió un golpe fuertísimo en la puerta, la que ante tal magnitud de fuerza cedió, desplomándose al suelo. Seis sujetos entraron, con el rostro cubierto por un pasamontañas que dejaban al descubierto sólo los ojos, y portando armas de fuego que terminaron por intimidar al fiscal. Echado sobre la cama, completamente desnudo y exigiendo una explicación, algo que nunca llegaría por cierto, miraba a los asaltantes con desesperación.

- Esto significa, señor fiscal – habló Cussack sin tomarse la molestia de cambiar la voz. Estaba seguro que el asustado individuo accedería a sus peticiones sin poner una sola traba –, que desde ahora está en nuestras manos, y si intenta cualquier estupidez, su señora sabrá que le ha sido infiel.

- ¡Ustedes están locos! – gritó el hombre, armándose de valor –. Ustedes están equivocados, ésta – señaló a Sandra – no es más que una zorra.

Fue el primer error que cometió, y le valió un culatazo en pleno rostro, que le hizo sangrar la mejilla izquierda. Shell lanzó un grito de dolor y de miedo al mismo tiempo, y por primera vez en su vida, temió por ella. A su lado, la mujer se vestía y recuperaba su compostura.

- Si vuelve a insultar a esa mujer – amenazó Cussack –, lo mataré. ¿Me ha entendido? – Shell asintió –. Muy bien, y ahora escuche con atención. No es nuestro propósito hacerle daño ni a usted ni a su mujer, pero no dude que si no cumple con nuestras peticiones, ella, que se encuentra en una conferencia para la recaudación de fondos para los niños enfermos de cáncer, va a saber que usted la ha engañado, y su matrimonio irá a parar al tacho de la basura, al igual que su carrera. ¿De acuerdo?

El único objetivo de Cussack al darle los detalles de Kelly Reagan era hacerle saber a Shell que sabían perfectamente donde se encontraba ella, eso por si el fiscal dudaba sobre la veracidad de la información. Era verdad que no deseaban hacerle daño, pero eso no lo podía saber el hombre de las leyes, por lo que no podía dejar de temer.

- ¿Qué es lo que quieren? – preguntó aterrorizado, como un cobarde, mientras todo el resto de HBC le apuntaba con las Glock conseguidas por Roger Murdock, el *Cerebro* –. ¿Dinero, joyas? Pueden llevarse todo lo que quieran, pero déjenme tranquilo, y a mi esposa también.

- No queremos nada de lo que usted tiene, no nos interesa – contestó serenamente Tom Cussack –. Lo único que tiene que hacer es dejar en libertad a John Backwood, darle protección estatal para testigos, y nosotros le aseguramos que no lo veremos más.

- Eso ya no es posible. Firmé ayer la sentencia.

- Pero puede deshacerla – intervino Anderson, que hablaba por primera vez –. Y más le conviene hacerlo.

- Mi compañero tiene razón – prosiguió Cussack, retomando el punto de Chris –. Para usted resulta fácil, pero no para nosotros. Usted tiene la última palabra: su carrera y su matrimonio, o la libertad de ese asesino.

- Es un asesino, ustedes mismos lo dicen. ¿Para qué lo quieren en libertad?

- Eso no es de su incumbencia – sentenció el líder –. Asegúrese de que ese hombre salga en libertad el lunes próximo, o de lo contrario ya sabe lo que le va a suceder. Ah – añadió Cussack como si de pronto lo recordara –, tenemos muchas copias. La seguridad de su mansión es deplorable.

Los sujetos se alejaron y corrieron hasta la puerta, saliendo de la casa y echando a funcionar el motor de la camioneta. Cussack, que se había quedado en el interior junto a la mujer aprovechó el momento para vendar los ojos del fiscal con su propia camisa, pero sin atarle las manos, para que después pudiera quitarse la venda.

- Recuerde bien lo que le he dicho. Nada de trucos por su parte y todo saldrá bien. Nosotros nos volveremos a contactar con usted, y espero que responda las llamadas de esta hermosa mujer. Una última cosa – terminó Cussack –. No se preocupe por la familia de la chica.

Cuando Cussack salió, corrió al asiento del chofer y se quitó el pasamontañas, que ya le estaba asfixiando. Sandra permaneció unos segundos más junto al hombre, el que temblaba como un niño.

- ¿No te dije que todavía tenía posibilidades para sacar a mi defendido de la cárcel? – le dijo con ironía, mientras le daba un beso en la mejilla buena y salía de esa casa para no entrar nunca más en ella.

La camioneta arrancó a toda máquina, y mientras Tom Cussack conducía lo más rápido posible para alejarse de la casa del fiscal, pero no tanto como para llamar la atención de la policía, Jimmy Coultrand telefoneaba a unos amigos suyos que le darían información sobre los canales de televisión y la prensa escrita que estarían dispuestos a filmar y grabar la libertad de Backwood. Todos sabían ahora que las cosas correrían a un ritmo aceleradísimo, agarrarían constantes cambios que había que controlar para que nada se desbancara.

Cuando llegaron a la oficina de HBC, todos respiraron con alivio. Había que esperar la respuesta de Tom Shell respecto a las peticiones de los sujetos que habían asaltado su casa, pero éstos sospechaban que no pondría obstáculos. El método que utilizara para deshacer la firma impresa por él mismo en la sentencia del violador era problema suyo, y a HBC no le importaba. Como dijo Maquiavelo, el fin justifica los medios.

En su casa, el fiscal Tom Shell había logrado sacarse la venda de los ojos y temblaba como si estuviera aterido de frío, cuando en realidad era una mañana asoleada con un sol que haría elevar los termómetros hasta los 35°. Se vistió, contempló su puerta deteriorada, salida de los goznes ante la violencia de esos bárbaros, y se puso a pensar. Todo había sido una trampa, y él, el muy imbécil, había caído como un estúpido, como un niño. Ahora lo tenían en sus manos, y debería aceptar sus condiciones. ¿O tenía otra alternativa?

Kelly jamás le perdonaría una infidelidad, por más que le dijera que se trataba de una puta. Él mismo se sorprendió cuando empezó a sentirse atraído por aquella mujer, salida de la nada, hermosa y majestuosa, con cara de ángel pero con el corazón de una bruja.

Shell estaba en contra de todo tipo de chantaje, y más de alguna vez se dijo que jamás accedería a uno de ellos; ahora entendía que por la boca muere el pez. De inmediato se le vinieron a la mente todas las palabras que Sandra le había dicho, que de una u otra manera le hicieron ver esta trampa, aunque, claro, él lo ignoraba por completo. *Muchas gracias por su advertencia, señor fiscal, pero hay veces en que hay otras formas de triunfar. No sólo existe la ley. Tengo una pequeña sorpresa para ti. Todavía creo que puedo sacar a John Backwood de la cárcel.*

Todo había estado planeado desde antes, con antelación, y ahora comprendía que el acostarse con él formaba parte de ese macabro plan. Las pruebas contra los agentes del FBI jamás existieron, jamás existió una confesión del asesino donde dijera que lo habían torturado para hacerle confesar algo que no era. Todos estos pensamientos lo hacían llenarse de ira, lo hacían sentirse como un estúpido, como un imbécil.

¿Qué podría hacer ahora para zafarse del chantaje? La situación le era muy difícil, y comenzó a medir las circunstancias. ¿Cuándo habían instalado las cámaras que filmaron su adulterio? Porque no dudaba que le habían instalado cámaras en su casa, tal vez incluso habían intervenido sus teléfonos y era espiado las veinticuatro horas del día. Se preocupó de no decir nada comprometedor.

Los asaltantes habían sido muy claros: soltar al asesino y los problemas acabarían. ¿Pero les podría creer? Nada hacía pensar que fuera así, pero nada hacía pensar tampoco que ellos quisieran algo más. Sandra tenía todo muy bien preparado. Desde el principio sabía que nunca iba a ganar el caso, por eso planeó todo con premeditación. Ahora sólo tenía una opción, una alternativa que le repugnaba.

Tom Shell era un tipo inteligente, y como tal sabía que la inteligencia no se medía por más conocimientos específicos que se tenía, sino por cuánta cultura general poseía un individuo. Hacer un ejercicio matemático no acarreaba la misma inteligencia ni el mismo desarrollo mental que hacer un dibujo, por ejemplo, pero eso no significaba que el dibujante fuera menos apto mentalmente que el matemático.

Analizando los pros y los contras, veía con claridad que era más lo que podía perder que lo que podía ganar. Soltar al asesino de una niña llevaría a la crítica nacional, y por qué no mundial, pero no soltarlo, y ser el comidillo de todo el mundo respecto a una infidelidad, más aún con la abogada del acusado, eso era inaceptable. Amaba profundamente a Kelly, ella era una buena mujer que no se merecía lo que él le había hecho, por lo mismo debería llevarse a la tumba esa traición.

Esa misma noche se decidió, y se juró que soltaría a Backwood, al menos daría a conocer sus intenciones. Para ello, debería juntarse con el juez Sam Moore y con los principales representantes del FBI local, el jefe de operaciones de la policía local, el intendente y el alcaide de la prisión de alta seguridad de Washington.

En el último caso era un poco más difícil, porque tendría que hacer que aquel hombre viniera hasta acá, pero dada la importancia que ostentaba Shell, sabía que no se negaría. De inmediato hizo las llamadas pertinentes, y los citó a todos a primera hora de mañana; el alcaide programó su vuelo para esa misma tarde.

En la mesa pulcramente ordenada y decorada de la oficina de Tom Shell, éste y sus invitados bebían una taza de café caliente que los hizo entrar en calor. El anciano juez Moore mostraba un rostro macilento y pálido, mientras que el alcaide, ostensiblemente más joven, mostraba los colores propios de una juventud más adulta. El intendente, señor Frank Devalis, de raíces francesas, y que se vanagloriaba de descender de la primera raza gala, fundadora de La Galia, posteriormente Francia, se sentaba a su lado, esperando que el hombre empezara a hablar. El director local del FBI, Conrad Yates, y el jefe de la policía local, Francis Kirpski, también estaban presentes, y esperaban intrigados las palabras del fiscal.

- Quiero, ante que nada, agradecer su presencia aquí – empezó Shell –, y espero que comprendan la delicada situación en la que me encuentro.

- ¿Qué es lo que le sucede? – preguntó Moore, con una voz débil y casi de ultratumba.

Shell permaneció en silencio y mentalmente repasó toda la historia que durante la noche había planeado para contarles a esos hombres, todos ellos importantes dentro de su especialidad. Una mentira arrastraba a otra, y luego ésa a otra, y así sucesivamente, y la primera vez que dijeras la verdad, nadie te iba a creer. Cerró los ojos y se encomendó a Dios para que lo ayudara.

- He recibido amenazas de muerte desde ayer, después de firmar la condena de John Backwood.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala, sólo interrumpida por el sonido de la respiración de los presentes. Shell sabía que esto ya era incumbencia del FBI, al menos de la policía local, por lo que debía elegir muy bien las palabras para no desencadenar el principio de su fin.

- Las personas que me amenazan dicen que no me pasará nada, ni a mí ni a mi familia, sin dejo en libertad a ese asesino.

- ¿Dejar en libertad a John Backwood? – Sam Moore pareció espantarse. El sólo hecho de pensar que tenía que dejar a un tipo como aquél le ponía los pelos de punta –. Lamentablemente eso no puede ocurrir.

- Además – intervino el representante del Buró –, es inaceptable ceder ante un chantaje, por más que se vea involucrada la vida de los seres queridos. Tenemos los implementos necesarios para hacer frente a la situación que se describe y presenta.

- Lo entiendo perfectamente – argumentó Shell sin perder la calma – y mi vida no me importa mucho. Es Kelly la que me preocupa, y en estos momentos se encuentra en Denver recolectando fondos para los niños enfermos de cáncer.

- Podemos coordinar una protección especial con la policía de allá – dijo Francis Kirpski, mirando al intendente –. Creo que el señor Devalis podría interceder para agilizar la operación.

- Sin ninguna duda – replicó el jefe zonal.

Tom Shell se quedó en silencio otro momento, pensando lo que a continuación iba a decir. Sospechaba que sus requerimientos iban a encontrar el rechazo y la oposición de los demás miembros que había invitado, que iba a ser una lucha desigual, pero tenía que vencer, ésta más que ninguna otra.

La mujer lo había puesto en un verdadero aprieto, y ahora dependía de toda su labia para salir airoso.

- No pensará usted deshacerse de su decisión y dejar en libertad al asesino, ¿verdad?

- La verdad – dijo el fiscal, buscando las palabras precisas –, he estado pensando la situación, y me encuentro atado de pies y manos. Nadie me garantiza que después de soltar al asesino me dejen en paz, pero es un riesgo que debo correr. No quiero abusar del poder que tengo, pero ustedes pensarían de igual forma si sus familias se vieran afectadas. No pido una libertad eterna, sólo la suficiente para descubrir a los chantajistas, meterlos en prisión y devolver a Backwood junto a ellos. Nada más.

- ¿Y cómo pretende hacer eso? – quiso saber el alcaide, hablando por primera vez.

- Con el programa de protección de testigos. Así lo tendríamos suficientemente vigilado.

La propuesta del fiscal tomó por sorpresa a los demás, pero todos reconocieron que era una excelente idea. El único punto en contra, tal vez, era la localización de los extorsionadores, por lo que John Backwood podría estar mucho tiempo afuera. Toda la operación se haría por los caminos normales, y sólo podría esperarse la reacción de la familia de la pequeña asesinada. Algo que podría ser muy difícil de controlar.

- No creo que la familia de la menor se vea involucrada en un episodio que podría terminar con ellos en las cárcel – argumentó Shell, sin entrar en detalles.

Todo el grupo analizó la situación. Aunque la idea de dejar en libertad a un asesino confeso era repugnante, el sujeto estaría bien controlado, bajo la atenta mirada de la policía y agentes del FBI de paisano, sin levantar la más mínima sospecha.

- Señores – suplicó el fiscal –, les pido por el amor de Dios, en el que todos creemos, que tengan la grandeza de entenderme y perdonarme, pero debo velar por el bien de mi familia. Yo les prometo que ese hombre volverá tras las rejas en cuanto se descubran a los hombres que me amenazan. Les doy mi palabra.

Un murmullo de voces se dejó sentir en cuanto Tom Shell terminó de hablar. El alcaide, en su fuero interno, sentía una gran satisfacción con el sólo hecho de pensar en desentenderse de Backwood, pero el FBI veía con malos ojos que, después de una investigación tan prolongada y dura, un chantaje diera por los suelos con toda la operación, largas jornadas de frustraciones y un cansancio apabullante.

Conrad Yates nunca había cedido a un chantaje, y él había sido víctima de muchos, pero siempre había logrado dar con la clave para zafarse de ellos. Había sido elegido el máximo representante del FBI, director general, y en nada envidiaba al director de la CIA, aunque muchas veces la agencia se había inmiscuido en casos que pertenecían a los federales. La oficina que tenía en el edificio J. Edgar Hoover era inmensa, y en ella se podían ver todos los diplomas y doctorados en criminalística que el director había cursado en su carrera. Nada que envidiarle a nadie.

- Encuentro muy precipitado el soltar a un tipo de esa calaña – argumentó Yates, considerando varios puntos en contra –. Primero, hay que considerar a la prensa, que aunque hagamos el operativo en el máximo secreto, siempre están ahí. Además, no

podremos hacerlo en secreto, sino todo lo contrario, pues así podrán enterarse esos mal nacidos que hemos liberado a su hombre.

- ¿Qué propone usted, entonces?

- Hacerle llegar un mensaje a los extorsionadores, haciéndoles creer que soltaremos al tipo en cuanto nos den garantías que la señora Shell no sufrirá daño alguno – explicaba Yates –. Cuando nosotros tengamos la certeza de que así será, le soltamos al hombre, aunque en verdad nunca lo haremos.

- ¿Y arriesgarme a que le suceda algo a mi esposa? – Tom Shell pareció espantarse –. Créame que lo siento, señor Yates, pero no puedo aceptar su propuesta.

- ¡Y yo no puedo aceptar la suya! – gritó el director, haciendo temblar los objetos que había sobre la mesa al golpearla con el puño –. No puedo permitir que, después de las intensas investigaciones que llevamos a cabo, después que mis hombres estuvieran a punto de perder la vida en esos infernales acantilados, ese asesino salga en libertad por un burdo chantaje. Simplemente no puedo.

- Es mejor que nos calmemos y pensemos con la cabeza fría – terció Frank Devalis, haciendo un alto en la discusión –. Ambas posturas son entendibles, pero también debemos pensar en la situación del señor fiscal. Aunque reconozco que a mí también me repugna la idea de soltar a un sujeto como ése, creo que nos puede servir de carnada para atrapar a los verdaderos gestores de ésto.

- Comparto con el señor intendente - puntualizó Francis Kirpski, dejando entrever que poseía más peso del que todos pensaban –. Señor director – se dirigió al hombre del Buró –, piénselo de esta forma. Si dejamos en libertad al hombre, nadie podrá acercársele, pero sus amigos no lo sabrán, y lo intentarán de todos modos. Es ahí cuando debemos actuar nosotros. Mataremos a más de dos pájaros de un sólo tiro.

Otra vez se hizo el silencio, pero esta vez no fue interrumpido por nadie, excepto por el respirar de los presentes. Conrad Yates no quería dar su brazo a torcer, aun cuando sabía que el poder del fiscal era superior al suyo. De todas maneras, fuese cual fuese la resolución de esta pequeña pero importante reunión, casi con seguridad desfavorable para él, apostaría hombres en la casa del fiscal y en el lugar donde fuera destinado el criminal. No tenía muchas cosas más que hacer.

- Entonces está decidido – terminó el alcaide, el más contento con que el hombre abandonara su prisión –. Haré de inmediato las gestiones para liberar al infeliz.

- Agradezco mucho su comprensión – agradeció Shell, y luego se giró hacia el director del FBI –. Le prometo que yo mismo me encargaré de enjuiciar nuevamente a Backwood y a todos sus cómplices. Se lo aseguro.

- Espero que sea así – fue todo lo que dijo Yates antes de levantarse y abandonar la oficina.

Esa misma tarde, más cerca de la noche, Tom Shell telefoneó a su ex amante para decirle que el asesino saldría en libertad en el plazo sentenciado por ellos mismos. Ahora ella debía cumplir su palabra, y dejarlo tranquilo para siempre.

Por toda respuesta, ella lanzó una carcajada atronadora.

El día domingo 27, cerca de las diez de la noche, el director del prestigioso periódico de la ciudad, y coincidentemente el más vendido, recibió el aviso de su vida. El hombre no recordaba una bomba noticiosa como la que se iba a desarrollar el día lunes, y aunque había tenido sus dudas al respecto, no perdería nada si acudía a la cita, a excepción de tiempo.

El llamado había sido claro. El lunes 28, a las diez de la mañana, el acusado del crimen de Stephanie Birlock, John Backwood, saldría en libertad debido a falta de pruebas en su contra, sumado al hecho de que el FBI había recurrido a apremios ilegítimos para arrancarle una confesión que lo inculpara. Si el hombre quería la primicia, debía estar ahí a la hora señalada.

El mismo sujeto había llamado al canal de televisión más importante del país con el mismo propósito. Si quería subir su *rating* a niveles nunca antes visto, que acudiera con sus cámaras y sus reporteros a cubrir el momento, y no se iba a arrepentir de hacer polvo al canal rival.

El lunes la entrada principal y única de los tribunales estaba aparatosamente repleta de camionetas de la prensa, tanto escrita como visual. Los focos de las cámaras enfocaban directamente a la entrada, en la que se veía a un gran contingente policial resguardando la zona de intrusos, de familiares de ambas partes, o simplemente de comunes curiosos.

A una distancia prudente de aquel lugar, los hombres de HBC permanecían dentro de una camioneta, esta vez con placa de identificación, común y corriente. Con ojos avizores y expertos, Coultrand, Selppa y los demás vigilaban la escena, mientras que Sandra estaba ya desde hacía rato dentro del edificio, esperando poder entrevistarse con Backwood antes de la entrevista que, innegablemente, tendría que darle a los medios apostados en el exterior.

El asesino había sido transportado durante la madrugada del domingo desde la prisión de alta seguridad de Washington hasta el lugar donde había permanecido hasta entonces, y esperaba ansioso el momento que jamás pensó ni siquiera en sueños: recuperar la libertad.

A él no le habían informado nada, sólo que era devuelto a la ciudad para que la policía de ese lugar dispusiera qué hacer con él. Pero de inmediato se le vinieron a la

mente las palabras que la mujer le había dicho algunos días atrás, y por primera vez creyó en algo, aunque no sabría decir en qué.

Aunque era ignorante en temas policiacos, John Backwood sospechaba que no dejarían que se fuera a su casa, pues ahí era seguro que lo lincharían y causarían su muerte y ¿cuál era la idea de sacarlo de la cárcel para que lo mataran sus vecinos? O tal vez ésa era precisamente la idea, así el FBI, la policía y hasta el alcaide se lavarían las manos.

Desde el interior alcanzó a divisar que su notable abogada se le acercaba, y aunque no lo deseaba, se puso a temblar. También recordaba que Sandra le había dicho lo asqueroso y repugnante que le resultaba a ella interceder por él, así que guardó las reservas.

En cuanto los soldados que lo custodiaban se percataron de la presencia de su abogada, se alejaron unos pocos pasos, pero lo suficiente como para que Sandra tuviera cierta "intimidad" con su defendido. De reojo, la mujer miró fulminantemente a los cancerberos, pero no les dijo nada

- ¡Espero que esté preparado! – le gritó la mujer en cuanto lo vio. Luego, bajando la voz, le dijo –. Recuerde decir todo lo que le he ordenado, ¿está claro?

- No he olvidado lo que me ha dicho – contestó el sujeto –, y por salir en libertad soy capaz de decir que he visto al mismísimo demonio.

Sandra no le quiso decir que él era el mismísimo diablo, y en vez de eso se alejó de él y se acercó a uno de los gendarmes, el que al mirarla no pudo dejar de imaginársela en la cama, junto a él. Ella iba a preguntar algo cuando, por pura casualidad, divisó que Tom Shell se acercaba al lado del intendente. Cuando la vio, el hombre estuvo a punto de soltar un grito, y amenazó con caer al suelo si no es por el brazo ágil y fuerte de su acompañante, que alcanzó a detenerlo en el momento preciso.

- ¡Dios mío! Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Shell no dijo nada, y siguió su camino hasta el lugar predispuesto por el FBI para que hablara ante la prensa. Fue entonces cuando Frank Devalis reconoció a la mujer y la saludó amablemente.

- Señorita Richardson – le dijo –, la felicito por el logro obtenido –. Devalis la trataba como si la mujer pensara que el logro de la liberación del asesino era suyo, y no producto de un chantaje. No sabía que estaba haciendo el ridículo –. Realmente, por un momento pensé que jamás podría ganar el caso.

- En cambio yo – dijo secamente –, siempre estuve segura.

- ¿Ah, si? – parloteó el intendente.

- Por supuesto – respondió Sandra, mirando a su ex amante –. Incluso se lo dije una vez al señor fiscal, ¿no lo recuerda, señor Shell?

- Lo recuerdo perfectamente – contestó el hombre, temblando como si estuviera a la intemperie.

- Ya lo ve, señor fiscal – terminó Sandra –. Siempre finalizo con éxito mis retos. Y ahora, si me permite, tengo que hablar con mi cliente.

- Espero que ahora se terminen todos los problemas – contraatacó el abogado, pero sin dejar entrever el doble sentido de la palabra.

- Eso siempre va a depender de usted – le contestó la mujer en el mismo tono.

Sandra se apartó y vio como los dos hombres se perdían al interior del edificio, y no volvían a aparecer. Ella estuvo todo el resto del tiempo con Backwood, ultimando detalles de la conferencia. Todo estaba saliendo de maravillas.

Dentro del edificio, Tom Shell tomaba asiento en su oficina, y desde ahí revisaba un extracto de su propia declaración, hecha por su secretaria, y que leería a todo el país, explicando que el hombre saldría en libertad por falta de pruebas concretas, y sin menoscabar ni una sola vez al FBI o a la policía. Si Backwood, el que seguramente también iba a hablar, decía otra cosa, era asunto de él, y a ellos no les importaría, al final de cuentas el país guardaría la versión oficial, más aún si se añadía la frase “volverá a la cárcel si se comprueba fehacientemente su participación en los hechos que se le imputan”.

Aun cuando no veía las caras de los periodistas, e incluso cuando éstos no podían hacerle preguntas, Tom Shell temblaba mientras leía las palabras escritas por la mujer. A su lado, Frank Devalis trataba en vano de calmarlo, pero la única manera que el fiscal se tranquilizara era terminando esta pesadilla y volviendo su mujer a casa, para abrazarla y besarla como nunca antes. Se le vino a la mente una frase escuchada una vez, pero no valorada hasta ahora. Uno nunca valora las cosas que tiene hasta que las pierde. Eso le sucedía ahora a él.

Media hora después, John Backwood recibía, por primera vez en varios meses, el aire fresco de la mañana. Sus ojos poco a poco se fueron acostumbrando al brillo directo del sol en pleno rostro, a la brisa de aire que lo rejuvenecía como nunca había pensado, al cantar de los pájaros a su alrededor. Hasta el sonido áspero de los tubos de escape de los vehículos que circulaban más allá le parecían una melodía armoniosa de la que nunca más quería separarse.

Los flash de las cámaras se dispararon en un segundo, capturando instantáneas del hombre y de su brillante abogada. Una reportera que trabajaba independientemente para una cadena de televisión privada y local, despachaba el informe de su vida, y se codeaba palmo a palmo con los monstruos de la información, canales de miles de millones en presupuesto anual, con periodistas de primera línea, acostumbrados a ir desde Oriente Medio hasta Sudamérica en busca de la primicia.

- En directo desde el edificio de los Tribunales – relataba la mujer, que estaba a punto de sufrir una apoteosis –. En breves momentos más debería salir en libertad John

Backwood, el hombre acusado de secuestro, violación y asesinato de la pequeña Stephanie Birlock, hecho ocurrido algunos meses atrás. Hace algunos momentos el fiscal a cargo de la investigación, Tom Shell, en una rueda de prensa efectuada desde el interior del edificio, señaló lo siguiente:

- "*Luego de revisar detenidamente las pruebas presentadas por la defensa, sumado a investigaciones de la propia fiscalía respecto del caso, este honorable tribunal, siempre acogido por la ley y encargado de hacer cumplir la misma* – la mujer presentaba un extracto –*, ha decidido colocar en libertad al acusado John Backwood por falta de pruebas concluyentes, y a la espera de la certificación de otras que demuestren su culpabilidad…*

La periodista cortó las palabras del abogado, pues en ese mismo momento venía asomando las narices John Backwood, acompañado de su abogada, la estupenda Sandra Richardson.

Ambos se mostraban sonrientes, uno por recobrar la insospechada libertad, la otra por romper toda la rectitud de uno de los hombres mejor evaluados del sistema. Backwood se mostraba incluso altanero, como si realmente se hubiera cometido una injusticia con él y ahora recobrara un derecho que le habían violado.

Los periodistas se abalanzaron contra ellos, pero gracias al cordón de seguridad impuesto por la policía no pudieron avanzar más allá. De inmediato se formó un círculo alrededor de ellos, impidiéndoles continuar su camino hasta el vehículo que los esperaba más allá, y que los llevaría a un lugar secreto, lejos del alcance de las miradas de los curiosos. Sandra sabía que no podría ir hasta aquel lugar, y era por eso que sus amigos esperaban pacientemente el momento en que dicho vehículo, sin distintivos oficiales, llevaran al "inocente" al sitio de reunión donde viviría como testigo clave en una operación de narcotráfico.

John Backwood levantó las manos, como en señal de rendición, y los excitados periodistas se detuvieron. Estaban atentos para cuando el asesino empezara a hablar y no perderse palabra alguna. ¿Qué iba a decir el sujeto? ¿Iba a agradecer a su abogada por la notable tarea que había emprendido? ¿Era verdad que el FBI había recurrido a apremios ilegítimos, incluso tortura, para arrancarle una confesión?

Durante todo este tiempo, la mujer se mantuvo alejada, sin sonreír, y todas las fotos y portadas serían para el hombre que recuperaba su libertad. La policía trataba, inútilmente, de poner orden, pero era tal la cantidad de personas congregadas en las afueras del edificio, que la tarea resultaba imposible. Los gritos de "permiso" y "disculpe usted" se hacían cada vez más recurrentes, y todos esperaban que, de una buena vez, alguien hablara.

- Abran paso, por favor – vociferaba uno de los agentes del FBI encargado de la seguridad de los que salían –. Dejen salir a las personas.

- ¿Qué se siente estar de nuevo en libertad? – gritó un periodista.

- ¿Es usted de verdad inocente de los cargos que se le imputan?

- ¿Es cierto que el FBI lo torturó para sacarle una confesión?

Sandra se adelantó e hizo callar a todo el tumulto, hablando ella. Dijo que, si se guardaban la compostura y el orden, su cliente iba a responder a cada una de las preguntas que le hicieran. Instintivamente, los reporteros, ayudados por sus cámaras, en el caso de los anales de televisión, se colocaron casi en fila india, esperando pacientemente su turno. Backwood se detuvo al centro de la escalinata que conducía a la salida, y escuchó la primera pregunta.

- ¿Es cierto que usted no cometió los delitos de los que fue acusado?

- Por supuesto que soy inocente – dijo altaneramente el sujeto, dando a entender que todo este tiempo había vivido una injusticia del tamaño de una casa –. En mi país, la justicia, tarde o temprano, prevalece.

- ¿Y es cierto, también, que el Buró lo torturó para sacarle alguna información que lo comprometiera? – preguntó la mujer independiente.

- En este punto quiero ser bastante claro – dijo Backwood, aun para sorpresa de su abogada –. Los agentes del FBI que aparecen en los informes de mi abogada me torturaron, me golpearon, hasta quisieron abusar de mí dentro del carro policial –. Richardson estaba sorprendida, y dentro de la oficina de Shell, éste y los suyos no podían creer que ese hombre tuviera tan perfeccionado el don de la mentira. Era obvio que había coordinado su declaración con la abogada, aunque esto último sólo lo sabía el fiscal. Por dentro, sintió unas enormes ganas de salir afuera y decir su verdad, pero se contuvo –. Por eso, como dije anteriormente: la justicia tarda, pero llega.

- ¿Piensa tomar medidas en contra de los agentes del FBI, o contra el Buró completo? – le preguntaron a Sandra, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

- Hasta el momento no he pensado en los pasos a seguir – dijo tranquilamente ella, avanzando unos pasos, hasta quedar en perfecto plano con las cámaras de televisión –, pero tampoco descarto nada. Con más tranquilidad, en la paz y serenidad de mi casa, analizaré la situación de mi cliente en cuanto a su desenvolvimiento en la sociedad, y recién ahí evaluaré la posibilidad de querellarme contra el Buró. Pero, como dije recién, si tengo que demandar al FBI, a su director, al fiscal Shell y a todo el mundo, lo haré.

- ¡Esto es el colmo! – estalló Tom Shell en su oficina. El intendente Devalis pensaba lo mismo.

- Haré que el espectáculo acabe – señaló el encargado de la seguridad.

El hombre salió hecho un energúmeno, empujando todos los muebles que encontraba a su paso, cerrando la puerta de golpe aun cuando no se trataba de su oficina. Dio unas cuantas órdenes a los gendarmes que custodiaban el ingreso al edificio y éstos comenzaron a moverse de inmediato. Un grupo se dirigió directamente a la entrada del

edificio, y con una rudeza exagerada empezaron a hacer retroceder a los periodistas, que de un momento a otro se vieron atropellados por un vehículo a más de cien kilómetros por hora.

- ¡Fuera de aquí, despejen el lugar! – gritaba el agente del FBI, desesperado al ver que no le obedecían. En un arrebato de ira, lanzó un trípode, que soportaba una costosa cámara. Las protestas no se hicieron esperar. Lo que el disgustado agente nunca pensó era que su actitud demostraba que la falsa declaración de John Backwood podía resultar ser cierta.

- ¡Respeto! – gritó alguien, pero no fue escuchado.

- Agentes del FBI están desalojando el lugar donde hace escasos minutos John Backwood volvió a libertad – decía la misma mujer que trabajaba en un canal local –, incluso han destrozado una cámara de un colega del canal estatal.

El caos era total, y en medio de toda esta maraña de acontecimientos voraginosos, John Backwood fue conducido al vehículo que lo esperaba, y que lo llevaría a un lugar solitario y apartado, lejos de toda civilización. Sandra lo acompañó hasta la puerta del coche, pero le negaron la entrada.

- Usted no puede venir, señorita – le dijo el chofer –. Su éxito no se extenderá más por ahora.

La mujer no supo si el hombre le hablaba con burla o era su forma de ser, pero como fuera, no le respondió. Vio que los caza noticias volvían a agruparse y se paraban delante del auto que conduciría al liberto, cortándole el paso. De repente, por la misma calle donde ocurría la batahola, y en contra del tránsito, un carro lanza aguas hizo su aparición, mojando todo cuanto estaba a su paso. Sandra echó a correr en dirección a la camioneta de sus amigos, pero una mano desde el interior, que le hacía una señal de negativo, la hizo orientarse. Ella no podía irse con los demás compañeros de HBC, pues levantaría sospechas, y tendría que resignarse a marcharse en su propio carro, aparcado metros más allá.

Sin que nadie lo notara, la mujer desvió su rumbo y corrió calle abajo, donde había estacionado su automóvil. En tanto, frente a los ojos de Cussack y los demás, Backwood subía precipitadamente al carro policial sin distintivos, el que, con el motor en marcha, seguía detenido. Los policías lograron, con un esfuerzo conjunto con los agentes federales, despejar el frente y recién ahí el coche puedo arrancar, ante las miradas impotentes de los profesionales de la prensa, que veían que su presa se perdía de vista.

- Será mejor que alguien se quede con Sandra – sugirió Cussack.

- Yo voy con ella – se ofreció Neal Ducho –. Ya estoy viejo para persecuciones en medio de la policía.

"*King*" se apeó de la furgoneta y siguió a grandes zancadas a la mujer, la que dio vuelta la cabeza una sola vez para ver si alguien la seguía. Sabía que Tom no la dejaría sola y que mandaría a alguien para que le hiciera compañía, era lo bueno de ese hombre.

La camioneta de HBC emprendió su marcha sin que nadie lo notara. La prensa de todo tipo estaba todavía conmocionada por el modo salvaje en que la policía los había desalojado del lugar, cortándole la fuente de trabajo. Uno de ellos, más atrevido que los demás, se acercó a su camioneta y se subió al volante, pretendiendo arrancar en pos del vehículo que se llevaba al ahora inocente John Backwood, pero a los tres metros de haber avanzado tuvo que detenerse. Un sonido extraño proveniente de la parte delantera de su automóvil lo hizo preocuparse. Al bajarse para ver la causa del problema, y para su disgusto todavía mayor, se percató que sus neumáticos estaban reventados, la única manera que había encontrado la policía para detenerlos y asegurar el escondite secreto del liberto. Esta acción indignó con mayor ímpetu a los reporteros, que juraron interponer una querella, incluso criminal, ante las entidades competentes.

Cussack siguió disimuladamente al vehículo que lo precedía, el que marchaba a una velocidad de casi ciento veinte kilómetros por hora, la máxima permitida en carretera. A ese ritmo era imposible seguirlos sin levantar sospechas, pero había que arriesgarse. El camino estaba completamente despejado, sin duda gracias a los contactos de la policía al desviar el tráfico por calles alternativas, y sólo unos pocos coches circulaban en la misma dirección.

- Si continuamos a esta velocidad pronto se darán cuenta que los estamos siguiendo – aseveró Selppa, el más preocupado de todos.

- Pero si la reducimos los perderemos – intervino Coultrand.

- Debemos arriesgarnos – confió Cussack en que no serían descubiertos –. Si no, el esfuerzo de Sandra sería en vano.

- Pero si nos descubren – terció Selppa – la vida de todos terminará.

Sabiendo que tenía razón, Tom Cussack continuó manejando, con la esperanza que pronto se acabara la travesía.

La persecución duró casi dos horas, y cuando por fin los hombres del estado se detuvieron definitivamente, los hombres de HBC se dieron cuenta que se encontraban en un lugar muy apartado de todo centro de cualquier ciudad.

Al fondo se elevaban colosales montañas verdes, donde cientos de animales tenían sus moradas, resguardándose de las torrenciales lluvias y cuidándose del avasallante calor. Praderas de un color esperanza teñían el perímetro del lugar, que se perdía en la lejanía, fuera del alcance de la vista.

La camioneta de los polis se había detenido en un punto cualquiera, y más atrás la furgoneta de los miembros de HBC esperaba vigilante, cada uno de ellos con anteojos prismáticos que a duras penas alcanzaba el margen posible de visualización.

- Espacio sideral – exclamó Cussack.

- No – descartó de inmediato Chris Anderson –. Mi contacto me dijo que Espacio Sideral queda en Ohio.

- O te mintió o se equivocó de lugar – espetó Tom Cussack, que estaba seguro que éste era el lugar donde dejarían al asesino.

Anderson no respondió, pero estaba seguro que su amigo no le había mentido. A través de los anteojos larga vista, los hombres vieron una casa casi abandonada, enclavada en medio de la nada, rodeada de árboles y hasta un pequeño riachuelo. Algo empezó a funcionar dentro de la cabeza del líder.

- Puede ser que tengas razón.

Anderson lo miró y volvió a mirar hacia delante. El lugar donde se ocultaba la camioneta de HBC era ideal para pasar desapercibido, pero de todas maneras estuvieron atentos a lo que pasaba a su alrededor.

- Hay algo que no funciona – volvió a decir Tom Cussack.

- ¿Qué es?- quiso saber Volko.

- Que los federales no se tomaron ninguna precaución para que nadie los siguiera – razonó Cussack –. Eso significa una sola cosa. Que, tal como dice Chris, éste no es el lugar definitivo donde lo van a dejar.

- Eso – intervino Selppa –, o esperan que lo maten afuera, y así quitarse un peso de encima.

El razonamiento de Sammy Selppa era sensato, si se consideraba además que el lugar no estaba protegido por nada, excepto la disposición geográfica, prácticamente inaccesible para quien no la conociera.

- No creo que quieran que lo maten – dijo Anderson –. Ellos no saben quiénes son los chantajistas, o sea nosotros, por lo que no se arriesgarán a que Shell se enfade. Él sabe lo que eso significaría para él.

- ¿Quieres decir que Shell ordenó que lo trajeran para acá, pero sin matarlo? Me parece lógico hasta cierto punto.

- Lo que no encaja es el porqué no lo llevan directamente hasta el lugar definitivo, considerando que éste no sea el lugar. ¿Tenemos algo en Ohio?

- Creo que no – respondió uno.

Ohio es uno de los 50 estados de los Estados Unidos, situado en la Región de los Grandes Lagos, y uno de sus principales centros industriales. Localizado en el Midwest de Estados Unidos —la región más industrializada del país— Ohio tiene a la industria como su principal fuente de ingresos. Otras fuentes de ingresos importantes son las finanzas, la

minería del carbón —que ayudó a hacer de Ohio una de las principales potencias industriales del país— la agricultura y el turismo. La rápida industrialización del estado hizo que diversas personas nativas del estado destacaran por sus invenciones y por su pionerismo. Thomas Edison nació en Ohio, y los Hermanos Wright —conocidos mundialmente por haber sido los primeros en volar en un avión (no sin controversias) — también crecieron aquí. Otro nativo de Ohio mundialmente famoso es Neil Armstrong, la primera persona en pisar la Luna.

- Tendremos que averiguar con certeza dónde lo llevarán – dijo Cussack – y viajar a Ohio si es necesario.

- Si quieres llamo a Neal y le informo de lo que está pasando. No sé por qué creo que pasaremos una larga jornada aquí.

No estaba equivocado.

El vehículo federal volvió a colocarse en funcionamiento, y muy pronto avanzó más, hasta perderse por completo. Durante todo este momento, Selppa trató de comunicarse con sus compañeros, pero con resultados negativos. Esto ponía de mal humor a todos, pero Tom Cussack se obligó a pensar. Había sólo una manera de averiguar dónde iría a parar el asesino.

Cuando regresaron, Sandra estaba en la oficina de HBC junto al “Rey”. Ambos esperaban ansiosos las noticias del despliegue que había originado Backwood, y ahora estaban dispuestos a escuchar.

- Traté de comunicarme todo el momento con ustedes dos – dijo Coultrand con un deje de reproche y rabia en la voz.

- Jamás sonaron nuestros teléfonos.

- Lo importante – dijo Cussack –, es que el lugar donde seguimos a los federales no era el sitio donde dejarán al asesino. Lo más probable es que sea en Ohio.

- Ah, claro – dijo Sandra –. Yo también recuerdo el informe de Chris.

- El problema – siguió Cussack – es que no sabemos con certeza que sea allí – y miró a la abogada.

De repente, a Sandra se le iluminó la cabeza y se dio cuenta de lo que estaba tratando de decir el hombre, y con un grito digno de la película *Psicosis* negó con todas sus fuerzas. Jamás volvería a pisar la casa de ese ser repugnante del fiscal, así que mejor se buscara a una de esas amiguitas con las que le gustaba pasar la noche de vez en cuando.

- No cuentes conmigo para eso – le dijo con la cara hecha una mueca de disgusto –. Si veo una vez más a ese hijo de perra, lo voy a matar. ¡Olvídalo!

- Trataré de averiguar con mi gente – dijo Anderson.

- No hará falta – sentenció Cussack –. Ahora mismo le haré una visita a ese tocayo mío.

Nadie dudó que Cussack hablara en serio.

A medianoche en punto volvió, como si se tratara de un reloj suizo, con una precisión exacta. Traía información primordial para la segunda – y más difícil – etapa de la misión. Traía el lugar donde llevarían a John Backwood.

- Dale a tu amigo las felicitaciones de mi parte – le dijo a Chris Anderson, jubiloso de alegría –. Ohio.

# 14

Como todos sabían, Ohio era un centro industrial próspero, cuna de célebres personajes de la historia de los Estados Unidos, grandes aportes a la ciencia y la NASA, entre algunos. La palabra "Ohio" significa en la lengua iroquesa *"Gran Río"*, *"Río Largo"* o *"Río Bello"*, y ninguno de HBC dudaba de tal definición. Sólo tenían un pequeño problema: en Ohio no conocían a nadie.

Tom Cussack no había dormido en toda la noche, y no sólo por el hecho de que había pasado una parte de ella en compañía de una mujer, sino también porque estuvo pensando en la manera de llegar hasta Ohio sin levantar sospechas.

Sabía que la policía no tenía pistas sobre ellos, y también sabía que había sido muy cuidadoso la noche anterior, cuando había decidido ir solo a la casa del fiscal a arrancarle una información. Él sí había recurrido a apremios ilegítimos.

Pero el insomnio había rendido sus frutos, y Tom Cussack, un hombre que se consideraba a sí mismo inteligente y ágil de mente, había encontrado la solución. Ahora, solo bastaba llevar a cabo la tarea.

Se levantó cerca de las ocho, mientras todo el resto dormía, e hizo algunas llamadas telefónicas a la centralita de la compañía de teléfono, la que le facilitó los números que deseaba. Luego, discó esos números, pero nadie le contestó. Quizás fuera la hora, o quizás se trataba de números antiguos. Lo cierto es que se preparó un desayuno abundante, como pocas veces lo hacía, y esperó una hora más prudente.

A las once volvió a llamar, y esta vez una voz de mujer le contestó. Parecía de unos cuarenta y tantos años y acostumbrada a tratar con personas que no conocía, pues se le daba de manera muy fácil la comunicación.

- ¿En cuál de las casas está usted interesado, señor Orson?

- En realidad no conozco ninguna de ellas – respondió Cussack –, y esperaba que usted me ayudara. Llamo de Illinois – volvió a mentir.

- Tengo tres casas que pudieran servirle, señor Orson – comentó la mujer al otro lado del teléfono –. No conozco sus necesidades, pero si usted me las dice, puedo serle de mayor utilidad.

- A decir verdad – dijo el falso señor Orson –, me gustaría arrendar las tres, puesto que somos un grupo de siete personas, mi esposa y mi hermano y otra familia de cuatro miembros más. Claro que me gustaría verlas antes.

- Eso no será ningún problema – contestó la dueña de las casas, un tanto extrañada que un hombre quisiera arrendar tres casas a la vez, pero feliz por el negocio de su vida –. Tome nota y le doy la dirección.

Cuando cortó, Tom Cussack se vistió, tras darse un buen baño de agua fría, envió un mensaje a cada uno de sus amigos solo con una frase: PREPARENSE PARA PARTIR. Salió raudo a la calle y tomó un taxi que lo condujo al aeropuerto, donde tomó el vuelo de las dos. Según sus cálculos, dentro de tres horas estaría frente a la dirección dada por la mujer.

El vuelo fue tranquilo y sin incidentes. La azafata se mostró servicial y atenta, y aunque le dieron *snack* de frutilla hasta que se hartó, catalogó de bueno el servicio. Al aterrizar, divisó montones de taxis con todos los destinos posibles, a precios similares. No es que le importara el precio, pero había que levantar la menor cantidad de sospechas posibles.

Se acercó a un conductor que leía el periódico, echado en el asiento y con los pies sobre el volante. Al ver al hombre, al que creía turista, se deshizo en disculpas y le preguntó dónde se dirigía.

- A la calle Neil Armstrong.

El chofer le hizo un gesto para que subiera, y Cussack usó el asiento de atrás. Por la ventanilla miraba el paisaje gris de la ciudad, que había subido su ingreso per cápita de una manera ostensible y acelerada, gracias a las inversiones de las empresas privadas, que veían en la ciudad una manera mucho más rápida de enriquecerse a costa de los esforzados trabajadores.

Tom Cussack pensaba que la vida era muy injusta. Mientras él y sus amigos tenían todo el dinero que un hombre podría soñar, y más aún, tenía todo el dinero que una persona era capaz de contar, había gente que se moría de hambre, jóvenes que no podían estudiar porque el dinero de sus padres apenas le alcanzaba para sobrevivir, ni siquiera para vivir.

Así y todo, Tom Cussack no era feliz. ¿Con cuántas mujeres se había acostado? ¿Veinte, treinta, cien? ¿Y cuántas de ellas eran simples putas callejeras? Lo que no te daba una cosa, te lo daba la otra, pero nunca las dos al mismo tiempo.

De repente sintió un apretón en el brazo, y al salir del embobamiento de sus reflexiones se encontró con la cara del taxista que le decía, desde hacía unos minutos, que ya habían llegado al lugar. Cussack pagó la carrera, le dio el cambio como propina y se dedicó a buscar la dirección que le habían dado: faltaban diez minutos para las seis.

El lugar que buscaba era una casa con un pequeño antejardín, donde unas llamativas rosas rojas anunciaban un cartel que decía simplemente SE ARRIENDA. Tom Cussack vio el lugar, y aunque no era lo que había pensado por teléfono, el sitio le agradó: apartado de la bulla del centro de la ciudad, pasaba desapercibido para sus propósitos, y lo mejor de todo era que en la casa, gracias al jardín bien cuidado, parecía que vivía una mujer.

El hombre llamó y casi enseguida apareció en el umbral una mujer vestida con delantal de cocina y un par de servilletas en la mano. Cuando el hombre de HBC se presentó, ella le dio mil disculpas y le abrió la puerta, invitándolo a pasar.

La casa era pequeña, pero estaba bien provista. Al fondo descansaba un mueble viejo y ajado, pero resistente, que hacía las veces de biblioteca. En su frente, otro pequeño mueble soportaba un televisor y aparato de video, el que estaba envuelto en un paño para protegerlo del polvo. La mujer se notaba que era muy cuidadosa.

- Me decía usted que deseaba arrendar mis casas – le preguntó la mujer, tendiéndole un vaso de agua que Cussack aceptó de buena manera –. ¿Estoy en lo cierto?

- Así es – contestó el hombre, y mentalmente repasó la historia que tenía inventada –. Mi familia es numerosa y necesitamos arrendar las tres casas suyas, para no vivir todos juntos, usted me entiende – ella dijo que si con la cabeza –. Venimos de Illinois, donde tuvimos algunos pequeños problemas con mis padres – mintió –, y no queremos que sepan dónde estaremos.

- No se preocupe por mí – lo tranquilizó la mujer –, soy una verdadera tumba. Eso sí, debo advertirle que las casas son pequeñas y que están todas en este mismo sitio. Quizás eso represente para usted un problema o incomodidad.

- En absoluto – ahora la tranquilizó él –. Mejor si estamos en el mismo lugar. Así no me sentiré tan solo con mi esposa.

Ella sonrió y a continuación hablaron de dinero. Cussack no la interrumpió ninguna sola vez, y los ojos de ella se abrieron como platos cuando el inquilino le dijo que necesitaba arrendar las casas, en un principio, por tres meses hasta que se solucionaran los problemas con su familia, y pagó por adelantado ese tiempo. La mujer estiró la mano sin poder creer que Cussack, ahora convertido en el señor Orson, añadía una tentadora suma extra por el silencio de ella.

- No se preocupe – le dijo al hombre –, porque su secreto estará bajo siete llaves.

Sin saber por qué, el hombre confiaba en ella.

Tres días después todos los miembros de HBC ya estaban viviendo en Ohio, resguardados al calor de una chimenea, todos juntos en la primera casa visitada por Cussack. Las noticias habían anunciado la liberación del asesino John Backwood, el que había sido enviado a los lugares predispuestos por el gobierno para la protección de testigos, aunque no habían dicho qué lugar era aquél.

Después de establecerse correspondientemente en el nuevo hogar, Cussack y los demás empezaron a desempacar las cosas, los computadores, las carpetas plásticas con documentos importantes, todo lejos de la vista de la dueña de la casa, la que podría empezar a hacer preguntas algo comprometedoras.

La mujer había abandonado la casa en cuanto sus nuevos arrendatarios habían llegado, y no se volvería a aparecer hasta dentro de tres meses, tiempo en el que supuestamente concluía el contrato de arrendamiento, pero eso iba a depender de la celeridad con que se llevara a cabo la operación para averiguar el lugar de reposo del criminal.

Tom Cussack confiaba en que todo el operativo fuera rápido, no tanto para terminar todo el proceso, sino más bien para volver a su casa, a la que ya empezaba a extrañar. Los demás se habían adecuado perfectamente, y gracias a su ayuda ahora la casa de la arrendadora parecía un centro de investigación nuclear o algo así. Cables provenientes de los computadores atravesaban el suelo de madera de un extremo al otro, mientras que por el cielo, también de madera, otro tanto se equilibraba precariamente sobre lámparas y muebles que casi lo tocaban. En las otras casas ocurría lo mismo, y cualquiera que entrara en una de ellas y viera semejante enjambre pensaría que se encontraba en una nueva sede de la NASA o la NSA.

Tal como sabía, Ohio se dividía en cuatro secciones grandes, que eran las *Llanuras de los Grandes Lagos,* las *Llanuras Till*, la *Meseta de los Apalaches* y la *Región de la Hierba Azul.* Según los conocimientos de Myers Armstrong, lo más probable era que el asesino encajara en la Meseta de los Apalaches del Sur, ubicadas en el sector oriental del estado, rodeada de ríos y lagos de muy difícil acceso. Encontrar el lugar no sería difícil, lo difícil sería ubicarlo *físicamente*.

La búsqueda comenzó a la semana siguiente, encabezando la marcha Chris Anderson, siguiendo algunas indicaciones de su amigo Myers, al que había llamado aun contra su voluntad, más que nada por temor a comprometer a su informante.

El lugar se perdía hacia las montañas, en su mismo interior, donde el paisaje se mostraba verde y húmedo. Grandes riachuelos atravesaban el camino, y solo había forma de atravesarlo gracias a puentes, que al parecer habían sido construidos hacía mucho tiempo, puesto que presentaban una oxidación preocupante. Coultrand se preguntó cuánto tiempo más resistiría el peso de una furgoneta cargada con siete personas antes de romperse y matar a todos sus ocupantes.

De vez en cuando un rebaño de ovejas se tomaba el camino y había que detenerse hasta que atravesaba por completo de un lado a otro: se perdían como promedio cuarenta minutos. El clima era cambiante, pues al avanzar se podían ver nubes cargadas, pero más allá unos tenues rayos de sol amenazaban con iluminar el camino.

Cussack conducía a una velocidad constante, sobre los cien kilómetros, y calculaba que ya llevaba casi dos horas al volante cuando divisó las primeras casas de un sector que parecía ser una especie de camping o casa de veraneo. Una verja protectora rodeaba todo el perímetro, impidiendo la entrada de todo intruso.

- Ese es el lugar – exclamó Anderson, y se llevó los catalejos a los ojos.

El sitio estaba emplazado en medio de una arboleda que ofrecía sombra en los días de sol y amparo de la lluvia en los días invernales. Alrededor se podía apreciar unos cuantos riachuelos que eran ríos cuando bajaban de las montañas, pero que se convertían en deltas cuando pasaban por el sector, prestos a desembocar más abajo en los ríos Adirondack y Hudson.

En todo el perímetro se visualizaba a guardias de seguridad vigilando el lugar, aunque ninguno de los miembros de HBC divisó a gente del FBI o de la policía custodiando la zona. Los guardias pertenecían a una empresa privada llamada Customer Guard, y eran los encargados de mantener el orden dentro del lugar, garantizando el correcto funcionamiento del lugar.

- Esto es un lugar para veraneo – dijo Sandra después de ver por sus anteojos larga vistas a la distancia –. ¿Estás seguro que éste es el sitio?

Nadie contestó, pero Anderson hizo un gesto afirmativo con la cabeza, mirando siempre adelante. Desde la distancia se podía apreciar a unos cuantos hombres y mujeres pasearse por los verdes pastos que los rodeaban, a unos bajándose de sus autos y a otros encendiendo fuego para asar carne. Ninguno de ellos tenía aspecto de ser testigos de asesinatos o soplones de la mafia, pero los hombres dentro de la camioneta habían aprendido que las apariencias engañaban a ojos inexpertos, algo que a ellos muchas veces les había sucedido.

Con las luces apagadas y ocultos tras un recodo del camino, lejos de la mirada de los veraneantes, Cussack descendió del vehículo y se acercó un poco más, teniendo cuidado de no colocarse en medio de la "línea de fuego". Recién ahí se percató de otro detalle: en cada una de las esquinas del rectángulo que conformaba el lugar de descanso había cuatro torres de iluminación, iguales a las que había en los estadios para los partidos de noche, y que seguramente abarcaban un radio extenso. Por lo tanto, entrar de noche quedaba descartado. Entonces Cussack volvió a la camioneta y les comunicó los hallazgos a sus amigos.

- El lugar está custodiado a la perfección – comentó –, por lo que habrá que inventar la manera de acercarse al lugar sin ser descubiertos. ¿Alguna sugerencia?

-Hacernos pasar por policías – propuso Selppa, aunque sabía que era la peor idea que se le pudo ocurrir.

Nadie le respondió, pero Selppa ya se lo esperaba. Todos permanecieron en silencio un buen rato, y mientras Volko comprobaba que eran casi las nueve de la noche, las torres de iluminación se encendieron, iluminando el sector tal como lo hacían las luces de Las Vegas sus calles y rincones más alejados. Abrieron los ojos ostensiblemente, sólo para comprobar que no podrían moverse sin ser vistos desde esa distancia. ¿Tendrían que quedarse dentro de la furgoneta toda la noche?

- Debes hablar con tus amigos falsificadores, Tom – le dijo Neal Ducho, sabiendo que, tal vez, era la única solución que tenían para pasar desapercibidos –. Podríamos convertirnos en una empresa de aseo o lo que sea para poder entrar sin temor a ser descubiertos.

Cussack lo miró y sonrió. Por eso le gustaba contar con esa gente, sus amigos, todos ágiles de mente y dispuestos a colaborar incluso en los momentos más difíciles. La clave estaba en las palabras que había pronunciado el “Rey”, por algo le llamaban así, aunque en realidad se había autoproclamado con ese nombre.

El único inconveniente que presentaba esta disposición era que uno de ellos tenía que volver a la otra ciudad para esperar los documentos falsificados, que tardarían como mínimo una semana, tiempo similar al que demoraron las falsificaciones de las credenciales de la compañía eléctrica. Sería el mismo Tom Cussack el que se devolvería, y mientras tanto sus amigos tratarían de averiguar lo más que pudieran sobre la nueva rutina del asesino.

Backwood ya había sido llevado hasta el lugar y ya estaba habitando una de las casas otorgadas por el gobierno, y ninguno de los miembros de HBC se había percatado del hecho. Las luces halógenas de las torres de iluminación abarcaban un radio extenso, y con mucho cuidado Cussack movió la camioneta, logrando escapar sin ser vistos. Una de las medidas de seguridad eran precisamente esas torres iluminadoras, aunque, y ésto no podían saberlo ellos, las encendían automáticamente por medio electrónico, pues durante años nadie se había acercado por esos lugares.

John Backwood no podía creer que todo esto le estuviera sucediendo. Había asesinado a una niña que, como en su fuero interno lo sabía, lo excitaba, la había violado y había satisfecho sus más oscuras perversiones. Se había entregado para reducir la condena, algo que sin duda no iba a ocurrir, y cuando estaba perdido, aparece la mujer para salvarlo y, finalmente, sacarlo en libertad. ¿Es que acaso Dios tenía nuevas misiones para él en la tierra? La Biblia le había enseñado muchas cosas, entre ellas que cada ser vivo tenía la misión específica que le agradaba al Todopoderoso, y que era parte de su vida concretarla. Una voz le había dicho que debía poseer a la niña y convertirla en mujer, para que aprendiera el oficio de dueña de casa cuando creciera y se convirtiera en esposa. Había vivido en un entorno de desesperación y angustia.

Estaba cansado de ver matrimonios acabados, mujeres solas manteniendo a sus hijos mientras los padres se paseaban del brazo con su amante, reconociendo hijos de otros y menoscabando a los suyos propios. ¿Cuántas mujeres conocía que se habían separado porque no fueron capaces de satisfacer a su marido en el aspecto que fuera? El problema, según Backwood, empezaba en la raíz, empezaba desde la niñez. Las niñas sólo

se dedicaban a pasarlo bien, a ir a fiestas donde la droga, el alcohol y el sexo pasajero eran los principales anfitriones. Por lo mismo, había que cortar el problema desde sus orígenes, desde la pubertad misma, y él había contribuido con su granito de arena.

John Backwood era un tipo verdaderamente inexplicable. Durante su infancia había vivido alejado de las normas que identificaban a una sociedad, un ambiente acelerado y lleno de obstáculos. Cuando niño, su padre lo maltrataba a diestra y siniestra, explorando los rincones más profundos de su ser, conociendo su dolor y sus súplicas. La madre, una mujer que vivía el día a día con una sombra de dolor sobre sus hombros, no podía ayudarlo, y tal vez por lo mismo el pequeño Johnny siempre la había odiado. Fue entonces, cuando apenas tenía siete años, que conoció el verdadero significado de la palabra dolor.

Sus pesares provenían de una sola palabra: su padre. Durante décadas había sido sumiso, callado, hasta melancólico, y sus compañeros hablaban a sus espaldas, diciendo que era incluso autista. Todos ellos pagarían por sus dichos.

Lo cierto es que nunca pudo vengarse efectivamente de sus estúpidos compañeros, y fue creciendo bajo la influencia de su padre, un hombre rudo y carente de sentimientos, digno de ser un eterno morador del Infierno.

Backwood debía encontrar una manera de salir del encierro, y la primera opción que encontró fue un cuchillo. Cierto día, mientras su madre había salido de compras al mercado más cercano, y mientras su padre dormía borracho, tirado sobre la cama, completamente fuera de este mundo, Johnny había visto la oportunidad de su vida. Sabía que no volvería a estar en una situación como ésta, por lo que debía aprovecharla.

Se acercó al cuarto donde dormía, miró en todas direcciones, y aunque temblaba de miedo, se adentró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Escuchaba los ronquidos horrendos del sujeto, que más se parecían a los estruendos de un animal.

Rodeó la cama y se paró frente a la cabeza de su progenitor, que en un momento se movió, lo que desesperó al muchacho, que dejó caer estrepitosamente el cuchillo al suelo. Con el alma en un hilo esperó que el monstruo se despertara y lo golpeara, y mientras inventaba mentalmente una excusa para explicar la presencia del arma blanca en el lugar, vio que el sujeto seguía durmiendo, y que ni un terremoto lo despertaría.

No esperó mucho más, se armó de valor y levantó su mano derecha, donde sostenía el cuchillo. Dando un pequeño saltito para darse impulso, se dejó caer con toda su fuerza y hundió el arma en el pecho de su padre, el que se contrajo grotescamente. Un manchón de sangre comenzó a pintar las sábanas de rojo, y luego se convirtió en púrpura.

John Backwood miró con éxtasis el hecho que había cometido, y se sintió satisfecho. La primera de sus pesadillas había terminado, ahora quedaba el mal menor: la ramera de su madre.

Una vez había visto algo que lo había indignado, que lo había hecho sentirse más insignificante de lo que era. Venía del colegio, una escuelita municipal destartalada donde apenas le enseñaban matemáticas, y donde escasamente aprendió a sumar, y notó que la puerta de su casa estaba abierta. Por regla general, llegaba muy tarde a su casa, pero aquel día volvía más temprano, pues uno de los escasos profesores se había enfermado y no había asistido; el pequeño Johnny estaba seguro que se trataba de otro problema.

Entró en la casa y encontró ropa de mujer desparramada por el suelo, calcetines, calzones y hasta el corpiño. ¿Acaso alguien había asesinado a su madre y le habían ahorrado el trabajo? Pero no fue así, como pudo comprobar unos minutos después. Gritos, gemidos y palabrotas llegaban hasta sus oídos desde la habitación del fondo, la que ella compartía con el monstruo. ¿La habían dejado mal herida, y sólo bastaba darle el tiro de gracia? Si era así, éste sería el final de la mujer.

Se acercó hasta el cuarto y asomó su cabeza. De inmediato sintió como si un fuerte golpe lo derribara y lo dejara semiinconsciente. Tardó en reaccionar. Su padre no estaba, solo la mujer que cada vez decía más palabrotas y aumentaba el tenor de sus quejidos. Después escuchó una voz de hombre, y con cautela se metió incluso más dentro del dormitorio.

Su madre estaba tendida de espaldas, completamente desnuda, mientras que un hombre estaba sobre ella, también desnudo. Llenos de sudor, él con rasguños en la espalda, ella con manchas blancas sobre su pecho, el sujeto la penetraba violentamente, embistiéndola con fuerza, al mismo tiempo que su fugaz amante lo insultaba y lo escupía.

Fue aquella vez que el muchacho supo lo que significaba infidelidad.

Pero ahora, que ya había asesinado a su padre, estaba dispuesto a terminar su primera gran misión en esta tierra. Una vez había escuchado hablar sobre la Gran Ramera, y aunque no tenía idea qué significaba, estaba seguro que ahora estaba en casa, y era su madre.

Esperó que la mujer llegara, oculto dentro del armario de su dormitorio, viendo por las rendijas el cadáver de su padre, todavía sangrando y ahora goteando hasta el suelo. Sintió el cerrojo cerrarse, señal de que su madre ya había entrado. Escuchó la voz de la mujer llamándolo, pero, otra vez con los nervios de punta, esperó que los acontecimientos se sucedieran al ritmo que estaba predicho. Ella volvió a repetir su nombre, esta vez imponiéndole una especie de reprimenda.

- ¡¿Dónde te has metido, maldito muchacho?! Si no apareces de inmediato, juro por Dios que te apalearé hasta que me canse.

*Y la muy maldita se atrevía a hablar de Dios*, pensaba Johnny, mientras por dentro su alma empezaba a llorar. *Ven aquí, maldita perra, y mira dónde me he escondido.*

La madre dejó los paquetes que traía en el suelo y John la escuchó avanzar algunos pasos, aunque no sabía dónde se dirigía. A la muy estúpida no se le ocurría buscar en su cama, claro, si no estaba su amante.

No era que a John Backwood le importara saber que su madre engañaba a su padre, y escondido dentro del clóset, con la cabeza despejada y pensando detenidamente, lo más que podía para un chico de diez años, se dio cuenta que en realidad ésta era la excusa ideal para acabar con la miserable vida de esa zorra que lo único bueno que había hecho era parirlo a él. Claro que sin padres se quedaría sólo, pero ¿no estaba solo ya desde hacía mucho tiempo?

Otra vez escuchó pasos, pero evidentemente esta vez estaban más cerca de la puerta de entrada del dormitorio. Después escuchó que la puerta del cuarto empezaba a abrirse y una cara blanca y enojada asomó sus narices. No divisó al hombre que yacía inerte, tampoco a su hijo, por lo que salió del dormitorio sin una mayor inspección. Dentro del armario, Johnny explotó en cólera, y rompiendo la seguridad de su escondite, salió corriendo, dispuesto a matar a su madre en ese mismo instante.

Delante de él, la mujer escuchó el ruido y se dio la vuelta. Vio a su hijo empuñando un cuchillo ensangrentado hasta el mango, y ella abrió los ojos como platos. Trató de dar un grito, pero lo cierto es que de su garganta no salió ni siquiera un chillido. Miraba bobamente a su hijo, el que temblaba por la acumulación de adrenalina. El joven le mostraba el dormitorio, la llamaba hacia allá, y la mujer por fin captó el mensaje.

- ¡Maldito hijo del demonio! - le espetó con furia al verlo –. Maldito sea el día en que te parí. Ojala te hubieras muerto.

Johnny recordaba que había escuchado que en el parto de su madre había habido complicaciones que casi le cuestan su vida. Los médicos decían que si el bebé lograba salvarse, era probable que sufriera malformaciones físicas para el resto de su vida, o que sufriera trastornos de la mente, esquizofrenia, personalidades múltiples.

Backwood tuvo el cuidado de entrar después de su madre, y cuando ésta vio el espectáculo que se presentaba ante sus ojos, lanzó un grito aterrador, bestial. Ante sus ojos estaba el hombre con el que estaba casada, aunque lo engañaba día a día. Johnny se preguntó por primera vez si el hombre al que conocía por papá era realmente su padre. ¿O sería el amante el verdadero progenitor?

Cuando la mujer se dio la vuelta para interrogar a su hijo por la muerte de su padre, no alcanzó a divisar con claridad el objeto que se precipitó sobre ella, por lo que sólo pudo esquivarlo parcialmente. El primer corte lo sufrió en el hombro, cerca de la clavícula, y un hilillo de sangre brotó como por arte de magia. La segunda estocada la tuvo en el antebrazo, y llegó tan rápida como el rayo.

Ella reaccionó un segundo más tarde, se dio la vuelta y trató de salir corriendo, pero su hijo le lanzó una patada a las espinillas y ella cayó al suelo, azotándose con fuerza

la cabeza. Ella quedó paralizada, y cuando giró su cuerpo vio que su hijo, al mismo que maldecía diariamente por haber nacido, estaba como poseso, completamente transformado, sosteniendo en la siniestra un cuchillo sangrante.

- ¡Dile al bastardo que ahora venga a follarte! – le gritó exultante, lleno de rabia –. ¡Dile que venga antes que te mate!

- Johnny, por favor – trató de hablar ella.

- O querrás que te viole yo mismo.

Y el muchacho, convertido de un minuto a otro en hombre, violó reiteradas veces a su madre, la que había perdido todas las fuerzas para defenderse. Cuando el joven hubo saciado toda su sed de venganza, cogió otra vez el cuchillo y lo enterró varias veces en el pecho de ella, en medio de las tetas, tantas veces acariciadas por manos asquerosas e indignas.

Backwood vio cómo los últimos hálitos de vida de su madre se extinguían para siempre. Había terminado su primera gran misión, quién sabía cuántas más vendrían.

Ahora, tanto tiempo después, no dudaba que las puertas del cielo se le estaban abriendo, pues Dios había comprendido que su misión había sido cumplida. ¿Qué más tenía que hacer para caer en la gracia de Cristo? Y el premio lo había recibido ese preciso momento, el momento adecuado, no otro.

La casa que habitaba no podía ser más a su medida: apartado del bullicio infernal de la ciudad, lejos de toda la miseria que siempre lo rodeó, sin la amarga compañía de los vagabundos que estiraban su mano pidiendo limosna. Cerró sus ojos y trató de recordar su vida en su barrio, pero por más que trató no lo consiguió. Dios incluso lo estaba premiando con eso, y ahora él debía corresponderle.

Si bien era más chica de lo que había imaginado, tenía todas las comodidades que una ser humano pudiera desear. Un televisor de pantalla plana y muy grande mostraba los canales que él quisiera ver, y así se percató que los medios lo trataban de inocente, de un error de los federales, de la injusticia de Tom Shell. Una cocinilla lujosa de seis quemadores para asar su alimento, cocinar las verduras y prepararse los postres. El dormitorio tenía una cama de dos plazas, con colchón blando y suave, ideal para un día agotador, para recuperar la calma y la reflexión. Y lo mejor de todo, algo que jamás pensó: una mesa de pool donde, todos los días, podía perfeccionarse hasta alcanzar el grado máximo.

Durante el viaje los hombres que lo trasladaban le dieron algunas instrucciones, que él iba a cumplir al pie de la letra. Primero, no podía salir a la calle por temor a alguna represalia que le costara la vida, algo que también terminaría con la carrera de la policía, aunque esto no se lo dijeron. Segundo, no debía preocuparse por sus deudas, pues el Estado las cancelaría. Y tercero, no debía preocuparse por la comida, pues sagradamente

mes a mes una camioneta sin distintivos se la haría llegar, y él sólo tendría que prepararla: si no sabía cocinar, más le valía que fuera aprendiendo.

Estaría solo, sin nadie que lo viera en mucho, mucho tiempo. Adiós familia, adiós momentos dulces de su entorno, adiós a muchas cosas. Pero el objetivo final era el cielo, y por ganarlo él estaba dispuesto a todo.

Caminó por la casa, reconociendo los lugares que tarde o temprano le resultarían familiares. Las luces se encendían todas de la sala de estar, y sólo se diferenciaban por los interruptores que debía presionar. John Backwood se paseaba de un lado a otro, se sentaba, volvía a pasear, y se sentaba definitivamente. En el sillón, con los ojos cerrados, la música del aparato de sonido a medio volumen, se ponía a meditar sobre los últimos acontecimientos de su vida, ocurridos días atrás. ¿De dónde había aparecido esa mujer, que con un simple castañear de los dedos, lo había sacado de ese horrible lugar y lo había devuelto a respirar aire puro? Definitivamente Dios se estaba portando muy bien con él, y de alguna manera él tenía que devolverle el favor. ¿Acaso estaba esperando que se acostara con esa abogada, su hada madrina, que lo había devuelto a la calle? Así sería entonces.

No podía negar que aquella mujer lo excitaba, hacía que sus erecciones fueran espontáneas en cuanto la veía. Pero tendría que irse con calma, pues no era lo mismo convencer a una mujer adulta, y madura, que a una niña que se podía convencer con un dulce de colores. Pero tampoco podía abstraerse a su destino, y Dios le había señalado el camino para satisfacer a aquella hembra, cuyo olor despertaba en Backwood sus más depravados instintos. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido así?

Recordó aquella vez. Era una mujer mucho menor que él, tal vez diez años menos, pero su desarrollado cuerpo presentaba la madurez de una mujer adulta. Ella siempre lo rehusaba, pues sus padres eran muy estrictos, pero lo que Backwood no sabía era que a ella tampoco él le gustaba. Aunque varias veces la había llevado en su taxi gratis, ella veía en él a un hombre desesperado por ella, pues notaba sus miradas lascivas, sus gestos atrevidos y su poca y nada precaución al hablar de temas complicados. Hasta que un día, sin poder contenerse más, John Backwood dio rienda suelta a sus emociones.

Acarreó a la muchacha en su auto y la llevó, mediante engaños, a un sitio despoblado donde la violó, amenazándola con matar a sus padres si hablaba una sola palabra. La chica, asustada, prometió jamás decir nada, hasta el día en que el violador cayó por el crimen de Stephie, donde salió a la luz aquél y otros abusos más que el animal había cometido.

Pero ahora todo era diferente. La mujer que lo había salvado era adulta, una hembra en celos, y sólo debía verla una vez más para consumar sus hechos que desarrollaba en la mente. Estaba seguro que volvería a ver a la mujer, aunque ésta le había dicho lo contrario.

De eso no se equivocaba.

Backwood no podía aburrirse. Por la ventana miraba el hermoso paisaje, los vecinos recrearse al aire libre, y aunque le habían dicho que el primer mes debía pasarlo encerrado, era mucho mejor (infinitamente mejor) que estar tras las rejas. Además, después de los treinta días podría tomar el aire fresco de las mañanas y entrarse con el frescor de la tarde, cuando las estrellas le avisaran que el día ya se estaba acabando.

En la despensa tenía de todo para pasar una semana, periodo después del cual le harían llegar los alimentos necesarios para el mes. Era como ir al supermercado con la familia y traer lo necesario para pasar los días sin privaciones. Tenía ducha con agua caliente, no tenía que preocuparse por pagar las cuentas, pues para eso era inocente y el estado debía pagar las necedades que había cometido en su captura. Y lo mejor de todo, estaban protegiéndole desde el exterior.

Allí no tenía nada que temer, ni las represalias de la familia de la niña ni las de la gente que quería lincharlo cuando lo detuvieron la primera vez. ¿Es que acaso los familiares de Stephanie no podían entender? ¿No podían creer que era el destino, su destino, impuesto por Dios, el que había sido escrito desde el inicio de los tiempos?

Estaba escrito que la pequeña Stephie sufriría una existencia llena de dolores y menoscabos, donde la figura de un hombre protector debería prevalecer por sobre todas las demás cosas. Durante mucho tiempo había estado pensando cuál era el camino correcto que debía enseñarle a la niñita, pero jamás tuvo la suficiente claridad para descubrirlo por sí solo, por eso había solicitado la ayuda divina. Y Cristo, siempre con su magnánima fuerza y su inconmensurable poder y alcance, lo había iluminado y le había mostrado el sendero que debía recorrer, un camino liso y sin obstáculos, lleno de paz y armonía. Ese era el camino por el que había llevado a la niña, hasta el día mismo de su muerte.

Ahora estaba en paz consigo mismo, pues había hecho todo lo que Dios le había pedido. Escuchaba su voz dentro de su cabeza, una voz melodiosa que le ordenaba cada día más, que le decía lo que tenía que hacer y que le susurraba lo que vendría. Estaba dispuesto a seguir al pie de la letra todas sus órdenes para ganarse el Cielo, un bien tan preciado pero que muy poca gente entendía su significado.

Porque tal como existía el Cielo, también existía el Infierno. ¿Entonces cuál era su diferencia? Precisamente ésa era la sutilidad de los elegidos respecto a los simples mortales. Como enviado del Señor, John Backwood podía encontrar las diferencias entre ambos lugares, pues si bien ambos eran moradas permanentes para las almas que desaparecían del mundo, al Infierno se iban aquéllas que no fueron capaces de llevar a feliz término las enseñanzas de Jesucristo, que fueron incapaces de cumplir su misión aquí en la tierra. Porque todos los seres humanos tenían una misión que llevar a cabo, y sólo había que saber buscarla para averiguar cuál era.

Para John Backwood todo esto era un premio, una muestra del poder de Dios por haber cumplido su misión. La libertad, la paz interior, el lugar donde se encontraba ahora, todo se trasuntaba en un logro obtenido con las más altas calificaciones. Incluso la muerte de la pequeña había sido un éxito rotundo, y tal como le dijo la voz del Todopoderoso, el agua le devolvería la vida. Recordó mentalmente los libros que había leído cuando estaba más joven, libros que ocultó el mismo día en que el FBI lo detuvo "con falsas acusaciones y abusando de su poder". Ahora le hubiese gustado tenerlos cerca para estar más cerca de Dios, para escuchar sus enseñanzas.

Uno de los propósitos de los rituales en las tradiciones indígenas es aportar curación, lo que ocurre en gran medida, en el contexto de una comunidad que aprecia lo que somos, nos acepta y cuida. Sin ese sentido de comunidad, nos sentimos aislados y hasta enajenados, un sentimiento que en parte tratamos de llenar desesperadamente con hiperactividad y ocio, pero que pocas veces funciona. Existen muchos tipos de rituales y sirven a distintos propósitos: regeneración, júbilo, iniciación, entrega, celebración, introspección… El agua, tan abundante en nuestro cuerpo, y muy bien representada por nuestras lágrimas, limpia, reconcilia, purifica y libera tensiones. El agua enfría una psique fogosa y equilibra aquello que está agitado, nos sostiene y nutre. El agua nos invita a reducir el paso, dentro y fuera, y nos permite prestar atención a aquello que pasa desapercibido a más velocidad. Nos recuerda el mundo del Espíritu, el "otro mundo"
El agua también se asocia con los sentimientos de pena y pérdida; la perdida resultante de no haber notado lo que tendríamos que haber percibido, en otros o en nosotros mismos; pena por la laguna entre lo que es posible y lo que es imposible en la vida.
El agua salada de las lágrimas son signo del deseo de reconciliación: con los demás, con nosotros mismos, pero sobre todo, con el mundo del espíritu porque el agua limpia y se lleva la impureza de nuestros fallos y fracasos.

Un ritual de agua, no se desarrolla necesariamente en dicho elemento, y el de duelo que se celebrará en las Alpujarras es un ejemplo de ello. En este caso, el agua la llevamos dentro, en forma de lágrimas, de pena, de sentimientos ahogados… es nuestra conexión interna con lo sagrado.

El ser humano ha buscado desde siempre su purificación, como herramienta de acercamiento a la divinidad. Los ritos encaminados a tal fin han pasado de cultura en cultura hasta llegar a nuestros días, adaptándose siempre a todas las creencias religiosas, incluido el cristianismo. Por tanto, no resulta extraño encontrar en nuestra tierra algunos de esos rituales ancestrales que aún perviven, especialmente en fechas claves como la Noche de San Juan. Aunque las actuales manifestaciones de este tipo son consideradas como simples actividades folklóricas, ya que han perdido su faceta mágica por el aumento del peso festivo, sobre el fenómeno aún se cierne un cierto velo de misterio.

En nuestro actual contexto cristiano, los protagonistas de tales celebraciones son santos o vírgenes, como el citado, pero – como se ha dicho – sus orígenes se encuentran mucho más atrás de ese marco religioso en el que se encuadran en la actualidad. El cristianismo asimiló gran parte del sustrato religioso preexistente a su aparición, especialmente durante su expansión, lo que conllevó una cristianización de ritos y creencias paganas. Ciñéndonos al ejemplo de la festividad de “La Pura”, desde tiempos inmemoriales la especie humana ha celebrado rituales de purificación con el fin de prepararse para afrontar el gran acontecimiento del solsticio de invierno, fecha del nacimiento de todos los dioses solares. Ya el hombre primitivo trataba de agradar al Sol y conseguir que no desapareciera. El temor estaba fundado en que cada día el Astro Rey permanecía menos tiempo en el firmamento visible.

John Backwood conocía todo esto de memoria, y estaba convencido que Stephanie Birlock iba a renacer igual como el Fénix lo hacía de las cenizas, con la única diferencia que la niña iba a resucitar poderosa, fuerte, y dispuesta a cumplir la parte de su misión en la tierra: satisfacer sexualmente a los hombres que la poseyeran.

Su destino ya estaba escrito.

Cussack volvió a la mañana siguiente y se reunió inmediatamente con sus amigos falsificadores. La tarea era sencilla: confeccionar las credenciales que garantizaran la entrada a Espacio Sideral, para así mantener vigilado al asesino, la rutina de los guardias de seguridad, los agentes del FBI de paisano que con toda seguridad estarían custodiando cualquier intento de asesinato del tipo. Este desafío no presentaba ninguna complicación para el hombre, que aseguró que, a más tardar, tendría las nuevas credenciales en una semana más. Cussack asintió.

Mientras tanto, el hombre haría unas cuantas cosas para no desperdiciar el tiempo. Primero, llamaría a alguna de sus amigas para pasar la noche. Las mujeres de hoy en día se acostaban con uno por dinero, para pasar un momento de sexo pasajero, cobraban y se iban. Pero Cussack creía que sus amigas iban por algo más que el dinero. Ellas buscaban un poco más las caricias, el estar acompañadas de un hombre que las entendiera, que las comprendiera y las apoyara en sus momentos difíciles. Si estaba equivocado no le importaba.

Luego se dedicaría a planear el modo de comunicarse con Sarah Fletcher para informarle sobre los avances. Habían acordado que, mediante un aviso de trabajo en la radio la madre de la pequeña Stephie se enteraría cuándo debía asistir a la cita, y ella, de seguro, esperaba ansiosa ese momento.

Tom Cussack no iba a perder su tiempo, y aunque esa noche durmió solo, muy distinta iba a ser la siguiente.

Muy temprano en la mañana se levantó, y después de tomarse un contundente desayuno, se dirigió a las oficinas de la cadena de radio Emisoras Locales para informarse sobre cómo colocar un aviso de trabajo. La secretaria, una mujer bajita de cabellos oscuros y ojos del mismo tono, lo atendió cortésmente, y después de quince minutos Tom Cussack redactó el aviso, solicitando personal cualificado para trabajar en un cargo administrativo próximo a definir. Los interesados debían enviar sus antecedentes a la casilla 57VI de la ciudad a más tardar el miércoles venidero.

Lo cierto es que Cussack jamás verificaría aquella casilla, sino que lo único que quería comprobar era la periodicidad con que la emisora pasaba el aviso. Así, cuando enviara el verdadero aviso destinado a Sarah Fletcher, ésta no tendría cómo no escucharlo.

En Ohio, Sandra Richardson estaba aburrida, al igual que sus compañeros, encerrada en la habitación rentada con vistas a un jardín monótono. Todos los días, a la misma hora, para evitar ser descubiertos, acudían a Espacio Sideral a ver la rutina del asesino, y fue así como descubrieron un par de cosas.

Primero, después de todo John Backwood era un tipo afortunado. Lejos de toda predicción, al asesino la suerte le estaba sonriendo. A pesar de ser un asesino confeso, un *verdadero asesino*, los hombres que custodiaban el lugar no sabían que ese hombre era verdaderamente culpable. A ellos se les había dicho que John Backwood había sido testigo clave en el asesinato de Stephanie Birlock, y no el culpable como señalaba la prensa. El asesino era un importante capo de la droga, que en años anteriores había tenido algunos problemas con el padre de la menor, y que el asesinato de la niña no era más que una *vendetta*. Así y todo, el FBI temía por la vida de Backwood, por eso los policías debían cuidarlo las veinticuatro horas y no perderlo de vista por nada del mundo.

La policía no se inmiscuía con el sujeto, y sólo cumplía las órdenes dadas por sus superiores, obedecían al pie de la letra e informaban a sus superiores.

La gente que rodeaba a Backwood eran verdaderos testigos de crímenes atroces, de tráficos de droga o de armas, de violaciones o cualquier otro tipo de delito, personas que de verdad necesitaban ser resguardadas como testigos.

Era increíble cómo se malgastaba el dinero de todos los contribuyentes en salvaguardar el culo de hijos de puta como Backwood, aunque la HBC sabía que sería por poco tiempo.

La segunda cosa que descubrieron era que el acceso al recinto de Espacio Sideral estaba custodiado por un conserje, el que nada tenía que ver con la policía ni el FBI. Se trataba de un hombre un poco mayor, aunque no se podría catalogar de viejo. Tendría medio siglo de edad, usaba unos anteojos negros para ver mejor, pero era un tipo

instruido y preocupado, conocedor de su oficio y completamente responsable. Sin lugar a dudas, las personas que lo habían contratado para desempeñar el cargo habían elegido bien, pues el hombre, llamado Morgan, jamás había tenido ni quejas ni problemas de ningún tipo. Realmente el hombre se comportaba con un perfecto profesional.

La policía le había contado al sujeto que el tipo recién llegado era un testigo importantísimo en un caso de tráfico de drogas, donde se incluía armas, a gran escala, y que era de vital importancia resguardarlo, pues pronto se llevaría a cabo el careo que los traficantes, y sólo sus testificación podría llevarlos a la cárcel. El señor Morgan cumpliría a la perfección su trabajo.

Todos estos antecedentes ya los conocía Cussack, a quien Sandra Richardson había telefoneado recientemente. Solo allá en el antiguo departamento, la abogada no dudaba que su socio estuviera enredado en las sábanas con alguna prostituta que tanto conocía, y por un momento se preguntó cómo lo hacía Cussack para conseguirse una mujer casi todos los días, o que siempre hubiese alguna dispuesta para cuando él lo necesitara. ¿Acaso todavía existían los prejuicios para una relación homosexual? Si bien el billete de dólar de su país decía claramente En Dios Creemos, Sandra también sabía que los deseos de fe que implícitamente demostraba la moneda nacional eran sólo una forma de no dejar de lado a la Iglesia norteamericana, muy ligada, a través de toda la historia, a los gobiernos de su país. Si de verdad las autoridades americanas demostraban su voto ferviente por Dios, ¿por qué no permitían el homosexualismo como una opción concreta, sabiendo que los homosexuales también habían sido creados a imagen y semejanza de Cristo, y también eran hijos de Él, y en cambio se los discriminaba, apartándolos de la sociedad como si de un virus mortal se tratasen?

Una vez, Sandra, cuando pequeña, había oído a alguien decir que algunos presidentes de Estados Unidos eran masones, que pertenecían a la francmasonería. ¿Qué era éso? ¿Qué significaba esa palabra que desconocía? Con el tiempo, cuando ya había crecido y se empezó a entusiasmar con los misterios que ocultaba la vida, descubrió que la palabra provenía del francés *francmaçonnerie*, una organización autodenominada iniciática, filantrópica y filosófica. Sus miembros y simpatizantes sostenían que tiene como objetivo la búsqueda de la verdad y el fomento del desarrollo intelectual y moral del ser humano. Los masones o masónicos, tanto hombres como mujeres, se organizan en estructuras de base denominadas logias, que a su vez pueden estar agrupadas en una organización de ámbito superior normalmente denominada "Gran Logia", "Gran Oriente" o "Gran Priorato". Han sido asociaciones de carácter secreto.

Y lo principal de todo era que creían en Dios, o al menos en un ser supremo.

Ahora que pensaba en aquello, no dejaba de darle vuelta a la cuestión. A pesar de que su país era el más desarrollado del mundo en el aspecto científico, armamentista y económico, era sin duda uno de los más atrasados en cuanto al desarrollo humano como

individuo, como pensamiento colectivo de las necesidades del sujeto, en el fondo, en materia de derechos humanos. Richardson meneó la cabeza y expulsó esos sentimientos de su mente.

Los demás del grupo llevaban la vida un tanto mejor. Los hombres del grupo no se hacían problemas respecto de la convivencia, y mientras Sandra yacía sola en su cama, esperando a su “esposo”, sus compañeros leían algunas revistas y algunos libros de aventuras que habían tenido el tino de llevar, como si sospechasen que estarían mucho tiempo allí.

Mientras Tom Cussack no consiguiera los documentos que lograran hacerlos pasar a Espacio Sideral, era muy poco lo que podían hacer ellos, salvo espiar desde una distancia considerable. Por lo tanto, esperarían.

Una semana exacta después Tom Cussack volvió con credenciales perfectamente falsificadas, pero verdaderas a ojos inexpertos, que, esperaban todos, les abrieran las puertas del lugar. Todos vieron los carnets que poseían sus verdaderas fotos, y empezaron a desarrollar el plan para ingresar a Espacio Sideral.

No sería una tarea fácil ni sencilla. Había varios factores que considerar, a tener en cuenta. Primero, el espionaje de la rutina del asesino llevaría varios meses, por lo que habría que inventar una razón de peso por lo que la municipalidad o cualquier otra entidad estatal decidiera considerar la tala de árboles. Y de esta “necesidad” surgía el siguiente inconveniente: evitar que las autoridades de Espacio Sideral quisieran corroborar los antecedentes de la fuente misma. Cussack había pensado en interferir el teléfono del municipio, al igual como lo habían hecho con el fiscal Shell, pero sus amigos le recomendaron que no, pues cambiarse de estado y hacerlo allá podría traer consecuencias prácticamente irrevocables.

Cussack empezó a planear otra alternativa, pero lo cierto era que hasta ese momento no se le había ocurrido nada. ¿Qué podía hacer para reducir a cero las fallas? ¿Cómo podía ingeniárselas para entrar sin levantar sospechas? Echó a andar su máquina cerebral.

## 15

En su casa, rodeada de unos cuantos seres queridos, que en ningún momento dejaron de darle fuerzas y acompañarla en el dolor tremendo que todavía sentía, y que probablemente jamás desaparecería, Sarah Fletcher descansaba sus únicas esperanzas en unos hombres que no conocía, pero que habían decidido ayudarla en la extraña misión que ella les había solicitado. Su marido, un hombre trabajador y esforzado, había perdido todas las esperanzas respecto a HBC, pero al escuchar las noticias de la liberación del asesino, su fe volvió a renacer, tal como el fénix.

Las noticias de ese día tenían una sola misión: informar de la liberación de John Backwood, hasta ese momento detenido y procesado por el asesinato de la pequeña Stephanie Birlock. La abogada defensora, una desconocida mujer llamada Sandra Richardson, había logrado encontrar pruebas que hablaban de los abusos que había sufrido el inculpado para arrancarle una confesión falsa donde se inculpara.

La mujer había escuchado con detenimiento los informes de la prensa, y un rayo de luz y esperanza se albergó dentro de su corazón. Los hombres a los que había contactado estaban cumpliendo su trato, aunque ella sabía que no era su obligación.

Sarah se paseaba por el cuarto de su casa, esperando el momento en que el líder se comunicara a través de Emisoras Locales, solicitando personal para la corta de césped y la tala de árboles. Esa sería la señal.

Su casa estaba adornaba con muchas imágenes religiosas, Dios en la cruz, el Sagrado Corazón, el Vía Crucis y santos que prometían cumplir cualquier petición que se les implorara.

Sarah Fletcher era una mujer católica, creyente y temerosa del poder de Dios, aunque estaba convencida que el destino de su hijita no estaba predicho por el Señor. También creía en el Diablo, aunque no como un ser mitológico con patas de cabra o cola y tridente, sino como una personificación abstracta de algo intangible, pero que estaba en el ambiente, como una fuerza invisible que se apoderaba de lo que quisiera y donde lo deseara.

Muchas veces había escuchado hablar de exorcismos y magia negra, practicada por personas que se denominaban a sí mismos brujos o hechiceros, cuando en realidad no eran más que seudo personajes de la historia que de magia no conocían ni siquiera el significado.

La hechicería nació en los albores de la humanidad, cuando el hombre intentó explicarse los fenómenos naturales. Se la considera la más antigua de las religiones, que rinde culto a las fuerzas de la naturaleza bajo la advocación de diferentes dioses. Posteriormente fue la base de las religiones druídicas, adaptando la cultura grecorromana

la mayoría de sus cultos y sus dioses. La hechicería se puede definir como "el conjunto de ritos y prácticas cuya finalidad es el dominio de las fuerzas de la naturaleza a través de determinados espíritus que harían de intermediarios".

Sus cultores reconocen la existencia de un ser supremo creador del Universo y cuya manifestación se encuentra en todo lo que rodea al hombre, de ahí que su finalidad primordial sea vivir en armonía con la naturaleza. Por lo tanto, los ritos de fertilidad y el estilo de vida naturista tienen especial importancia para lograr sus objetivos. Hasta la Edad Media estas prácticas iban de la mano de la brujería, diferenciándose de ésta en la forma de llevarla a la práctica; pero, a raíz de las persecuciones ambas se dividen, una sigue los postulados de la primitiva religión naturalista, y otra, quizás por las supersticiones del cristianismo, se degenera.

La antropología moderna distingue entre la hechicería (que hace referencia a la brujería más simple practicada en las sociedades más antiguas), la brujería diabólica (los supuestos cultos al Diablo de las brujas y su persecución en Europa y Estados Unidos) y la moderna brujería (el movimiento neopagano). En la actualidad, lejos de las supersticiones de la Edad Media, los herederos de los hechiceros de los tiempos anteriores a Roma, vuelven a reconocerse como brujos en su significado primitivo. Siguen con sus ceremonias, desprovistos de ropa para entrar en contacto con la energía de la Tierra, y basando su comportamiento en las dos fuentes principales.

La primera es la hechicería propiamente dicha (filosofía fundada en la fertilidad de las antiguas zonas rurales) que fue transmitida oralmente y posiblemente degenerada. La segunda, la tradición oculta de los templos egipcios, la Cábala y los *Grimorios* mágicos, transmitida ininterrumpidamente de maestro a discípulo.

Sarah conocía de este tipo de cosas y no se arrepentía en lo más mínimo. Quizás jamás le servirían de algo esos arcanos conocimientos, como los catalogaba su marido, pero de todas maneras ella no renunciaría a una ayudita del más allá.

El más allá (también llamado ultratumba, la otra vida o la vida tras la muerte) es un término genérico que hace referencia a la continuación de la existencia, típicamente experimental y espiritualmente, más allá de este mundo, o tras la muerte.

Según la antigua religión egipcia, el más allá era muy importante para ellos. El creyente tenía que actuar con bondad y conocer las fórmulas descritas en el Libro egipcio de los muertos. Si el cadáver era embalsamado y enterrado adecuadamente, generalmente en una mastaba, el difunto podría continuar su vida en los Campos de Aaru. Si, durante el Juicio de Osiris, las obras pasadas del difunto habían sido inadecuadas, el monstruo Ammit devoraba su corazón (símbolo de sus actos pasados), perdiendo el derecho a la vida eterna. Finalmente, existen personas que creen en el universalismo, que afirma que finalmente todos serán premiados independientemente de los que hayan hecho o en qué hayan creído. Una noción del más allá que es común al Judaísmo, a casi

todo el Cristianismo y el Islam es que las almas humanas van por toda la eternidad a un lugar de felicidad o tormento, como el paraíso, el infierno, el purgatorio o el limbo. Muchas religiones afirman que tras la muerte la gente es recompensada o castigada en función de sus actos o su fe. La Biblia cristiana, por ejemplo, contiene las siguientes palabras de Jesús: "Con la medida que uses serás medido." Para muchos, la creencia en la otra vida es un consuelo con relación a la muerte de un ser querido o la perspectiva de la propia muerte. Por otra parte, el miedo al infierno y similares puede hacer parecer la muerte aún peor. En las informales creencias populares de muchos cristianos, las almas de la gente virtuosa suben al Cielo y son convertidas en ángeles tras su muerte. Sin embargo, una lectura más ortodoxa de las escrituras sugiere que los muertos esperan hasta el Juicio Final, que irá seguido de la resurrección de los fieles.

Otro concepto relacionado con la otra vida que aparece entre hinduistas y budistas es la reencarnación, ya sea como personas o como animales, algo en lo que Sarah Fletcher creía fervientemente, y que no dudaba que le ocurriría a su hija. Una consecuencia de las creencias hindúes y budistas es que nuestras vidas actuales son también la otra vida, y tanto unos como otros interpretan los sucesos de éstas como consecuencias de las acciones hechas en vidas anteriores (karma). Aunque hay algunas investigaciones científicas que parecen sugerir que los humanos podrían reencarnarse como humanos hay muy poca o ninguna evidencia que sugiera que los humanos se reencarnan como animales, o viceversa. Algunos neopaganos creen en la reencarnación personal, mientras que otros creen que la energía del alma se reintegra con un *continuum* de energía tal que es reciclada en otros seres vivientes a medida que nacen.

Muchos cristianos creen en la reencarnación, aunque vaya contra la doctrina moderna de la Iglesia, que establece que hay una sola vida por la que se merecerá recompensa o castigo. Sin embargo, algunos consideran la reencarnación como una doctrina olvidada del cristianismo.

Muchas tardes enteras la madre de la menor se había dedicado a reflexionar sobre estos temas, y había llegado a una conclusión bastante extraña. Durante toda su vida había estado preparándose para afrontar un momento doloroso de su vida, como por ejemplo la pérdida de sus padres o hermanos, pero jamás para su hija, al menos no de la manera en que dejó este mundo. ¿Sería capaz de volver a este mundo bajo otras normativas?

Las leyes del universo regían para todos igual, con la excepción de que sólo algunos sabían encontrar el camino que los llevara a la inmortalidad. Uno de estos tópicos era la llamada proyección astral, un fenómeno ampliamente investigado por científicos de todo el orbe. La proyección astral es el proceso por el cual el Ego o espíritu abandona el cuerpo físico. Este fenómeno es investigado hace algunos años por los parasicólogos, quienes tratan de descubrir el mecanismo físico y psíquico que lo produce. Por otro lado es

practicado por la corriente esotérica en donde se le da al proceso una dimensión de tipo espiritual.

La proyección astral la puede realizar cualquier persona que practique la técnica adecuada. Hay dos tipos de proyección astral: la involuntaria y la voluntaria. La primera la hacemos todas las noches al dormir, abandonamos el cuerpo físico, este paso es un requisito indispensable para que el cuerpo físico se recupere del desgaste diario, generalmente no estamos consciente de cómo se realiza. La segunda viene a ser una facultad desarrollada, pues se realiza voluntariamente y en estado consciente y por supuesto no es fácil de lograrla y las personas que pueden hacerla la emplean generalmente para fines altruistas, como ayuda de tipo espiritual y curaciones.

La proyección astral o psíquica es un fenómeno que ocurre generalmente durante los períodos de descanso de todas las personas. Dentro del cotidiano proceso del sueño, nuestra conciencia, utilizando el cuerpo astral como vehículo, se desplaza fuera de los límites del cuerpo físico, quedando unida a éste por el cordón de plata. El cuerpo astral es el doble sutil del cuerpo físico, todo cuanto contiene el mundo físico, tiene su duplicado idéntico, en el mundo astral.

De la misma forma que el niño, durante los nueve meses de gestación, está unido a su madre a través del cordón umbilical, nuestros cuerpos etéreos permanecen vinculados, por el vibrante hilo de plata, al cuerpo denso, durante la vida. Este nexo se rompe en los momentos posteriores a la transición o muerte, y el alma queda libre, para retornar al mundo espiritual.

De cierta forma, algunos autores han creado el mito del peligro de ruptura, de este vital enlace durante la proyección astral, y por consecuencia, la muerte. Esta es una opinión no compartida por nosotros, como expresamos al comienzo de este escrito, el desdoblamiento, proyección astral, o como prefieran llamarle, es un proceso natural y cotidiano, que ocurre durante el sueño, sólo que, gran cantidad de personas no tienen conciencia del ser, en este estado. En ocasiones, nos percatamos, que estamos inmersos en un sueño, y logramos controlar las situaciones que vivimos dentro del mundo onírico u astral. Otras veces, tomamos conciencia que estamos soñando, luego, nos dejamos arrastrar por las fuerzas de ese mundo, y volvemos a sumergirnos en la nada o inconsciencia, nos convertimos en un personaje más, subyugado a los acontecimientos.

El lograr una proyección astral, consciente, requiere de gran dedicación y ejercicio de la voluntad para la mayoría de las personas, pues se debe aprender nuevamente lo olvidado.

Durante los primeros siete años de vida, el infante, realiza incursiones en el mundo astral frecuentemente. A veces, vemos a los niños jugar con personajes invisibles, para los adultos, esto es producto de la imaginación infantil. Esa capacidad, se va adormeciendo con el crecimiento, la influencia de la incredulidad de los mayores, y el interés por los

nuevos hallazgos, que promete el mundo físico, produciéndose así, el olvido motivado, como llaman los psicoterapeutas, al proceso de olvidar cosas que resultarían incómodas o inaceptables, para nuestro periodo actual de conciencia.

Un factor importante que influye en la facilidad o dificultad, para realizar experiencias conscientes, fuera del cuerpo, es la configuración astrológica de la carta natal del individuo, y la influencia en la misma de los tránsitos planetarios. Por ejemplo; durante los tránsitos de Neptuno en el mapa natal, sus vibraciones ejercen gran influencia sobre el mundo psíquico del individuo, llegando a producir una expansión de conciencia, en una fase positiva. Ahora bien, existen métodos prácticos mediante los cuales se pueden vencer las barreras que nos impiden el desdoblamiento a voluntad, y con conciencia. Primeramente, se debe tener en cuenta que el viaje astral no debe transformarse en una herramienta escapista o para satisfacer la curiosidad. Es imprescindible que comencemos por ser conscientes de cada pensamiento, acto, y hasta de nuestros sueños. Estamos acostumbrados a vivir como por inercia, atados a un madero que flota sobre las rápidas aguas de la vida.

Sarah Fletcher era consciente de sus limitaciones, y por eso había acudido muchas veces donde Betty Logan, la misma vidente que había predicho los lugares donde se encontraba tirada la ropa de su hija. Ella le había dicho muchas cosas, y de esas lecciones había sacado muchas moralejas, que sabía que algún día le servirían.

Hoy era uno de esos días, y estaba a sólo unas cuantas horas de comprobarlo.

Se preparó silentemente, y tras despedirse de su marido con un beso en los labios, salió al frío exterior negruzco y amenazador, rumbo a la casa de una amiga suya que, tal como ella, practicaba de manera responsable la magia y el tarottismo. Le hubiese gustado ir directamente a ver a Logan, pero se había enterado, también por las noticias, que su casa había sido comidilla de un incendio que había consumido todo: hubiese sido una pésima idea molestarla.

Su amiga, que vivía unas cuantas calles más hacia el sur, podía solucionarle un tanto sus problemas, aunque en realidad Sarah Fletcher lo que buscaba era aliviar la inmensa tensión que sentía en su alma. Respirar profundo, olvidarse de todo lo que lo rodeaba eran excelentes fórmulas para despejar la mente y dejarla en blanco, pero a ella ya no le estaban resultando. ¿Acaso la muerte de su hija le afectaría para toda la vida? Sabía que era así.

La casa de la mujer estaba en un recodo del camino, y Sarah llegó ahí diez minutos después. Llamó a la puerta y desde adentro le abrieron, por lo que ella entró sin mayores preámbulos.

Adentro, el calor era acogedor, y una estufa a leña hacía crepitar los troncos con una melodía hipnótica. La sala de estar, lugar que por primera vez pisaba Sarah, presentaba un aspecto llamativo, aunque inquietante para ojos inexpertos.

Sobre la mesita de centro, un candelabro blanco, tan blanco como la nieve, sostenía cinco velas del mismo color, ordenadas en forma circular, todas encendidas, con una llama media que alcanzaba el centímetro de altura. A su alrededor había cinco trozos de pergamino, escritos con tinta, donde la dueña de casa había escrito las peticiones de su amiga, en un idioma ignoto y desconocido, incapaz de ser traducido.

Cuando los antiguos teólogos vieron por primera vez los Manuscritos del Mar Muerto, se dieron a la tarea de traducirlos, pero se encontraron con la dificultosa tarea de que se encontraban escritos en hebreo y arameo, idiomas usados por Jesús hace más de dos mil años, y cuyos rastros ya se habían perdido. En rigor, el arameo es un grupo de lenguas relacionadas y no un único idioma consolidado, debido principalmente a su larga historia, su amplia literatura y su uso dentro de diferentes comunidades y religiones. Algunos dialectos del arameo son inteligibles, en tanto otros no. Algunos incluso son conocidos con un nombre distinto como el siríaco, un dialecto del arameo hablado por comunidades cristianas del este. Los dialectos del arameo pueden clasificarse en orientales y occidentales, cuyo límite puede delinearse aproximadamente a ambos lados del río Éufrates, o ligeramente al oeste del mismo. Los dialectos pueden distinguirse también entre aquellos que son actualmente lenguas vivas, conocidas también como neo arameo, aquellas que se encuentran restringidas al uso literario, y aquellas que se encuentran actualmente extintas. Con ciertas excepciones, esta lógica lo distingue entre las categorías antiguo, medio y moderno.

Sarah había visto en reportajes de los canales culturales el descubrimiento de dichos pergaminos, y la inquietante traducción de los expertos. Muchos de ellos señalaban que el idioma era una especie de dialecto usado por diversos grupos étnicos, por lo que en dichos rollos contenían frases de todos ellos. Ahora Sarah volvía a ver los mismos caracteres olvidados hacía mucho tiempo, y se preguntó si esa mujer conocería la misma lengua del Creador.

En otra mesa, ubicada un poco más allá, había una lámpara negra adosada por la base, sin que pudiera moverse, cuya única ampolleta iluminaba un escasísimo radio. Sarah avanzaba cautelosamente, como si se encontrara dentro de una cámara faraónica egipcia y tratara de encontrar desesperadamente la salida.

De las paredes colgaban cuadros apoteósicos, seres mitológicos alcanzando el grado de divinidad, tocando los cielos con las alas que le empezaban a crecer desde los costados; incluso colgaba un cuadro de la apoteosis de Eneas, el héroe troyano de Homero.

Sarah avanzó lentamente en medio de la habitación, hasta que escuchó pasos provenientes de una de los cuartos interiores. Respirando, muy a pesar suyo, un poco más acelerado de lo que desearía, la mujer trató de desviar la atención de su preocupación, pero lo que vio al fondo del lugar donde estaba le llenó el cuerpo de espanto, pero pudo

controlar su nerviosismo de una manera fenomenal. Sobre una mesita pequeña de color café reposaba un objeto blanco con tres agujeros frontales, más otros dos que apuntaban hacia abajo. En un principio, y debido principalmente a la distancia a la que se encontraba de dicho objeto, la madre de Stephie no podía visualizar con eficacia dicho implemento, aunque se dijo que se trataba de un artefacto que su amiga utilizaba para hacer sus rituales esotéricos. Se acercó un poco más, y cuando estuvo a sólo unos pasos del albo objeto, su corazón dio un vuelco. Dos orificios, donde estuvieron alguna vez dos ojos, la miraban con expresión muerta, hasta melancólica, implorando una súplica que jamás seria escuchada. Más abajo debería haber estado la boca, pero sólo aparecía un agujero impresionantemente vacío, que pedía a gritos mudos una explicación.

*Un cráneo*, pensó temblando Sarah Fletcher, mientras el miedo la dejaba paralizada en ese mismo lugar, sin que un solo músculo obedeciera las órdenes de su cerebro. Pensó con rapidez. ¿Correspondía esto a parte del ritual de su amiga? ¿Acaso con todos estos artilugios que veía por primera vez iba a poder comunicarse con su hija muerta?

Sarah esperaba resolver estos enigmas hoy mismo, y para eso debería esperar y tomarse todo muy normal. Nunca le había preguntado a su amiga cómo era que había empezado en esta especie de ritual, cómo había obtenido el “don” de comunicarse con los muertos, pero recordó vagamente los archivos escritos ocultos en bibliotecas del Vaticano donde aparecían menciones sobre comunicaciones con los muertos a través de médium o espiritistas.

El comunicarse con los muertos se ha convertido en moneda corriente. Desde que el obispo James Pike se "comunicó" en 1967 con su hijo fallecido, personas interesadas en hablar con seres queridos difuntos han dado a los *médium* más trabajo del que podían atender, y en muchos casos las solicitudes provienen de círculos religiosos. Las universidades que ofrecen cursos sobre fenómenos paranormales y parapsicología están desbordadas, incapaces de atender todas las solicitudes de inscripción, por parte de jóvenes estudiantes. Ruth Montgomery, autora de El don de profecía, se sentó a su máquina de escribir, y el "espíritu" del reverendo Arthur Ford, quien había sido *médium* espiritista antes de su muerte, le fue dictando lo que había de escribir. Un apóstol de la Ouija invocó al difunto Ralph Waldo Emerson, quien le manifestó que "no existía tal cosa como la muerte, sino sólo un estado de transición mediante el cual la mente y el alma abandonan el cuerpo, para alcanzar una esfera superior." Entre los adolescentes comenzó a popularizarse la comunicación con los "muertos" mediante la Ouija, que pronto se convirtió en un superventas. Doris Day manifestó su convicción de que su difunto padre, Marty Melcher, dirigía las cosas de forma que su carrera televisiva pudiera terminar en el éxito.

Sarah trató de alejar esos pensamientos de su mente y esperó que llegara su amiga, la persona que dentro de poco tiempo le iba a contactar con su querida y amada hija asesinada por ese desgraciado pedófilo. Si tenía que llevar a cabo un sinfín de rituales, si tenía que leer frases en arameo, latín u otro idioma olvidado, entonces que lo hiciera. Todo con tal de poder decirle a su pequeña Stephie que la amaba con toda su alma.

Diez minutos después apareció la dueña de casa, vestida más acorde al siglo XVII que al actual. Elegantemente alta, la mujer vestía un traje que se componía de una almexia o túnica blanca que se cerraba alrededor de su cuello, y sobre ésta una falda recogida en las caderas, también blanca, que se cerraba con cordones en la espalda.

Al ver a Sarah corrió a saludarla y la abrazó, besó ambas mejillas y la invitó a sentarse. Después le ofreció un "líquido purificador", que servía como "enlace" entre los dos mundos: el mundo real y el mundo "transparente", que era el lugar dónde descansaba su hija.

Aunque en realidad ella no estaba descansando. Habitaba el mundo transparente, un mundo irreal para los mortales, pero tan verdadero y puro para los muertos que ellos eran capaces de tocar los objetos que allí estaban. Desde su trágica muerte, y también precipitada e inesperada, insospechada, Stephanie Birlock vagaba de un lado para otro, tratando de comunicarse con sus seres queridos, tratando de traspasar un mundo infranqueable. Pero ella no lo sabía, ni siquiera sabía que había muerto. Era similar a una proyección astral, con la única diferencia que en el experimento mental el "alma" visualizaba su cuerpo material tendido en la cama o echado sobre la cama, en tanto que los muertos no sabían de su estado.

A Sarah le recordó la película *Sexto Sentido*, pero dedujo que la realidad era muy diferente. Existía una ciencia extraña y desconocida, casi fantástica, que tenía que ver con el pensamiento colectivo o individual. En filosofía, el término noética se refiere a todo lo que tiene que ver con el pensamiento, especialmente, el objetivo e inteligible. Se usa, habitualmente, en relación con Aristóteles, cuya noética sería su doctrina de la inteligencia (del intelecto, del entendimiento).

En años anteriores se habían realizado algunos importantes – pero extraños – experimentos para demostrar que la noética de verdad existía, esto ante la incredulidad de algunos científicos detractores que señalaban que tal fantasía era sólo eso, una fantasía.

Catherine Burke, de quien se decía era la pionera en este tipo de experimentos, dijo una vez que si todo el mundo pensara lo mismo, en el mismo momento, ese pensamiento – sea cual fuere – sucedería con un evento de ocurrencia uno. Era una especie de probabilidad matemática, en donde podían darse dos posibilidades en las que se tiraba una moneda al aire, por ejemplo. Pero en el caso del pensamiento colectivo, ese deseo podía ocurrir sí o sí.

Y eso no era todo. Catherine Burke llegó a señalar que el pensamiento tenía masa, que pesaba, aunque poco, pero pesaba. Y que también el alma pesaba, y que conformaba el peso final de un individuo. Y para demostrarlo hizo un experimento, el que como mínimo podría tacharse de polémico, y que levantó la ira de muchos médicos, de sus colegas científicos, de instituciones de derechos humanos, entidades de ayuda a las personas, de Greenpeace, incluso de algunos de sus fieles y leales colaboradores.

Había un hombre enfermo de cáncer, un hombre mayor al que le quedaban muy pocos días de vida. Su esposa, también de edad avanzada, pero aún con salud para unos años más, accedió a la petición de la científica y colaboró con ella. No exigiría nada a cambio, sólo todo en pro de la ciencia.

Catherine había construido una cápsula capaz de cobijar a un ser humano de estatura media. El hombre enfermo no medía más de un metro sesenta, por lo que no tuvo inconvenientes en sentarse dentro de la cúpula y esperar su muerte. La científica tomó el peso del sujeto: cincuenta y siete kilos.

Tres días después murió, y según las investigaciones de Catherine el alma había abandonado ya el cuerpo y se había perdido en los confines de la atmósfera. Catherine tenía la prueba de fuego, y con mucho cuidado, delante de numerosos testigos de todas partes del sistema, volvió a pesar el cadáver del hombre: cincuenta y seis kilos novecientos quince gramos.

Había ochenta y cinco gramos de diferencia, lo que demostraba con hechos que el alma humana tenia *masa.* Los demás científicos se rindieron antes sus pies, pero por supuesto que no faltaron los detractores, que hablaron de fraude, de trampas, e incluso dolo. No dudaron en acusar a Catherine de falsa, de hipócrita, hasta de hacer pactos con el diablo. Si hubiese vivido en épocas anteriores, tendría que haber ido a parar a la hoguera.

Sarah esperó pacientemente a que su amiga se terminara de instalar y ella permaneció sentada, en un sillón tupido de color negro. La mujer se tomó su tiempo en arreglarse, en preparar los artilugios que iba a usar y en modificar un poco el escenario que se estaba presentando.

A Sarah el "líquido purificador" le dejó un sabor extraño en la boca. Era una mezcla entre almíbar y vinagre, casi en proporciones iguales, pero en la garganta el brebaje le quemaba, como si hubiese bebido un gran sorbo de whisky o coñac. Era una sensación extraña, pero estaba dispuesta a todo con tal de poder hablar con su hija.

Un momento más tarde las luces se apagaron, quedando por toda iluminación las llamas de las velas, las que siempre se mantuvieron encendidas, firmes y decididas, como si poseyeran decisión propia. Una de las ventanas estaba abierta, y por el agujero se colaba una ráfaga de viento que movía las cortinas y que refrescaba el interior.

De repente se hizo el silencio completo, y ni siquiera los animales de afuera, o las aves, emitían ruido alguno. Para sorpresa de Sarah, se estaba creando una atmósfera perfecta para la médium, la que cerró los ojos y le pidió a su invitada que hiciera lo mismo, dejando su mente en blanco.

La madre de Stephanie hizo lo que le pedían, y casi por un acto de magia su mente perdió todos los recuerdos que poseía. Ella no sabía si era producto de la sugestión de estar en esa casa o era gracias al brebaje extraño que tomó, pero lo cierto era que veía una luz blanca que se agrandaba a pasos agigantados, una especie de túnel similar al que veían los condenados antes de morir.

*¿O acaso es que de verdad me estoy muriendo?*

De repente apareció en su mente la imagen borrosa de una persona que la llamaba. Era una persona alta y oscura, *gigante,* que de vez en cuando se alejaba y la invitaba a seguirla, y otras veces se acercaba amenazándola. Sarah no sabía qué pensar. ¿Era el asesino el que volvía a sus pesadillas para atormentarla?

Empezó a removerse inquieta, preocupada, pero una cálida mano la tranquilizó, transmitiéndole su seguridad. Aunque estaba en una especie de trance hipnótico, no estaba del todo "ida" de la realidad, por lo que su subconsciente le dijo que la mano cálida era la de su amiga. Siguió viendo a través de sus sueños.

De pronto la imagen borrosa del fantasma que la perseguía se hizo más nítida y la mujer estuvo a un paso de gritar, pero logró contenerse a tiempo: ante ella estaba la silueta de una niña, a la que después pudo reconocer sin inconvenientes: su amada hija.

*- ¿Stephie? ¿Eres tú?*

*- Si, mamita – había respondido la chica –. Estoy aquí y nunca más me voy a separar de ti.*

*Sarah tenía lágrimas en sus ojos, y con los brazos extendidos se aproximó a su hija, a quien abrazó con todas sus fuerzas. Ahora ambas lloraban, se acariciaban y hundían la cabeza en los hombros de la otra.*

*Sarah sentía la necesidad de no soltarla más, de irse con ella ahora mismo, y su sed de venganza pronto se vio reducida a la nada. Stephanie lo era todo, y por ella estaba dispuesta a morir si era necesario.*

*- Me voy a ir contigo, mi vida – le susurró al oído –. No quiero estar nunca más sin ti.*

*- Debes cuidar a mi papi – le contestó la niña –, y desde aquí yo los voy a cuidar a los dos.*

*- ¿Y dónde estás, mi niña? – Sarah había comenzado a llorar otra vez.*

*- Estoy al lado de un hombre de ojos azules y cara bondadosa, bonita. Y me dice que me quiere mucho, y que me va a cuidar por toda la eternidad.*

*- ¿Un hombre de ojos azules? – se impacientó la madre otra vez.*

*- Sí – contestó su hija –, y también tiene barba y bigote.*

*- ¿Barba y bigote? – Sarah no podía creer lo que estaba escuchando –. ¿Y te dijo cómo se llamaba?*

*- Sí – respondió otra vez Stephie, con una alegría de niño en la voz –. Me dijo que se llamaba Jesús, y que estaré para siempre a su lado, porque yo soy un angelito.*

Sarah Fletcher lloró con todas sus fuerzas, sin importarle que alguien pudiera verla. Su subconsciente había empezado a trabajar otra vez, y sabía que su amiga médium la estaba mirando. Pero hacía mucho tiempo que no se sentía así de cerca con su hija, y aunque sabía que se trataba solo de una experiencia ilusoria, las palabras y la voz de Stephie parecían tan reales…

*- Mi amigo Jesús me dijo que te dijera algo – le dijo la pequeña, acercándose otra vez hacia su madre, y dándole un beso en la mejilla.*

*- ¿Qué te dijo que me dijeras? – quiso saber la progenitora.*

*- Que no te preocuparas por mi bienestar, porque estando a su lado jamás me iba a faltar algo, ni cariño ni salud. Yo estoy bien, estoy con amiguitas de mi edad y jugamos por un jardín lleno de flores y pájaros hermosos. Alguien dijo que se llamaba jardín del Edén.*

*- ¿Y es hermoso ese jardín, mi amor? – preguntó Sarah, otra vez volviendo a llorar.*

*- Es muy precioso – contestó la chica –. Y hay flores de muchos colores, y pajaritos que cantan todo el día, y los rayos del sol llegan hasta nosotros todas las mañanas justo cuando nos levantamos. Desde aquí te veo todos los días. Te amo, mamita.*

*- Y yo también te amo a ti, mi amor – los brazos de la mujer parecían dos ventosas que se habían pegado al cuerpo de su hija y que no deseaban soltarla –. Te amo más que a mi vida.*

*- Jesús me dijo también que te dijera que olvidaras la venganza que estaban pensando. ¿Qué significa venganza, mami?*

Sarah despertó del trance violentamente, tan fuerte que las velas se apagaron debido al viento que produjo el hecho, como cuando un camión pasa a mucha velocidad por nuestro lado y nos despeina la brisa que dejó tras de sí. Su amiga abrió los ojos y se la quedó mirando como si se tratara de un fantasma ¿De verdad había logrado crear el contacto con el más allá? ¿Había conseguido poder comunicarse con su hija Stephanie, que moraba los confines del limbo, más allá de cualquier entendimiento humano? Creía que sí.

Sarah se levantó temblando, y su amiga le sirvió un vaso de agua con azúcar. Estaba pálida, como espectral, y la verdad era que no se sentía mucho mejor. Ella misma se preguntaba si *realmente* había hablado con su hijita, si era real que le había dicho que estaba al lado de Jesús, o si su mente, su subconsciente, la había traicionado. Pero tenía en su mente las frescas palabras de su hija, que le resonaban igual como le resonaría el ruido de un disparo cerca de su oreja. Sí, Stephie estaba en el Cielo, sentada al lado de

Dios, cuidando a sus padres desde el cielo azul, pero también traía un mensaje de paz y amor. Olvidar la venganza. *¿Qué significa venganza, mami?* ¿Pero cómo podría olvidar la venganza contra ese desgraciado, si le había quitado lo que más amaba en la vida?

Las palabras de su hija quedarían guardadas en su mente para toda la vida, y sólo anhelaba que, cuando muriera, llegara a su lado para vivir la eternidad absoluta. ¿Pero podría llegar al Reino de los Cielos si llevaba a cabo la horrible venganza que ya había echado a andar? Correría ese riesgo y mataría al asesino, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

## 16

Durante toda su vida, Tom Cussack se había visto envuelto en vorágines dificultosas, fueras de toda lógica y carentes de sentido. No había logrado encontrar el punto de equilibrio entre su vida decente y su vida promiscua, la que cada día parecía tomar más las riendas de su personalidad, y muchas veces se veía atrapado en las invisibles redes de las decisiones apresuradas, las que casi siempre eran equívocas. Primero aparecía una mujer a la que le juraba amor eterno, decía amarla hasta lo más profundo de su alma, pero a la semana ya se estaba follando a su amiga o a su vecina.

Eso era lo que le había ocurrido con Jeannette, una muchacha latina de veintiochos años, cinco años atrás. La había conocido en una magnífica fiesta que había dado su amigo Peter Staunton, al que no veía desde entonces, pero con el que mantenía contactos casi tres veces al mes. Su casa en las bellas costas de Malibu rondaba los ochenta millones, y cada año ese hombre se enorgullecía de realizar una de las fiestas más caras de todos los tiempos, donde eran invitadas modelos espectaculares dispuestas a granjearse un nombre en la alta sociedad americana, bellas muchachas que estaban decididas a darle un nuevo rumbo a sus vidas. También asistían hombres de negocios, empresarios que se daban un gusto al contemplar a las bailarinas que danzaban especialmente para ellos a cambio de un suculento fajo de billetes verdes.

El dueño de casa ponía a disposición de sus invitados la casa completa. Con Tom se conocían desde hacía unos cuantos años, y aunque muchas veces Cussack se decía que estaba fuera de lugar entre tanta gente, lo cierto es que no había ni un solo año en que dejara de asistir a dicha reunión social donde el alcohol, el abuso de las drogas, y sobretodo el sexo estaban a la orden del día. Tom se sentía como un pez en el agua.

Entonces conoció a Jeannette, una princesa de las pasarelas, una mujer bellísima que de inmediato había robado su corazón. Se había enamorado profundamente de ella, y aunque por aquel entonces el dinero sólo le alcanzaba para llevarla de paseo por la orilla del mar, ella estaba fascinada con él. Eso, claro está, hasta el día que lo descubrió con su mejor amiga, Tasha, en su propia cama.

La indignación llegó hasta tal punto que Jeannette lo demandó y juró sacarle hasta el último peso del escaso dinero que tenía. Eso Tom Cussack lo sabía perfectamente.

Lo que Tom Cussack no sabía, y ni siquiera sospechaba, es que Dios estaba dispuesto a ayudarlo.

En esa misma fiesta había otra mujer que miraba la situación con gesto de odio y rencor, una mujer despechada que miraba a Jeannette como miraría una mangosta a una serpiente. Por mucho tiempo había estado enamorada de esa mujer, y Jeannette había correspondido a sus encantos de la misma manera, jurándole que jamás se metería con un

hombre. Pero ahora, desde lejos, ella sentía que su vida había cambiado al conocer a Tom Cussack, y nada de sus juramentos anteriores tenía sentido.

La despechada mujer deseó vengarse, y desde lo más profundo de su ser afloró toda su maldad. Todo el amor se transformó en odio de un segundo a otro, y sólo se abocó a destruirla.

No la buscó en toda la noche, y al finalizar la fiesta, muy avanzado el día siguiente, la vio irse con Cussack, lejos para siempre de ella.

Tiempo después, y por pura casualidad, se enteró que Jeannette había demandado a Cussack por infidelidad, pero cuando la novia despechada se enteró que la acusación no tenía fundamento, se acercó a su antigua novia y le dijo que la ayudaría. Jeannette lloró entre sus brazos y le pidió perdón, sin sospechar siquiera los sentimientos que ahora albergaba su ex novia.

- No te preocupes – le dijo a Jeannette –, te prometo que juntas saldremos de ésta.

La mujer era abogada, recién titulada, pero conocía perfectamente los casos como éstos. Aconsejó a su amiga que acusara a Tom Cussack de violación y trata de blancas, y Jeannette hizo todo cuanto le decía la abogada. Previamente, la defensora había hablado con Peter para cobrarle un antiguo favor que éste le debía, y Peter, un hombre que prácticamente no le temía a nada, y que tampoco le importaba arriesgarse más de la cuenta, accedió sin problemas a la petición de la bella mujer que tenía delante, y que tal vez el único defecto que tenía era el lesbianismo.

El día del juicio Cussack se sentaba con su abogado, un hombre mayor que ya había ganado algunos casos con otras personas en circunstancias similares. Sin embargo, esta vez la suerte le sería adversa.

La joven modelo mostró fotografías de su vagina herida, producto de las violaciones a que fue sometida por Cussack. Un médico amigo de la abogada se había prestado para falsificar unas fotos de otra persona que sufría de un herpes para hacerlas pasar por Jeannette, y así dar veracidad a su testimonio. Cussack supo en ese entonces que estaba perdido.

Una milésima de segundo antes que el juez golpeara con el martillo el estrado y dijera “Culpable”, la abogada defensora se levantó e interrumpió a Usía. La sala quedó perpleja mirando cómo esa mujer joven había tenido la osadía de interrumpir al máximo juez de un tribunal del estado.

- Lo que dice mi defendida es falso, señor Juez –. Si antes la sala había quedado perpleja, ahora quedó estupefacta. ¿La abogada defensora desmintiendo a su propio cliente? Esto era inaudito –. Lo que dice la señorita Jeannette Liadion es absolutamente falso.

Abajo, sentada en su lugar, Jeannette no podía creer lo que estaba escuchando. Rápidamente se le vinieron a la mente los recuerdos de su aventura con Cussack, y

sospechó que su antigua novia se estaba vengando. Vio cómo su mundo se le venía abajo, destruido, y esperaba despertar del sueño que le estaba causando semejante pesadilla.

Pero sabía que no se trataba de un sueño, que era la realidad más abrumadora.

Y jamás olvidaría el nombre de la mujer que tanto la amó, pero que con la misma facilidad cambió ese sentimiento por el del odio: Sandra Richardson.

Desde ese mismo momento Tom Cussack sentía un sincero y especial cariño por esa mujer que lo había salvado a titulo de nada, y habían trabado una amistad que hasta el día de hoy se mantenía.

Ahora, el líder de HBC trataba de mejorar su aspecto, y para ello sabía que lo único que serviría era mantenerse atento a la misión que estaban desarrollando. ¿Cómo podía entrar en Espacio Sideral sin levantar las sospechas de los hombres que trabajaban dentro?

Entonces se le prendió la ampolleta que todos llevamos en el cerebro. Se sentó frente al computador y empezó a teclear furiosamente una carta, empleando palabras un tanto complicadas y desconocidas, pero propias de algún alto funcionario gubernamental, que avalara la entrada a Espacio Sideral, y que además no generara preguntas. Tom Cussack se informó que el jefe municipal se llamaba Warren Matthew, un hombre de cincuenta años de edad, y que llevaba más de dos tercios de su vida trabajando en aquel lugar, por lo que sus palabras y sus órdenes eran ley y no merecían réplicas.

Cussack falsificó un documento que supuestamente escribía Matthew, poniendo que "*por un periodo indeterminado se autorizaba a la empresa 'Vida en Verde' a realizar los trabajos de tala y mantención de jardines municipales dentro del área de protección de testigos para facilitar el trabajo de la policía y el FBI…"*. Incluso, Tom Cussack logró falsificar de manera más o menos aceptable la firma del edil, lo que esperaba le abriera las puertas de ese arcano y secreto lugar conocido como Espacio Sideral.

Junto a algunos de sus compañeros hizo todos los preparativos, mientras Selppa y Anderson iban de compras al centro de la ciudad, Volko pintaba la camioneta de la empresa con un nuevo logo: una mujer junto a su hijo regando un jardín de vivos colores mientras el niño cuidaba de un pájaro enfermo.

Sandra redactaba los aspectos legales del permiso, donde se hacía hincapié, aunque de manera muy soslayada, que debía permitirse la entrada del grupo de *Vida en Verde* hacia las instalaciones de Espacio Sideral para desarrollar los trabajos que más abajo se detallaban. Sandra se aseguró de que todos los trabajos duraran por lo menos tres meses, tiempo en el que deberían concretar la muerte del criminal. Un tiempo muy prolongado podría poner en riesgo la operación, pues en la municipalidad *podrían* enterarse por otros medios de la falsificación y en ese caso todos estarían acabados, en tanto que un plazo corto podría causar que no se ultimaran los detalles más importantes de la misión.

Con los documentos en mano, habría que presentarse frente al portón de entrada y encomendarse a quien quiera que HBC creyera. Tom Cussack ya estaba pensando en la forma en que iba a encarar el asunto cuando sus compañeros que habían ido a comprar volvieron de la calle. Traían consigo palas, rastrillos, tijeras podadoras y un sinfín de artilugios más que iban a ocupar como buenos trabajadores municipales que eran. En el patio de la casa, lejos de la mirada de curiosos, Andrew Volko batallaba con la pistola de pintura y la camioneta.

La factura de los productos comprados decía en la razón social *Vida en Verde*, un nombre muy *ad hoc* para una empresa que se preocuparía de hermosear los jardines del recinto de protección a testigos. Tom Cussack se sentía conforme, y más se sentía así cuando Sandra terminó de redactar los informes – perfectamente falsificados con su firma incluso – firmados por el alcalde Matthew. La mujer no podría oficializar de representante, porque cabía la posibilidad de que en ese remoto lugar la conocieran por la televisión, por lo que no querían correr riesgos innecesarios.

Chris Anderson sería el encargado de hablar con los custodios del recinto. Para ello, ya estaba creando un plan que sabía daría resultado. Había que esperar el momento oportuno, el que determinarían según Volko diera los retoques finales a la camioneta y ésta se secara. Así, a más tardar dentro de veinte días más estarían dentro de Espacio Sideral.

El día 14 de julio, bajo un sol abrasador y un cantar de pájaros ensordecedor, todos los preparativos ya estaban listos, la camioneta recién pintada en excelentes condiciones, las herramientas de trabajo en sus sitios respectivos, y todos los miembros de HBC, a excepción de la mujer, dispuestos a afrontar este nuevo desafío. Aunque ninguno de ellos quisiera reconocerlo, todos tenían los nervios de punta, esperando que cualquier detalle saliera mal y los delatara. Pero también confiaban en la excelente planificación del golpe.

Anderson iba en la parte de atrás de la camioneta, vestido de traje elegante y corbata roja de seda, que hacía resaltar sus orígenes americanos. Con el cabello bien peinado hacia atrás, parecía un verdadero ejecutivo comercial, un gerente de una empresa importante o algo similar. Mirando siempre hacia delante, la camioneta se detuvo a escasos metros de la entrada principal, más bien de costado, para que todos pudieran ver la palabra *Vida en Verde* estampada en un costado.

En cuanto se escuchó el ruido del motor, los hombres que custodiaban el lugar afirmaron sus armas y apuntaron directa al parabrisas del vehículo. Dentro de la furgoneta, los miembros de HBC mantuvieron la calma y esperaron que uno de los soldados de paisano que custodiaba el lugar se acercara. Los goznes de la entrada de personal gimieron cuando una persona salió desde el interior y se acercó, junto a un

compañero, hacia la camioneta ecológica; atrás, sus demás compañeros resguardaban su integridad.

Para los hombres de seguridad de Espacio Sideral, era prácticamente una novedad ver asomar por ahí las narices de un automóvil, pues ése no figuraba en ninguna parte, en ningún mapa y menos en algún afiche turístico. Por ende, si alguien se aventuraba por esos parajes se debía a dos cosas: amantes furtivos que se escapaban de casa para llevar a cabo su amorío sin ser vistos, o importantes personeros del gobierno para fiscalizar las instalaciones y el trato a los residentes.

Pero esta camioneta no parecía pertenecer a ninguna de las dos situaciones, lo que dejó un tanto perdidos a los paisanos que resguardaban el lugar. El primer soldado que había salido fue el que primero llegó a la furgoneta, y en cuanto estuvo lo suficientemente cerca de la puerta del conductor, obligó a éste a bajar lentamente la ventanilla de la puerta y a identificarse.

El hombre sentado al volante le hizo un gesto con la mano a uno de sus compañeros, siempre bajo la atentísima mirada de los hombres armados, y aquél extendió en el aire unas hojas para llamar la atención de los guardias de seguridad. El segundo custodio se acercó a la otra puerta y tomó los papeles que el hombre bien vestido le tendía. Leyó rápidamente, pero no entendió lo que decía, o tal vez la preocupación de un evento similar lo confundió, porque lo que hizo fue llamar por radio a otra persona, la que dijo que en unos minutos estaría allí. Mientras tanto, Cussack, que era el que iba al volante, y los demás, esperaban que no surgiera ningún imprevisto.

Al cabo de unos cinco minutos apareció otro sujeto, más alto que los otros dos, vestido de civil, pero con una indumentaria que, incluso así, dejaba entrever su mayor rango. Cruzó algunas palabras con el guardia que sostenía los papeles en su mano, leyó con atención los informes redactados por Sandra Richardson, vio la firma del alcalde Matthew, y avanzó algunos pasos. Todavía sin decirle nada a nadie, rodeó el vehículo, confirmó la placa patente con el número que aparecía en el informe y se acercó, por fin, al hombre vestido de empresario.

- No tenía información que el alcalde Matthew había ordenado una limpieza de pastizales en Espacio Sideral – dijo con voz ronca y cargada de acento –. Tampoco que fuera destinada para hoy mismo.

- Nosotros tampoco sabíamos que ustedes no estaban enterados – contestó Anderson –, ni que nos recibirían como a unos auténticos delincuentes.

- Comprenderá usted que debemos tomar algunas medidas necesarias – respondió el otro, sin acusar recibo del golpe dado por el recién llegado –. ¿Cómo se llama usted?

- Donald. Frank Donald, representante legal de *Vida en Verde*.

- Muy bien, señor Donald – dijo el mandamás de Espacio Sideral –. Tendré que hacer algunas averiguaciones antes de dejarlos entrar.

- Por supuesto – contestó Anderson con una sonrisa.

Cussack y los demás confiaban en que no haría las comprobaciones necesarias, pues Matthew gozaba de una gran credibilidad y un gran respeto. Afuera, cerca del portón de entrada, el hombre dio algunas órdenes a los dos soldados que habían salido para interceptar la camioneta, y los apostó uno a cada lado de la entrada, listos para disparar si hacía falta.

Luego, el que parecía mandar al resto se introdujo nuevamente dentro de Espacio Sideral y se perdió de la vista de los miembros de HBC, los que esperaban atentos cualquier gesto que indicara que habían sido descubiertos. Andrew Volko había tenido la precaución de cambiar la matrícula por una falsa, pero aun así el riesgo de ser descubiertos existía.

Quince minutos más tarde el hombre volvió con los papeles en la mano, blandiéndolos como si de una espada se tratara. Por los gestos de su cara parecía que había tenido malas noticias, e instintivamente Cussack llevó las manos a las llaves de contacto del vehículo. Una vez más el sujeto rodeó la camioneta y confirmó los datos de los informes con los de la realidad. No había ninguna duda: todo estaba en orden.

- He confirmado los datos con el alcalde Matthew – dijo después de la exhaustiva revisión –, y me ha dicho que pueden pasar.

*Mentira*, se dijo Anderson, pero miró al hombre y le sonrió. Cabía la posibilidad de que el oficial estuviera lanzándole un farol, pero había que correr ese riesgo.

- Muchas gracias – le dijo –, y espero que no noten nuestra presencia. Dentro de la camioneta tenemos de todo para pasar un largo día.

Y era cierto. Junto a las herramientas obvias que debían traer, Cussack y los demás se habían asegurado de traer comida y agua, para que no molestaran a los gendarmes y guardias de seguridad del recinto, pues mientras menos contacto tuvieran con ellos, cuánto mejor.

El jefe de seguridad del Espacio Sideral abrió el portón y esperó que uno de los soldados apostados allí anotara los datos requeridos para cualquier vehículo que ingresara a esa zona prohibida, revisara a cada uno de los trabajadores, y diera el visto bueno. Registró la patente, marca y modelo del vehículo, nombre de los ocupantes – los que verificó debidamente con las credenciales –, nombre del encargado del grupo, color, en fin, todo lo que pudiera significar detalles mínimos de los intrusos.

Por dentro, Cussack y los demás sentían una satisfacción enorme por haber entrado en las mismas garras del león. Una cosa era entrar en una zona privada como el Área 51, por ejemplo, pero otra muy distinta era burlar todo un sistema de seguridad no sólo local, sino nacional, vulnerar la intimidad de los verdaderos testigos de delitos graves y pasearse como los amos y señores del lugar.

Una vez que traspusieron el lugar, los hombres se dieron a la tarea de averiguar cuál de todas las casas era la que albergaba a John Backwood. El lugar era enorme, mucho más grande de lo que se vislumbraba de afuera y mayor aún de lo que habían previsto los espías originalmente. Descubrir la casa concreta de Backwood podía llevar mucho tiempo, y no podían preguntar a nadie sin levantar de inmediato las sospechas. Habría que planificar, una vez más, los pasos a seguir, pero las planificaciones eran lo que más le gustaba a Cussack.

A las diez de la noche salieron del lugar, otra vez la puerta franqueada por el jefe de seguridad de turno. Mientras conducían de vuelta a la casa alquilada, donde Sandra los esperaba, iban comentando lo descubierto. Su foco de atención se centró en aspectos rutinarios del lugar, o en aspectos estratégicos del mismo.

Lejos de pensar que la cantidad de árboles era inmensamente mayor a la que habían determinado a vuelo de pájaro, y que para cortar las ramas más altas hacía falta ser trapecista de circo o paracaidista, Cussack se fijó en cada detalle, en la medida que fue posible, sobre la estructura del recinto. Primero, y como ellos habían sufrido en carne propia, cada vehículo que se acercaba a Espacio Sideral con la intención de entrar era minuciosamente inspeccionado, tal como a ellos mismos, registrado en una bitácora y requeridas sus credenciales hasta que abandonaran el recinto, que lo hacían por donde mismo habían entrado. Esa era la única entrada/salida del lugar.

Por toda el área interna circulaban guardias armados, vigilando hasta el último rincón existente, resguardando la seguridad de los testigos. A las diez de la mañana se permitía a los moradores de Espacio Sideral salir al exterior a recrearse, y para ellos tenían extensas áreas verdes donde respirar el aire fresco y limpio. Una piscina mediana incluso servía para las largas y extenuantes tardes calurosas dentro de todo el espacio.

Hacia el norte se levantaban unas estructuras metálicas pintadas de verde para camuflarse con los árboles, en cuyo interior existían mesas de *pin pon* y billar, que eran constantemente usadas por los residentes de Espacio Sideral para recrearse y sacarse de encima el aburrimiento espantoso del que eran víctima día a día.

La guardia se relevaba cada cinco horas exactas, y no existía vigilancia ni siquiera un segundo. Todo esto lo habían podido averiguar ya que cada uno de ellos empezó a trabajar en diversos sectores para así abarcar un mayor perímetro.

Lo que no habían logrado averiguar aquel primer día era la ubicación del asesino, pero eso podría esperar hasta familiarizarse por completo con el organigrama del lugar. Aunque el objetivo era acabar con la vida del violador, lo que implicaba descubrir el paradero dentro de Espacio Sideral del mismo, lo primero que a juicio de Cussack había que hacer era inspirar confianza entre el círculo de soldados y guardias, para que poco a

poco, si se podía, algo que era dudoso, alejaran los ojos de ellos y se preocuparan como si ellos no existieran.

En todo caso, HBC sabía perfectamente que jamás los guardias de seguridad les quitarían ojo de encima, pero había que reducir lo más posible esa desconfianza y esa preocupación en ellos.

Al salir les fueron desvueltas sus credenciales y anotaron en la bitácora la hora de egreso. Mañana la ceremonia se repetiría exactamente.

Al otro día, bajo el sol que ya amenazaba con atacar sin piedad a los pobres seres bajo él, Cussack y sus compañeros llegaron cerca de las ocho a Espacio Sideral, y el mismo jefe de seguridad del día anterior los recibió, esta vez con un poco menos de ceremonia. Sólo los revisó a ellos, el vehículo por dentro y las herramientas que traían, pero obvió el inspeccionar la patente y los datos del vehículo.

- ¿Cómo lo harán con las ramas caídas? – quiso saber el hombre –. ¿Ustedes mismos las sacarán de aquí?

- Nosotros seremos los encargados de llevárnoslas – respondió Anderson, que esta vez iba vestido como uno de los suyos –. Claro que tendremos que traer un camión más grande, pero eso será cuando sea necesario, para no importunarlos a ustedes.

El guardia asintió y se corrió a un lado para que la furgoneta pudiera pasar. Cussack aceleró y diez minutos más tarde estaba por segunda vez dentro de Espacio Sideral. Desde lo lejos se podía apreciar las ramas cortadas que el día anterior habían tumbado, y ya se podía sospechar de la real magnitud del trabajo que HBC estaba desarrollando. La idea era avanzar con lentitud hasta poder averiguar con exactitud todos los datos necesarios, pero no tanto como para levantar sospechas.

Ya era un buen paso el hecho que la guardia de entrada no haya revisado los datos del vehículo, eso ya era un punto a favor.

A Tom Cussack se le estaba ocurriendo un nuevo plan en su cerebro, algo que conllevaría a que uno de sus amigos se quedara en casa el resto de la semana desarrollando dicho plan. Andrew Volko sonaba como el más indicado, y cuando su jefe le comunicó sus pensamientos, el otro no lo dudó un sólo instante. Se pondría manos a la obra al día siguiente.

Para justificar la falta de él, si es que se lo llegaban a preguntar, dirían que el hombre había enfermado luego de ser picado por un insecto en las alturas de los árboles, pues era sabido que en las altas copas de los gigantes de la naturaleza vivía una colonia de mosquitos que, al picar, inyectaban una pequeña dosis de veneno que era incapaz de matar a un ser humano, pero que era muy posible que lo enviara a la cama con una fiebre altísima y un malestar general, síntomas que duraban casi tres días.

Lo que haría Volko sería pintar otra camioneta con el logo de *Vida en Verde*, de igual modelo, a la que solo cambiarían la patente. El cambio estaría por debajo del chasis.

Volko soldaría, paralelo al eje de trasmisión, otro tubo hueco en toda su longitud, con dos topes, uno en cada extremo, que harían de tapa de las puntas. Entre este espacio ocultarían una pistola, que sería la misma con que Sarah Fletcher mataría al asesino. Cussack consideraba que mientras más luego pudieran introducir el arma, sería mejor, pues ahora podrían ocultarla, si fuera necesario, en las copas de los árboles hasta el momento oportuno.

A las tres de la tarde los “trabajadores municipales” hicieron un alto y se dirigieron a la camioneta a tomar alimentos. Estaban conversando cosas sin importancia, sobre las ramas de los árboles que estaban cortando, cuando escucharon que afuera alguien daba órdenes, llamaban por radio al jefe de seguridad, y una tercera voz increpaba a los custodios de la entrada, exigiéndoles que se apresuraran en la verificación.

Los hombres de HBC agudizaron sus oídos y Cussack alcanzó a divisar una camioneta blanca sin distintivos que quería entrar. ¿De quién podría tratarse? Esperaron ansiosos de poder averiguar algo.

Tan ágil como un felino, el ruso-americano trepó a un árbol lo más rápido que pudo, desde donde pudo contemplar la escena con tranquilidad. Vio que el mismo hombre tomaba los procedimientos de rigor y le franqueaba la puerta de entrada al vehículo, al que también se subió uno de los hombres armados. Dándole las indicaciones pertinentes, el hombre guió al conductor por detrás de las últimas casas de veraneo, hasta una que estaba al sector sur de la instalación, cerca de un acantilado que parecía perderse en las profundidades de la tierra. El recorrido no duró más de cinco minutos, tras los cuales el motor de la camioneta se detuvo y el soldado bajó. El chofer del vehículo también descendió y se dirigió a la parte trasera de su furgoneta, donde abrió las puertas traseras y bajó al suelo una bandeja plástica cuadrada que guardaba diversas bolsas con comida y algunas bebidas. Luego, empezó a separar los productos meticulosamente, como si se trataran de joyas que había que ocultar de la vista de intrusos.

Uno de los dos dijo algo, y el otro respondió, y casi de inmediato aparecieron dos guardias más por el contorno de la casa donde se había detenido la camioneta de reparto. Volko miraba con expectación, tratando de retener en su retina hasta los más insignificantes detalles.

Uno de los guardias recién llegados revisó con esmero las bolsas, una a una, sacando todo lo que estaba al interior y dejando a un lado toda la mercadería que el chofer traía. El otro hombre anotaba en una bitácora diferente a la anterior todos los productos que el conductor había ingresado a Espacio Sideral, y un momento después el guardia golpeó la puerta de la casa. Volko abrió los ojos desmesuradamente cuando vio asomarse a John Backwood por el umbral para recibir los alimentos que le deberían durar hasta el mes siguiente.

Habían descubierto la ubicación del asesino.

- La manera más accesible de llegar al lugar es dando un rodeo por todo el perímetro trasero – explicaba Volko cuando hubieron regresado a su casa –. Hay algunos guardias por ese sector, pero la vigilancia no es tan estricta, pues nadie pensaría que alguien se aventuraría por esos acantilados.

- Entonces debemos empezar a conocer el lugar en terreno – dijo Cussack, después de escuchar a su compañero.

- Creo que no sería prudente – intervino Sandra, que a pesar de no estar dentro de Espacio Sideral, podía hacerse una idea general del lugar –. Podría ser sospechoso que justo después del día de reparto quisiéramos limpiar esa zona.

- Sandra tiene razón – colaboró Selppa –. Al fin de cuentas, lo más probable es que pase un mes para que la camioneta vuelva a llevarle comida a ese hijo de puta.

- Como sea – sentenció Cussack –, tenemos un mes para empezar a sondear esa zona. Nos iremos con calma, pero tratando de imponer una velocidad solapada. Pero tendremos que averiguar algunas cosas.

- Yo me quedaré aquí, enfermo – dijo Volko –, arreglando la otra camioneta para meter las armas la próxima semana.

- Necesito que alguien averigüe la procedencia de la mercadería del asesino y el tiempo de entrega.

- Yo lo hago – dijo Sandra –, recuerda que nadie me conoce.

- Pero te reconocerán en cuanto te vean en la calle – se quejó Anderson.

- No te preocupes, amigo Chris – respondió coquetamente ella –. Tengo algunos trucos bajo la manga.

Al otro día, mientras sus compañeros se internaban por tercera vez dentro de los terrenos de Espacio Sideral, y mientras el ruso ocupaba su tiempo en implementar un método oculto en la otra camioneta de HBC, la hermosa y joven Sandra Richardson se transformaba en una no tan joven y no tan hermosa mujer perteneciente a una institución de beneficencia que andaba buscando socios para recaudar fondos para niños enfermos de Sida. Los primeros pasos que haría serían seguir la pista de la furgoneta, mediante la patente, que esperaba le aportase los datos necesarios para identificarla del todo.

Sandra salió a la calle y lo primero que hizo fue dirigirse a la Biblioteca Nacional, donde esperaba encontrar algún tipo de antecedente que le ayudara a averiguar sobre el aprovisionamiento de los alimentos necesarios para el recinto de protección de testigos. Se dirigió directamente a la sección de Vehículos Motorizados, tomó un mini computador y se metió a la página del registro de bienes motorizados, donde anotó los números de la matrícula. El computador tardó sólo unos cuantos segundos en arrojar la información, y

cuando la tuvo lista, Sandra se dirigió al mesón de atención a clientes y pidió a la señorita que ahí atendía que le imprimiera aquella información.

- ¿La necesita para algún tipo de trámite especial? – le preguntó.

- Oh – contestó sorprendida la mujer –. Necesito ir a su empresa para recolectar fondos para niños enfermos de Sida. Usted ya sabe – siguió diciendo Sandra mientras la impresora escupía la hoja –. ¡Pobres criaturas! – suspiró.

La mujer que atendía el mesón sonrió y le entregó la hoja a la otra mujer, la que después de pagar se fue directo a su vehículo, el que no había cambiado por otro. Cuando se hubo alejado lo suficiente como para no ser identificada, entró al estacionamiento de un *mall* y aguardó a la sombra. Después de chequear sus puntos ciegos – algo que Tom y Andrew le habían enseñado a hacer con mucha precisión –, Sandra se dispuso a leer la hoja impresa.

En ella aparecían los datos del furgón, la marca y el modelo, registrado a nombre de Empresas de Abastecimientos Altazor, de propiedad de un tal Arnold Schmeijer, un judío alemán sobreviviente del Holocausto. La dirección también aparecía en el papel, por lo que Sandra se dirigió hasta allí.

El lugar quedaba en las afueras de la ciudad, en una zona gris y polvorienta. Un gran aviso publicitario indicaba el nombre de la empresa, una compañía distribuidora de alimentos y bebidas. Las oficinas comerciales se ubicaban a un costado de la fábrica, y Sandra Richardson se aproximó hasta aquel lugar.

Una joven y bonita secretaria la recibió, y cuando la abogada dijo que pertenecía a una sociedad de beneficencia, la secretaria cambió de tono de voz y señaló que Altazor era una empresa joven que recién estaba posesionándose del mercado, por lo que no podía hacer gastos extras contra su presupuesto.

Sandra, que esperaba esta reacción, sacó entonces de su bolso una placa de policía, totalmente falsa, pero legal ante ojos inexpertos, y exigió hablar con el dueño, y que más les valía a todos que se encontrara en el lugar. La joven secretaria, temblando ahora de pies a cabeza, trató de hacer una llamada interna, pero el auricular se le cayó de las manos.

- Relájate, preciosa – le dijo Sandra –. Si me hubieras hecho caso desde un principio, no estarías como estás ahora. Llama a Arnold Schmeijer ahora mismo.

Dos minutos después, la abogada de HBC era conducida hacia una oficina donde la esperaba un hombre de unos cincuenta años, de tez blanca y ojos azules. Sus cabellos canos demostraban a ciencia cierta los años que el hombre tenía, pero las arrugas prematuras de su rostro dejaban ver los sufrimientos infligidos por los nazis en los campos de concentración.

- No he cometido ninguna infracción como para que la policía quiera seguirme, agente Maddox – dijo el hombre, llamando a Sandra por el apellido que aparecía en la falsa credencial del FBI.

- Es verdad – reconoció Sandra –, pero debe recordar que su empresa es mucho más que estas oficinas aquí. Su negocio es rodante.

- Creo que no le entiendo – dijo Schmeijer.

- ¿Reconoce estos datos? – y la mujer le tendió la hoja impresa con la información de la camioneta que iba a Espacio Sideral.

- La verdad es que no – respondió calmadamente el judío, tras leer los antecedentes que tenía delante de sus ojos.

- Estos datos corresponden a uno de sus tantos vehículos repartidores que su empresa posee, señor.

- Y usted comprenderá, agente Maddox – dijo Schmeijer –, que no poseo una memoria tan privilegiada para recordar las placas de todos los vehículos a mi disposición.

- Por cierto que no – afirmó la abogada –, pero estoy segura que poseerá una base de datos donde aparece a qué destino va cada uno de sus furgonetas, ¿no es así?

- Desde luego.

- Haga el favor de revisar estos antecedentes, señor.

Schmeijer se giró en su silla y apuntó sus ojos a la pantalla del ordenador que tenía a un costado. Abrió un programa diseñado por uno de sus ingenieros informáticos y tecleó la patente de la furgoneta que aparecía en el papel. Mientras el computador buscaba las coincidencias, el sobreviviente al Holocausto miró dos o tres veces a la que creía por agente del FBI, preguntándose en silencio qué problema habría con ese vehículo en particular. Cuando por fin la máquina electrónica arrojó el resultado, el judío alemán abrió los ojos como platos y una nube de temor cruzó su mente.

- ¿Ya sabe cuál es el destino de esa furgoneta, señor Schmeijer?

- Por supuesto, agente Maddox –. Va a Espa…

- ¡No lo diga! – lo interrumpió la mujer, levantando un dedo para dar mayor énfasis a su orden –. No se preocupe demasiado, lo que ocurre puede no ser tan calamitoso para usted.

- Usted dirá, agente.

- Como usted podrá confirmar cuando desee, el Buró tiene registrado todos los antecedentes concernientes a los servicios que solicita a empresas privadas, en este caso, la misma furgoneta que nos presta los servicios en esa zona – Schmeijer movió afirmativamente la cabeza –. En la última entrega de alimentos a la zona que nos interesa, se sorprendió al conductor ingresando con una mujer a la que ocultó en la parte de atrás de la camioneta. Algo que es en extremo grave, pues nadie debe saber la ubicación de ese lugar. ¿Me comprende? Tenga presente que los guardias del lugar están bajo sumario.

- Realmente lo lamento – se disculpó Schmeijer –, pero mis instrucciones fueron claras. Entrar solo al lugar, y salir lo más rápido posible de él. No entiendo cómo pudo desobedecerme.

- Los motivos ya no importan – dijo Sandra, elevando un poquito el tono de voz –. El daño puede ya estar hecho, por lo que debemos prevenirlo y remediarlo desde ahora.

- Por supuesto, tiene usted toda la razón. Dígame en que puedo ayudarla, y estaré a su entera disposición.

Sandra se detuvo un momento y pensó las palabras a utilizar. Tenía al hombre cogido por los huevos, y esperaba sacar el máximo de beneficios de esa situación. Sabía también que Schmeijer no dudaría de ella, pues ni siquiera había tenido la sensatez de informarse más allá sobre la mujer.

- Lo primero que necesito es conocer los detalles del conductor, periodo de regularidad de la entrega de mercaderías, domicilio del chofer…todo. Y lo más importante, no le diga a él que lo hemos visitado a usted. El conductor no debe saber nada. ¿Me ha entendido?

- Claramente – contestó el hombre, imprimiendo un informe completo sobre el chofer de la furgoneta. Apareció una dirección muy cercana de Ohio –. Tenga usted presente, agente Maddox, que el resto de los días hacemos otros servicios, y que puede ser que mi empleado no se halle en casa.

- Por supuesto – respondió Sandra –, ha sido usted de una gran ayuda.

La mujer se levantó, se despidió y salió del lugar. Tenía una dirección que verificar.

Sandra Richardson se dirigió sin pérdida de tiempo al lugar indicado por Schmeijer, luego de desprenderse de su uniforme y colocarse uno más juvenil. Por afuera pasó un muchacho casi de su edad, el que se detuvo de inmediato en cuanto vio a la mujer sacarse la parte de arriba de su vestimenta y quedar con sus pechos desnudos. Era un latino negro.

- Ay, mamita – le gritó –. Qué tetazas que tienes.

Sandra reprimió una risa, puso en marcha su carro y se fue del lugar. Más tarde llegó a un bloque de edificios de color gris, donde algunos muchachos jugaban al baloncesto. Aunque era evidentemente un lugar peligroso, Sandra no tenía miedo de entrar y mezclarse con esos hampones, pues hacía mucho tiempo que había aprendido las leyes de la calle.

Avanzó lentamente por una calle lateral, y al doblar una esquina se topó de frente con la furgoneta de Altazor. Había tenido suerte, y de repente vio la cara del conductor, un joven de no más de treinta años, tranquilo y algo moreno, que descendía del vehículo y

subía las escaleras del edificio donde vivía, cuarto piso, departamento que daba a la calle. Definitivamente, Sandra Richardson había tenido mucha suerte.

Andrew Volko era un tipo decidido y trabajador. Desde que se impuso trabajar en la camioneta para implementarla camufladamente para ingresar las armas dentro de Espacio Sideral, no se había detenido. Ya llevaba soldado todo el largo tubo que corría por debajo de la camioneta, dejando un pequeño cuadrado vacío donde irían las armas conseguidas por él mismo en los bajos fondos. A simple viste la furgoneta mostraba un aspecto deplorable, pero el hombre confiaba en dejarla igual a la que ahora utilizaban para entrar al lugar restringido. Para todos los efectos, Andrew Volko había sufrido la picazón de un mosquito que causaba una fiebre elevadísima, razón por la cual había tenido que guardar un estricto reposo en cama, lejos de todo el mundo: era la única manera de justificar su ausencia del lugar de trabajo.

El ruso-americano trabajaba hasta tarde, y lo que en un principio había parecido un trabajo más, se transformó de repente en una tarea ardua y compleja. Sin las comodidades necesarias para llevar a cabo la tarea, un taller mecánico con pozos y el espacio suficiente para moverse, sumado al ocultismo que debía proporcionar a sus arreglos, Volko se veía muchas veces – las más – prisionero de sus propias herramientas, diseñadas para trabajar en espacios grandes y libres de árboles, como lo estaba el patio donde había logrado meter la furgoneta sin ser vista la noche anterior.

Aun así, el hombre llevaba una tarea espléndida, tal y como él mismo se lo había propuesto al empezar su labor. Sandra, que permanecía con él la mayor cantidad del tiempo, le parecía una compañía espectacular, y lo ayudaba a distraerse conversando con ella cosas sin importancia, evocando recuerdos del pasado, cuando recién estaban empezando a conocerse.

Había sido una noche extraña aquélla del doce de enero. La lluvia caía torrencialmente y Andrew conducía un destartalado coche de la década de los sesenta por la autopista central, a no más de cincuenta kilómetros por hora. Aunque no era un carro veloz, muy al contrario, era más bien lento a juicio del conductor, a pocos metros de la carretera una mujer estaba empapada y sin paraguas, con una falda corta y unos zapatos de tacón. En cuanto la vio, el hombre quedó encantado, pero siguió de largo. A pocos metros se detuvo y se devolvió. Según sus propias palabras, tiempo después, el ángel bueno de su conciencia le había dicho que recogiera a esa mujer. Al parecer, desde ese momento el ángel había desaparecido.

Al principio la había tomado por una prostituta, pero, una vez sentada a su lado, había cambiado de opinión. Ella se llamaba Sandra Richardson, una abogada expulsada de la asociación de abogados por razones que no quiso decir, pero que muchos años después

confesaría sin pudores. No tenía casa cerca, por lo que Volko le había ofrecido la suya, a lo que ella aceptó sin poner objeciones o dudas respecto a las buenas intenciones de su salvador. Por un momento ella pensó que podría hacer el amor con él, un tipo fuerte y musculoso que había tenido la gentileza de socorrerla cuando ella más lo necesitaba. Le había contado que su novio la había abandonado por otra, y que como ella le había pedido explicaciones, él la había golpeado y la había abandonado en plena carretera, bajo esa lluvia inclemente; fue la primera y última mentira que le había dicho a ese hombre.

Ahora, mientras el ucraniano terminaba de trabajar por ese día, y se dirigía a la ducha, Sandra le preparó un té caliente y esperó para hacerle un masaje. Volko sabía que era lo más que podía esperar de esa mujer, y se conformaba con éso. Por lo demás, Sandra era una mujer exquisita, con sus virtudes y defectos.

Espacio Sideral era una especie de fuerte, con una caseta de vigilancia las veinticuatro horas del día. El vigilante, siempre un hombre armado y atento a todo su entorno, que en realidad poseía más peso de vigilancia que el conserje, custodiaba el único ingreso al recinto, y dentro del perímetro de la zona más vigilantes, algunos inclusive de civil, resguardaban la vida de los residentes.

Cussack y los demás ingresaron una vez más al lugar con las herramientas de trabajo, y al ser chequeado el vehículo de transporte, las precauciones, si bien eran exhaustivas, eran un poco menos extensas. De hecho, revisaron solo el interior de la furgoneta, sin prestarle la menor atención a la parte inferior.

Poco a poco los falsos jardineros comenzaron a moverse por todo el territorio, cortando ramas altas, pero también observando su entorno. Ya conocían de vista a algunos de los moradores de Espacio Sideral, hombres maduros y otros jóvenes que habían sido testigos de ajusticiamientos por parte de integrantes de mafias duras y peligrosas y de asesinatos por *vendettas*.

Día a día avanzaban un poco más, y en más de una ocasión vieron a John Backwood pasearse libremente por los campos cultivados, como si de verdad se tratase de un testigo clave de un hecho que él jamás ni siquiera pensó. Caminaba a sus anchas, como si fuera el amo y señor del lugar, mezclándose con el resto de la población, como si de uno más de ellos se tratase.

Las provisiones le durarían – o tendrían que durarle – un mes exacto, pues recién al cabo de ese lapso de tiempo la camioneta de Altazor volvería a traerle comida.

Sin saber era observado por los hombres de HBC, que anotaban todo en su mente, listos para traspasar esos datos al papel en cuanto llegaran a casa. Allí, Sandra empezaría su labor de seguir al conductor, por lo que todo debería coordinarse para un fin de mes.

Enviar el aviso por radio para Sarah Fletcher, y que ésta se presentara el día acordado a la hora adecuada. Pero aún faltaba para éso.

Al terminar esa semana, Andrew Volko ya había finalizado su trabajo de pintar la camioneta y ensamblarle el eje adicional que ocultaría el arma que ingresarían a Espacio Sideral. Envolvió la pistola en papel aluminio para así bloquear algún detector de armas y explosivos que pudieran utilizar para inspeccionar completamente la camioneta, aunque jamás había utilizado uno. Luego de encajarla en un hueco pequeño, del tamaño justo de un par de Glock, Volko cambió la patente de la actual furgoneta a la que recién había terminado de armar, dispuestos al día siguiente  llevar a cabo la infiltración en terreno sumamente peligroso. Si todo resultaba exitoso, la mitad de la tarea ya estaría hecha.

Y al día siguiente la revisión no fue distinta a los días anteriores. Los vigilantes ni siquiera miraron los registros internos del vehículo, chequearon solamente la patente y comprobaron los datos de esa placa. No se dieron cuenta que el modelo era diferente, más antiguo que el anterior, y tampoco se percataron que el tamaño también era diferente. Cuando entraron, estacionaron detrás de unos grandes árboles que intencionadamente todavía no habían talado y, lejos del alcance de todos, algo que podría catalogarse de milagro en esas condiciones, Anderson se metió debajo del vehículo, soltó los pernos que afirmaban la tapa del hueco, y extrajo las pistolas, las que ocultarían en un lugar apropiado. Resultado final exitoso.

Pasaron dos meses, y muy contra los deseos de Tom Cussack, los progresos, que una vez se habían mostrado tan promisorios, de repente se habían estancado. Sandra no había podido empezar a movilizarse porque aún HBC no tenía la suficiente confianza del personal de seguridad de Espacio Sideral para moverse libremente, pero un día la situación cambió por un hecho absolutamente fortuito.

La camioneta de reparto llegó como de costumbre a la hora señalada, el mismo día del mes anterior, pero el conductor, el mismo hombre que Sandra había seguido, hizo una mala maniobra y reventó el neumático delantero derecho. Por poco la camioneta no volcó, pero el aterrorizado conductor lanzó una plegaria al dios en el que creía y juró tener mayores precauciones de ahora en adelante.

Tom Cussack, que “coincidentemente” estaba por ahí cerca, se aproximó al lugar e inspeccionó el vehículo. Andrew Volko, mucho más experto en mecánica que el líder, se agachó y a fuerza de coraje y empuje logró equilibrar la precaria situación de la camioneta. Afuera, el joven conductor veía todo con ojos desorbitados cómo unos perfectos desconocidos trataban de salvarle el pellejo.

- Tuviste una suerte bárbara, chico – le dijo Cussack al cabo de unos minutos –. Un poco más y podrías estar muerto.

En ese mismo instante Cussack lanzó un grito de dolor, aunque Volko no había visto qué lo había causado. Una imperceptible mueca con la boca le dijo al ruso-americano que su jefe algo se traía entre manos, por lo que no le dijo nada y le siguió el juego. Cussack seguía quejándose, y en más de una ocasión dijo que no podía levantarse.

- Lumbago – dijo el guardia de la entrada, que al parecer era un experto en la materia.

- Y lo más seguro es que necesite alguna inyección calmante – sentenció su compañero, que veía cómo Cussack se lamentaba del dolor.

- Serás el líder o lo que sea – le dijo Volko a viva voz –, pero mañana no te aparecerás por aquí. ¿Está claro?

Volko terminó de cambiar el neumático, algo tan sencillo que parecía irrisorio que el conductor no supiera hacerlo, y de inmediato pidió las excusas a la gente de seguridad de Espacio Sideral para abandonar el recinto y llevarse a Cussack a un hospital. Los custodios no objetaron inconveniente alguno, y dieron la salida sin problemas.

De vuelta en la casa, Volko interrogó con la mirada al líder de HBC, mientras éste se sacudía la ropa y miraba a ambos lados. Cuando todos estuvieron cerca de él, esperando sus palabras, el hombre habló.

- La segunda etapa del plan está acabada. Nos queda la última parte, que comenzará ahora mismo.

# TERCERA PARTE
# ÉXITO

## 17

Todos miraron a Tom Cussack. ¿Una tercera fase del plan? Definitivamente algo se les escapaba a ellos, algo que había planeado a expensas de sus compañeros y que ahora lo dejaba caer como una bomba. Pero lo cierto era que Tom Cussack jamás utilizaba juegos de palabras para expresar una idea, ni mucho menos hacía bromas al respecto. Por lo mismo, cada uno de sus amigos lo miraba con aire preocupado, pero atento.

- Conocemos los detalles de las entregas de mercadería a Espacio Sideral –comenzó Cussack con voz rotunda –. Una vez al mes, en la misma fecha. Los guardias ni siquiera se esfuerzan demasiado en revisar a fondo la camioneta, y solo revisan al conductor. He aquí el problema.

- ¿Y cuál es? – quiso saber Anderson.

- La suplantación del chofer.

- ¿De qué demonios estás hablando? – lo interrumpió Sandra.

- Déjenme que les explique –. Tom Cussack se levantó, trajo una bandeja con copas y sirvió en cada una de ellas un poco de licor, luego abrió un paquete de papitas fritas y las puso en la mesa toscamente. No era muy dado a las ceremonias de recibimiento y de anfitrión, por lo que ninguno de sus compañeros se extrañó de la poca sutilidad para preparar la "cita" –. Sandra ya ha averiguado dónde y cómo vive el chofer que conduce la camioneta de reparto. Lo que nosotros debemos hacer es entrar en esa camioneta, pero con un chofer de reemplazo. Al joven conductor oficial debemos encerrarlo por lo menos un día, y liberarlo cuando todo esto termine. Nosotros interceptaremos la camioneta antes de ingresar, secuestraremos al chofer y colocaremos al nuestro, al que debemos buscar aquí mismo, en Ohio. Su participación será irrelevante, pues le ofreceremos una suma de dinero que jamás ha soñado, y les aseguro que no hará preguntas. Nosotros estaremos adentro, y aprovecharemos el revuelo que causará un nuevo conductor para colarnos dentro de la casa de Backwood.

- Todo parece muy sencillo – reconoció Selppa –, ¿pero en realidad es así? ¿Cómo entrará Sarah Fletcher al lugar?

- También he pensado en eso – respondió Cussack –. Haremos creer a la gente de Espacio Sideral que Sarah Fletcher es la jefa directa del hombre, y que fue con ella porque no conocía la ruta. Por último, podemos argumentar que es la política de la empresa.

- Me parece un buen plan – señaló Volko –, y si hasta el momento los demás han resultado, ¿por qué éste no?

- Creo que andamos con bastante suerte – dijo al cabo Cussack, después de vaciar su vaso de un solo sorbo –. Estamos a punto de culminar el mejor trabajo de nuestras

vidas, por todo lo que señalé en un principio, y estoy seguro que el gobierno no se va a interesar por la muerte de un maldito hijo de puta como Backwood.

La reunión se extendió por algunas horas más, de manera más distendida, con todo HBC dando sus opiniones al respecto. Las copas de licor cambiaron rápidamente de manos, al igual como lo hace el dinero, y cerca de medianoche los pasos a seguir quedaron definidos. Habría que concentrase en la búsqueda de una persona que reuniera algunas características especiales que le permitieran entrar a un lugar estatal sin levantar sospechas; además, se tenía que enviar el aviso por radio sobre personal de aseo para cortar césped, para poder atraer a la madre de Stephie. Todo eso debería hacerse a la mañana siguiente, por lo que aquel día empezó tempranísimo.

Cussack se levantó el primero y, después de despedirse de sus compañeros que iban una vez más a Espacio Sideral, se dirigió raudamente a las oficinas comerciales de la sucursal de Emisoras Locales para colocar un aviso de trabajo. A pesar de que el texto a publicar era sencillo, debía contener algo que sólo supiera entender Sarah Fletcher; tampoco era la idea llenar de cesantes el lugar donde iban a juntarse con la madre de la chica asesinada.

Después de intercambiar algunas palabras preliminares de bienvenida y tras exponer sus términos, Tom Cussack detalló el cuerpo del aviso. Aunque no era trascendental, explicó que estaba construyendo una empresa de aseo municipal y que requería gente para trabajar bajo contrato del gobierno para hermosear jardines y mantener los parques en buen estado, regarlos, asearlos, etc. El encargado de ventas de Emisoras Locales lo escuchaba con suma atención, asintiendo varias veces cuando el hombre que tenía enfrente decía algo que para él podía resultar importante.

El aviso de trabajo fue sencillo. En pocas palabras, se necesitaban mujeres para trabajar en la recolección de basura de los jardines estatales y parques públicos, cortar el césped y mantener los jardines en buen estado, no mayores de treinta y ocho años, ojalá con residencia en los alrededores o en ciudades aledañas, con carnet de sanidad, aunque esto último era irrelevante para el cargo. Pero Cussack sabía que Fletcher poseía un curso de manipulación de alimentos, por lo que ése debería ser el gancho para que la madre de Stephanie Birlock supiera que se trataba de la gente que ella había contratado. Las interesadas debían presentarse el lunes siguiente – tres días más – a las nueve de la mañana en…Y Cussack le dio la dirección, además de un número de teléfono desechable. Sarah Fletcher tendría que viajar hasta Ohio y reunirse con HBC para terminar la venganza que había ido planeando con el paso de los días.

Después de pagar y de tener la seguridad que el aviso se pasaría tres veces al día por todo el fin de semana, Tom Cussack se marchó a la espera de la llegada de la mujer.

Por su parte, Sandra Richardson, luciendo un vestido que le llegaba sólo hasta los muslos y un escote que dejaba muy poco a la imaginación, caminaba por las calles de la ciudad con desplante, como si fuera la dueña de todo el mundo. Muchas cabezas se volteaban para mirarla, y al pasar frente a un edificio en construcción, un grupo de jornaleros casi la devoró con los ojos; incluso uno más osado se atrevió a gritarle algún improperio, causando las risas de todos sus compañeros. La abogada pasó sin inmutarse, pero un poco más allá se detuvo y se giró. Miró derechamente al hombre que la había piropeado y lo llamó con la mano. Un nuevo torbellino de risas y palabras de ánimo le llegaron al obrero, el que caminaba con una leve cojera en su pierna derecha. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de la mujer como para mirarla bien, se quedó sin habla. Aquella mujer era hermosísima, algo que pocas veces se veía.

- ¿Te gusto? – le preguntó ella, mirando de abajo hacia arriba, como hacían las prostitutas que chequeaban a sus clientes.

El hombre sólo atinó a mover la cabeza en forma afirmativa, y Sandra vio que su cuerpo temblaba entero. Interiormente se reía de la insignificancia del hombre, pero después supo que podía sacarle provecho al sujeto, que podría ser todo lo que ella quisiera, menos tonto.

- ¿Te gustaría verlos sin ropa? – le dijo ella, tocándose uno de sus pechos.

Otro asentimiento con la cabeza, y entonces ella lo tomó de la mano y se lo llevó un poco más allá, a la sombra del edificio a medio construir. Con una precisión matemática, la mujer se bajó el sostén y dejó al aire su pecho izquierdo, una masa carnosa blanca y perfecta, bella, donde su pezón erecto parecía una mancha rosa sobre una hoja de papel blanca.

- Es…hermoso – atinó a decir el afortunado hombre.

- Esto es sólo el principio – continuó la mujer, volviendo a ocultar su seno de la vista del sujeto –. Puedo hacer muchas cosas más, incluida mi boca. ¿Te gustaría? – él dijo que si –. Pero primero necesito que me ayudes.

Diez minutos después la mujer tenía una dirección y el hombre el mejor sexo oral de toda su vida. Sandra se dirigió presurosamente en un vehículo alquilado al sector oriente de la ciudad indicado por el hombre y allí se encontró frente a frente con la otra cara de la moneda: la pobreza más abundante respecto a la alta minería del lugar, ocasionado sin duda por las llamadas *tribus urbanas*, que habían hecho de ese sector de Ohio una especie de Harlem de la pobreza. Sandra miraba con desolación el lugar, y por un momento pensó si el hombre la había engañado de algún modo, pero desechó esa idea casi de inmediato: el tipo diría cualquier cosa con tal que se la chuparan.

Iba a avanzar algunos pasos cuando Sandra escuchó ruidos detrás de ella, y al voltearse divisó a un niño de no más de cinco años, descalzo, que la miraba. Ella se le acercó y el pequeño retrocedió algunos pasos con temor. Entonces Sandra se detuvo y

sacó de su bolsito un billete, que se lo tendió al muchachito. El chico, aún temeroso, pero un poco más resuelto ante la ambición del dinero, extendió la mano, hasta casi tocar los dedos de la mujer, la que le sonrió.

- No te asustes, no te haré ningún daño. Sólo estoy buscando a una persona. ¿Conoces a Joe Stuart? – pero inmediatamente hecha la pregunta notó lo estúpida que había sido. ¿Preguntarle a un niño de cinco años aterrado con sólo verla?

Se iba a ir cuando el niño dijo tres palabras, palabras que a Sandra le parecieron una bendición, pero que también le parecieron un tanto fuera de lugar. ¿Estaba en lo cierto el niño o sólo lo había dicho por temor? No lo creía.

- ¿Lo conoces?

- Es mi papá – respondió el jovencito, y acto seguido le mostró una casa que se perdía en la lejanía, casi cerca del horizonte –. Estará muy contento que lleve un poco de dinero hoy.

Un pensamiento macabro cruzó la mente de la abogada, que sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo. Sin querer pensar en esos malos presagios que se agolpaban en su cerebro, siguió al muchacho por donde éste la guiaba, hasta llegar al fondo del camino, a una casa construida de material ligero donde unas gallinas picoteaban el suelo sucio y reseco. Un hombre grande y fornido descansaba en uno de los peldaños de la debilucha escala que conducía desde la calle al interior de la casucha, y en su brazo derecho lucía un grotesco tatuaje de una mujer bailando con la muerte. Su aspecto podía fácilmente pasar por el de un hampón de la mafia o algún escandaloso cafiche que promocionaba a sus putas en plena calle y prácticamente al mejor postor, pero a Sandra estos tipos ya no la intimidaban.

- Veo que has hecho una nueva amiga, hijo – gruñó el padre con una voz que demostraba su escasa educación, la misma que seguramente recibiría el menor de seguir viviendo en las actuales condiciones –. Serás un experto en zorras cuando crezcas.

Después se levantó y se acercó a la hermosa mujer que tenía delante. Sabía que era dueño de ese territorio, y ninguna perra vendría a implantar sus reglas, aunque fuera hermosa como la que ahora sus ojos estaban viendo. Él era el amo y señor de todo ese sector, y ahí se haría lo que él decía y ordenaba.

- ¿Qué te trae por aquí, mujer? No es común ver una hembra tan linda como tú – y como si se tratase de un lobo o un animal en celo, se acercó a ella y la olió, como si de esta manera pudiera confirmar sus aprehensiones.

- Busco a un hombre – dijo tranquilamente ella.

- Pues ya lo has encontrado, cariño.

Ella paseó la vista por aquel sujeto y a duras penas reprimió una arcada de asco, pero no hizo ningún disimulo por ocultarlo. Pensó en las palabras a utilizar, algunas

hirientes que conocía, pero luego se arrepintió y decidió pasar por alto las ofensas anteriores, miró al chico y dijo resueltamente.

- Busco a Joe Stuart.

- Ese mismo soy yo, *zorrita*. ¿Para qué puede servirte?

Sandra sospechaba que aquel engendro podía ser su hombre, y sintió ganas de vomitar. A simple vista se podía ver que el tipo era una de esas personas sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que quería. A pesar de eso, ella no le temía, pero se preguntaba silenciosamente cuánto sufriría el pequeño con los abusos del padre.

- Necesito un chofer para una operación arriesgada. La paga es excelente.

- Eso me gusta – dijo el sujeto, acercándose un poco más, hasta quedar a apenas unos pocos centímetros de la abogada –. Por estos lugares tenemos la fama de ser arriesgados y profesionales.

- Perfecto. Entonces manos a la obra.

- No tan rápido – objetó él, y Sandra presintió que la tormenta se acercaba –. Matt, *scruppo* – y el chico partió corriendo por donde mismo había llegado, sin mirar atrás –. Ahora, bella señorita, podemos negociar un contrato. ¿No le parece?

Sandra entró, invitada por el hombre, al interior de su casa, en donde reinaba un caos total. Sobre la única cama que había descansaba una variedad increíble de revistas porno, abiertas por el medio, unas cintas de video, que la mujer no sabía donde se reproducían, puesto que no veía ni siquiera un televisor, cajas de preservativos y utensilios de cocina desparramados y sucios. Una verdadera caja de Pandora.

- ¿Te gusta mi casa, *zorrita?* Y bien – prosiguió el hombre –. Dime de qué se trata el trabajo.

- No es nada del otro mundo – explicó la profesional de HBC –. Hay que introducirse dentro de un territorio protegido, matar a una persona, y volver a salir.

- Nada de otro mundo – repitió con sorna el hombre, que de inmediato comenzó a pensar en la cifra de dinero que le pagarían por eso. Con esa suma, que no dudaba que fuera alta, podría mudarse de ahí y comprar una casa más amplia y cómoda en donde vivir con su hijo, lejos del mundo peligroso en el que se había metido, y muy, muy lejos de la policía –. ¿Cuánto es la paga? – Sandra se lo dijo, pero él no experimentó ninguna reacción.

- Me parece poco para la clase de trabajo que tengo que hacer – dijo sin tapujos.

- ¿Le parece poco? Entonces usted es un estúpido.

- Pero podemos llegar a un acuerdo extraoficial – siguió el conductor como si no hubiese escuchado la interrupción de la mujer –. Un negocio muy beneficioso para ambos.

- Es un cerdo – le escupió en el rostro la mujer. El hombre lanzó una carcajada estridente.

Una hora más tarde Sandra abandonaba ese lugar espantoso con la seguridad que el hombre estaría a la hora indicada en el lugar acordado de antemano. Sabía que el dinero ofrecido era acorde, y también sabía que el sujeto no podría resistirse.

Durante toda la tarde Tom Cussack estuvo esperando el llamado de la mujer que lo había contactado meses atrás, pero los únicos que había recibido eran de verdaderas interesadas en el trabajo, y solicitaban hora para una entrevista personal. Ese primer día no sucedió nada, ni al segundo ni al tercero, y Tom Cussack pensaba que el domingo sería igual, cuando a las nueve con cuarenta y siete minutos volvió a sonar su teléfono móvil. Esta vez la voz le resultó familiar, y aunque había pasado por lo menos dos meses desde su último encuentro, Cussack recordaba el rostro de aquella afligida madre como si ahora lo estuviera mirando directamente, y un recuerdo de dolor le cruzó el alma. ¿Cómo podía existir tanta maldad en una persona?

La conversación duró apenas tres minutos, y después de cortar Tom lanzó el *chip* a la basura y se deshizo de él. Ahora que la mujer volaría hasta Ohio para terminar el plan concebido por ella misma, la fase entraba en un punto final sin retorno.

Al otro día todos asistieron a Espacio Sideral, y con precaución vieron que cada vez los árboles estaban más desprendidos de sus ramas altas, por lo que era más difícil que alguien pudiera ocultarse en ellos y tramar una invasión.

Quedaba un último sector por limpiar, y que fue dejado intencionalmente para el último, y correspondía al sector donde vivía John Backwood. Allí quedaban tres o cuatro árboles, los que se empezaron a trabajar esa misma mañana.

Backwood apareció cerca de mediodía, vistiendo una tenida sport, lentes para el sol y camisa manga corta, como si realmente estuviera de vacaciones en las Bahamas o Jamaica. Cussack lo miró con cierto gesto de rabia, pero movió la cabeza y despejó sus malas vibras.

- ¿Un soleado día, eh? – dijo el asesino mirando a los limpiadores.

- Muy soleado – contestó Cussack, que deseaba sacar información del individuo para poder ganarse la confianza.

- Muy acorde a unas vacaciones de testigos, ¿no cree?

- De verdad es así – dijo Cussack –. ¿Y usted por qué está aquí?

- Soy un testigo clave en un asunto de espionaje industrial – mintió descaradamente el hombre, sin siquiera sonrojarse. *Maldito bastardo mentiroso,* pensó Cussack, pero no dijo nada.

- Tal vez le queda poco tiempo aquí – no pudo reprimirse el líder de HBC.

- No lo creo – enfatizó Backwood –. Además, me encanta estar aquí. Aquí no se hace nada, recibo mi comida gratis, no tengo que trabajar y vivo mejor que en mi antigua vida. Realmente es lo mejor que hay.

*Ya lo creo que sí*.

- ¿Y ustedes para cuándo terminarán? – quiso saber el criminal.

- Ya nos queda poco – intervino Anderson, que veía que su amigo muy pronto perdería la paciencia con ese desgraciado –, y si Mark nos ayuda, terminaremos antes.

No conversaron nada más, y al terminar la jornada sólo quedaban dos árboles por terminar, y ahí el trabajo definitivo terminaría. Quedaban dos días para la muerte de John Backwood.

Al otro día, pasado el meridiano, alguien golpeó la puerta de entrada a la casa donde HBC tenía sus herramientas y oficinas, y Sandra se encontró frente a frente con Sarah Fletcher, que parecía estar más envejecida por los meses, aunque la abogada sospechaba que se trataba del dolor, la pena y el sufrimiento. Sarah entró, Sandra le ofreció un vaso de agua y ambas se quedaron un rato en silencio, como si la escasez de palabras supliera todo lo que había que decirse.

- Mis amigos están por llegar, Sarah. La operación va a acabar en dos días.

- No hallo la hora en que esto acabe y pueda sacarme del corazón todo este odio que tengo.

La voz de la madre sonaba dura y fuerte, a pesar de que su apariencia mostraba todo lo contrario. Sandra se sorprendió de oírla hablar así, pero comprendió que el dolor de perder un hijo jamás se olvidaba. ¿Cómo se podía vivir con una angustia de ese tipo? Rezaba para nunca experimentarlo.

Momentos después Cussack y los demás entraron, y al ver a la mujer que se levantaba para saludarlos, se acercaron y le estrecharon la mano. Comenzaba la cuenta regresiva.

## *Últimas 24 horas*

- Primero que nada – empezó Cussack –, agradecemos su presencia aquí, tan lejos de casa. Me imagino que todo este tiempo de espera ha tenido que ser una eternidad.

- Así fue – respondió ella –, y respecto a agradecer, soy yo la que tiene que hacerlo. De verdad, no esperaba que llegasen hasta el final.

- Señora – intervino Volko –, nosotros siempre llegamos al final. Es como una cuestión de honor.

- Pero dejemos los agradecimientos y todo ese tipo de cosas para otro momento – cortó Cussack con brusquedad –. Todavía queda mucho trabajo que hacer. Me imagino que sabe manejar, señora Birlock – ella asintió.

- Muy bien – prosiguió el líder de HBC – escuche lo que vamos a hacer a continuación. La camioneta que lleva la mercadería a todos los testigos de Espacio Sideral va una vez al mes, por lo que coincidentemente el domingo debe ir. La conduce un joven que entra al ser revisado por los guardias, y sale después de dejar la mercadería en los diversos sitios donde viven los testigos del programa del gobierno. Las armas ya están dentro del sitio, por lo que no hay que preocuparse por ello.

"Esta misma noche iremos a la casa del conductor, lo secuestraremos y lo mantendremos encerrado hasta mañana, cuando todo haya terminado. Después de eso, el joven volverá sin daño alguno. Hemos contratado un nuevo conductor, el que debe llegar justo hoy a medianoche, a este mismo lugar, un hombre de cuidado, pero que estará fuertemente vigilado. Después de pagarle una sustanciosa suma de dinero, desaparecerá para siempre. Usted irá a su lado en la furgoneta, como si fuera su jefa, y cuando en portería le pregunten a qué se debe el cambio de conductor, usted le dirá que es la jefa de la empresa y que el joven que siempre conduce esa camioneta enfermó y que necesitaba reemplazarlo, y que como el nuevo chofer no conocía la ruta, tuvo que acompañarlo.

"Dejarán que los guardias los revisen sin problemas, y como no hay mujeres que revisen a mujeres, usted estará de lo más normal y dejará que esos hombres la revisen, aun cuando ello signifique que tendrán que tocarla. Nosotros estaremos dentro de la casa de Backwood reparando algún desperfecto que intencionalmente nosotros haremos para justificar nuestra entrada. Eso lo haremos cuando usted esté siendo revisada y así desviar la atención de nosotros.

"Cuando lleguen al lugar de entrega, el guardia que los acompaña se queda a alguna cierta distancia, impidiendo que otros testigos se acerquen al lugar. Las pistolas tienen silenciador, por lo que ellos no escucharán nada. Tendrá que efectuar a lo sumo dos disparos, como máximo, aunque en lo posible sólo uno, directo al corazón del asesino, para matarlo de una sola vez.

"Después de eso, repartirá la mercadería en un lugar más, para que el guardia la acompañe y deje pasar los minutos en casa de Backwood. Si la suerte nos acompaña, se enterarán de la muerte al día siguiente, o tal vez al subsiguiente, cuando no haya ninguna huella de nosotros. Deberá llegar cerca de las cuatro de la tarde, para justificar el repentino reemplazo del chofer enfermo. En todo momento usted deberá llevar guantes, aunque puede colocárselos al momento de tomar la pistola, para no levantar sospechas prematuras.

- Que tenga usted buena suerte – dijo Cussack al finalizar –. Y deje los nervios en otra parte.

- Muchas gracias. Se lo debo – Cussack hizo un gesto de sin importancia con la mano.

A medianoche exacta, el mismo hombre que se había acostado con Sandra Richardson en retribución al trabajo que realizaría, golpeó la puerta de la casa de Ohio y entró en el vestíbulo.

*Últimas 20 horas*

La noche era fría y oscura, y mientras Sarah se quedaba en casa con Chris Anderson, los demás miembros de HBC, guiados por Sandra, se aproximaban al bloque de edificios donde vivía Víctor Almuniz, el joven conductor de transporte Altazor, la empresa dedicada a repartir la mercadería a Espacio Sideral. El lugar estaba silencioso y tranquilo, y en todo el contorno no se veía nada que pudiera enturbiar la paz reinante. La camioneta que conducía Cussack se detuvo a unos cuantos metros de la entrada del bloque, y de ella descendieron Sandra y Andrew Volko, mientras que Sammy Selppa, Tom Cussack, Neal Ducho y Jimmy Coultrand permanecían en el interior. También estaba sentado, mezclado con los demás, Joe Stuart.

Sandra avanzó con decisión y se dirigió de inmediato al cuarto piso, donde vivía el joven. Subió las escaleras de a dos peldaños, siempre con Volko detrás, y cuando llegaron al lugar, le dijo a su compañero que esperara afuera. Tenía la esperanza de convencer al muchacho "por las buenas", ofreciéndole sexo para que accediera a sus peticiones, pues había notado que el chico parecía una buena persona. En todo caso, el ruso estaba afuera, expectante.

La mujer llamó a la puerta y comprobó el reloj; las una menos cuarto. No era tan tarde, pero en el departamento de Almuniz no había una sola señal de luz. O bien no estaba, andaba en alguna fiesta o bien de juerga con sus amigos, o, y ésto era lo que pensaba Sandra, estaba durmiendo pues al otro día tendría que levantarse muy temprano para empezar a repartir las encomiendas dentro de Espacio Sideral. Sea como fuera, había que cerrar ese cabo suelto esta misma noche.

La mujer volvió a golpear la puerta, y ya se aprestaba a decirle a su compañero que usara la fuerza y, más que nada su habilidad, para abrirla, cuando oyó pasos al interior. Primero sonaron como si se trataran de los de un niño, pero luego parecieron más fuertes. La abogada aprovechó este instante para desabotonarse los dos primeros botones de su blusa, lo suficiente para dejar a la vista gran parte de sus blancos pechos, y esperó.

Sandra, desde el otro lado de la puerta, escuchó cómo descorrían una cadena y abrían un poquito el marco.

Asomó un rostro somnoliento y desaliñado, con lagañas en los ojos y el pelo despeinado. Sus ojos se entornaron cuando vio a la mujer, pero no hizo ningún gesto de invitarla a pasar. Se la quedó mirando como si se tratara de un ser anormal, fabuloso, y esperó que ella hablara.

- He sufrido un accidente en mi automóvil – ella le dio a su voz un tono desesperado, incluso logró hacer brotar lágrimas de sus ojos –. He llamado en todos lados, pero nadie ha querido ayudarme.

- ¿Y qué quieres que haga yo? – preguntó sorprendido el hombre.

- Necesito poder pasar la noche. No soy de aquí y a esta hora no hay un servicio mecánico que pueda ayudarme. Por favor – y acto seguido hizo un movimiento sutil con su cuerpo que bastó para que uno de sus pechos quedara al descubierto –. Oh, perdón.

- Puedes pasar – le dijo el joven, abriendo la puerta y permitiéndole el paso a la desconocida.

La habitación era un verdadero caos, y Sandra se percató que el conductor sólo llevaba puesto unos calzoncillos para dormir. El hombre le ofreció algo de comer y de tomar, pero ella rechazó las atenciones, argumentando que deseaba molestar lo menos posible y que se sentía muy apenada por la súbita interrupción de la tranquilidad del dueño de casa.

- Lamento causar tantos problemas – se disculpó –, pero ese maldito coche me ha traicionado otra vez. No tengo nada para ofrecerte – siguió desenvolviendo su papel Sandra –, pero espero serte al menos una buena compañía.

El muchacho sonrió y le dijo que sólo tenía una cama, pero que ella podía ocuparla y él dormiría en el sillón. Ella sonrió y negó con la cabeza.

- Creo que te mereces más de lo que tú mismo imaginas.

Y se acercó a él y lo besó en la boca, ante el asombro del hombre, que jamás en su vida imaginó una cosa semejante. Sin poder resistirse, el joven conductor bajó las manos hasta las nalgas de Sandra, que muy contra sus deseos lanzó un gemido de placer.

Definitivamente, ese muchacho le gustaba, y por primera vez en mucho tiempo volvió a dudar de su sexualidad. Le encantaban las chicas, las formas femeninas, tener un pecho en la boca, y su experiencia más cercana con un hombre había sido ese cerdo asqueroso que conduciría la camioneta de Altazor. Sus tres últimas experiencias sexuales con hombres – el fiscal Shell, Stuart y el obrero de la construcción – habían resultado frustrantes, olvidables y asquerosas, pero en el muchacho que ahora la besaba y la tocaba sentía un calor diferente, una fuerza desconocida que se apoderaba de ella y la hacía dudar por completo de sus gustos.

Tal vez no fuera lesbiana, sino bisexual. Fantaseaba con que ese hombre la poseyera, sentirlo adentro, y sabía que eso ocurriría en los próximos minutos. Sintió una pena verdadera al pensar el verdadero objetivo de ella, pero negocios eran negocios, y si hasta el momento había triunfado en la vida, era precisamente por separar su vida personal – ya casi inexistente – de la pública.

No se dio cuenta cómo, de repente, estaba arrodillada frente a Almuniz, haciéndole sexo oral, tocándolo como si fuera el último hombre sobre la faz de la tierra. Los minutos transcurrían de prisa, y sabía que afuera Volko esperaba el momento de su entrada, por lo que debía darse prisa.

Fueron al dormitorio de Almuniz y él la penetró. Sandra sintió una oleada de excitación y calor que le recorrió todo el cuerpo, al tiempo que el hombre la embestía como si de un animal se tratase. La penetraba y le tocaba los pechos, unos pechos duros y firmes, redondos y turgentes, excitantes.

Por primera vez en lo que recordaba Sandra tuvo un orgasmo, y estaba dispuesta seguir sintiendo la exquisita sensación cuando la puerta fue derribada de un solo golpe y Andrew Volko apareció de improviso, de la nada, y con la cacha de la pistola golpeó en la cabeza al muchacho, el que cayó al suelo sin siquiera emitir un quejido.

- ¡¿Por qué lo hiciste?! – gritó Sandra, sin importarle que su compañero la viera completamente desnuda.

- ¿Por qué tardaste tanto? – le preguntó él a su vez –. Se suponía que debía entrar casi quince minutos atrás.

- No podía convencerlo – contestó la mujer, un poco más serena, tapándose con su ropa que todavía yacía desparramada por el suelo –. En todo caso, no era para golpearlo de esa manera.

Volko la fulminó con la mirada, y ella sólo atinó a desviarla. Se vistió rápidamente, mientras el ruso, con toda la fuerza de la que era capaz, tomaba en sus brazos al inconsciente conductor y lo alzaba por sobre su cabeza, llevándoselo hacia el exterior. Afuera, en la camioneta, cuando el resto de los miembros de HBC divisó a Volko, Cussack echó a andar el motor y se acercó al hombre, el que rápidamente dejó caer el cuerpo dormido de Almuniz en la parte de atrás; acto seguido, él y Sandra Richardson subieron en la parte delantera, arrancando a toda velocidad, pero sin hacer más ruido del necesario.

- No podremos volver a casa y no levantar sospechas respecto a nuestro andar – dijo Cussack mientras conducía por carreteras desoladas y solitarias –. Ahora debemos encontrar la manera de traer la camioneta de Altazor hasta acá – detuvo el vehículo.

- Desde aquí podemos hacer el circuito a pie – Selppa calculó la distancia hasta el bloque de edificios del joven –, no más de media hora. Yo podría hacerlo. ¿Tiene las llaves consigo? – miró al hombre de atrás.

- No trae nada consigo – señaló Volko después de registrarlo –. De seguro las tiene en su departamento.

- Iré hasta allá.

Selppa se bajó y empezó a caminar, a un ritmo que él mismo calculó en cuatro kilómetros por hora. A esa velocidad, los treinta minutos se verían reducidos a la mitad, y con suerte los restantes quince minutos los usaría para revisar el departamento del sujeto. La oscuridad acompañaba sus pasos, camuflaba sus movimientos y perfeccionaba sus habilidades. Trece minutos después ya divisaba el departamento de Víctor Almuniz.

Cuando entró, el desorden que encontró fue casi total, y sólo recordaba su propia casa, muchos años atrás, enclavada en plena ciudad, desordenada y caótica. Algunos libros estaban desparramados por el piso, la ropa sobre los muebles demostraba que hacía días que no se movía de ahí y algunos vasos a medio llenar reposaban en lugares donde no tendrían que reposar.

Selppa se dirigió de inmediato a la sala de estar, revisó en los lugares más obvios para guardar las llaves de una camioneta, pero no encontró nada. Recorrió visualmente los rincones de la habitación, pero sólo divisó colillas de cigarros, envoltorios de condones y dulces.

Finalmente las halló tiradas a un lado de una mesita de centro, ubicada en pleno centro de la sala de estar. Sin perder más tiempo, Selppa las tomó y abandonó el lugar, encendió el motor de la furgoneta y salió a toda prisa, con destino a un lugar apartado y sin vigilancia, donde lo estarían esperando sus amigos.

El itinerario estaba en el asiento delantero, el de acompañante. Había que ir a retirar las mercaderías a tres lugares diferentes, inmensas bodegas donde ya estaban empaquetadas y separadas, listas para ser recibidas por cada propietario de Espacio Sideral. Era una hoja de cálculo con direcciones y valores monetarios, pero lo único que a HBC le importaba era el listado de direcciones, pues era allí donde deberían dirigirse para retirar las mercaderías.

Sarah Fletcher, que en esos momentos se encontraba con Chris Anderson en la casa, y el nuevo chofer, Joe Stuart, que en esos momentos viajaba en la camioneta de HBC reconociendo la ruta, serían los encargados de llevar a cabo esa parte del trabajo, pues para no levantar sospechas, todo el personal de *Vida en Verde* debería ir a trabajar como de costumbre. Cussack todavía se extrañaba de la facilidad con que habían entrado en un recinto protegido ferozmente. Si los moradores de aquel lugar supieran lo fácil que había sido para ellos entrar…

Cuando todos regresaron a la casa, Sarah fue colocada al corriente de los hechos, el verdadero conductor Víctor Almuniz fue encerrado en un cuarto pequeño de la misma casa, con la boca amordazada para que no pudiera gritar, y custodiado de cerca por uno de ellos cundo tenía que comer, que era la única vez que le sacaban el paño de la boca.

Stuart se sentó al volante de la camioneta de Altazor, comprobó el orden de los cambios de la caja, esperó que Sarah se sentara a su lado, y partió hacia su primer destino, unos almacenes al norte de la ciudad, donde recogería su primer cargamento. Una sola firma del bodeguero de ese sitio certificaría que la mercadería fue recepcionada por el chofer, el que a su vez también tendría que firmar. Todo lo demás era exactamente lo mismo.

*Últimas 12 horas*

Cuando, a las ocho de la mañana, los falsos jardineros de la falsa *Vida en Verde* entraron por última vez en Espacio Sideral, nadie sospechó nada. De inmediato fueron a trabajar en los dos escasos árboles que quedaban justo enfrente, sabiendo que por lo menos a la camioneta de Altazor le quedaban seis horas por llegar.

John Backwood, cada vez más acostumbrado a los inesperados visitantes de la zona de testigo, abría la puerta para aspirar los rayos de sol de la mañana, tomar el aire fresco de inicios de día y recrear un poco la vista. El asesino había visto cómo Espacio Sideral había ido cambiando su aspecto poco a poco, lentamente, hasta quedar completamente despejado, libre de los estorbos de las altas ramas de los árboles. Todo era más tranquilo para él.

John Backwood vivía una vida sin contratiempos. Aunque apartado de su familia, pensaba en la pequeña Stephie, a quien había asesinado sin ningún tipo de miramientos. Después de violarla, algo que reconocía haberle dado mucha satisfacción, había pensado en amenazarla con dañar a su familia si hablaba, y por consiguiente dejarla viva, pero después rechazó dicha idea por considerarla peligrosa. Lo mejor había sido matarla y no dejar rastros de ella, pero llevarla colgando del brazo dentro de un bolso que simulaba llevar herramientas era muy molesto e incómodo, por lo que a la primera oportunidad que tuvo se deshizo de ella.

El mar se encargó del resto, ahogándola en pocas horas, tal vez menos de una. Después de eso, el asesino se había marchado como un transeúnte más, camuflándose entre la gente que caminaba por el lugar, entre las parejas de amantes que les encantaba recibir los gotitas de agua salada que reventaban en las rocas de más abajo. Porque el lugar era un roquerío inaccesible, peligroso, donde se tomaba mucho tiempo en llegar hasta abajo, y donde se ponía en riesgo la vida a cada instante.

Pero ahora, que John Backwood había vivido en carne propia el milagro más insospechado de todos, ahora que había salido en libertad sabiendo que era culpable, ahora que gozaba de más privilegios que cuando era verdaderamente inocente, el criminal

era feliz, y no le importaba el resto del mundo. No le importaba el dolor de la familia de su víctima, no le importaba que vivieran un duelo eterno al saber que la pequeña ya no estaría nunca más entre ellos, a menos que no fuera en el pensamiento, y que nunca más la podrían ver crecer, jugar con los niños de su edad, en definitiva, vivir.

Pero él, Backwood, se debía a su misión, y su misión se había cumplido. En su mente alguien le decía que debía matar a la niña, aunque más que matarla debía hacerla mujer, hacerla madurar antes de tiempo, y para eso él era un experto. No le importaba cual era el precio que debía pagar, pues cualquiera era insuficiente ante tal honor. Si se le podían otra vez, volvería a hacerlo. Ahora, su misión más inmediata era hacer crecer más incluso a su madre. Pero había algo en su interior que le decía que a lo mejor no alcanzaría a terminar este trabajo.

Las fuerzas internas que rodeaban  a John Backwood eran devastadoras, pero si se les sabía dominar, podían ser unas aliadas interesantes. Muy bien lo sabía el asesino, que hasta ese momento había usado sus fuerzas internas de manera notable para llevar a cabo todas sus fechorías, y salir impune.

Pero ahora el sentimiento que oprimía su pecho era diferente, y aunque él no conocía su significado, sabía que no era bueno. ¿Cuál de las fuerzas estaba actuando contra él? ¿Sería *Xingú*, la fuerza del huracán, o sería *Pingú*, la del tornado? No lo sabía, pero presentía que una de ellas estaba acabando con su suerte, y debía remediarlo de algún modo. ¿Pero cómo?

Los hombres que estaban afuera de su cabaña sólo estaban terminando su trabajo, y por lo que había escuchado hoy terminarían definitivamente. Cuando salió un poco de su casa para respirar el aire fresco, notó que uno de ellos faltaba, pero no le dio ninguna importancia. Ellos eran unos desordenados y dejaban todo al azar, por eso algunas veces se les podía ver talando aquí y otras allá. Así no llegarían a ningún lado. No sabía cuán equivocado estaba.

*16 horas*

Con la precisión de un reloj, la camioneta de reparto llegó exactamente a las cuatro de la tarde. El conductor, un hombre nuevo acompañado por su jefa de ruta, mostraba papeles y el itinerario a los guardias de la entrada de Espacio Sideral, los que al percatarse de que la camioneta coincidía con los registros que ellos tenían ya archivados en sus sistemas computacionales, sólo revisaron al hombre y a la mujer, aunque con ella fueron un poco más condescendientes. Desde la distancia, los ojos de HBC no se perdían

detalle, al igual que Backwood, el que de inmediato se entró y cerró las puertas, tal como estaba estipulado en las reglas internas del sector.

Tom Cussack pensó con rapidez. Uno de ellos tenía que entrar y esperar a que la camioneta llegase al lugar con la mujer para que ésta pudiera matar al asesino. Con un gesto de la cabeza le dijo a Volko que no cortara la rama que pensaba cortar, un tremendo ramal que caía justo sobre el techo de la cabaña de Backwood. Esa sería la excusa para meterse dentro.

Media hora más tarde la camioneta de Altazor hacía ingreso a Espacio Sideral seguida por dos guardias armados, los que cumplieron con la rutina de siempre: acompañar a la camioneta a cierta distancia de la primera entrega, impidiendo de esta manera que otros testigos del programa de protección se acercara a aquel lugar y entorpeciera la entrega.

La cabaña de Backwood era la quinta, por lo que con un gran disimulo, para no ser visto por los guardias de seguridad, Tom Cussack golpeó su puerta y esperó que el hombre abriera: la furgoneta estaba entregando en la tercera cabaña.

- ¡Está prohibido abrir la puerta en este momento! – casi gritó Backwood desde el interior –. Si los guardias me ven son capaces de expulsarme de aquí.

- Lo que sucede es que corre usted peligro – le contestó apuradamente Cussack, al ver que la furgoneta se alejaba lentamente de la tercera cabaña –. ¡Una inmensa rama cuelga sobre usted!

- ¿Y qué quiere que haga? – preguntó preocupado Backwood –. ¿Qué salga y me oculte debajo de los otros árboles?

- Abra, por el amor de Dios.

Backwood, dudando entre *Xingú* y *Pingú*, abrió un poco la puerta e iba a salir cuando vio que la camioneta de reparto se acercaba peligrosamente a la cuarta habitación, por lo que no atinó a nada. Era todo lo que necesitaba Cussack, el que ágilmente se metió dentro de la cabaña y cerró la puerta, diciéndole al asesino que guardara silencio y que cuando la furgoneta llegara al lugar se comportara de lo más normal. ¿Sobre la rama?...ya verían luego.

Por la ventana, Cussack vio con asombro – y un poco de preocupación también – que el guardia se quedaba más cerca de la cuarta cabaña y que no acompañaba a la camioneta de Altazor hasta la casita de Backwood, pero reprimió sus temblores internos y se relajó. Si lo descubrían, siempre estaba la posibilidad del chantaje, y ellos tenían el dinero suficiente para hacer cambiar de parecer a cualquier persona.

El líder de HBC escuchó cómo Stuart se detenía frente a la casa de Backwood, paraba el motor, abría la puerta y se apeaba. Luego escuchó que la otra puerta también se abría y que Sarah Fletcher pisaba suelo por primera vez. Siendo estrechamente vigilada por los demás miembros de HBC que estaban afuera, Joe Stuart abrí las portezuelas de

atrás y comenzó a bajar el paquete de mercaderías que correspondían a Backwood, pero en vez de ingresar él a la cabaña, le pasó el paquete a la mujer, la que se lo colocó frente a su cabeza, de modo que desde adentro de la habitación el vidente no pudiera ver quién realmente portaba el inmenso paquete.

Al escuchar los golpes en la puerta, el asesino la abrió y le indicó al que creía por hombre que le dejara el paquete cerca de la cocina, casualmente cerca del lugar donde Cussack se ocultaba. En un gesto que el violador no pudo apreciar, el líder de HBC entregó rápidamente la Glock a Sarah, la que en un gesto casi mágico, considerando que llevaba las dos manos enguantadas ocupadas, se la metió debajo de la manga. Por fin dejó el paquete sobre el piso, dándole siempre la espalda al asesino, y se levantó.

En ese momento Cussack salió de su escondite y se plantó frente a Backwood, ante la mirada atónita de éste, que no comprendía el gesto estúpido del limpiador de parques, que de esta manera ponía en riesgo la permanencia del criminal en Espacio Sideral.

- ¡¿Qué mierda está haciendo?! – le gritó, sin importarle que el conductor que descargaba sus víveres lo oyera. Después de todo, ese imbécil era sólo su empleado –. ¡Le dije que permaneciera escondido! ¡Y usted – se dirigió al conductor –, fuera de aquí!

Fue en ese momento cuando Sarah Fletcher se dio la vuelta y quedó cara a cara con el asesino de su hija; en su mano derecha apuntaba un arma directamente al corazón. John Backwood quedó blanco, pálido, como si de un fantasma se tratase, mirando primero a la mujer, luego al hombre que se hacía pasar por jardinero, luego de nuevo a la mujer.

- ¿Me recuerdas, hijo de puta? – dijo ella.

Backwood se echó hacia atrás, y por primera y única vez comprendió las corazonadas que había sentido. *La muerte*. Después de todo, sí iba a morir. Comprendió que todo había sido una farsa: su liberación era sólo una manera más sutil de llevarlo a la muerte, el falso interés de esa abogada por sacarlo en libertad era un plan bien elaborado para matarlo. Y él había fracasado, había sido engañado de la misma forma en que él había engañado a la pequeña Stephanie Birlock: le habían dado de su propia medicina.

- Sarah – la apremió Cussack.

- He esperado mucho tiempo este momento, desgraciado – le enrostró a Backwood todo el odio que sentía –. ¡Mataste a mi hija, maldito bastardo! – y se acercó y con la culata del arma le partió la sien derecha. Backwood se tumbó hacia atrás, cayendo al piso. Un hililllo de sangre brotó automáticamente, cayendo pegajosamente por su mejilla. Un dolor agudo se le vino a la cabeza –. ¿Sabes lo que se siente perder lo más querido que se tiene? –. Ahora Sarah se acercó a un palmo del asesino, y Tom Cussack no se atrevió a intervenir –. Ahora conocerás en carne propia el dolor, maldito hijo de perra mal nacido –. Sarah volvió a apuntar con el arma el corazón de Backwood, miró a su izquierda, donde Cussack la miraba con expectación, se preguntó si la comunidad la

tacharía de asesina al igual como ella tachaba al hombre que le suplicaba que no lo matara, y apretó el gatillo.

No supo qué sucedió, sólo oyó una especie de grito que casi le llegó al alma, aunque no sabía porqué. Después comprendió que ese mismo grito tuvo que haberlo dado su hija cuando ese desgraciado la violaba o la secuestraba y le echaba dentro del bolso donde dijo que llevaba herramientas personales, antes de lanzarla al mar.

Pero el hombre seguía moviéndose, como si el impacto no le hubiera causado el más mínimo daño, algo que no era cierto, pues Sarah vio cómo el suelo se iba manchando de sangre. Pero no lo había matado.

- ¡Yo tenía una misión! – gritó Backwood, como si su confesión hiciera cambiar la actitud de la mujer –. ¡Dios me lo ordenó!

- ¡Cállate maldito asqueroso! – le espetó la mujer, deseosa de poner término a la discusión.

- ¡Eres una puta igual que tu hija! – le gritó Backwood otra vez –. ¡No me mates…!

Esta vez el segundo disparo le llegó directo al corazón, y Backwood ni siquiera alcanzó a emitir un gemido. Terminó de desplomarse sobre el rincón que había caído, los ojos abiertos y vidriosos de la muerte, el corazón destrozado por una bala de acero.

Rápidamente Cussack ordenó a la mujer que subiera a la camioneta y que se alejara de allí, a la siguiente cabaña, haciendo la rutina acordada. Ella le agradeció con lágrimas en los ojos, abordó la furgoneta donde ya la esperaba el conductor, y se aprestaron a vaciar el último paquete.

En tanto, Cussack abandonó la casita sin ser visto, dejando el cuerpo del hombre muerto donde quedó. De reojo vio que el guardia daba la vuelta y se colocaba a poca distancia de la última casa, causando extrañeza en el líder de HBC, pero no se preguntó nada. Ahora lo más importante era salir de ahí.

La furgoneta de Altazor por fin se perdió en la lejanía, abandonando definitivamente Espacio Sideral, y Cussack sintió que un peso menos descansaba sobre sus hombros. Momentos después les tocaría a ellos salir para no volver jamás, a menos que a última hora se diera vuelta la tortilla y todo se echara a perder.

Como de costumbre, los miembros de la falsa *Vida en Verde* ordenaron sus herramientas en la camioneta remodelada por Andrew Volko, prepararon sus utensilios, y se dispusieron a marchar. Hicieron el mismo recorrido que siempre, pasando a velocidad moderada para no levantar ninguna sospecha, aunque en su interior todos querían arrancar luego. En la salida, los guardias de seguridad los detuvieron.

El corazón de Tom Cussack le dio un vuelco, pero se ordenó mantener la calma y comportarse como si nada estuviera ocurriendo. Por radio, los custodios de la salida llamaron a su jefe, el que se presentó medio minuto después, con una gruesa carpeta en las manos de color verde, a tono con el color del vehículo que transportaba a los

miembros de HBC. El hombre se detuvo a escasos centímetros de la puerta del conductor, que llevaba el vidrio abajo, chequeó los rostros que veía con unas fotos de las carpetas, y esperó.

En ese momento, los hombres dentro de la furgoneta sabían que habían sido descubiertos, y pensaron rápido. Pero como si los guardias de seguridad fueran brujos o adivinos, un grupo de ellos, fieramente armados con ametralladoras, se apostó frente a la puerta de egreso, impidiendo de esta manera la salida de los fugitivos, a menos que aquéllos intentaran una acción suicida. Estaban perdidos.

El jefe de seguridad habló.

- *Vida en Verde* – movió la cabeza afirmativamente –. Hicieron un excelente trabajo. Gracias por sacar la basura – y después, dirigiéndose a los hombre que custodiaban la salida –. ¡Guardias, despejen la salida!

# EPILOGO

El aterrorizado Víctor Almuniz se despertó de la semiinconsciencia en la que se encontraba, y lo primero que vio fue el hermoso rostro de la mujer que le había hecho el amor en su propio departamento. Después de soltar sus amarras y de sacarle el paño que le tapaba la boca, el muchacho fue colocado delante de un plato de comida sustancioso, que devoró sin preguntar nada, pues a pesar de que había comido, lo había hecho deficientemente.

- Quiero pedirte disculpas por todo lo ocurrido – dijo sinceramente Sandra –, pero tu secuestro sirvió para un bien mucho mayor. Te prometo que en cuanto termines de comer tendrás el mejor sexo de tu vida.

Más allá, Cussack le pagó los servicios a Joe Stuart y el hombre se hizo humo, con un fajo de billetes que no estaba seguro de saber contar, pero que de seguro sabría cómo gastar. Sarah Fletcher, que ahora estaba sentada en un rincón de la casa de Ohio, tomando un café caliente para calmar los temblores que mecían su cuerpo, había agradecido mil veces el trabajo de HBC, y se comprometía a ser un elemento de ayuda para cualquier operativo que esa empresa necesitara.

- No sé cómo pagarles – decía la mujer, que después de salir de Espacio Sideral había sufrido un ataque de histeria y de pánico, pues aunque se hizo la fuerte cuando disparó contra el asesino de su única hija, en el fondo era un alma bondadosa y débil –. Estoy a su entera disposición.

- No te preocupes, Sarah – interrumpió la abogada, con un grado de confianza que le nació del alma –. Estamos seguros que hicimos lo correcto. Limpiamos nuestro país de un hijo de puta más. Piensa de este modo: ahora hay un hijo de puta menos. Creo que es justo brindar por eso.

Las copas chocaron al unísono, y el suave paladar de las mujeres degustó el exquisito sabor del champagne helado desde el día anterior. Pero sin duda el que más gozaría sería el avispado Víctor Almuniz, que le iba a hacer el amor a la mujer más bella que jamás había visto.

La noche llegó rápidamente y con ella la alegría, la pasión y el desenfreno, HBC se anotaba un triunfo más en su larga trayectoria de éxitos, esta vez haciendo algo que escapaba de sus inicios, de sus orígenes. Esta vez no fue el chantaje ni la extorsión, ni el espionaje ni la mafia. Esta vez, aunque haya una muerte de por medio, había sido una obra de caridad, y tal como ellos la llamarían más tarde, fue la historia de una venganza, una venganza urdida a la perfección en la que no se dejó ningún cabo suelto, en la que se privilegió un orden y un plan establecido que rindió sus frutos.

¿Y cuáles habían sido sus frutos? Cussack supo desde el mismo momento en que el jefe de los guardias lo detuvo que ellos sabían de quienes se trataban, que jamás creyeron que se trataba de una empresa de limpieza de jardines, por lo mismo jamás llamaron a nadie para comprobar los antecedentes. Los guardias habían sido unos cómplices desde el primer momento, cómplices en salvar al país de cerdos como John Backwood.

Después de todo Tom Cussack tenía razón: las buenas obras siempre eran recompensadas.

# FIN